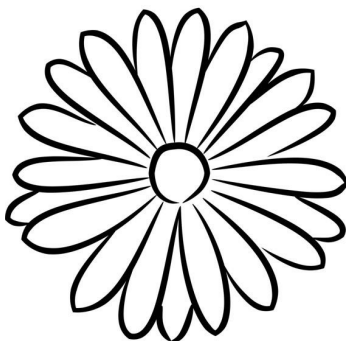




Carme Prats
El jardín
de los silencios


ROMÁNTICA

El jardín
de los
silencios
Carme Prats



Primera edición: septiembre 2023

Título original: *El jardín de los silencios*

© Carme Prats, 2023

© Ilustración de la cubierta: Marina Pham

© Maquetación de la cubierta: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

© Fotografía de la autora: Marta Clavería

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de la obra (parcial o totalmente) solo podrá realizarse con la autorización por escrito de la autora, a excepción de las excepciones previstas por la ley.

A Fernando,
mi verdadero amor
y el protagonista de mi propia historia romántica

Y a la desconocida que me encontré en un bus,
porque puso la semilla de esta historia en mi cabeza

Y aunque fui yo quien decidió
que ya no más,
y no me canse de jurarte
que no habrá segunda parte,
me cuesta tanto olvidarte.

Mecano

CONTENIDO

PASADO (JULIO 2002-SEPTIEMBRE 2002)

Bajo la luz de la luna (Los Ronaldos)

No puedo evitar pensar en ti (Duncan Dhu)

PASADO (UN AÑO ANTES)

Si tú no estás aquí (Rosana)

¡Salta! (Tequila)

La raja de tu falda (Estopa)

La cosa más bella (Eros Ramazzotti)

Dime que me quieres (Tequila)

Bonito es (Los Sencillos)

Mediterráneo (Los Rebeldes)

No puedo vivir sin ti (Los Ronaldos)

Voy a pasármelo bien (Hombres G.)

Un espejo de cristal (Mecano)

PRESENTE (DOCE AÑOS DESPUÉS) 2018

PRIMERA PARTE

Sweet home... Barcelona (Lynyrd Skynyrd)

Secret Garden (Bruce Springsteen)

No quiero más dramas en mi vida (Alaska)

Estoy aquí (Shakira)

No dejes de soñar (Manuel Carrasco)

No me importa nada (Luz Casal)

Camins (Sopa de Cabra)

Quiero tener tu presencia (Seguridad Social)

El límite del bien y del mal (La frontera)

Como un burro amarrado a la puerta del baile (El último de la fila)

Heaven Tonight (Yngwie Malmsteen)

Obtener un sí (Shakira)

Me cuesta tanto olvidarte (Mecano)

Cuéntame un cuento (Celtas Cortos)

Te dejo... *por fin* (Shakira)

I don't want a lover (Texas)

Han caído los dos (Radio Futura)

SEGUNDA PARTE

Colgando en tus manos (Carlos Baute)

Es por ti (Cómplices)

[Entre dos tierras \(Héroes del Silencio\)](#)
[Mi pequeño tesoro \(Presuntos Implicados\)](#)
[La negra flor \(Radio Futura\)](#)
[Grita \(Jarabe de Palo\)](#)
[Pero a tu lado \(Los Secretos\)](#)
[Mi verdad \(Maná\)](#)
[Chiquilla \(Seguridad Social\)](#)
[Mil calles llevan hacia ti \(La Guardia\)](#)
[Sabor de amor \(Danza Invisible\)](#)

TERCERA PARTE

[Desesperada \(Marta Sánchez\)](#)
[Laura no está \(Nek\)](#)
[Corazón partío \(Alejandro Sanz\)](#)
[La flaca \(Jarabe de Palo\)](#)
[Cosas de la edad \(Modestia Aparte\)](#)
[Cómo hemos cambiado \(Presuntos Implicados\)](#)
[En algún lugar \(Duncan Dhu\)](#)
[Nada fue un error \(Coti\)](#)

Epílogo. Marina. *Perfect* (Ed Sheeran)

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

UN POCO SOBRE CARME

Y SOBRE LA CALLE COMTAL

PASADO
(JULIO 2002-SEPTIEMBRE 2002)

Bajo la luz de la luna (Los Ronaldos)

Lo odiaba con todas sus fuerzas y lo quería con todo su corazón.

Aquella era la última noche de las vacaciones. La de la despedida.

Y durante la cena, Noemí no había podido dejar de esquivar la mirada de Álex. Al fastidio por estar en un restaurante se le sumaba la vergüenza que sentía.

Su vestido ajustado, su sujetador con relleno y el rojo impostado de sus labios eran una bofetada de realidad: esa ropa no iba a cambiar el hecho de que aún tenía catorce años y era cuatro años menor que todos ellos.

Noemí se sentía incómoda en su propia piel, como si ese atuendo gritara que no era suficiente siendo ella misma. Que sus tejanos, sus camisetas y su cara lavada no estaban a la altura.

Antes de salir del apartamento, Laura y Clara la habían tratado como una muñeca: vistiéndola, maquillándola, ahuecándole los rizos; estaban contentas y emocionadas. Creían que le estaban haciendo un favor. Ellas no concebían salir de casa sin pintarse, el pelo peinado y la ropa perfecta.

Pero Noemí no soportaba la esclavitud del espejo.

Quería a su hermana Laura más que a nada en el mundo, y sabía que ella y su amiga lo habían hecho con buena intención. Sin embargo, aquello la había anulado. Se había sentido más niña y menos ella misma que nunca.

Álex había enrojecido y había abierto los ojos asombrado cuando había salido de la habitación vestida de aquel modo. Noemí vio su admiración e interés. Y le dolió en el alma darse cuenta de que, hasta ese momento, Álex le había mostrado su amistad, pero no había ido más allá.

Así que no había sentido satisfacción cuando advirtió el brillo en sus ojos, sino una sorda rabia que pudo apenas canalizar apretando los puños en los costados, porque aquella versión de sí misma que parecía gustar a Álex no era ella.

Estuvo a punto de llorar.

Tuvo que detener el torrente de improperios que amenazaba con desbordarse de su boca. No quería disgustar a su hermana, y más siendo el último día antes de volver a casa, pero tuvo miedo de explotar. No se le daba nada bien esconder lo que sentía. Y aquello tenía toda la pinta de que acabaría con ella haciendo una locura o gritándole a alguien.

Durante aquellas vacaciones, en las que Noemí había disimulado con firmeza sus sentimientos, había albergado la esperanza de que Álex quizás sentía algo por ella.

Pero cada vez que pensaba que no podía haber ninguna otra explicación para su proceder, él había hecho algo que le hacía pensar justo lo contrario.

Había vivido una montaña rusa de emociones.

Y en aquel momento, andando hasta el apartamento después de la dichosa cena de despedida, seguía conteniéndose, escuchando a duras penas el parloteo entre Laura y Clara. Incapaz de disfrutar de la noche estrellada ni del sonido del mar. Sentía sus ojos clavados en ella, y todo le resultaba demasiado perturbador.

Álex miraba la espalda de Noemí. Sus oscuros rizos bailaban con la brisa marina. Aunque

era bajita y delgada, desprendía una fuerza imposible de resistir. Iba un poco más adelantada mientras él caminaba al lado de sus dos amigos sin prestar atención a su conversación.

Noemí y Álex estaban pendientes el uno del otro sin ser siquiera conscientes de ello, como si no hubiera nada más a su alrededor que un hilo invisible que los unía con la fuerza de una cuerda de acero.

Álex ahogó un suspiro.

No dejaba de pensar que era el único imbécil en todo el mundo que era incapaz de decidirse a pedirle una cita a la chica de sus sueños.

Habían sido quince días memorables. No se había separado de ella y había puesto excusas para estar a su lado siempre que podía. Y aunque no había dejado de pensar en ello, aún no había encontrado dentro de sí la valentía suficiente para preguntarle si quería estar con él, si le daba permiso para besarla...

Pero aquella noche aún no había acabado.

Era su última oportunidad.

Aunque, más allá de sus sentimientos, no dejaba de darle vueltas al hecho de que Noemí solo tenía catorce años, y él, dieciocho.

Se resistía a reconocer que, a su edad, ya estaba perdidamente enamorado.

Le daba miedo aceptar que el amor de su vida hubiera llegado tan pronto, porque creía que aún tenía experiencias por vivir que no quería perderse.

Cualquier elección que tomara implicaba quedarse sin una parte que deseaba con desesperación. Sexo loco sin compromiso. Amor para siempre. ¿Qué escoger? No tenía ni idea.

Porque ¿podría ser feliz con Noemí si antes no vivía un poco? La alternativa de ignorar sus sentimientos hasta que fuera más mayor también le daba miedo. ¿Y si la perdía en ese compás de espera?

Perdido en sus divagaciones, había llegado al apartamento.

Mientras los demás iban entrando, ellos dos se quedaron rezagados, tal y como habían hecho cada día de aquellas vacaciones para estar juntos.

Cogió aire para darse fuerzas. Era un saco de nervios, pero no lo demoraría más, aunque todavía no hubiera tomado una decisión en firme sobre lo que en realidad quería. Porque, si dejaba de pensar y solo tenía en cuenta lo que le pedía su corazón, lo único que deseaba era estar con ella.

—Noemí...

La casi imperceptible tensión de su espalda fue el signo que evidenció que lo había oído; a pesar de ello, ella no se detuvo.

—Noemí —insistió—, ¿me acompañas a la playa? Me apetece alargar este último día todo lo que pueda —dijo intentando disimular el anhelo en su voz.

Ella negó con la cabeza, entre triste y enfadada, aun sin girarse. No podía dejar que sus ojos verdes consiguieran que perdiera la razón.

Tenía que detener el dolor que le provocaba admirar sus atractivos rasgos masculinos, porque sabía que nunca podría estar con él. Debía bloquear el deseo de encaramarse a su cintura para abrazarlo sin que se tuviera que agachar. Ya había fantaseado suficiente con imposibles.

Álex no se esperaba aquello. Noemí siempre se mostraba alegre y segura, y aquello lo dejó desconcertado, sin saber qué decir ni qué hacer. Desconocía el motivo por el que estaba tan rígida.

—No te preocupes. No necesito que me hagas ningún favor. Me voy a dormir —masculló

airada mordiéndose la lengua para no soltar lo que se le estaba haciendo una bola en el estómago.

El golpe de la puerta al cerrarse lo hizo tambalear.

¿Qué había querido decir con eso de que no se preocupara por ella? ¿Acaso debía hacerlo?

«¡Por mí! —quiso gritar—. ¡Estoy angustiado por mí! Porque no sé cómo conseguir lo que quiero, porque te tengo al alcance de mi mano y a la vez estás demasiado lejos».

Álex se quedó mirando la puerta que se había cerrado en sus narices. Dudando si entrar y pedir que le explicara qué le pasaba o aceptar de una vez para siempre que no había nada que hacer.

Al final le dio la espalda a todo y se fue arrastrando los pies hasta la playa que estaba frente al apartamento.

Necesitaba aire.

Se dejó caer con pesadez sobre la arena. Su cuerpo parecía plomo, le costaba moverse y se estaba planteando quedarse a dormir allí mismo.

No quería pasar su última noche haciendo más el ridículo observándola cómo dormía. Maldita idea que habían tenido de estar todos en la misma habitación. Álex se agarró del cabello con desesperación mientras ponía la cabeza entre sus piernas. Abatido.

Al cabo de un rato, Laura llegó sin hacer ruido y se sentó a su lado. Él pegó un respingo de la sorpresa.

—Lo siento. Te he asustado —se disculpó.

—No, no, tranquila. ¿Qué haces aquí?

—No podía dormir. Pensaba en el curso que viene. Estoy nerviosa e impaciente por empezar la carrera.

—Vas a ser una enfermera estupenda —le dijo con cariño.

—Y tú un abogado increíble.

Álex le agradeció el comentario con una sonrisa, pero no pudo evitar seguir pensando en Noemí, y la tristeza le nubló la mirada.

—¿Te pasa algo? Te he visto distraído esta noche, pero te he notado raro todas las vacaciones.

—¿Raro?

Le asustaba lo que Laura hubiera podido ver o sospechar. Como adivinara que estaba enamorado de su hermana pequeña, lo iba a matar. Por mucho que lo quisiera, no vería con buenos ojos que Noemí estuviese con alguien que fuera cuatro años mayor. Aunque, por suerte, eso de la edad se curaba con el tiempo.

—Bueno, vale. Más raro de lo habitual. —Se volvió a reír en un intento de aligerar el ambiente—. Nos conocemos bien. Así que sé sin ningún género de duda que te ocurre algo.

—Pues no, no me pasa nada...

—¿Sabes? —dijo dejándolo estar—. Este verano he tenido una revelación.

—¿Y eso? —le preguntó porque le picó la curiosidad y porque era una buena forma de cambiar de tema.

Laura suspiró y cogió aire.

—A veces me gustaría ser un poco menos yo —confesó en voz baja—. Me asusta el hecho de seguir siendo la persona que soy ahora por más años que pasen.

—Esa persona no está nada mal, no lo olvides —dijo con aprecio mientras chocaba su hombro contra el suyo.

Un silencio cómodo los engulló. El viento despeinaba el pelo de Laura, y el mar, oscuro a

aquellas horas de la noche, era un espejo donde la luna se deleitaba en su reflejo.

Mientras Álex andaba perdido en el hilo de sus divagaciones, y sin venir a cuento, Laura lo besó. Un beso suave, casto, con los labios cerrados. Y aún con un suspiro entre sus bocas lo miró a los ojos. Esperando su respuesta.

Él no conseguía hilvanar un pensamiento coherente, aunque se había puesto firmes de la sorpresa y una parte de su anatomía luchaba por tomar el control de la situación. Pero... ¿qué...? ¿Qué era ese beso?

—¿Laura? ¿Qué...?

—No estoy enamorada de ti —aclaró con una sonrisa—. Sin embargo, eres mi mejor amigo, te quiero muchísimo y me gustaría que mi primera vez fuera con alguien que me inspire confianza.

Estaba anonadado.

¿En serio Laura le estaba proponiendo que se acostaran? Excitación e incredulidad se iban alternando en su mente a un ritmo vertiginoso. Sabía que era una mala idea acceder; no obstante, el problema era que una parte de él, un apéndice con opiniones propias, tenía muy claro qué decisión tomar.

—Me siento halagado y también estoy muy tentado; pero, cuando encuentres a alguien que te importe de verdad, quizás te arrepientas de esto.

—Es posible que quien me atraiga en realidad sea un imbécil que no me haga sentir especial la primera vez.

La fuerza con la que dijo «imbécil» le hizo pensar que quizás ya conocía al «imbécil» en cuestión.

—Pero...

—No me apetece perder mi virginidad con alguien que pretenda aprovecharse de mí. Que me haga creer que me ama y que no sea cierto. Necesito tener la situación controlada.

—Yo... no puedo —confesó—. Estoy enamorado de otra persona y no soy capaz de hacerlo contigo. Lo siento.

Y lo lamentó de verdad, porque, si no hubiera existido Noemí, este ofrecimiento hubiese sido una maravillosa manera de acabar unas vacaciones. Guapa, con los ojos azules; el pelo rubio, liso y largo; alta y delgada, y con unos pechos generosos y bien puestos, Laura era el sueño de cualquiera que se sintiera atraído por las mujeres.

En cambio, a él le había arrebatado la cordura un terremoto diminuto que no llegaba ni al metro sesenta, con pocas curvas, y el pelo moreno y rizado. Y había caído rendido a sus pies.

—No me habías contado que estuvieras enamorado de nadie... —susurró un poco dolida.

—Bueno, ya sabes lo mucho que me cuesta explicar mis cosas —disimuló.

—Vaya un amigo que estás hecho. Y menuda amiga que soy... que no me he enterado de nada.

—Es que no es recíproco y duele hablar de ello.

El silencio que vino después sirvió para enredar más los sentimientos de ambos.

—Aun así, creo que tu cuerpo no opina igual —dijo echándole una tímida mirada a su entrepierna.

—Ahora mismo tengo una gran discusión interior al respecto, pero en realidad pienso que no es una buena idea.

Laura se había separado de su cuerpo, y su miembro había dado un brinco como si quisiera ir a su encuentro.

—Háblame de ella —murmuró en un intento de poner distancia entre ellos.

Él había abierto la boca, sin embargo ¿qué le podía decir?

Sacudió la cabeza en una negación. No le convenía contarle nada.

—No sé qué hacer para que se fije en mí. Es como si fuera invisible para ella —contestó, y la tristeza volvió a impregnar su voz.

—Pues no te rindas, quizá al final lo consigas —susurró.

—Hace un momento querías... «eso» ¿y ahora me animas para que no abandone?

Laura se encogió de hombros.

Para ella seguía siendo normal preocuparse por su amigo. Con independencia de lo que quisiera hacer con él esa noche.

—¿Sabes que tampoco lo he hecho nunca? Y ¿qué hago cuando me lo propones? Te rechazo. ¿Qué dice eso de mí? Que soy idiota.

—No. Confirma lo que yo ya sabía: que eres bueno, que sería maravilloso que alguien como tú me diera lo que necesito. Quiero que sea especial. Deseo poder atesorar el recuerdo sin que nada lo enturbie con el tiempo: ni mi corazón roto ni la seguridad de que he sido el trofeo de alguien.

—Yo no tenía intención de estrenarme con mi amor verdadero —confesó sonrojado—. Sé que ha sonado cursi. Deseaba que mi enamorada fuera la última chica con la que me acostase, pero no la primera. No me atrevo a empezar nada con ella, y al mismo tiempo no dejo de pensar que en realidad sí quiero. No sé cómo actuar.

Laura volvió a pegarse junto a él.

La fresca brisa marina la hacía ser consciente del calor que recorría su cuerpo, aunque no fuera suficiente para enfriarlo.

Extendió su mano hasta el pecho de Álex y se detuvo cerca de su corazón, donde sus latidos acelerados eran tan ensordecedores que, incluso, parecían audibles en el silencio de esa playa, donde lo único que se oía eran las olas rompiendo en las rocas con una cadencia inalterable.

Siguió deslizándola hacia el ombligo y aún más abajo, tortuosamente despacio, mientras sus ojos no se apartaban de los de Álex, calibrando su excitación, midiendo su aceptación, atrapándolo en su propio deseo.

Cuando la dejó encima de la cremallera de su pantalón, se paró. Tan sutil fue la caricia que pareció un aleteo.

Y él, lejos de apartársela, puso su mano sobre la de ella y presionó.

Entonces Laura, segura de la respuesta a su muda pregunta, la liberó y empezó a desnudarse, despacio, pero sin artificios.

Quizás el amarre de su mirada impidió que él se echara para atrás y saliera corriendo, aunque dudaba de que sus piernas hubieran podido sostenerlo. Estaba paralizado, mirando hipnotizado como las livianas prendas iban cayendo en la arena.

Apenas estuvo sin ropa —era incapaz de hacer nada más que admirarla—, ella lo desnudó. Le sacó la camiseta. Desabrochó sus tejanos y los bajó con torpeza. Le quitó los calzoncillos.

Y ahora, ¿qué?

Laura quería que Álex siguiera consintiendo aquello. Su evidente excitación no era suficiente. Esperó, paciente, a que él se acabara de decidir.

Álex no podía pensar ni recordar por qué se había negado hacía unos instantes. Había una mujer hermosa desnuda ante él. Así que su deseo se impuso. Se inclinó sobre ella y le acarició los pechos que se erguían orgullosos. Maravillado de su suavidad.

No se miraron.

No se dijeron nada.

Álex se metió dentro de ella. Bombeaba atolondrado. Concentrado solo en su pene. En las sensaciones que lo recorrían. Estaba demasiado ocupado intentando hacerlo bien como para escuchar el cuerpo de ella.

Laura notó una invasión en su interior que no tenía claro si le gustaba. Había fantaseado con sentirse dominada, segura y protegida mientras un hombre la penetraba, pero ¿todo el lío del sexo se reducía a aquello?

En el momento en el que empezó a sentir algo diferente, desconcertante, una sensación que se concentraba en su entrada y que la calentaba, que no sabía qué era ni hacia dónde la conduciría, Álex se vació dentro de ella.

Ya se había acabado.

Y el cosquilleo que había tardado en aparecer, se evaporó y la dejó con un dolor sordo que no sabía cómo calmar.

Con la respiración aún irregular, se sumieron en un silencio triste para asimilar lo que había pasado.

Laura se giró para que él no viera que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Aquello no tenía nada que ver con lo que había imaginado.

Había sido bastante decepcionante.

Sí, había conseguido dejar de ser virgen, que era su objetivo. Y para su próxima vez, no iría ni con las expectativas tan altas ni se sentiría cohibida. Total, para lo que era, no hacía falta tanto arte.

Ella había buscado desenfreno, pasión y locura, y no la misma contención con la que actuaba siempre. Había pensado que con el sexo se impondría su parte más salvaje, aquella que escondía a todo el mundo.

Y no había sido así.

Además, había echado de menos unos ojos oscuros que la miraran con descaro, tinta dibujada sobre la piel y una sonrisa canalla que le acelerara el pulso.

¡Qué estúpida había sido al creer que un polvo con un amigo le haría olvidar al dueño de su deseo!

Álex navegaba mareado entre la explosión de felicidad que había tenido y el vacío de no saber qué hacer ahora que ya había terminado. Tenía ganas de levantarse e ir al apartamento para mirar unos rizos desparramados sobre una almohada y deleitarse en la visión de su ninfa.

Cuando todos habían hablado de la última cena de las vacaciones, abrumados por el final de una etapa de sus vidas, no había pensado en que esa «última cena» estaba repleta de matices.

Porque también había incluido una traición.

No puedo evitar pensar en ti (Duncan Dhu)

Laura había dicho que Álex vendría a casa aquella tarde.

Noemí se moría de impaciencia. No se habían vuelto a ver desde las vacaciones en la playa. Y de eso hacía casi dos meses.

El verano rompía rutinas, y ella había añorado las mañanas en las que Álex las acompañaba al instituto, así como todos y cada uno de los días de las vacaciones con él.

Se puso unos tejanos y un top anudado al cuello.

Estaba nerviosa.

Antes de que empezara a dar vueltas por la habitación sin saber cómo hacer que el tiempo pasara más rápido, oyó el timbre de la puerta. Quería ir corriendo a abrir, pero decidió contenerse un poco para no parecer tan ansiosa.

Cuando salió de su habitación más alegre de lo que sería prudente, se quedó paralizada; Álex lucía unas ojeras que hacían juego con la sonrisa impostada con la que pretendía convencer de que no pasaba nada.

—¿Qué...?

Álex la miró atormentado. Jamás la había visto tan inalcanzable como en aquel momento. Noemí sintió frío ante la devastación de su mirada.

—Mamá —gritó Laura—. Álex ha llegado. ¿Puedes venir?

Teresa entró en el comedor secándose las manos en un trapo de cocina. Se los encontró sentados en una silla, retorciéndose las manos y la mirada perdida.

El ambiente se podía cortar con un cuchillo.

Álex mantenía una postura rígida y la sonrisa penosa congelada en el rostro. Noemí no se estaba quieta y no dejaba de preguntar «pero ¿qué ocurre?», «¿ha pasado algo?», «¿estáis bien?».

Laura parecía apagada, triste, más delicada de lo que habitualmente aparentaba. Silenciosa.

—Laura. Álex —saludó Teresa temiendo lo que les había llevado hasta allí.

—Hola, señora —dijo Álex evitando mirar a Noemí.

—Vosotros diréis.

—Yo... es decir, nosotros. Esto... bueno. Que resulta que...

Teresa miraba a aquel muchacho con un poco de angustia y preguntó a su hija.

—Laura, cariño, me estáis asustando. ¿Qué es lo que pasa?

—Que estoy embarazada.

El silencio se hizo eterno. Duró minutos. Ninguna de ellas quería expresar sus temores en voz alta. Todas esperaban que fuera otra la que hablara.

—¿Y Álex qué tiene que ver con esto? —preguntó Noemí muerta de miedo.

—Soy el padre del bebé que espera Laura.

—No. No es cierto. No puede ser —espetó mientras dos lagrimones se derramaban—. ¡No es verdad! —gritó.

Y, sin que nadie lo hubiera previsto, se lanzó sobre Álex propinándole puñetazos en el brazo.

—¿Qué has hecho? ¡Cerdo! Y tú —se dirigió hacia Laura—, ¿ibas borracha? Pero ¿cómo puede ser? Y ¿cuándo? Si no... ¡no salís juntos! ¡No lo entiendo!

Teresa estaba conmocionada, por la noticia y por cómo estaban reaccionando sus niñas. La mayor, paralizada, y la menor, con gritos y acusaciones.

—Noemí, hija, cálmate.

—Que no puede ser, mamá. Que Laura no está por Álex, que yo lo sé. ¿Cómo se ha podido quedar embarazada si no le gusta? ¿La has forzado? —soltó de repente.

—¡Basta!

El latigazo del grito de Teresa los paralizó a todos.

Álex pensaba que jamás volvería a recomponer su corazón después de aquella acusación.

Noemí temblaba de impotencia.

Laura era incapaz de entender cómo su hermana podía creer que el alcohol tuviera algo que ver en aquello, ya que, después de lo de su padre, había jurado que jamás volvería a beber.

—Noemí, no... no ha sido forzado. De hecho, yo... —empezó Laura.

Pero Álex la interrumpió, apretándole el brazo en una petición silenciosa. No hacía falta que nadie supiera los motivos por los que se habían acostado juntos.

—Jamás, escúchame bien —le dijo a Noemí mortalmente serio—, jamás he forzado ni forzaré a nadie. Ni te imaginas lo que duele oírtelo decir justo a ti.

Sin embargo, Noemí estaba desquiciada, no era consciente del daño que habían hecho sus palabras, estaba cegada de despecho y traición.

—¿Desde cuándo estás embarazada? —preguntó a Laura.

—Fue la última noche de vacaciones —confesó derrotada—. Me enteré hace una semana.

Noemí miró a Álex con tal dolor, que él se encogió aún más de lo que ya lo estaba. Creía que él sentía algo por ella y no era cierto, a la vista estaba. No quería estar allí con ellos. No soportaba saber más. No podía resistirlo.

—Creo que es mejor que os deje solos. Tendréis muchas cosas de que hablar... —dijo en un susurro ahogado que le costó expulsar a través de los dientes.

—No, quédate —le suplicó Laura—, no te vayas...

—No te preocupes, no me molesta irme.

Al contrario, necesitaba salir del comedor de inmediato.

Noemí se concentró en no apresurar el paso hasta su habitación. Esas lágrimas reprimidas que se estaba obligando a contener eran un lastre que no imaginaba que se enquistaría y echaría raíces para siempre en su corazón.

Cerró la puerta de su cuarto con sigilo, apretando muy fuerte el pomo, intentando no dar un portazo e incluso así dando un pequeño golpe producto de los nervios que la descontrolaban.

Empezó a dar vueltas; como un animal enjaulado. Intentaba sacarse de dentro la roca de dolor en que se había transformado su lamento, pero no se podía permitir que lo que ella sentía se supiera jamás.

Álex y su hermana. ¿Desde cuándo? ¿Cómo no se había dado cuenta?

Dolía, dolía.

Cada latido era una tortura... ¿Cuántos más serían necesarios para que el sufrimiento se disolviera?

Se había ilusionado. El enamoramiento superficial que sintió la primera vez que lo vio, a causa de lo guapísimo que era, se había convertido en algo profundo al conocerlo.

Cuando empezó a hablar con él, supo que era el chico con el que quería estar para siempre. Estando con él sentía que se encontraba con una parte de sí misma que no sabía que existía. Seguía siendo ella... pero mejorada. Continuaban gustándole las mismas cosas, pero las

disfrutaba el doble. Seguían molestándole las mismas tonterías, pero no la irritaban tanto. Estar a su lado amplificaba su capacidad de ser feliz. Lo bueno era mejor. Lo malo no era tan terrible.

¿Cuándo se había enamorado Álex de su hermana? ¿Cuándo se había enamorado ella de él? Porque era imposible que ninguno de los dos hubiera dado el paso sin que sintieran amor, ¿verdad? No lo entendía.

¿Qué había pasado la última noche?

De repente, Noemí recordó. Ella le había dado con la puerta en las narices y él se había ido a la playa, y a la mañana siguiente lo había notado raro y le esquivaba la mirada. Lo había achacado a que le daba pena que se acabaran las vacaciones. A que se sentía molesto con ella porque no había querido ir a la playa con él. Y ¿era porque se había acostado con su hermana?

Qué más daba. Laura esperaba un hijo de él. Y no había vuelta atrás.

Y ahora, ¿cómo esconder sus sentimientos? Ni se planteaba arrancárselos de cuajo. Sabía que permanecerían en ella silenciados, atados, censurados.

En el comedor seguían los tres.

Desde que Noemí se había ido estaban más tranquilos, pero también más tristes. Laura estaba conmocionada, no dejaba de considerar que la había decepcionado, que algo se había roto entre las dos. Y le angustiaba pensar que no tendría el apoyo de su hermana como había creído.

—Señora, este bebé es inesperado, como comprenderá no lo hemos buscado, pero va a ser muy querido.

—Sí, no le va a faltar cariño. Yo lo voy a querer igual que si hubiera venido de aquí a unos años. Es hijo de mi hija, y con eso es suficiente.

—Hemos decidido criarlo juntos, y le he pedido a Laura que se case conmigo.

Teresa observó a su hija, y no le pasó desapercibida la mirada enloquecida que tenía. Así que, antes de dejar que se ataran más de lo que ya ligaba un hijo, los tranquilizó.

—Mira, Álex, yo respeto que pretendas hacer las cosas bien, pero ahora estas formalidades ya no hacen falta. Nuestra familia la va a seguir queriendo, a ella y al bebé, esté casada o no, y creo que primero tendríais que ver cómo os va antes de hacer nada más drástico de lo que ya viene en camino, ¿no os parece? Para casarse, siempre hay tiempo.

Laura soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Y lo hizo a la vez que Álex.

Teresa estaba más que susceptible con la reacción que estaban teniendo. Ahí había un secreto que se le escapaba, y no estaba dispuesta a consentir algo que no tenía claro que su hija deseara.

—Oídmeme, chicos... —empezó a decir.

En ese momento, Álex y Laura se cogieron de las manos en un gesto de reconfortante complicidad. A ambos les daba miedo el «para siempre», pero sí que tenían claro que eran amigos y que iban a tener un bebé en común. Álex no quería que pasara por aquello sin él.

—Vale —interrumpió Álex—, quizás el matrimonio ha sido una idea un poco precipitada, pero sí que vamos a vivir juntos. Este bebé tendrá un padre y una madre que lo van a querer, y una familia alrededor de la que disfrutar.

Teresa los miraba con un poco de aprensión. Se les veía tan jóvenes y tan perdidos...

—Hija mía... ¿cómo te encuentras? Tienes que contármelo todo.

Mientras Laura se lo explicaba y su madre la arrullaba con palabras dulces, Teresa pensó que no entendía lo que estaba pasando, pero que, aun así, no podía hacer nada más por ellos que acompañarlos en su camino. Y ayudarlos en lo posible, en lo que la dejaran. Porque estaba clarísimo que eran demasiado inmaduros para lo que se les venía encima.

Y en cuanto a Noemí, ¿qué diantres le había pasado a su hija pequeña?

Noemí seguía en su habitación, desquiciándose. No sabía cómo desprenderse del dolor, de los recuerdos, de sus esperanzas. Quería arrancarse de dentro el loco amor por Álex; hacer como si no hubiera existido jamás.

En aquel momento de desesperación, vio la preciosa botella de decoración que presidía orgullosa los estantes de su habitación. La había comprado después de volver de las vacaciones y la había rellenado con la arena de la playa donde sus sentimientos por Álex habían crecido.

La cogió y salió de su casa. Se paró ante los contenedores de basura y vació la arena en uno de ellos. El polvillo que se desprendió flotó hasta su pelo como si no quisiera irse de su lado; pero había llegado el momento de decir adiós a su sueño.

Cuando la botella se estrelló contra el suelo, el sonido de cristales rotos redujo a polvo su ya más que resquebrajado corazón. Se fue de allí dándole vueltas a lo que sería de ella a partir de aquel instante.

No dejaba de pensar en cómo habían llegado a esa situación, en cómo se había enamorado de Álex.

Pero ahora nada de aquello importaba. Porque lo único que le apetecía era alejarse de todo. Huir.

**PASADO
(UN AÑO ANTES)**

Si tú no estás aquí (Rosana)

—¡Basta, Laura! ¡Basta ya! Estoy harta de que tu mirada agobiada me impida llorar —protestó Noemí.

Ella ya había desayunado y se disponía a ir a casa de una amiga, pero, cuando vio que su hermana se acercaba arrastrando los pies y se sentaba en una silla con dejadez, como si cargara con todos los males del mundo entero, canceló sus planes y la encaró.

No soportaba verla en ese estado.

Laura era la chica más guapa del pueblo. Y en aquel momento parecía una sombra de lo que había sido. Incluso su brillante pelo largo estaba apagado.

Después de la muerte de su padre, Laura estaba cada día más desconsolada. Habían pasado semanas desde entonces y continuaba culpabilizándose. Los remordimientos no la dejaban enfrentarse a la tristeza de la pérdida.

—No sé qué quieres decir...

—Que quiero llorar contigo que papá ya no está, y tú no me dejas.

—Claro que te dejo. Yo también estoy mal —dijo sin energía, aunque se acabara de levantar.

—Tú estás fatal, en eso estamos de acuerdo, pero lo tuyo no es pena, ¡es angustia! ¡Y me la contagias a mí! ¡Y así no puedo llorar tranquila porque me siento mal por ti!

Aquella fatídica noche de mayo, Laura había ido a celebrar con sus amigos que había acabado primero de bachillerato. Tenía diecisiete años y unas ganas locas de olvidarse de que, en realidad, ella era una persona tranquila y recatada.

Ya era de madrugada cuando había llegado a su casa. Estaba ebria de felicidad porque un compañero de clase la había besado. Un chico que no conjuntaba con sus chaquetitas de punto ni con sus falditas cortas plisadas ni mucho menos con las diademas con las que se apartaba el pelo de la cara.

Raúl estaba tan seguro de sí mismo que Laura se sintió atraída por él al instante. Le habían fascinado sus ojos oscuros, que eran casi como un agujero negro que te atrapaba y no te dejaba salir. Pero, con la tinta que se asomaba por la manga de la camiseta del brazo izquierdo, había caído rendida a sus pies.

Y a él no le había importado que ella llevara una blusa rosa ni unos pendientes de perla; la había cogido por la cintura y había saqueado sus labios como si fuera un ladrón robando un botín prohibido.

Laura no se lo había impedido. Él quiso besarla y ella se dejó. Ese beso le había anulado su legendaria sensatez.

Había bebido alcohol, pero era de entusiasmo de lo que se sentía borracha.

Había llegado a su casa en un estado de euforia que era difícil de disimular. Resonaba en sus oídos el eco de un pitido como recuerdo del volumen altísimo de la música.

Al entrar en su casa, había apoyado la cabeza en la puerta mientras la iba cerrando.

«Menuda noche».

Vio que por el pasillo se acercaba su padre. Miró el reloj para decidir si era demasiado tarde para ella o demasiado pronto para él, pero no tenía ni fuerzas ni ganas de pensar en nada a

aquellas horas. Eran las seis de la madrugada.

—Hola, papá. ¿Qué haces levantado? —había preguntado con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas noches, hija. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí —había respondido con un bostezo, aunque tremendamente feliz.

—Vete a descansar, anda.

Ya en su habitación, todo el cansancio acumulado la golpeó de repente y se tiró encima de la cama, sin fuerzas para desvestirse y ponerse el pijama. Más dormida que despierta, oyó que él la llamaba.

—Mmm, dime —había farfullado.

—¿Tienes un beso de buenas noches para este viejo?

—Claro —había dicho con los ojos cerrados—. Para ti siempre me guardo alguno.

—Buenas noches, mi vida —había susurrado mientras la besaba en la frente.

Esa noche, Salvador se había levantado de la cama porque tenía malestar. Cuando oyó que abrían la puerta, fue a ver si, como creía, era su hija que volvía a casa.

Aunque por un momento había disminuido la intensidad de su dolor, después de que Laura se acostara, se fue mareando cada vez más, como si su sufrimiento se hubiera detenido para tomar aliento y ahora echara los restos para correr una carrera hasta el fin.

Laura no se había dado cuenta de su frente perlada de sudor ni de la palidez de su rostro, porque estaba pensando en que la habían besado.

Y su padre no quiso decirle que tenía el estómago revuelto porque estaba concentrado controlándose y simplemente le deseó felices sueños.

Pero, cuando llegó al cuarto de baño, el dolor que tenía en la barriga se había convertido en insoportable, apretaba los dientes para no aullar de tormento, y a ello se le sumaban las náuseas y la sensación de ahogo.

A la mañana siguiente, Teresa encontró a su marido tendido en el suelo, sin pulso.

Su ataque al corazón fue una tragedia que aún les costaba asumir.

Así que Noemí entendía que Laura pudiera sentir tristeza, ella misma la masticaba a diario, pero con lo que era incapaz de luchar era contra el convencimiento de su hermana de que, si ella no hubiera bebido aquella noche, habría advertido lo que estaba pasando y su padre seguiría vivo.

Noemí había intentado animarla de distintas formas, pero nada había funcionado. ¡Incluso había visto películas dramáticas para que le dieran ideas! Había llorado a moco tendido con las desgracias enlatadas de la televisión, y lo único que había logrado era un gasto excesivo de pañuelos, deshidratación... y quizás un plan disparatado para aquella pena enquistada de Laura.

—¿Y qué más te da a ti?

Laura miraba desolada a través de la ventana de la cocina. Fuera se veía el bosque del pueblo, aunque se sentía una prisionera de su propio tormento. Se le antojaba extraño que el mundo siguiera girando, que la vida no se hubiera detenido. Le molestaba el ruido del reloj del comedor, como si su tictac ensordecedor fuera una afrenta a su pesar. Estaba convencida de que ya nada sería igual. Se sentía lejana a todo, distante. No podía entender que la gente continuara riendo, hablando; ella solo tenía fuerzas para sollozar. Encerrada en su propia aflicción, mientras, más allá de las cuatro paredes de su dolor, la vida seguía existiendo.

—Me da, Laura, claro que me da. No puedo decirte que echo de menos a papá, porque eres un remordimiento con patas, y entonces me contengo, y, como no tengo costumbre de reprimirme, me sienta muy mal. Si me guardo algo, se me pudre dentro y me duele más. Y que

me he hartado. Y punto.

—Noemí, de verdad que puedes llorar conmigo cuando quieras, no me molesta...

—Tú eres la que me molesta a mí. ¡A ver por qué no podemos ponernos a llorar juntas viendo fotos de papá como una familia normal!

—Hombre, muy normal como plan de sábado por la tarde no es, digo yo —dijo mientras cerraba los ojos, agotada.

—Es lo lógico teniendo en cuenta que papá se ha muerto...

Laura se encogió ante estas palabras.

—¿Lo ves? —la acusó—. Es como si ni siquiera pudiera nombrarlo, y quiero recordarlo, hablar de él, llorarlo. Y es imposible, porque por tus ojos, en vez de lágrimas, sale ácido que grita: «¡soy la asesina de papá!».

—¡Bestia! ¡So bestia! ¿Pero cómo se te ocurre decirme esa barbaridad?

—Porque tú me lo chillas, aunque sea en silencio, cada vez que siento añoranza de él. Y ya no puedo más.

Se quedaron calladas.

Laura sabía que, si a Noemí se le metía algo en la cabeza, no descansaría hasta conseguirlo. Y por doloroso que fuera, entendía que, en el fondo, lo hacía por ella.

En realidad, necesitaba salir del lugar triste y oscuro donde se estaba escondiendo.

—Te juro que intento superarlo, Noemí. Pero no puedo. Cada vez que recuerdo a papá pienso que podría haber hecho algo. Fui la última que lo vio y no me di cuenta de nada.

—No fue culpa tuya —respondió Noemí con vehemencia—. Y se me ha ocurrido algo para ayudarte...

Laura negó con la cabeza.

—Miedo me das.

—Vamos a ir al cementerio.

Laura abrió los ojos como platos.

—No, ni hablar.

—Sí. Iremos al cementerio y te vas a disculpar con papá. O lo que sea. Papá te perdona, te libras de la culpa y nos echamos unos lloros con mamá cuando volvamos.

—¿No te das cuenta de que es una locura?

—No, no, qué va —le aseguró—. Lo he visto en unas cuantas películas. He hecho una investigación.

—¿Cinematográfica? —preguntó con sarcasmo.

—Es una fuente tan buena como cualquier otra. Ir a hablar con los muertos a un cementerio es lo más —afirmó—. El fin de la culpa y el principio de lo demás. Va a funcionar. Esta familia te echa de menos, Laura. Papá se fue, pero tú continuas aquí, y parece que también te hayas ido —le susurró mientras la abrazaba.

Y fueron. Claro que fueron. Menuda era Noemí. Pero no sirvió de nada.

Noemí abrió la puerta del camposanto, que no estaba cerrada con llave, y le dio la mano a Laura en un recordatorio de que no se enfrentaba a aquello sola.

Subieron la pequeña pendiente intentando no mirar el resto de tumbas llenas de flores de colores. Cada flor era una pena que se clavaba hondo en el sentir de las hermanas. Se sentaron en el banco que había al final del cementerio y, antes de centrarse en lo que habían ido a hacer, desviaron la vista a los pensamientos de color crema que había en las macetas.

Un pensamiento por cada plegaria.

No había nadie más. Al fondo se veía el bosque. No se oía nada. Quizás algún trino lejano. Noemí apoyó la cabeza en el hombro de su hermana.

El amor de su padre estaba en sus recuerdos. Y la calidez de su sonrisa en sus corazones. Solo tenían que dejar que él las volviera a consolar, que ayudara a Laura a perdonarse a sí misma. Noemí confiaba en que él sí sería capaz de salvarla. Pero no iba a ser tan fácil.

Laura se sentía ridícula hablando en voz alta a un nicho. Su padre no estaba en el cementerio, sino en su corazón, y allí lo buscaría. Intentó encontrarlo en silencio, porque aquel soliloquio le resultó absurdo. Sin embargo, la culpa seguía ahí, como una garrapata clavada en su alma que no quería salir. Miró a su hermana, impotente. Noemí comprendió e hizo un juramento.

—Te lo prometo, papá. Laura volverá con nosotras —dijo con férrea determinación mirándola a los ojos.

Laura no podía detener las lágrimas.

—No me sueltes, Noemí. Sin ti no lo voy a conseguir.

—Se lo he prometido a papá. Te iré a buscar allá donde estés y te traeré de vuelta.

Fueron pasando los días.

Y Noemí no se rindió.

Aunque era la pequeña, siempre había cuidado de su hermana mayor, que le parecía tan delicada como si se fuera a romper en cualquier momento.

Siguió intentándolo con diferentes métodos: con música, con charlas, haciendo «terapia» con pintura, que era lo que le gustaba a Laura... Sin embargo, nada daba resultado. La frustración de Noemí cada vez era más patente.

—Se me están acabando las ideas —se lamentaba.

—Pero si ya estoy mejor... —mentía Laura.

Empezó a fingir que todo iba bien, porque se había dado cuenta de la carga que le estaba suponiendo a su hermana intentar cumplir la promesa que le había hecho a su padre, pero Noemí la conocía bien y no se dejó engañar.

Y llegaron más intentos; todos infructuosos. Hasta que a finales de junio le propuso otro plan.

—Laura, se me ha ocurrido algo.

—¿No te has cansado aún? No te preocupes más. Ya se me pasará algún día...

—Que no, que necesitamos vivir un duelo y tú lo necesitas más que nadie.

—A ver, ¿qué has pensado esta vez? ¿También una idea peliculera?

—Bueno... esto... —disimuló.

—Más cementerios no, por favor.

—No, esta vez vas a cumplir una condena.

—¿Perdón?

—Sí. He visto una película en la que unos adolescentes pagaban por su delito limpiando las cunetas de la carretera con la idea de que aprendieran civismo.

—¿Ahora tengo que hacer de barrendera? —preguntó con sorpresa—. No veo yo en qué me va a ayudar eso.

—No, no, barrendera, no...

—¿Y entonces?

—En la película, hacer ese servicio a la comunidad servía para que se sintieran valiosos e hicieran frente a los problemas que tenían. Y creo que el hecho de ayudar a otras personas te puede ir igual de bien para superar esta sensación de culpa que tienes.

Laura no se lo esperaba. Y cuando iba a replicar con una negativa, pensó que quizás esa vez Noemí había acertado.

—Nos hará bien, Laura —prometió Noemí—. Intentémoslo.

—Pero... ¿qué habías planeado? —preguntó con cautela.

—¿No me dices que no? —dijo emocionada.

—Primero explícamelo.

—Bueno, he estado hablando con todo el mundo en el pueblo. Con el alcalde, con los del centro cívico...

—Por Dios, Noemí... ¿en serio?

—Ya no sabía qué hacer, me tenías muy preocupada —se justificó—. Me he enterado de que hay asociaciones de personas que van por los hospitales disfrazados de payasos para animar a los niños y he pensado que podríamos hacer algo parecido.

—Paso de disfrazarme de payaso. Además, somos menores; no nos dejarán.

—Bueno, por eso he hablado con la directora del instituto.

—¿Que has hecho qué?

Por mucho que la conociera a la perfección, su hermana la seguía sorprendiendo.

Aquella diminuta fuerza de la naturaleza desprendía energía. Incluso sus rizos negros se movían indómitos al mínimo movimiento. Sus traviosos ojos oscuros siempre la reconfortaban o... la ponían de los nervios como en aquel momento.

—Es la madre de una amiga mía. No es para tanto. Le he explicado lo que pretendo, y ha dicho que nos puede ayudar el profesor de religión.

—¿Qué tiene que ver la religión en esto?

—Es que es un departamento que ya organiza movidas de este tipo, y, como iremos con adultos, no habrá problema.

—¿Qué tendríamos que hacer?

—Van a organizar una especie de voluntariado de verano, y nosotras nos vamos a apuntar.

—¿Tú también?

—Claro, no te voy a dejar sola.

—A ver, explícame en qué va a consistir.

—Pues no sé muy bien. —Se encogió de hombros—. Creo que habían hablado de ir al centro de día de gente mayor, para jugar con los ancianos al dominó, hacerles compañía... Aún lo tienen que acabar de decidir.

Laura sintió un atisbo de esperanza de que aquello fuera la solución. Le encantaba la idea.

Y cuando al final aquel tinglado se convirtió en una realidad, Laura disfrutó de las tardes de verano en la residencia. Su carácter sosegado casaba bien entre personas de la tercera edad.

Se había dado cuenta de que hablar con los ancianos, jugar a cartas o sentarse con ellos a ver y comentar la telenovela de turno le daba serenidad. Y de esas visitas le nació la certeza de que quería ser enfermera.

Un tiempo después pudo llorar como se merecía la muerte de su padre.

Aunque el dolor nunca se fue del todo.

¡Salta! (Tequila)

Aunque su corazón siguiera de luto, Noemí sabía que no podía permanecer para siempre en un estado de nostalgia perpetua. Y había pensado en mitigar la pena sorda que sentía con un homenaje a su memoria.

Quería evocar sus risas, no su ausencia.

Así que había tenido una idea de las suyas: había propuesto a la jefa de estudios hacer un espectáculo de baile con las canciones de *West Side Story* que tanto le gustaban a él.

Con catorce años recién cumplidos estaba dispuesta a disfrutar por todo lo alto del instituto.

—¿Tienes alguna idea concreta?

—Sí. He traído un dossier con los objetivos, el número de alumnos que pueden participar, el tipo de música, las instalaciones del centro que se usarían, los horarios de ensayo...

La jefa de estudios estaba gratamente sorprendida por la ilusión que había puesto esa alumna en ese proyecto. Pasaba las hojas en silencio estudiándolas mientras percibía su nerviosismo.

Después de lo que a Noemí le pareció una eternidad, cerró la carpeta, puso las manos encima y la miró.

—No se me ocurre ningún motivo para negártelo.

—¿En serio? —Se levantó de un salto, la abrazó y luego la soltó de sopetón—. Ay, perdón, es que me he emocionado. Gracias, muchas gracias.

Se fue contenta y cerró la puerta a sus espaldas.

Fuera la esperaban sus amigas, impacientes por saber cuál era el veredicto.

—¿Y?

Noemí les hizo una seña para que se alejaran del despacho, y cuando doblaron la esquina se puso a gritar:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo hemos conseguido!

Y las cuatro empezaron a saltar abrazadas.

La jefa de estudios soltó una carcajada; las había oído alto y claro.

¡Qué alegría de juventud!

Quedaba poco tiempo para que se acabara el recreo. Y sin perder un minuto, Noemí colgó en el tablón de anuncios el cartel que ya llevaba preparado para pedir la colaboración de sus compañeros en el baile.

Enseguida, tanto chicas como chicos fueron apuntándose entusiasmados. Aquello era tan inusual que querían formar parte de ello.

—Noemí, ¿ya sabes qué canciones serán?

—¿Tienes claro cuántos de nosotros podremos bailar?

—¿Vas a hacer una especie de *casting*?

Las preguntas se sucedían sin parar. La habían rodeado en cuanto vieron que colgaba el anuncio.

—Tengo que subir a guardar esto. —Les enseñó la carpeta—. El que quiera que se vaya apuntando y, en una semana, quedamos, os lo explico todo y empezamos a organizarlo. ¡Esto va a ser genial! —gritó a sus espaldas mientras se iba corriendo.

Noemí subió sin perder más tiempo los dos pisos que había hasta llegar a la planta donde estaban las aulas de primero. Quería dejar en su taquilla el dossier que había preparado. Después tenían que ir al laboratorio y no deseaba ningún tipo de incidente que se lo estropeará; que a patosa no la ganaba nadie.

El instituto entero andaba revolucionado.

Noemí los había ido tanteando para ver qué opinaban de aquello antes de pedir permiso. Jamás los alumnos se habían organizado para hacer nada semejante y, sorprendentemente, la idea, a la mayoría, parecía gustarles.

Estaban tan expectantes como si, en vez de empezar el curso, estuvieran a punto de acabarlo.

Laura se divertía viendo como sus propios amigos seguían pasmados la estela de Noemí.

—Una cosa era preparar sus movidas en el patio del colegio, pero aquí es distinto —refunfuñaba Clara, la mejor amiga de Laura, cuando vio a tantos alumnos apuntándose.

—Parece que no sepas quién es mi hermana. ¿Crees que es posible que alguien se le pueda resistir? —la contradijo con una sonrisa tierna.

—No —admitió a regañadientes.

Laura se encogió de hombros, contenta. Su hermana desprendía un magnetismo especial. Una mezcla de simpatía arrebatadora que jamás pasaba desapercibida.

Dos plantas más arriba, Noemí seguía exultante: su proyecto estaba tomando forma.

Estaba bajando las escaleras entre pequeños saltos, cavilando cómo organizar los grupos de baile e imaginando posibles coreografías. Sus rizos oscuros saltaban como muelles con el movimiento de su cabeza.

Sus amigas la esperaban abajo mientras pensaban qué canciones podrían ser las escogidas. Noemí había seleccionado unas cuantas y tenían que decidirse ya.

Álex subía corriendo para llegar puntual a su clase, quería mirarse unos apuntes antes de que entrara el profesor.

Pero se quedó paralizado, con una mano en la barandilla y un pie levantado en el escalón superior, al ver la sonrisa burbujeante de una morena de mullidos rizos que bajaba las escaleras saltando.

Él era demasiado tímido para prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. De hecho, con frecuencia llevaba auriculares puestos para evitar hablar con nadie. Que sus padres se hubieran acabado de trasladar a aquel pequeño pueblo y que hubiese tenido que dejar atrás a sus amigos no le había gustado nada. Con lo que le costaba relacionarse, auguraba un año bastante anodino y aburrido. Tener que hacer segundo de bachillerato, en aquel lugar perdido del interior, en vez de con sus compañeros de siempre, le había hecho aislarse aún más.

Y, durante los quince días que llevaba allí, aún no había visto a aquella morena que en aquel momento lo tenía hipnotizado. Rezumaba confianza, seguridad y alegría. Era como un soplo de aire fresco.

Aspiró un tenue olor a fresa. Ese perfume ¿procedía de ella?

Aquellos ojos marrones sonreían al compás de su boca. No sabía que se pudiera reír con la mirada.

Era menuda y delgada, pero desprendía una fuerza extraordinaria.

No podía dejar de observarla.

Jamás se había sentido tan noqueado por una chica, y eso que era vergonzoso hasta decir basta.

Ella ni tan siquiera había reparado en él.

Noemí, con la mente ocupada en pasos de baile y los pies despistados sin saber si tenían que ejecutar un *plié* y un *relevé* o bajar un escalón, dio un traspié.

Entonces todo sucedió muy rápido.

En un instante, la chica cuya sonrisa había cautivado a Álex puso cara de susto, tropezó, intentó equilibrarse derrapando en un par de escalones, se acabó cayendo de culo y descendió rebotando escalón a escalón al lado de un estupefacto Álex, que tendió sus manos para agarrarla, pero un segundo demasiado tarde. Aunque no pudo detener la caída, fue incapaz de separar sus desorbitados ojos de ella.

Con el ímpetu del descenso, cuando acabaron las escaleras, Noemí se deslizó unos metros más hasta los pies de sus amigas, que la miraban boquiabiertas.

Todo había ocurrido tan deprisa que no les había dado tiempo de levantarse para acudir en su ayuda.

Un silencio denso los envolvió. Todos se quedaron quietos mirando a Noemí. Se oía a lo lejos el murmullo de las voces de los otros pisos, pero allí, nada en absoluto. Hasta que de repente estallaron unas risas, al principio tímidas y luego más descaradas.

Los únicos que seguían sin reír eran Álex, que estaba asustado y pendiente de la morena, y sus amigas, que le tendieron una mano para ayudarla a levantarse.

Noemí, con toda la gracilidad que no había tenido durante la caída, se puso de pie, se giró hacia todos los que seguían riendo, y, como si bajar las escaleras de culo fuera lo más habitual, hizo una reverencia y los saludó, como si estuviera en un escenario y ellos fueran su público entregado.

—Con esta me he superado —les susurró a sus amigas—. Que siempre me estén pasando estas cosas a mí... ¡Y delante de todo el mundo! Pues, hala, ya me he estrenado, que aquí aún no me había caído.

—¿En qué andabas pensando esta vez?

—En el baile...

—Si no te hubiera visto bailar infinidad de veces, te diría que no te arriesgaras, que podría ser peligroso para ti, aunque al parecer, cuando te mueves al ritmo de la música, dejas de ser tan torpe.

—Cómo os pasáis... Pues nada, si os he alegrado el día, ya he hecho mi buena acción. Pero ya os vale; podríais cortaros un poquito, que estoy delante.

—Por eso; quedaría feo que nos riéramos a tus espaldas. Ahora en serio, ¿te duele algo? ¿El tobillo, quizás? ¿El trasero?

—No, solo el orgullo —dijo muy seca para después empezar a reírse a carcajadas.

Álex se sorprendió del humor con el que la morena se lo estaba tomando todo.

Increíble.

Solo de imaginar que él hubiera sufrido esa caída, el ridículo hubiese desatado su mal carácter, que no era más que una máscara de su inseguridad.

Vio como se alejaba riendo con sus amigas por ser tan patosa, y en aquel momento deseó conocerla más a fondo. No tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo, pero no cedería ni un ápice en su empeño de lograr otra sonrisa suya.

La raja de tu falda (Estopa)

Después de las clases de aquel día, Laura salía del instituto con su amiga Clara. Con el apoyo incansable de Noemí para gestionar el dolor por la pérdida de su padre, empezaba a tener la esperanza de que podría superarlo.

Había conseguido entender que no debía seguir castigándose, porque el hecho de que hubiera sido la última persona que le había visto con vida no significaba que fuera responsable de su muerte.

Así que quizás también había llegado el momento de volver a salir con amigos, de pasárselo bien sin sentirse culpable, de actuar como una chica de su edad.

Y eso la llevaba al punto de partida que había dejado colgado a finales del curso pasado: dejarse llevar con algún chico.

Siempre se había considerado una persona fría. Amable pero distante. Cariñosa en su entorno más próximo, pero educadamente lejana de todos los demás.

Hasta que de repente, sin previo aviso, empezó a sonrojarse si veía a según qué actores o cantantes en la televisión. A temblar de anticipación si se cruzaba con chicos del pueblo. A acelerársele el corazón si alguno de ellos le hablaba. ¿Qué le estaba sucediendo? Si jamás había sentido nada parecido... Seguro que era cosa de las hormonas.

El problema es que solo reaccionaba así por chicos cuya estética le resultaba repelente. O eso había creído hasta entonces. Tatuajes, pírcings, barbas descuidadas... ¿Cómo podía ser que aquello la hiciera sentir de esa manera?

¡Ni le gustaba ni pegaba con ella!

Había intentado resistirse a aquel sentimiento absurdo. Si lo pensaba con atención, aquellos chicos le parecían incluso amenazantes.

Ella no era nada transgresora. Al contrario, era tradicional, normal y corriente. ¿Cómo era posible que perdiera el control de sus emociones con personas así? No lo entendía. Pero era incapaz de evitarlo.

Si se imaginaba con un hombre duro, oscuro y dominante, aunque exudara la palabra «peligro» por todos sus poros, algo se desataba dentro de sí.

Que alguien así fuera inaccesible y soberbio era parte de su encanto, y que además se enamorara de ella, su secreta fantasía.

Solo con recordar el beso de Raúl en la fiesta de final de primero de bachillerato se le aflojaban las rodillas. Quería repetir el subidón que había experimentado.

—Que si ya has terminado el libro que te dejé —le repitió Clara cuando vio que Laura no le contestaba.

—Perdona, estaba distraída. Pues...

Se calló de repente cuando vio que el mismo Raúl con el que estaba fantaseando se encontraba frente a ella apoyado con indolencia en el capó de un coche. Con una camiseta que dejaba a la vista unos bíceps musculados y marcados, y el tatuaje de su brazo izquierdo.

Se quedó sin respiración.

—Hola, nena.

—Ho... hola.

Laura se atusó el pelo, nerviosa. Clara hizo una mueca que no podría pasar por un saludo y arrugó la nariz como si por allí oliera mal.

—Te estaba esperando —dijo ignorando por completo a Clara—. Me he tomado la molestia de quedarme hasta que salieras.

Laura admiró la seguridad con la que había hablado sin ni siquiera percibir un ápice de la prepotencia de sus palabras. Le maravillaba que no hubiera utilizado ninguna excusa para justificar su presencia. La quería ver y lo admitía sin tapujos. Ella hubiera dado diez minutos de explicaciones inconexas si el caso hubiese sido al revés.

—Ah... pues gracias... —balbuceó con una sonrisa boba, aunque no tenía muy claro qué decir en una conversación que la tenía descolocada por completo.

Como estaba centrada en Raúl, no vio que su amiga se cruzaba de brazos en un claro gesto de incomodidad.

—Te invito al cine esta tarde. Estrenan una película que quiero ver.

A Laura le dio un vuelco el corazón. ¿Raúl quería salir con ella?

—Me encantaría... —aceptó ruborizada.

—¿Qué haces hablando con este imbécil y por qué te estás planteando ir al cine con él?

—Eh, tía... qué borde eres... —se quejó Raúl mirándola con desprecio.

Laura suspiró. Ya sabía que a ninguna de sus amigas le cuadraría que una chica como ella quisiera estar con un chico como él. Pero quería ser valiente. Poder salir con quien le diera la gana, aunque fuera alguien distinto a lo que esperaban los demás.

—¿Dónde quedamos? —preguntó en un susurro con la sensación de que estaba traicionando a su amiga.

Raúl aún miró un momento a Clara con superioridad, como si hubiera vencido una batalla, y contestó:

—En la estación.

Laura ocultó su desencanto. ¿No la pasaba a buscar por casa? Bueno, casi que mejor. Su madre tampoco estaría muy contenta con aquello.

—¿Qué película vamos a ver?

La miró con una prepotencia canalla.

—Un poco tarde para preguntarlo, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que has aceptado venir conmigo sin saber qué película era, así que sé que, en realidad, te importa una mierda cuál sea.

—¡Hasta aquí! —gritó Clara—. Pero tú, ¿quién te has creído que eres?

Raúl se carcajeó, como si el enfado de Clara fuera insignificante para él.

—Alguien a quien le apetece salir con Laura y no lo disimula con preguntas absurdas.

Laura había enrojecido de apuro.

—Allí estaré —dijo sin más, incapaz de arreglar aquella situación.

Clara le tiró del brazo para llevársela antes de que hiciera más el ridículo.

—¿Pero tú estás tonta o qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

Laura se encogió de hombros. No sabía cómo explicarle que algo visceral e incontrolable se apoderaba de ella en su presencia.

—Pero ¿tú sabes quién es?

—Raúl —musitó.

—Ah, sí, claro, Raúl. ¿El mismo que ha salido con cada idiota que se ha creído sus

mentiras? ¿El mismo que después se jacta de lo que ha hecho con cada una?

—Yo... —No le gustaba discutir con Clara—. Quizás no sea tan así como lo pintan. Tal vez hayan exagerado y solo hayan hablado mal de él por despecho.

—¿Estás actuando como todas estas chicas que al final se lamentan por haberle creído! A ver, Laura, ¿has oído lo que te ha dicho?

—Me ha invitado al cine. Lo cual es muy amable de su parte.

—¿Como no dejes de decir tonterías te doy una torta! A ver si espabilas.

—Pero...

—Pero nada. ¡Este tío es un mentiroso, un narcisista y un prepotente!

—No hace falta que grites —susurró agobiada.

—Es mentiroso porque te hace creer que le interesas. Y desengáñate, solo te quiere para una cosa.

—¿Y si yo quiero lo mismo? —preguntó con una seguridad que no sentía.

—Ah, perdona —masculló con ironía—, ¿quieres que te mienta diciéndote que eres importante para él, distinta a las demás y que luego te trate de la misma forma que ¡todas y cada una de las chicas con las que ha estado!?

—Quizás sea verdad, y yo sea distinta.

—Es evidente que tú eres diferente. Eres mi mejor amiga. Y te quiero. ¡Pero él no lo ve!

—Te estás poniendo demasiado dramática. No estoy pensando en que me pida matrimonio...

—Por suerte, pero te hará daño. ¿Por qué de repente te ha invitado al cine?

—Bueno, es que en la fiesta nos besamos...

Clara se detuvo de golpe y la cogió por los hombros.

—¿Que te besaste con ese imbécil y no me lo dijiste?

—Fue la noche que murió mi padre...

—Lo siento —susurró—. Pero ha pasado todo el verano. ¿Y ahora le apetece ir al cine contigo?

—A lo mejor ha estado ocupado...

—¡Sí! Tirándose a otras incautas.

—No, lo de hoy ha sido espontáneo. —Intentó convencerla—. Y la espontaneidad es un plus.

—No en este caso. Y además solo ha pensado en sí mismo. En que quería ver una película. Seguro que nadie lo ha querido acompañar y has sido su último recurso.

Laura estaba a punto de llorar. No le gustaba que su amiga la estuviera riñendo como si fuera una niña, y la realidad era que a ella le apetecía quedar con Raúl. Cuando Clara se dio cuenta, la abrazó con ternura.

—Sabes que te quiero y que me preocupo por ti, pero te aseguro que Raúl no es alguien de quien te puedas fiar.

—Sé que me quieres, pero a veces te pasas unos cuantos pueblos cuando psicoanalizas a la gente. Que quieras ser psicóloga no te da las claves para entender a todo aquel con quien te cruzas. Y lo que me has dicho me ha dolido.

—Lo sé, perdóname. Pero —le dijo levantando el índice a modo de advertencia— no salgas con él.

Sin embargo, Laura no estaba pensando en lo que era conveniente o no, tan solo deseaba ir a ver la dichosa película y pasárselo bien. Era un deber para con ella misma. Intentar ser sincera

con lo que le apetecía. Ser valiente. No dar mil vueltas a las cosas antes de actuar. Ser más espontánea. Seguir sus deseos sin frenarse ni castigarse por ello.

Avanzar.

Y fue. Claro que fue.

La película no estaba tan mal —y más teniendo en cuenta que no le gustaban las de la Segunda Guerra Mundial—, sobre todo desde que apareció en pantalla su ídolo Bon Jovi, porque, aunque el protagonista era Matthew McConaughey, ese niño bonito nunca le había gustado. Así que acabó disfrutando de la acción, de la tensión y de la puesta en escena de *U-571*.

Miró de reojo a Raúl, que parecía tan entusiasmado como ella. Estaba relajado, absorto, concentrado. No le había hecho caso en todo el rato.

Había sido una cita un tanto extraña.

Cuando empezaron a aparecer los créditos, Laura se levantó para abandonar la sala, no había nada más aburrido que ver el nombre de todo aquel que había participado en una película, pero Raúl la agarró de la mano y la hizo sentar otra vez. Como si en aquel momento no importara nada más que ella.

Sin ninguna delicadeza y sin previo aviso, deslizó la mano por debajo de su falda apretándole el muslo a la vez que la aplastaba contra el asiento y le metía la lengua en la boca.

Así, tal cual.

¿A qué venía aquello de repente?

Mientras la gente se iba levantando, iban cuchicheando qué les había parecido la película e iban tirando los cartones de las palomitas a la papelera, Laura notó aquel avance como una agresión. Las luces ya estaban encendidas, pero le dio igual: aquella situación le producía inseguridad. ¿Ella había provocado aquel comportamiento? ¿Aceptar una cita le daba derecho a que la tratara así? No quería que la tachara de niñata, pero aquello no le estaba gustando ni un pelo.

Aun paralizada de la sorpresa, y sin saber muy bien lo que debía hacer, intentó quitárselo de encima, pero Raúl no se dio por enterado. Siguió a lo suyo. De repente, todas las advertencias de Clara se iluminaron en la cabeza de Laura como luces de neón y tuvo miedo.

—¡Hola, Raúl! —Oyó que decía una voz jovial a sus espaldas.

Ella aprovechó para levantarse e irse. Pero se detuvo cuando oyó su nombre.

—¡Hola, Laura! No te había visto. ¿Os ha gustado la película?

Se giró y se quedó mirando a ese chico alto, moreno y con ojos verdes, que le sonaba, pero que no conseguía ubicar de lo nerviosa que estaba.

—A mí me ha encantado. Sobre todo, la escena en que están dentro del submarino esperando a que estallen las bombas que han tirado —siguió parlotando el chico, disimulando el asco que le había supuesto ver a Raúl intimidando a una chica.

—Álex, qué sorpresa —gruñó entre dientes mientras miraba a Laura con posesión para que no se moviera de donde estaba.

—Bueno, yo es que ya me iba —dijo para escabullirse.

Laura estaba tensa. Se había equivocado con Raúl, eso saltaba a la vista.

En ese momento, advirtió una mirada en ese chico que le decía que se fuera, que él retendría a Raúl. Y se relajó. Así que el tal Álex la estaba ayudando, y le sonrió apenas, lo justo para que

solo él viera que lo había entendido.

Álex, al darse cuenta de la conversación silenciosa que acababa de tener con Laura, redobló sus esfuerzos para apartar a Raúl de ella. Por primera vez desde hacía tiempo había conseguido hablar con una chica sin que le temblara la voz. Además, ese diálogo de miradas entre los dos había hecho que se comportara con más aplomo.

—Oye, Raúl, vayámonos a tomar algo tú y yo.

—Es que estamos en una cita, Álex, quizás nos estás interrumpiendo.

—Ah... pues no me había dado cuenta, disculpa —dijo con un tono de no sentirlo en absoluto y mirando a Laura para que se fuera de una vez.

—Por mí no lo hagas, Raúl —afirmó sin conseguir disimular el alivio que le producía poder irse de allí.

Raúl gruñó porque no quería imponerse más y quedar peor de lo que ya estaba quedando.

—Ya nos veremos en clase mañana —dijo Álex en aquel momento consciente de que ella no lo recordaba.

«Vale —pensó Laura—, era el nuevo de la clase; de eso le sonaba».

—Sí, ya nos veremos. Adiós, Raúl.

Los dos vieron como se alejaba con paso apresurado.

Álex no tenía intención de dejar que Laura volviera sola. Eran poco más de las siete. Tenía una media hora andando hasta la estación, y el próximo tren salía a las ocho y cuarto.

No quería que estuviera comiéndose la cabeza hasta que llegara a casa.

Sin embargo, antes iba a tener una charla con Raúl. No había querido dejarlo en evidencia delante de ella, porque, aunque le pesara, eran amigos desde pequeños. Sus padres se habían ido del pueblo cuando Álex aún no había nacido, pero habían seguido manteniendo contacto con algunos vecinos.

Y luego de tantos años, por cuestiones laborales, habían vuelto a aquella localidad, justo después de que él acabara el curso.

Su padre había abierto una sucursal del bufete de abogados cerca de allí y había aprovechado para instalarse en su pueblo natal.

Álex se había sorprendido del cambio que se había operado en Raúl en apenas unos meses. Y aquella versión grotesca de su amigo no le gustaba nada.

—¿Qué, satisfecho? —masculló Raúl cuando se quedaron solos.

—Es que no aprendes, tío. No entiendo cómo vas de castigador por el mundo escondiendo cómo eres en realidad. Un día de estos se te va a ir de las manos la tontería que llevas encima y vas a tener un problema de los que no se solucionan. ¿En serio no te has dado cuenta de lo asustada que estaba? ¿Qué necesidad tienes de ir de capullo por el mundo?

—No eres mi padre...

—No, por suerte, pero un día me voy a cansar de tus mierdas y voy a pasar de ti. Asúmelo, porque por imbécil que seas y por más tías que te tires, no vas a conseguir que Julia te haga caso. Tus amigos de verdad, y no los idiotas que te ríen las gracias, te aguantamos porque sabemos qué te pasa, pero todo tiene un límite, así que no estires tanto la cuerda porque se va a acabar rompiendo.

—Esto no es por Julia...

—No, qué va —respondió poniendo los ojos en blanco.

—La verdad es que Laura me gusta...

—Y las vacas vuelan.

—No, en serio.

—No, en serio tú —dijo amenazadoramente—. No te acerques a Laura. Es una buena chica que no merece que le hagan daño; suficiente ha sufrido ya.

—¿Y tú qué sabrás? Acabas de llegar al pueblo.

—Pues sí que lo sé. Mi madre y la suya se conocen, y la mía me ha contado que hace unos meses perdió a su padre, y no me da la gana de que lo pase peor por tu culpa.

—No me digas que te gusta... —se mofó.

Álex resopló por lo ridículo que le parecía.

Laura era muy guapa, era cierto. Una rubia con ojos azules al más puro estilo animadora norteamericana.

Pero desde esa mañana no se sacaba de la cabeza a una morena diminuta que se había caído por las escaleras y se había levantado con gracia y con la sonrisa más bonita que había visto nunca.

—En absoluto. Pero es una buena persona. O sea que mucho cuidado, o tú y yo tendremos un problema. Y no te quiero ver en la estación hasta que salga el tren de las ocho y cuarto.

—¿Y qué más? —rio jactancioso.

—Te lo advierto, estoy harto de ti. Esta noche no he podido dormir de los ronquidos de borracho que pegabas.

—Pobre niña delicada —se burló.

—La próxima vez atrévete a decirle a tu madre que vas mamado y no me pidas quedarte a dormir en mi casa. Así que hoy me lo debes; piérdete hasta que Laura y yo cojamos el tren.

Y sin esperar su confirmación se fue corriendo para alcanzarla.

Había llegado más lejos de lo que pensaba. Sí que se había dado prisa.

No pretendía asustarla más de lo que ya lo estaría, pero no quería que estuviera sola en esos momentos.

—¡Laura! —gritó en cuanto la vio.

Ella pegó un respingo. Aceleró el ritmo. ¿Era Raúl quien venía tras ella?

—¡Laura, para! Soy Álex.

Laura no se detuvo, pero empezó a caminar más despacio. Álex se situó a su lado con discreción andando junto a ella sin decirle nada, dejando espacio entre ellos más que suficiente para que entendiera que él no le iba a hacer daño. Parados en el semáforo, por fin se atrevió a mirarlo.

—Ah... hola, Álex. No... no te había visto.

Laura tenía las mejillas arreboladas, de la caminata o de la mentira, pero se la veía tan desvalida que Álex fingió que se lo creía.

—No te preocupes.

—¿Y... y Raúl? —Miró con disimulo a su alrededor a ver si estaba cerca.

—No te volverá a molestar. En el fondo es un buen chico que solo está pasando por un mal momento.

—Como todos... —susurró.

—Sí, es cierto. —Álex se dio una bofetada mental cuando recordó que la tontería de su amigo era una nimiedad si se comparaba con la desgracia de ella—. Pero él quiere aparentar que no le pasa nada, y entonces se comporta como un verdadero cretino.

Laura le miró dolida.

—No lo estoy justificando. —Levantó las manos para apaciguarla—. Es más, te diría que

no te acercaras a él. No se lo merece.

Caminaron sin decirse nada unas cuantas calles más. Laura se había sentido insegura por ir sola cuando ya había oscurecido, y más con el susto que tenía en el cuerpo. Así que, al estar junto a Álex, fue sosegando su nerviosismo y él fue sintiéndose bien por primera vez en mucho tiempo, capaz de controlar una situación.

El silencio que se instaló entre los dos invitaba a crear una complicidad que se inició en ese momento y que duraría muchos años.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó cohibido.

—Álex, ¿no? —contestó extrañada.

—Sí, sí. Pero ¿recuerdas que en agosto has acompañado a tu madre hasta mi casa?

Laura lo observó con atención intentando ubicarlo.

—Este verano no he estado muy centrada que digamos —se disculpó—. Pero entonces debes de ser el hijo de Natalia. Aunque nunca hemos hablado. Creo que no hemos coincidido.

Álex enrojeció.

—Ya... soy un poco tímido. Y las relaciones sociales no son lo mío.

—Bueno... yo tampoco estoy muy allá. Despistada como jamás había estado —se justificó—. Me sonabas, pero no recordaba de dónde. En clase no participas mucho.

—Es que no hablo demasiado, y como todos os conocéis de siempre... es difícil.

—Si lo prefieres, podemos caminar sin decirnos nada —lo calmó con una sonrisa.

—No, no... Me gusta hablar contigo.

Y Laura suspiró, confiada. Se sentía segura con él. Y él parecía que estaba a gusto con ella.

Quizás no se necesitaba nada más para empezar una amistad.

Después de bajar de los ferrocarriles, Álex insistió en acompañarla hasta su casa.

Silencios cómodos se alternaban con preguntas insignificantes.

—Así que te gusta leer..., y ¿qué estás leyendo ahora?

—*La carta esférica*, de Arturo Pérez-Reverte. ¿Lo has leído?

—No. ¿De qué va?

—Sobre la búsqueda de un barco que se hundió en el siglo XVIII.

—Suenan aburrido...

—En absoluto. Tiene mucha emoción, porque muchos van a intentar impedir que el protagonista lo encuentre. Esta noche no me voy a ir a dormir hasta que lo acabe. ¿A ti te gusta leer?

—Sí, pero prefiero pintar.

—¿Y qué pintas?

—Depende del momento. Adoro las hadas, los bosques, los elfos... Me gusta imaginar un mundo donde convivimos con seres mitológicos que se esconden de nosotros.

—Tendrías que leer *El Señor de los Anillos*, te encantaría.

—Ya me lo han dicho. Pero es un tocho enorme. Me da mucha pereza, la verdad. Aunque no descarto leerlo.

Álex se encogió de hombros. Era un lector ávido de la Tierra Media, así que, incluso si Tolkien hubiera escrito miles de páginas más, estaba convencido de que las habría devorado todas.

—Bueno. Ya hemos llegado.

—Gracias por acompañarme. No era necesario.

Álex sonrió tranquilo por primera vez en mucho tiempo delante de una chica.

—En serio, no me ha importado.

Laura esbozó una sonrisa dulce.

—Nos vemos en clase.

—Hasta mañana.

Cuando Laura entró en su casa, pensó en llamar a Clara para decirle que tenía razón, que Raúl era un indeseable, pero le amargaba admitir que había sido una tonta, y estaba tan contenta en ese momento que no le apetecía recordar el mal rato que había pasado.

Así que fue a buscar a su hermana, que estaba bailando en el gimnasio que tenían en la casa de al lado.

Su padre había adquirido tres casas pareadas juntas.

Sabía que el pueblo era pequeño y que era muy probable que sus hijas volaran lejos de ellos cuando se hicieran mayores. Estaba angustiado imaginando el momento en el que se fueran a la universidad. Por eso, les había comprado una casa a cada una donde en el futuro podrían formar su propio hogar. Su espacio personal, pero cerca de él.

Parecía una broma pesada del destino que, al final, fueran ellas las que lo echaran de menos cada día.

Así que salió de su casa y se fue a la que era de Noemí. Allí su hermana había montado un gimnasio para bailar, con un equipo de música y aislamiento acústico en las paredes. Ver cómo se movía era una fiesta. Todo lo que necesitaba en ese momento.

Mientras su hermana bailaba y reía, recordó la confianza que le insufló Álex en el cine y lo atento que había sido durante el camino de vuelta, y decidió que empezaría una gran amistad con el caballero andante que la había salvado de un dragón.

Álex llegó a su casa satisfecho. Raúl y él eran amigos desde que eran pequeños, pero de un tiempo a esta parte los dos habían cambiado. Él se quedaba sin saber qué decir cuando tenía a una chica delante y Raúl se había convertido en un depredador (o acaso solo lo fingía).

Habían jugado a los superhéroes cuando eran pequeños, y ahora resultaba, como en todos los cómics que se preciara, que el mejor amigo del superhéroe se había transformado en un villano.

Seguiría intentando sacar a Raúl del agujero en que se había metido, pero por encima de todo protegería a Laura de sus avances, y mientras tanto se salvaría él mismo de mudar en un ser invisible, aburrido y prescindible.

Trasladarse a aquel pueblo le había desarraigado en un momento en el que empezaba a disfrutar de más libertad e independencia para salir con amigos.

Al ser hijo único, que su entorno se redujera a sus padres, se le antojaba un poco duro. Se había consolado al creer que al menos tendría a Raúl, y resultaba que lo estaba evitando porque le daba vergüenza ajena.

Álex imaginó tener en su vida a una amiga como Laura, y pensó que sería estupendo, porque además de dulce y buena, era una chica tranquila con la que no se aturullaba.

Pero se durmió con una sonrisa en los labios, mientras recordaba a una morena de pelo

rizado que lo había dejado paralizado, sin palabras y muy alterado.

La cosa más bella (Eros Ramazzotti)

—¡Eh, Noemí! ¿Te animas a hacer un tres contra tres? —le preguntaron unos compañeros del instituto.

—No sé ni lo que es eso —contestó riendo.

—Un partido de tres jugadores contra tres jugadores...

—Vale, eso era evidente...

—En una sola canasta.

—Creo que no os conviene nada que juegue al baloncesto con vosotros. Diría que no he botado una pelota en mi vida.

—Seguro que sí —la animaban.

—Que no tengo ni idea. No voy a meter ni una...

—Queremos ver cómo te mueves en la cancha.

Aquello era un reto en toda regla. Y Noemí no se resistía a ninguno. Si la cosa iba de pasárselo bien, no había ningún problema, pero como fueran un poco competitivos, se iban a arrepentir de haberla invitado a jugar.

—Vosotros lo habéis querido... No sé quién va a ser el valiente que me quiera en su equipo, pero me apunto.

Álex pasaba por allí. Muchos alumnos iban a las pistas deportivas que estaban al lado del instituto durante el recreo. Él era muy alto y siempre le había gustado el baloncesto. Pero aquel día de noviembre se llevó una sorpresa al ver a la morena que siempre sonreía en un tres contra tres.

Parecía que todos la conocían. Cada vez que se la cruzaba, se quitaba los auriculares con los que se aislaba del mundo y la observaba, esperando a que fuera ella la que se fijara en él y empezara a hablar.

Pero no había manera.

Siempre estaba demasiado ocupada con un montón de gente a su alrededor como para ver más allá.

Y ahora la tenía frente a él. Quizás aquel fuera el día en el que ella se daría cuenta de que existía.

Se aguantó una carcajada cuando la vio concentrada, con la vista en el balón mientras intentaba botarlo, sin mirar a su alrededor. En segundos, otro jugador le arrebató la pelota. Pero Noemí seguía riendo como si el hecho de perder un balón no tuviera ninguna importancia.

Al cabo, un compañero le dio un pase, y a Noemí no se le ocurrió nada más que encogerse y apartarse de su trayectoria.

—¡Que la pelota era para ti! —le gritaron.

—¡Pensaba que había alguien detrás de mí que la cogería!

—Sí que había, sí, ¡pero del equipo contrario!

—Yo ya os he advertido de que esto no se me daba muy bien.

Sin embargo, se estaban riendo, sin reproches, y Noemí no se sentía en absoluto avergonzada.

Dispuesta a avanzar de una vez por todas hasta la canasta, cogió el balón con ambas manos

y se lo pegó al pecho mientras corría sin botar. Como si estuviera jugando al *rugby* en vez de al baloncesto.

—¡Eso no vale!

Álex negaba con la cabeza divertido. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Quiero probar a encestar por una vez!

—¡Que tienes que botar!

Pasando de los gritos, Noemí se paró ante la canasta. Se colocó bien, posicionó los pies, bajó la pelota hasta sus rodillas y la tiró en vertical con todas sus fuerzas.

—¿En serio? ¿Ni siquiera sabes apuntar al aro?

Álex jamás había disfrutado tanto viendo jugar tan mal a alguien, si es que a aquello se le podía llamar «jugar».

La pelota ni tan siquiera se acercó a la canasta.

—¡Uy! Por poco... —dijo Noemí riendo.

—No nos engañabas cuando nos has dicho que no tenías ni idea, ¿eh?

—No. Yo siempre digo la verdad. Y... podéis avisarme cuando queráis para jugar un partido. Estaré más que dispuesta a echaros una mano —bromeó guiñándoles un ojo.

—Ah... pero ¿has jugado con las manos? Pensaba que habías jugado con los pies... Qué desastre, Noemí...

Ella rio con abandono.

Álex pensó en cómo sería actuar siempre con seguridad y aplomo, aunque fueras un inexperto y no tuvieras idea de nada. No dejaba de admirar a aquella morena que, con su confianza en sí misma y sus eternas sonrisas, lo tenía embelesado.

—Hoy hace un frío que no se puede aguantar.

—Diciembre es lo que tiene —le contestó el camarero.

Álex se giró y vio a la morena que le tenía sorbido el seso. Estaban en el bar que había enfrente del instituto. Y ella estaba en la barra, de espaldas a él.

Álex intentó controlar el sonrojo de su rostro y ralentizar los latidos de su corazón. Cada vez que la veía, no podía evitar que su cuerpo reaccionase con anhelo y timidez. Quería presentarse, pero le superaba hacerlo. Solo, imaginaba situaciones más que inverosímiles para acercarse a ella. En cambio, cuando la tenía cerca, como en aquel momento, permanecía paralizado de la impresión.

—¿Me pones un chocolate caliente? Me voy a congelar... —dijo Noemí mientras frotaba sus manos para entrar en calor.

Cuando fue a buscar el monedero para pagar su consumición, se dio cuenta de que se lo había dejado en casa.

—¡Ay! Que no llevo dinero... ¿Cómo puedo ser tan despistada? —se lamentó—. Lo siento.

Álex vio su oportunidad para dirigirse a ella. Él le daría el dinero que le faltaba.

—No he podido evitar... —empezó casi sin voz.

—No te preocupes —le dijo el camarero antes de que Álex pudiera seguir—. Me lo traes mañana, que hay confianza.

«¿En serio? —se lamentó—. ¿Incluso aquel camarero tan antipático con los alumnos le decía que no importaba que le pagara al día siguiente?»

Era alucinante. Y él, incapaz de encontrar el valor siquiera de saludarla. Maldita timidez. Noemí sonrió encantada.

—Pues muchas gracias.

Empezó a tomarse el chocolate, soplando para templarlo, mientras Álex pensaba en cómo iniciar una conversación.

Pero antes de que encontrara el valor suficiente para ello entraron más compañeros en la cafetería.

—¡Noemí, te estábamos buscando! ¡Ha empezado a nevar!

—¿De verdad? Esto no me lo pierdo.

Se acabó el chocolate con rapidez, se enfundó los guantes y salió corriendo.

Aunque tuviera frío, Noemí no se frenaba a la hora de pasárselo bien. Y él quería conocerla de una vez. ¿Cuándo llegaría el día en que se arriesgaría a hablar con ella?

Cada detalle que descubría de su carácter lo fascinaba hasta tal punto que quería seguir sabiendo más.

Hervía de impaciencia.

El último día del trimestre antes de las vacaciones de Navidad, el acontecimiento del año iba a tener lugar. Por fin, Álex (y el instituto entero) vería bailar a Noemí. Los alumnos que participaban estaban exultantes y los que no habían querido formar parte de aquello se lamentaban en secreto por no haberse apuntado.

Álex no se arrepentía en absoluto. Solo tenía una burbujeante necesidad de verla en movimiento.

Durante todo el trimestre se había ido haciendo el encontradizo.

No se atrevía a iniciar ninguna conversación con ella, y quería forzar que fuera Noemí la que se dirigiera a él. Pero estaba empezando a pensar que en su presencia se volvía transparente o, peor, invisible.

¿En serio era tan anodino que aquella maravillosa morena era incapaz de reparar en él?

La sala de actos estaba abarrotada de alumnos y de padres. En un pueblo pequeño como aquel, acontecimientos de ese tipo eran un reclamo para todos.

Cuando se apagaron las luces y se iluminó el escenario, un silencio reverente inundó el lugar.

Y Álex no tuvo ojos para nadie más que para la morena de sus desvelos, que apareció vestida con un corpiño blanco y una falda roja muy corta, ejecutando movimientos sinuosos y elegantes al ritmo de la *Danza húngara* de Brahms.

Tenía entendido que solo bailarían las canciones de *West Side Story*, y resultaba que Noemí había ideado una puesta en escena en la que, además de las míticas canciones del musical, mostraba otro tipo de batalla de bandas.

Aquella tarde, en vez de Sharks contra Jets, la lucha era entre bailarines de danza clásica y de bailes latinos.

Noemí había ido apareciendo en casi todos ellos.

Y a tenor de cómo la miraban el resto de compañeros en el escenario, suponía que estaba marcando los pasos y les estaba dando seguridad para que no se perdieran u olvidaran qué tenían que hacer.

Había cerrado el acto vestida con unos pantalones ajustados de cuero y un top verde con el que enseñaba el ombligo bailando *What a girl wants* de Christina Aguilera.

Álex no recordaba cuándo dejó de aplaudir ni cómo salió del instituto ni si había cenado al llegar a su casa o si había ido directamente a su cuarto.

En su cabeza solo existía Noemí bailando y sonriendo. Y no quería fantasear con ella porque entre ellos había una distancia brutal e infranqueable de cuatro años.

Aunque detener sus pensamientos era algo que aún no había logrado. Y no era culpa suya si tenía una imaginación desbocada.

Total, en el fondo no hacía mal a nadie si su corazón palpitaba desenfrenado cada vez que recordaba su sonrisa.

Dime que me quieres (Tequila)

El primer día de instituto después de las fiestas de Navidad, Noemí se levantó con el pie izquierdo. ¿El despertador sonaba tan pronto siempre? Nunca le había costado madrugar, al contrario, le encantaba levantarse con tiempo para hacer estiramientos en su gimnasio y luego ducharse con tranquilidad.

Pero esa mañana parecía que le habían dado la vuelta a su cerebro como si fuera un calcetín. Había confundido algunos libros y había cogido los que tocaban para el día siguiente.

Cuando buscaba unas monedas para tomar un café y espabilar un poco, se dio cuenta de que también se había olvidado de las llaves de casa.

Y los lunes, tanto su hermana como su madre no llegaban hasta la noche.

Arrastrando los pies como si llevara cemento pegado en las suelas, fue al aula donde estaba su hermana. Se las pediría prestadas. Eran las 11 de la mañana y ya no aguantaba más. En cuanto acabaran las clases iría derecha a su casa y se echaría un rato a descansar.

Cuando entró en la clase de Laura, la dejó sin aliento un chico que estaba sentado en la primera fila.

Movía rítmicamente un pie. ¿Estaría escuchando música?

Era moreno, con el pelo un poco largo. Llevaba unos tejanos y una camiseta negra. Las piernas descansaban estiradas. Debía de ser alto a tenor de dónde le llegaban, y al tener los brazos cruzados sobre el pecho se le marcaban los bíceps.

¿Pero existían de verdad chicos tan guapos?

Noemí se sonrojó.

Verlo la había puesto muy nerviosa. Pensó en dar media vuelta —ya no recordaba qué había ido a hacer allí—, cuando él se giró y la miró. Sus piernas empezaron a temblar. Sus pies se anclaron en el suelo. No se podía mover. Los ojos verdes que la observaban le estaban taladrando el alma.

Laura la vio en aquel momento.

Al ir a su encuentro, pasó junto a él, y Noemí, al verlos a los dos en el mismo plano —a Laura y al adonis que había dejado de mover el pie y la estudiaba con curiosidad y con ¿ansia? —, se sintió poca cosa.

Chicos como aquel pegaban con alguien como su hermana, porque eran igual de guapos.

Tendría que intentar no babear por alguien tan espectacular. Como mínimo, procurar que no se le notara en exceso.

—Hola, ¿qué pasa?

—Que me he dejado las llaves en casa y estoy molida.

—¿Tú, molida? ¿Te encuentras bien? —dijo sorprendida.

—Como si me hubiera pasado un tren por encima.

—¿Tienes fiebre? —preguntó preocupada.

—Tengo la cabeza como si estuviera llena de serrín.

—Baja a conserjería, que llamen a mamá para que te dé permiso para salir y vete a casa.

—No, no. No te preocupes. No es para tanto. Pero cuando acaben las clases prefiero marcharme ya y no esperar a que vengáis por la noche.

Laura la abrazó y la miró con un poco de ansiedad. Desde hacía meses se había vuelto demasiado protectora con aquellos que quería.

Noemí adivinó por dónde iban sus pensamientos.

—Eh —reclamó llamándole la atención—. Estoy bien. Quizás me he resfriado, tal vez solo sea dolor de cabeza, pero no tengo nada más. Te lo prometo.

—Vale —dijo con debilidad.

—Y no vengas esta tarde a casa. Lo más seguro es que esté durmiendo. Si me encuentro peor, prometo que llamaré a mamá a la tienda.

—¿De verdad?

—Que sí, pesada.

Con las llaves en la mano no pudo evitar mirar de reojo al chico de la camiseta negra que las seguía observando, esta vez sin los auriculares puestos. Se forzó a apartar la mirada de su rostro y se despidió de su hermana.

Laura se quedó en el vano de la puerta, contemplando como Noemí se alejaba, cuando se acercó Álex.

—¿Quién es?

—Mi hermana. ¿No lo sabías?

Álex no se lo podía creer.

¿La morena que lo tenía obsesionado era la hermana de la que se estaba convirtiendo en su mejor amiga? No se parecían en nada.

—No me lo habías dicho.

—Ah, pues no sé. Creía que lo sabía todo el mundo.

—Soy nuevo.

—Ya no puedes poner esa excusa. Ahora, si no te enteras de nada, es porque te aíslas con esos auriculares que siempre llevas puestos. Esto se tiene que acabar, Álex. Ya lo hemos hablado. Debes relacionarte un poco más con la gente.

—No había venido a verte nunca, ¿no? —preguntó cambiando de tema.

—Se ha dejado las llaves y me ha pedido las mías. Estoy preocupada porque parece que no se siente bien.

Álex la miró, consciente de los fantasmas que acechaban a su amiga. Tenía que arrancar de Laura el temor que veía en sus ojos.

—¿Qué haces esta tarde?

—Tengo clase de inglés, pero estoy pensando en saltármela para ir a casa.

—Laura —murmuró cogiéndole de la barbilla—, no puedes seguir así. A tu hermana seguro que no le pasa nada.

—Sí, tienes razón —dijo riendo con falsedad—. Me preocupo demasiado. Iré a inglés —mintió.

—Te acompañaré...

—No hace falta —protestó contrariada de que hubiera adivinado sus intenciones de saltarse la clase.

—Yo creo que sí —contestó; y le dejó un beso en la mejilla y dio media vuelta para así evitar cualquier réplica que pudiera hacerle.

Laura se relajó, porque, aunque sabía que seguiría preocupada hasta que llegara a casa, en el fondo era consciente de que su hermana no tenía nada grave, que todo era culpa de su ansiedad.

Y saber que Álex la mantenía a flote, que la conocía lo suficiente como para estar a su lado

sin reproches, sin repetirle que lo que sentía eran tonterías, era maravilloso. Jamás pensó que alguien pudiera entenderla tanto y la ayudara sin intentar cambiarla ni un ápice. Únicamente acompañándola cuando sus miedos hacían acto de presencia. Él era especial y no tenía ni idea.

Álex se volvió a sentar en su sitio. Estaba mareado de la impresión de saber que Noemí era la hermana de Laura. Mil posibilidades para acercarse a la morena empezaron a bombardear su imaginación. Pero tenía miedo de hacer el ridículo delante de Noemí. Sentía pavor de que su timidez exacerbada lo dejara bloqueado ante ella.

—Álex, te estás agobiando en exceso con la selectividad —le dijo Laura cuando vio que otra vez la había ido a buscar a casa para ir repasando temas de camino al instituto—. Vas a sacar notas estupendas. No te preocupes.

Álex no sabía qué excusa más poner para pasar un rato con Noemí. Esperaba que Laura no acabara sospechando nada.

—Me ayuda ir diciéndolos en voz alta. Hablar solo en casa me da mal rollo. Parece que esté loco.

Laura miró hacia la puerta, impaciente.

—¡Noemí, venga, que llegaremos tarde! No sé por qué tarda tanto hoy...

En ese momento, Noemí salió con una sonrisa de oreja a oreja que enseñaba todos los dientes.

—¡Tachán!

Álex abrió los ojos sorprendido. Pero qué...

—¿Qué te has puesto? —preguntó Laura anonadada.

—¿Sabías algo de esto? —le susurró Álex a Laura.

—En absoluto. Si lo llego a saber, no la espero. Qué vergüenza, de verdad...

—Os estoy oyendo... —dijo Noemí divertida.

—No tengo palabras. Te superas cada día.

Noemí iba vestida toda de negro; con una camiseta muy ajustada y unas mallas.

Hasta ahí todo más o menos normal.

Pero en su torso había una gran cartulina blanca recortada con un círculo anaranjado en el medio que simulaba un huevo frito. En la cabeza llevaba una diadema con la misma cartulina de huevo frito (por suerte mucho más pequeña).

—El rey del Carnaval ha dicho... —explicó encogiéndose de hombros.

—Carnaval es este viernes, y hoy estamos a lunes —dijo Álex con cautela.

—Noemí, vas a hacer el ridículo vestida así. Ve a cambiarte, rápido, que te esperamos. No tardes.

—Que no me cambio. Hemos quedado así con los de la clase. Cada día de la semana iremos con un disfraz distinto.

—¿En serio tus compañeros van a ir así? —preguntó Álex anonadado.

—Claro.

—Te van a dejar colgada. Nadie se va a presentar con estas pintas. Al menos coge una muda para poder vestirte de persona normal —insistió Laura.

Noemí empezó a andar para que la siguieran.

—Qué sosos. Ya veréis como los de mi clase aparecen disfrazados. Vais a flipar.

Álex y Laura no dejaban de admirar la valentía de Noemí, que iba feliz con su absurdo disfraz de huevo frito. Cuando llegaron al instituto se quedaron pasmados.

Noemí gritó de emoción y echó a correr para abrazar a sus amigos. Había un numeroso grupo de alumnos vestidos de negro como ella y con cartulinas en el torso y en la cabeza con diferentes comidas: sushi, paella, galleta, *pizza*...

Álex no se lo podía creer, jamás había visto aquello en su instituto.

—¿Esto es normal aquí? —le preguntó a Laura.

—Qué va a ser normal. Esto es cosa de mi hermana que siempre la está liando.

Álex suspiró.

Él jamás sería capaz de vestirse de comida, y parecía que Noemí no tenía miedo a quedar en evidencia. Era imposible seguirle el ritmo.

Noemí se giró, buscó a Álex con la mirada y lo vio hablando con Laura.

Qué guapo era.

No conseguía evitar que se le cayera la baba delante de él. Esperaba que no fuera muy evidente, porque no quería que él se diera cuenta de nada. Era tan típico y tan patético que la hermana pequeña se colgara del amigo de su hermana mayor...

Suspiró y entró corriendo en el instituto con sus tres amigas. Las clases de esa semana prometían ser un poco más divertidas. Estaba deseando ver la cara que pondrían los profesores.

—¿Qué haces aquí?

Álex estaba delante del instituto, distraído escuchando música, cuando Noemí lo abordó de sopetón.

—¿Perdona? —preguntó cuando vio a Noemí callada ante él—. No te he oído.

—Que qué haces aquí plantado.

—Estoy esperando a Laura.

—Ah... Si quieres, puedo esperar contigo.

—Vale.

Álex se puso nervioso.

No recordaba haber coincidido con Noemí sin nadie más alrededor, y ahora que se cumplía su anhelo secreto no se le ocurría nada que decirle.

Noemí esperó a ver si él añadía algo más, pero ya se había dado cuenta de que Álex era tímido, así que, si quería una conversación, tendría que empezar ella.

Como sentía mariposas en la barriga y era la primera vez que estaba sola con él, no calibró sus palabras y al final le soltó lo menos adecuado.

—Ya no te pones rojo cuando me hablas.

Álex, por supuesto, enrojeció de repente, como si le hubieran prendido fuego a su cara.

Laura apareció justo en ese momento.

—¡Noemí! Discúlpate ahora mismo. ¿Qué tienes en la cabeza para decirle algo así?

Noemí no entendía el motivo de su reprimenda.

—Pero si me alegro por él...

—No lo estás arreglando. Cállate de una vez.

Álex no sabía dónde meterse.

—Lo siento —se disculpó Noemí—. ¿Te ha sentado mal? Lo decía porque...

—Que no insistas —la cortó Laura—. Deja el tema ya...

—Ahora me siento fatal —susurró triste—. Perdona...

—No te preocupes. Estoy bien —mintió.

—Yo... será mejor que me vaya... —dijo Noemí avergonzada.

—No. —Álex la cogió de la mano y la soltó enseguida; su toque ardía—. Nunca te disculpes por decir la verdad. Yo... soy un poco tímido. —Tragó saliva del esfuerzo que le costó sincerarse—. Pero me gusta que te sientas libre para decirme lo que quieras.

—De verdad que no quería hacerte daño —murmuró compungida.

—Estoy bien —repitió con una sonrisa temblorosa.

Álex esperaba que aquello no echara por tierra todos los esfuerzos que había estado haciendo hasta el momento para superar su timidez.

Entonces Noemí hizo lo que nadie esperaba, se lanzó a su cuello para abrazarlo.

—Lo siento de veras. Y no te preocupes —susurró en su oreja—, no volveremos a hablar de ello.

Laura negó con la cabeza.

—Déjalo en paz, Noemí, que lo estás agobiando.

Álex no sabía dónde meterse, aquel abrazo le había gustado demasiado y era una sensación peligrosa. Notaba las mejillas ardiendo; era absurdo pretender que aquello no lo había alterado.

Noemí también enrojeció.

Lo había abrazado porque se había sentido mal, pero durante el abrazo notó sus pectorales duros, lo fibrado que estaba, el olor que desprendía su cuerpo, y se asustó de lo que le hizo sentir.

Había admirado a Álex desde el momento en que lo vio. Durante todas las mañanas que pasaba por su casa para ir con su hermana al instituto había tenido la oportunidad de conocerlo, y ahora lo había tocado. Y no quería parar. Su corazón latía desenfrenado y no se podía enfrentar a ello estando él delante.

Noemí sentía crecer cada vez más sus sentimientos por Álex. Se había acostumbrado a su conversación tranquila, a su hablar pausado. A lo que no se había habituado era a su verde mirada, que la seguía dejando sin aliento cada vez.

Vio a un compañero de clase y aprovechó para escabullirse.

—¡Toni! ¡Espérame! —gritó—. Hasta luego —les dijo apresuradamente.

—Discúlpala, no filtra —dijo Laura apurada.

Álex se encogió de hombros. En aquel momento no podía articular palabra. Había temido aquel instante. Quedarse bloqueado ante Noemí. No poder hablar. Sonrojarse.

Y había sucedido, y no había sido tan terrible.

Vio que Noemí abrazaba a su amigo y sintió un pellizco en el corazón. ¿El abrazo que le había dado Noemí no había sido tan especial para ella como lo había sido para él? Quizás no tenía que buscar ningún significado oculto en aquel contacto físico que tan nervioso lo había dejado. Tal vez Noemí acostumbraba a abrazar a todo el mundo.

No tenía ni idea de qué había en Noemí que lo empujaba a querer estar junto a ella. No entendía lo que le estaba ocurriendo. Solo sabía que estaba a gusto con ella.

Y quería más.

Bonito es (Los Sencillos)

Álex había meditado mucho sobre cómo hacer aquello. Quería acercarse a Noemí un poco más. Estar con ella cada mañana de camino al instituto los diez minutos escasos que duraba el trayecto ya no era suficiente.

Sus avances para superar su timidez iban bien.

Laura era una amiga estupenda y lo había obligado a que se relacionara con más compañeros de clase. Según ella, no era sano tener un solo amigo en la vida.

Podía decir con seguridad que él jamás sería el alma de una fiesta, pero era verdad que contar con más personas a su alrededor le estaba haciendo bien. Ya no se le hacía un mundo hablar con la gente.

Así que se le había ocurrido que la música podría vincularlos. Él la había utilizado para esconderse. Noemí, para expresarse.

Y ahora quería regalarle música para declararle los sentimientos silenciados que tenía por ella. Necesitaba hablarle a través de las letras de las canciones.

Noemí salía de clase con unas amigas. Se reían con abandono, y los compañeros que pasaban cerca de ella se contagiaban de su buen humor. Debía de ser increíble tenerla siempre cerca. Ansiaba sentirla a su lado constantemente.

Álex estaba apoyado en la barandilla de las escaleras. Esperándola. Nervioso.

—¡Hola! —saludó en cuanto la vio.

Noemí tragó saliva. Aquellos ojos verdes le anulaban el sentido. Cada mañana intentaba mirarlo lo menos posible, porque sabía que, si se perdía en sus ojos, lo más probable es que no pudiera decir nada coherente.

—¿Está bien mi hermana?

—¿Laura?

—¿No vienes a decirme algo de ella?

—Ah... no. Quería hablar contigo, si no te importa.

—Enseguida voy con vosotras. Luego os alcanzo —les dijo a sus amigas que los miraban con curiosidad.

Noemí estaba nerviosa; como no disimulara mejor, se le iba a notar un montón que estaba por él.

Álex admiró la normalidad con la que lo trataba Noemí; con la misma familiaridad con la que se relacionaba con todo el mundo. Ojalá él pudiera apaciguar los latidos de su corazón y fuese capaz de deshacer el nudo de nervios que sentía en el estómago.

—Te he grabado unas canciones. He pensado que quizás no las conoces y creo que pueden ir bien para tus coreografías.

Noemí no se lo esperaba. ¿Álex le estaba haciendo un regalo? No pudo evitar clavar su mirada en aquellos ojos verdes y se perdió en ellos. Se permitió un instante. No más. No quería abusar. Pero, sin poder contenerse, se dejó llevar por todo lo que le hacía sentir y se lanzó a sus brazos. El último abrazo que le había dado le había gustado con desmesura. Y tenía ganas de repetir. Y repetir. Y permanecer entre sus brazos por siempre jamás.

Álex se sintió feliz y eufórico. ¿Podía estrecharla un poco más? «Tenía que parar», se dijo.

Ella solo tenía catorce años. No debía olvidarlo. Pero ojalá aquel abrazo durara una eternidad.

Noemí puso fin demasiado pronto a aquello. No quería que Álex notara que se había excedido unos segundos más de lo que se podría considerar apropiado.

Ambos estaban ruborizados. Ninguno se dio cuenta, preocupados como estaban de que el otro no apreciara su propio sonrojo.

—Muchas gracias —murmuró rompiendo el silencio.

—Quizás las canciones no te gusten. Son de hace unos pocos años. Igual no te suenan de nada.

—Me van a entusiasmar. Seguro. Las escucharé hoy mismo. Ya tengo ganas de bailar con ellas.

—Bailas genial. Es increíble verte —contestó envalentonado por como estaba yendo todo.

—¿En serio? La verdad es que me encanta. Me siento libre.

—No te veo yo muy contenida que digamos.

«¿Podía bromear con ella?». Álex jamás pensó que se sentiría tan suelto.

—Sí. Es cierto que no suelo reprimirme mucho. Pero con la danza alcanzo otro nivel. Tendrías que probarlo...

—No. Ni hablar —aseguró—. Tú te mueves en la pista de baile y yo en la de baloncesto.

—A mí este deporte se me da fatal.

—Lo sé. —Carraspeó—. Creo que te vi un día.

—Pues fliparías. Hice el ridículo de forma brutal —dijo riendo.

En aquel momento sonó el timbre para volver a las clases. Ambos estaban remisos a separarse.

—Bueno...

—Sí. Tengo que irme. Esto... sobre la música... No sé qué decirte. No me lo esperaba. Ni te imaginas la ilusión que me ha hecho.

No sabía con cuántas palabras más podría alargar ese momento. Ella, que no se callaba nunca, se había quedado muda de anhelo.

—Hasta luego —se despidió, aunque no se movió.

Álex no era capaz aguantarse las ganas de besarla. Sabía que no debía hacerlo ni pensarlo ni recrearse imaginándolo, pero lo necesitaba.

Se acercó muy despacio, apoyó las manos en su cintura y se inclinó hacia ella.

Noemí estaba paralizada.

Su corazón empezó a golpear salvajemente contra sus costillas. Sus pupilas se dilataron con avidez para no perderse ni un ápice de aquel momento. Su cuerpo reaccionó sin pensar y se pegó al torso de Álex.

Él rozó la mandíbula de Noemí con su mejilla y no pudo evitar inspirar el olor frutal que desprendía. Se atrevió a dejar un beso en la piel de su rostro, a un mundo de sus labios. Fue tan lento que todos los matices de aquella caricia quedaron grabados a fuego en su memoria.

Tan despacio como se había acercado, empezó a alejarse, incapaz de dejar de observarla.

—Espero que te guste. —«El beso»—. La música, quiero decir.

Y Noemí, sin poder ni querer reprimirse más, aprovechó para darle otro abrazo de despedida. Inhaló el perfume de su piel o de la ropa o de lo que fuera aquello que la hacía temblar. Y se separó antes de que Álex le dijera que lo estaba agobiando con tanto abrazo.

Él la había besado y ella lo había abrazado.

Estaba segura de que para él no había sido igual de alucinante que para ella. Pero se sentía

eufórica. Y se fue corriendo sin mirarlo siquiera, porque estaba demasiado sofocada y su cordura iba a peligrar si se perdía en sus ojos.

Álex sonreía mientras la veía alejarse, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

Aquella grabación de música fue la primera de muchas más que Álex le fue regalando. Y en cada encuentro más cómodos se notaban y más ganas tenían de estar juntos.

Se sucedieron besos en la mejilla y abrazos camuflados de amistad que solo se daban cuando no había nadie más.

Álex deseando más y refrenándose porque Noemí solo tenía catorce años.

Y Noemí deseando más y refrenándose porque le daba miedo que todo aquello solo estuviera en su cabeza, y Álex solo fuera amable con ella por ser la hermana pequeña de su gran amiga.

Aunque, sin poderlo evitar, cada uno, por separado, se fue haciendo ilusiones.

Y entonces llegó el verano que lo cambió todo.

Mediterráneo (Los Rebeldes)

Noemí estaba en el paraíso, tendida en la arena junto al mar.

Hacía escasos minutos que habían luchado en el agua. Cada chica se había encaramado a los hombros de un chico para intentar tumbar a sus oponentes.

Teniendo en cuenta que Noemí era la más bajita y Álex el más alto de todos, habían hecho pareja para equilibrar altura frente a los demás. Y Noemí había logrado concentrarse en tirar al agua a Laura y a Clara para olvidar que estaba encima de Álex, tocándolo, mientras él la sujetaba por la cintura.

Habían ganado, por supuesto. Tanto su hermana como su amiga eran tan delicadas en sus ademanes que no se habían empleado a fondo.

Y cuando había bajado deslizándose por la espalda de Álex y lo había abrazado para celebrar su triunfo, una sensación perturbadora se había apoderado de ella.

El bikini que llevaba le pareció entonces muy escaso y muy pegado a su cuerpo. Se sintió demasiado desnuda en todos los sentidos, y temió que sus sentimientos ocultos fueran excesivamente evidentes.

Álex no había querido salir del agua. Había dicho que iba a desentumecer los músculos nadando un poco. Pero en realidad estaba turbado por lo que Noemí le hacía sentir.

Ella había necesitado irse a tumbar en la arena. Estaba abrumada. Le urgía alejarse un rato de él para no sucumbir a su mirada, para que no se notara que cada vez le costaba más disimular lo que Álex provocaba en ella.

Ambos habían precisado de unos momentos a solas.

Noemí se concentró en admirar el paisaje para sosegar la agitación que la embargaba. La luz del sol resplandecía sobre el agua. Oía el sonido de las olas rompiendo contra la orilla y el graznido de una gaviota a lo lejos.

Inspira. Expira.

Cerró los ojos para recordar cómo había llegado hasta allí.

Laura había terminado el instituto y, junto con Clara, ideó un plan especial para celebrarlo: ir al apartamento que los padres de su amiga tenían en la playa.

Luego Laura cayó en la cuenta de que serían unas vacaciones demasiado estupendas para que su hermana se las perdiera. Y pocos días antes de ir para allá, incluyó en el plan a Álex, que preguntó si se podía apuntar con un par de amigos.

Y ahí estaban: seis compañeros disfrutando del sol.

Cuando Noemí se enteró de que también venía Álex, había tenido sentimientos encontrados. Por un lado, no le cabía en el pecho la excitación que sentía, pero por otro había pensado que estaría un poco desplazada, ya que, aunque los conocía a todos, en realidad eran amigos de su hermana.

En el fondo sentía que era demasiado pequeña, ya que les separaban cuatro años. Aún seguía en la ESO y ellos estaban a punto de ir a la universidad.

¡Se encontraban a un mundo de distancia!

Su hermana la había mirado incrédula cuando le confesó que quizás no pegaba con ellos.

—¿Ahora me sales con estas? —había dicho divertida—. Pero si en el instituto la mayoría

saben quién eres. ¿No te dio vergüenza bailar delante de todos y ahora te entra esa timidez que nadie había advertido que tenías?

Noemí había suspirado resignada.

¿Cómo explicarle a su hermana que el apuro era porque deseaba pasar unos días con Álex y le daba miedo no estar a la altura?

Álex estaba siendo muy considerado con ella, pero, si lo analizaba bien, era imposible que él pudiera sentir algo más. Tenía que asumir que las atenciones que le prodigaba eran por ser la hermana menor de su mejor amiga.

Aunque a veces parecía que sí era posible.

El día anterior habían ido juntos a comprar un poco de pan, y él le había regalado una flor. No conseguía dejar de recordar ese momento.

«—Qué rápido que están pasando estas vacaciones —había dicho apenada—. Nunca pensé que me lo pasaría tan bien. Y ahora ya no os veré más por el instituto.

»—Podemos quedar siempre que quieras. Aunque estoy seguro de que serás tú la que no querrás estar con unos viejos como nosotros —había dicho Álex en broma, pero expresando uno de sus temores.

»—Todos vosotros vais a ir a la universidad; soy yo la que no tiene una vida interesante —había respondido con fastidio.

»—Noemí, tú haces todo sea maravilloso —había dicho sonrojado sin mirarla.

»Cuando pasaron por delante de una floristería, Álex no se lo había pensado dos veces y había entrado a comprar una flor, una única flor sin arreglar, del mismo color fucsia que la camiseta que ella llevaba.

»Se la había colocado en la oreja con delicadeza, disfrutando del momento de apartarle el pelo mientras se demoraba en acariciarle con sutilidad el cuello, y le había dicho:

»—Esta gerbera no deja de ser una margarita grande; sin embargo, es algo más. Le pasa como a ti: que de lejos se te ve pequeña y de cerca deslumbras. Eres preciosa; aún más bella por dentro de lo que ya lo eres por fuera...»

Unas gotitas empezaron a mojarle la cara y la sacaron de su ensoñación. Abrió un ojo y se encontró con la sonrisa de Álex que la estaba salpicando.

—¿Estabas dormida?

Álex había necesitado tranquilizar su cuerpo antes de salir del agua, pero lejos de ella sentía que le faltaba su compañía. Así que en cuanto pudo corrió a su encuentro.

—No, solo soñando —suspiró.

—¿Y qué soñabas?

—En unicornios viajando en arcoíris. —*En imposibles.*

—A veces no sé si me hablas en serio o me tomas el pelo —dijo mientras se sentaba encima de su toalla.

—Un poco de las dos cosas. —Sonrió.

Noemí se incorporó mirando el horizonte.

—Se está tan bien aquí... No me iría jamás... Las vacaciones se han ido volando.

«Ojalá pudiéramos estar todo el verano juntos», pensó.

Álex movía la arena haciendo y deshaciendo formas, como si sus dedos fueran un rastrillo. De repente se detuvo y cogió algo que examinó con atención.

—¿Qué has encontrado?

—Una piedra preciosa, mi bella princesa.

—Serás tonto... —dijo mientras le daba un manotazo en el brazo—. ¿Qué es?

—Una de las joyas que se han caído del arcoíris de tu sueño cuando paseabas con el unicornio.

Era la primera vez que Álex le hablaba así. Y no tenía muy claro por qué. Albergaba la esperanza de que le estuviera diciendo, aunque de manera absurda, que ella era especial.

—A ver...

Álex le dio lo que había encontrado: una piedra de cristal de la playa que la erosión de las olas había moldeado en una forma deliciosamente romántica.

—El verde es mi color favorito... —dijo emocionada, aunque no se atrevió a añadir que la piedra también tenía forma de corazón.

—Lo sé —respondió con toda la intensidad que se pudo permitir en un momento así—. Me gustaría regalártelo. Imaginar que sí es una joya de verdad.

Noemí lo observó intentando adivinar si había un mensaje oculto en su gesto, tal y como llevaba haciendo todas las vacaciones.

Álex no apartó sus ojos de los de ella, queriendo decirle sin palabras lo que significaba para él.

—¿Venís al agua? Vamos a hacer una carrera hasta la boya.

Noemí y Álex se apartaron el uno del otro con brusquedad. No se habían dado cuenta de lo cerca que estaban hasta ese instante.

El momento se había esfumado dejándolos a los dos frustrados e indecisos respecto a los sentimientos del otro.

Noemí cerró su mano protegiendo la piedra que le había regalado, y sin que nadie se diera cuenta la guardó en su bolsa.

Álex se levantó y se fue al agua, disimulando la turbación de no saber muy bien qué estaba haciendo. ¿Desde cuándo hablaba como si fuera un niño? «¿Bella princesa?».

El día menos pensado Noemí se reiría en su cara y con razón, y a ver cómo controlaba entonces su timidez.

¿Qué hubiera pasado si nadie los hubiese interrumpido? ¿La habría besado?

Cuando estaba cerca de ella, necesitaba tocarla, olerla, besarla, pero, cuando recuperaba el sentido común, se decía que aún era pronto, que tendría que dejar dormir ese primer amor que había sentido por Noemí en la arena de la playa, y que, cuando pasara un tiempo, desenterraría sus sentimientos para amarla como un adulto. No debía olvidar que en aquel momento ella era demasiado pequeña para él.

Noemí cogió la piedra que había guardado precipitadamente ahora que volvía a estar sola. La acarició percibiendo su suavidad.

Si hubiera sabido que su hermana se quedaría embarazada de Álex, habría dejado aquella simple piedra de color verde en forma de corazón en la arena de aquella playa paradisíaca.

En cambio, como no lo sabía, la apretó junto a su pecho y pidió un deseo.

No puedo vivir sin ti (Los Ronaldos)

Parecía que habían pasado años desde aquel momento maravilloso en la playa. Y solo habían transcurrido nueve meses. Un embarazo entero. Una vida gestada segundo a segundo en el vientre de su hermana, a un mundo de distancia de la esperanza de tener alguna posibilidad con Álex.

Noemí no lograba entender cómo sus ilusiones habían estado tan equivocadas. Ella que pensaba que Álex le correspondía y, en realidad, se estaba acostando con Laura.

La había dejado embarazada. Había asumido su papel de padre. Se había ido a vivir con ella.

La había destrozado.

Después de aquello, Noemí siguió con su vida como si no hubiera pasado nada, aunque estuviera rota por dentro. Y es que no podía confiar a nadie su pesar.

Siempre había creído que el amor, tal y como lo describían algunos escritores, era producto de una mente obsesionada, ingenua y un tanto irreal. Y se burlaba de las protagonistas que perdían la razón en cuanto veían al apuesto elegido de su corazón.

Y se tuvo que tragar sus palabras cuando conoció a Álex. La sangre de sus venas ardía cada vez que lo veía, y sintió peso y dolor en el corazón en el momento en que supo que no podía ser suyo.

Desde el embarazo de su hermana, le había dado por leer novelas de amor que acababan en tragedia.

Empezó con *Romeo y Julieta*, porque Álex y ella tenían la misma edad que los amantes más legendarios de la literatura cuando se conocieron: dieciocho y catorce.

Luego siguió con *Cyrano de Bergerac*, *Tristan e Isolda*...

¿En serio se había obcecado hasta ese punto? ¿Cuántas lágrimas había vertido en las páginas de aquellos libros? Con la excusa de llorar con los personajes, se había desahogado muchas veces abatida por la soledad que le provocaba su silencio.

Y llegó el momento que más temía.

Su sobrina Marina había nacido y tenía que ir a verla. Su madre y su hermana se habían ido de madrugada. Entre asustadas e impacientes. Ella se había quedado en casa, pero ya no había podido pegar ojo.

Preocupada por su hermana. Deseando que el parto fuera bien. Diecinueve años y parir. ¡Qué horror!

Aunque todo su mundo hubiera gravitado en torno a la barriga de Laura, ahora no podía desembarazarse de la necesidad de cortar el cordón umbilical del amor por su familia. Quería ser libre; vivir en una utopía donde no existiera la realidad que llevaba soportando desde el septiembre anterior.

Le abrumaba la sensación de no saber ni qué debía sentir ni qué sentía en realidad.

Estaba aterrada. Quizás no sería capaz de querer a su sobrina, y el bebé no tenía la culpa de que ella estuviera enamorada de su padre.

Desde que su madre le dijo que el parto había ido sin ningún contratiempo y que Marina era monísima, Noemí se encerró en su gimnasio a bailar. Sentía alivio, por descontado, pero también

nervios.

Con la música altísima, más que mover su cuerpo con armonía, ejecutaba movimientos eléctricos cargados de la energía que pretendía liberar.

Gritó, saltó, forzó sus músculos hasta que le quemaron. Tal vez el dolor de las articulaciones podría enmascarar la pena de su corazón.

Pero los minutos que pasaban no eran más que un recordatorio de que no estaba donde debía. Y se fue hacia el hospital.

Entró en la habitación de Laura de puntillas, a la hora de comer, con la esperanza de que solo estuviera su hermana; cuantos menos testigos hubiera de su visita, mejor; y así fue. La recién estrenada mamá estaba dormida y Marina descansaba en una cunita de plástico transparente.

Nada más verla, algo desconocido y cálido irrumpió en su pecho con la fuerza de un volcán. Empezó a llorar superada por ese nuevo amor que no había sentido nunca.

¿Cómo había podido pensar que no la querría? Aquella cosita diminuta, con los ojitos cerrados y la boquita fruncida, le robó el corazón al instante.

Aquella podría haber sido la hija que jamás tendría con Álex.

Basta.

—Puedes cogerla, si quieres —le dijo en aquel momento su hermana, que se había despertado.

Noemí respondió que no con la cabeza, demasiado sobrecogida como para poder articular palabra.

Tenía miedo de que se le cayera.

—No se te va a caer —le aseguró Laura como si le hubiera leído la mente.

Noemí se secó los mocos y las lágrimas con un pañuelo, y se acercó con las manos un tanto temblorosas a coger a aquella criaturita tan pequeña.

—No puedo parar de llorar. Es hermosísima —susurró Noemí.

Marina olía a dulce, y su piel era lo más suave que había tocado jamás. Le acarició el rostro con su mejilla. Maravillada.

En ese momento entró Álex, que la observaba desde la puerta. Qué distinto sería todo si su hija fuera también la de Noemí. Aunque ya no se podía permitir semejantes pensamientos.

En cuanto Noemí se dio cuenta de que Álex estaba allí se fue de la habitación.

—Os dejo solos. Ya vendré en otro momento.

—Pero si acabas de llegar —protestó Laura.

—No quiero molestar.

Laura miró la puerta cerrada. Con lágrimas en los ojos. Tenía que empezar a asumir que Noemí no estaría aquella vez para salvarla, y que su vida, a partir de aquel instante, sería su hija y Álex. Y no sabía ni por dónde empezar.

Después de aquel día, embriagada por el amor desconocido y cautivador que sintió por su sobrina, Noemí creyó que le sería más fácil ir aceptando aquella situación.

El cariño por Marina tendría que haber conseguido curar su dolor, pero al ver que nada cambiaba en su ánimo, pensó en un plan de huida.

Necesitaba irse de su casa. Ya no lo aguantaba más.

Había buscado otras opciones. Desesperada. Y no había encontrado ninguna que no implicara poner tierra de por medio.

Su única oportunidad de marcharse era estudiar una carrera en el extranjero, la que fuera que no se pudiera cursar en España. Necesitaba una excusa verosímil para alejarse.

Su cordura dependía de la distancia que hubiera entre Álex y ella.

La muerte de su padre cuando apenas era una adolescente marcó su vocación: quería ser médico.

Eso lo tenía claro.

Así que buscó una carrera que fuera parecida a Medicina, aunque imposible de realizar en su país.

Creía que no encontraría nada que le gustara; sin embargo, descubrió que existía el grado de Ciencias Biomédicas en Londres y suspiró de alivio. No trataría a pacientes, pero investigaría la cura de enfermedades.

Le valía.

Y esperó, triste, desanimada y resignada, a acabar el instituto para huir de su familia y empezar de nuevo lejos de allí.

Después del primer trimestre de estudios universitarios en Londres, estaba casi convencida de que había superado su tontería con Álex.

Alejarse había funcionado. Había logrado ser feliz con su nueva vida.

Ahora anhelaba volver a la normalidad con su madre y su hermana. Camuflar sus sentimientos y no poder ser sincera había supuesto una barrera en su relación. Sin embargo, creía que eso iba a cambiar.

Si su secreto ya no le dolía, podría volver a ser la que era con ellas, ¿no?

En aquel momento estaba otra vez en casa, para disfrutar de la Navidad. Con unas ganas que se le antojaban nuevas.

Solo había necesitado un poco de distancia. No tener que verlo cada día.

Había asumido que estaría mal para siempre, y no había sido cierto. En noventa días sin oír su voz, sin mirar sus ojos verdes, se había curado de su infantil enamoramiento.

Estaba radiante. Lo había conseguido. Podría volver a disfrutar de su familia sin pesar en el corazón.

Lo estaba deseando.

Su madre había oído el traqueteo de la maleta y se había apresurado a abrir la puerta.

—¡Hija! Cuánto te hemos echado de menos.

Noemí se deshizo en lágrimas de emoción y alivio.

—¡Tenía muchas ganas de volver! —dijo pegando saltitos sin poder contener la alegría que la embargaba.

—Pasa, pasa. No te quedes en la puerta. Y cuéntame.

—Mamá, que hablamos ayer. Como no te cuente cómo ha ido el vuelo... —le contestó con una carcajada.

—Ya... pero no es lo mismo. Vuélvemelo a explicar. Me siento orgullosa de tener una hija que se está desenvolviendo tan bien en una universidad extranjera.

Noemí seguía riendo, complacida.

Su madre le cogía los rizos, se los estiraba y los dejaba sueltos porque le encantaba que se encogieran como si fueran muelles. Adoraba que su madre le hiciera eso en el pelo.

—¡Oh! ¡Huelo a bizcocho recién horneado! Eso sí que lo añoro —suspiró.

—¿Al pastel? ¿Y a tu madre, no, locuela?

Así entraron en el comedor. Riendo desenfadadas y felices.

Pero allí, sentados a la mesa, ya estaban Laura y Álex.

El corazón de Noemí golpeó contra sus costillas una sola vez con una intensidad abrumadora. No pudo evitar llevarse una mano al pecho, cerrar los ojos de dolor y respirar hondo.

Después de aquel único latido brutal, su corazón se disparó cabalgando desbocado sin control alguno. Palpitaba por todos los latidos que había dejado a medias desde que se fue.

Había cobrado vida en cuanto vio los ojos verdes de Álex.

No podía ser. Si ella era feliz en Londres... Si se había fijado en otro chico... Si tenía amigas a las que ya quería... No necesitaba todo aquello.

Maldito Álex... Odiaba estar así por él.

Achinó los ojos y apretó la mandíbula, decidida a sacudirse de encima esa terrible sensación de impotencia que notaba en su presencia.

No le daba la gana seguir sintiéndose débil. Quería tener el control.

Así que se acabó el mostrarse arrastrada y apática. Se terminó el intentar ser amigos para disimular su dolor.

Su corazón era un traidor que latía desenfrenado ante Álex. Tendría que ignorarlo, despreciarlo si era preciso. Pero sacaría fuerzas de flaqueza. Aquello era un punto final.

Ella merecía ser feliz, con o sin Álex. Y como era imposible serlo con él, tendría que buscar otro camino. Y lo iba a conseguir. Como fuera. Aunque eso implicara espaciar sus visitas a casa o no volver a vivir en su país nunca más.

—Cuéntanos, venga —insistió su madre ajena a la agitación interior de Noemí.

—Pues, hay un chico...

Álex apretó los puños por debajo de la mesa.

—¿Y cómo es? —preguntó Laura.

—Guapo a rabiar.

—Ten cuidado —dijo Álex sin poder contenerse—. A saber qué querrá...

—¿Perdona? ¿Quién te has creído que eres para decirme nada?

Álex cerró la boca de golpe. Tampoco se disculpó. La miró con tristeza. Aun airada como estaba en aquel momento seguía siendo preciosa.

El corazón le había dado un vuelco cuando la vio entrar en el comedor riendo con su madre. Jamás se había podido resistir a su sonrisa. Y lo que más había temido —que Noemí encontrara su felicidad con otro que no fuera él— se había hecho realidad. Sentía envidia de aquel afortunado.

—¡Noemí! ¿Qué modales son esos?

—Es que me parece de lo más hipócrita que se atreva a darme consejos con lo que ha hecho.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? Hija, no sé qué mosca te ha picado.

En ese momento se oyó el llanto de Marina, que se había despertado de la siesta.

—Ya voy yo —dijo Álex, aliviado de tener una excusa para largarse de allí.

—¿Ya sabes coger a tu hija? ¿O eres de esos que deja que su mujer haga todo el trabajo?

Álex no contestó.

Por algún motivo que no alcanzaba a entender, Noemí estaba de mal humor y lo estaba pagando con él. Abrazar a su hija Marina le daría la calma que necesitaba en ese momento. Su pequeño tesoro. Su duendecillo moreno de pelo rizado.

Su hija no podría parecerse más a su tía. Era como una broma del destino. Aunque sus ojos eran del mismo azul transparente de su madre.

—Noemí —susurró Laura—, ¿qué te pasa?

—Nada —contestó sintiéndose miserable—. Es que me pongo nerviosa al pensar en todo a lo que has renunciado por su culpa —disimuló.

—No fue culpa suya. Más bien...

—No me lo expliques. No quiero saberlo.

—¡La reina de la casa! —dijo radiante la abuela cuando Álex entró en el comedor con Marina en brazos.

—¿Quieres cogerla? —preguntó Álex a Noemí.

Él era incapaz de tratarla con la misma frialdad con la que ella le había obsequiado. Jamás podría hablarle con desprecio. Pasara lo que pasase.

—Sí, gracias —contestó con la boca pequeña, avergonzada de lo que le había dicho antes, pero decidida a seguir tratándolo mal.

Noemí aspiró el olor de la piel de su sobrina. Tenía una divertida cara de pilluela y la había echado muchísimo de menos.

Con Marina le nacía un amor distinto al que jamás había sentido por nadie. Quería protegerla, achucharla, disfrutarla. Cada vez que estaba con ella, era como volver a su propia infancia porque veía las cosas a través de los ojos maravillados de una niña que estaba descubriendo el mundo. Sus sonrisas le derretían el corazón y sus lágrimas le estrujaban el alma.

Aunque solo fuera por ella, seguiría viniendo a su casa.

Era imposible dejar un cariño como aquel atrás.

Por Marina valía la pena todos los sacrificios que se tuvieran que hacer.

Aunque su corazón acabara magullado.

Voy a pasármelo bien (Hombres G.)

Seis meses después, Noemí había disminuido el volumen de sus sentimientos hasta casi silenciarlos, pero, en aquel momento, solo tenía ganas de gritar.

—¡Por fin!

Habían acabado los exámenes del primer año del grado universitario, y deseaba celebrar por todo lo alto el final del encierro. Y más que ninguna otra cosa, que ya no vivía el mismo país que Álex. Había dejado todo aquello atrás.

Fue con sus amigas Beth y Marie hacia el bar 54 de la calle Mile End, que estaba muy cerca de la Universidad Queen Mary de Londres donde estudiaban.

Una vez allí, Noemí bailaba desinhibida. Se sentía libre.

Entre risas, movimientos de caderas y gritos entonando canciones, vieron que había un grupo de chicas que pretendían echarlas de la pista mediante ejercicios acrobáticos que poco pintaban en un sitio así, pero que las hacía destacar.

—¿Has visto a quién tenemos al lado?

—Yo creo que se han escapado del *Cirque du Soleil* —contestó Marie con ironía.

—¿A estas nadie les ha dicho que un club de música no es lugar para hacer gimnasia? —se indignó Beth cuando recibió un empujón de una de ellas.

Las rubias habían logrado atraer la atención de los que allí estaban.

Tras un salto hacia atrás en una vuelta completa de una de las chicas, Noemí se plantó.

—Pues a mí no me da la gana.

—¿Qué quieres decir?

—Que no nos fastidian la noche en el 54. Que no nos van a echar de la pista unas tiparracas con ínfulas de artistas.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Las vas a empujar tú?

—Les voy a demostrar que somos mejores que ellas.

—No sé vosotras, pero a mí la gimnasia no se me da muy bien.

—No os preocupéis. Esto lo arreglo yo en nada.

Noemí se paseó por la pista, observando a las personas que se habían parado formando un círculo para dejarles espacio.

Se llevó la punta de los dedos a los labios y esparció sus besos con los brazos extendidos a los que allí se habían detenido a mirar como si fuera una deportista antes de hacer su exhibición.

—¡Ay, esta loca! ¿Qué pretende? —gimió Beth.

Dos de las rubias, al ver la expectación que estaba generando Noemí, se negaron a ceder su primacía y ejecutaron una especie de rueda que acabó con un salto con los pies juntos.

El público aplaudió y ellas se giraron hacia Noemí para retarla a que lo hiciera mejor, muy satisfechas con su actuación y demasiado seguras de que la morena que les quería quitar protagonismo lo haría de pena.

Noemí las contempló con diversión.

Esa noche se lo iba a pasar bien. Ese había sido su objetivo desde que salió de la residencia, y se dijo que eso no se lo iba a arrebatar nadie. O sea que volvió a repartir besos a brazos llenos, repitió la misma vuelta para saludar a su público y se colocó en medio de la pista. Levantó los

brazos hacia atrás, sacando pecho y arqueando la espalda y de repente se agachó, se dobló, puso la cabeza en el suelo y ejecutó una burda voltereta infantil en el sucio entarimado del club.

Mientras la música seguía sonando, Noemí se irguió con una enorme sonrisa en los labios, y reiteró su saludo.

La gente que estaba allí enmudeció para, a continuación, romper a aplaudir y a reír.

Sus amigas estaban anonadadas. Conocían a Noemí y las tonterías que era capaz de cometer, no obstante, nunca la habían visto hacerlo delante de tantas personas.

La discoteca entera seguía aplaudiendo y las nórdicas entendieron que la morena las había derrotado con una voltereta mal ejecutada, lo que las había hecho sentir ridículas.

—¡Noemí! ¡El suelo está hecho un asco!

—¡Esta es nuestra noche!

Aún se estaban riendo cuando Marie y Beth se quedaron con la boca abierta y la mirada fija más allá de la espalda de su amiga.

—¿Noemí? —dijo una voz masculina demasiado sensual para su propia seguridad.

Al girarse, vio a Björn, un estudiante de último curso que también residía en el Queen Mary. Alto, rubio, con el pelo desgreñado y un poco largo, unos transparentes ojos azules y barba de un par de días. El danés parecía un dios que había bajado a la Tierra para hacer babear a cualquiera que tuviera ojos en la cara. Habían coincidido a menudo en las zonas comunes de la universidad, y con frecuencia Björn le había pedido una cita que ella había rechazado.

Era guapo con desmesura y, por supuesto, muy creído; lo más normal del mundo teniendo aquel físico, vamos. A Noemí no le apetecía ser la conquista de nadie, sin embargo, no conseguía evitar que al verlo le temblaran las rodillas. Aquella cara y aquel cuerpo seguro que desafiaban las leyes de la física, porque eran tan perfectos que rayaban en lo imposible.

—¿Sí? —consiguió articular.

—Oye, me ha encantado la voltereta.

—Bueno, estoy segura de que no ha sido la mejor del mundo, pero, caramba, me apetecía un montón —dijo con una carcajada.

La risa siempre había sido su aliada para descargar tensión.

—¿Qué vas a hacer ahora que se han terminado las clases?

—Supongo que me iré a casa.

—¿Supones?

—Igual antes hago un viaje con Marie y Beth.

—Yo en una semana me voy de aquí. Se acabó mi época de universitario.

Oh.

«Siete días y ya no lo volvería a ver. Eso quizás cambiaba las cosas», pensó Noemí de forma calculadora. Björn era demasiado mujeriego para plantearse salir en exclusividad con nadie, y ella, aunque no quería un compromiso serio, sí que pedía un poco de respeto fiel mientras estuviera con alguien, y él era incapaz de dárselo.

Björn le había propuesto muchas veces que se acostaran juntos. La primera vez que lo hizo, ella se quedó en blanco, no se lo podía creer. Fue una petición de sopetón, sin venir a cuento y muy vulgar. Tan grosera que le dieron ganas de propinarle una bofetada por maleducado, presuntuoso y desconsiderado.

La segunda vez fue más tierno al pedirlo, más cortés; sin embargo, la proposición describía un sexo tan anónimo y tan frío, que Noemí no tuvo ningún problema en rechazarlo. Una cosa era que no necesitara tener una relación formal para poder intimar con alguien, pero, por favor,

practicar sexo en compañía debería implicar, al menos, conocer un poco a la persona que había en tu cama.

Un revolcón autocomplaciente no le resultaba más tentador que una sesión de sexo a solas. En esa ocasión, la negativa de Noemí no fue agresiva, aunque sí tajante.

Las siguientes veces se convirtieron en un juego en el que él le prometía fuegos artificiales y ella se negaba con mucho humor. Björn le echaba imaginación a las propuestas y Noemí apreciaba que su negativa no hubiera espantado al chico divertido que intuía que había debajo del caparazón de arrogancia con el que se vestía a diario.

Y con el paso de las semanas, y de la manera más inesperada, se hicieron amigos.

Él se sentía valorado por algo más que su físico, y ella se sentía el objeto de deseo de alguien, lo cual le subía su maltrecha autoestima.

A pesar de esa amistad construida sobre esos cimientos un tanto endebles, Noemí seguía sospechando que, en el fondo, él no había perdido la esperanza de que pasara por su cama, y Björn estaba convencido de que, a ella, en realidad, le gustaría estar entre sus brazos.

Y ninguno se equivocaba.

Noemí sentía que algo muy primitivo se apoderaba de ella cuando estaba a su lado. Deseo irracional. No obstante, siempre había considerado que acostarse con él era una pésima idea.

Hasta entonces.

El hecho de que Björn se marchara en una semana le daba carta blanca para hacer una locura. Y en aquel momento le apetecía que aquella fuese «la noche».

—*Pequeñaja* —empezó meloso como un tigre que esconde sus garras para camelar a su presa con aquel apodo en español que tanto la irritaba—, me encanta tu risa. Lo sabes. Muchas veces me he preguntado por qué siempre te estás riendo, y hoy, por fin, lo he entendido.

—¿Sí? ¿Qué es lo que has comprendido? —musitó arrullada por sus palabras.

—Que ves el mundo bajo un filtro de optimismo. Enséñame a hacerlo —le ordenó sensual.

Marie y Beth los miraban como si estuvieran en un partido de tenis. Si bien, después de ese comentario, tuvieron claro que quizás era mejor dejarlos solos.

—Esto..., Noemí, nos vamos a pedir bebidas a la barra, ¿quieres que te traigamos algo?

—Pues...

—A mí me gustaría irme contigo a algún sitio donde no haya tanto ruido. ¿Qué te parece? —susurró en su oído, lo que le provocó un estremecimiento.

Noemí miró a sus amigas con un interrogante en su gesto. Le apetecía mucho marcharse con Björn, pero habían salido para estar juntas.

—Por nosotras no te preocupes, si tienes ganas, vete. Nos vemos mañana.

—Está bien —aceptó—. Vámonos.

El aire fresco de fuera del local la despejó un poco. Esa bruma de sensualidad que siempre envolvía a Björn la había alcanzado, y esa vez no iba a resistirse. Porque él la deseaba también, ¿no?

—¿Ahora te quedas callada? —dijo con un enfurruñamiento fingido mientras le tocaba los labios.

—Yo..., es que estoy un poco confusa.

—¿Por?

—No tengo claro qué se supone que vamos a hacer.

La intensa mirada sin disimulos con la que la atrapó no dejó ningún lugar a dudas sobre cuáles eran sus intenciones. Las mismas que llevaba todo el curso intentando culminar —que se

habían escondido bajo capas de amistad, de diversión y de confianzas—, y que ahora quedaban al descubierto.

Su apasionamiento consiguió encender a Noemí, que dejó atrás cualquier pensamiento lógico y comedido que pudiera albergar, y se arrojó a su boca. No quería pensar más en lo que estaba haciendo.

Esa noche iba a pasárselo bien.

Muy bien.

Un espejo de cristal (Mecano)

Llegaron a la habitación de Björn entre besos y prisas. Noemí estaba muy lanzada hasta que vio la cama. Él tardó un poco en darse cuenta de que ella había disminuido la exaltación con la que lo besaba y que sus ojos no dejaban de desviarse hacia el lecho. Así que a duras penas consiguió detenerse, apoyar la cabeza en la frente de Noemí y susurrar:

—No pasa nada si deseas parar —se obligó a decir, aunque su corazón estaba acelerado de anticipación.

—¡No! «Querer» no quiero, pero... es que tengo un pequeño problema.

Él se tensó a la espera de que Noemí continuara.

—No he hecho esto nunca y no sé cómo hacerlo —le dijo valiente mirándolo a los ojos.

—¿Eres virgen? —preguntó alterado.

No podía ser cierto. Qué mala suerte.

—Ni que te hubiera dicho que tengo una enfermedad contagiosa —espetó.

—No es eso, es que... ¿vas a estrenarte conmigo?

—Sí, sí. Solo es que ahora estoy algo bloqueada y no sé cómo seguir.

Björn se separó un poco, necesitaba darse espacio para hablar con ella e ir calmando la excitación que sentía. No tenía nada claro cómo continuaría la noche. No le entraba en la cabeza que Noemí aún no lo hubiera hecho antes.

Era la mujer más atractiva que había visto jamás. Aunque era minúscula —no pasaría demasiado del metro y medio—, era muy sensual, con aquellos rizos oscuros que le daban un aspecto salvaje, sus ojos color café y sus labios en forma de beso. Era una fuerza de la naturaleza, impactante en alguien con un cuerpo tan pequeño y delgado.

Que esa diosa lo hubiera escogido a él para su primera vez después de haberlo estado rechazando durante todo el año era un completo misterio.

¿Quién entendía a las mujeres? Él no.

—¿Estás segura?

—Estás bueno. ¿Qué más podría pedir?

Se encogió de hombros con una indiferencia que no sentía mientras ahogaba una voz que amenazaba con salir gritando lo que en realidad deseaba.

—Bueno, quizás quieras esperar a enamorarte...

—Eh... no. Eso seguro que no —dijo sacudiendo su cabeza para que el dolor de rememorar su gran deseo no le arruinara la noche.

—Noemí, en serio, aunque me hayas dicho que sí, niégate a continuar cuando lo creas oportuno. Puedo parar en cualquier momento, incluso si ya hemos empezado. Prométeme que, si no quieres seguir, me lo dirás.

—Qué mono... De modo que debajo de esa actitud arrogante que tienes, ¿en el fondo eres buena persona y te preocupas por mí?

Björn negó con los ojos en blanco.

Ella lo miraba expectante, deseando dejar atrás las palabras para que solo sus manos pudieran hablar sobre su piel. Se sentía cohibida en su inexperiencia, pero ansiaba parar de pensar. Quería que Björn calmara su cuerpo, que en ese momento estaba erizado de impaciencia.

Él entendió su súplica y empezó a acariciarla con lentitud, la besó sin el desenfreno con el que habían llegado a la habitación. Con dulzura, intentando recuperar la complicidad que habían tenido.

Y Noemí volvió a tomar el camino que había perdido entre tanta conversación.

—Oye —exclamó medio ida por las sensaciones que le recorrían el cuerpo—, ¿puedo hacerte lo que me apetezca o tengo que ir preguntándote?

Björn soltó una carcajada, aliviado de ver que Noemí volvía a ser ella misma.

—Hazme lo que quieras, y si algo no me gusta te aviso. ¿Puedo hacer igual contigo?

—Es que tú juegas con ventaja y ya sabes de qué va todo esto. Yo voy a tener que seguir el método de prueba-error —suspiró frustrada.

—Toca lo que te guste, besa lo que desees, frótate cuando lo necesites y regálale a tu cuerpo lo que te vaya pidiendo. No hay más secreto que ese. Ser honesta con tus anhelos y procurar satisfacerlos.

—Fácil en apariencia e imposible la mayoría de veces —murmuró tan bajito que él no la escuchó.

Björn empezó a desnudarse; creyó que Noemí se sentiría más cómoda si era él el que se quedaba sin ropa primero. Ella le ayudó a deshacerse de la camiseta, y con los pectorales a la vista olvidó que además se estaba quitando los pantalones y los calzoncillos. Moldeó con sus manos los músculos del brazo. Y palpó los abdominales perfectos. Jamás había visto un cuerpo tan cincelado y se iba a estrenar con él.

Bien.

Al apoyar las manos en sus caderas se dio cuenta de que ya no tenía ni un hilo de ropa encima y ella aún iba vestida, aunque le sobraba todo. El sujetador le apretaba, no sabía si era porque sus pechos habían aumentado de tamaño en el interludio o porque su respiración alterada le pedía más oxígeno.

Y en aquel momento se dio cuenta de algo sumamente inquietante.

¡El miembro de Björn era enorme! ¡Gigante! Ella no había visto ninguno de cerca, pero le daba la impresión de que aquello no podía ser normal. Cuando lo tocó vacilante le sorprendió lo caliente que estaba, que estuviera tan duro y que fuera al mismo tiempo tan suave.

Björn empezó a desnudarla aprovechando que ella estaba absorta en su pene. Lo estaba acariciando con torpeza, aunque con gran delicadeza, como si lo estuviera observando con detenimiento para descubrir cómo reaccionaba a su tacto. Tal y como haría con un objeto que estuviera analizando en el laboratorio.

En el instante en que notó que él le estaba bajando los pantalones, se los quiso quitar de golpe en un alarde de confianza que en realidad no sentía, sin recordar que aún no se había sacado las converse. A puntito estuvo de caerse, pero Björn la sujetó *in extremis*. «Aquel no era el momento para hacer el ridículo, que bastante tenía con su inexperiencia», se riñó.

De manera que se obligó a concentrarse, y se quitó las zapatillas deportivas, los calcetines, los pantalones y las braguitas. Sin pensar. Si lo hacía rápido ya estaría hecho. ¡Qué difícil que era todo esto, caramba!

Estaba nerviosa.

En aquel instante deseó estar ya en la cama, con una sábana que pudiera tapar su cuerpo. De repente, se sentía demasiado desnuda, aunque todavía llevaba el sujetador y la camiseta, y no estaba segura de que lo que estaba sucediendo le estuviera gustando. Consideró absurdo taparse el pubis con las manos, dado lo que estaba a punto de pasar, pero es que se sentía incómoda. No

podía ni mirarlo. Todo lo que la excitaba de él, en ese momento lo percibía como una amenaza.

¿Qué estaba haciendo con un hombre tan desnudo por el que no sentía más que simpatía?

Mientras seguía absorta en sus propios pensamientos, Björn la acarició, y el respingo que pegó por la sorpresa hizo que se golpeará la cabeza con la pared que tenía a su espalda.

—No te preocupes —dijo él levantando las manos y aguantándose la risa, consciente de que Noemí estaba alterada—. Haremos lo que quieras. No hay un manual que seguir.

—Es que no sé...

Björn se dio cuenta de que estaba demasiado rígida y muy tensa, y decidió ir paso a paso con ella, no dar nada por seguro y aceptar que iba a tener sexo de una forma distinta a la que estaba acostumbrado.

Con ella no iba a funcionar ninguna de las cosas que hacía con otras chicas, no obstante, se prometió que conseguiría tranquilizarla porque la conocía y porque eran amigos. Tenía que improvisar algo nuevo, que estaba seguro de que no iría bien con nadie más que no fuera ella.

Sabía que Noemí muchas veces recurría al sarcasmo o a la risa si se sentía desbordada. ¿Necesitaba reír? Pues él le daría todo el humor que pudiera para que ella tuviera la suficiente confianza en esa recién estrenada intimidad.

Ese era un momento perfecto para demostrarle que, aunque él no pretendía tener ninguna relación, sí que se preocupaba por ella. Le iba a regalar una primera vez memorable. Como se merecía.

Quería forjar un recuerdo que con el tiempo le pusiera una sonrisa en la cara. O le inspirara ternura. O carcajadas. Se conformaba con que lo evocara con cariño.

De forma que empezó a calmarla con comentarios disparatados. Deseaba que fuera otra vez ella misma y no el cervatillo asustado que era en ese momento, que tuviera la seguridad suficiente para dejarse ir.

Así que le fue diciendo las cosas más absurdas para arrancarle una sonrisa mientras le acariciaba el costado. Le recordó cuándo descubrió que tenía cosquillas y dónde fue a parar el pudín que estaba en la bandeja cuando ella lo lanzó sin control por el aire.

Con las risas volvió la complicidad y el deseo que nublaba la vista de Noemí. La camiseta y el sujetador se unieron a las prendas que estaban tiradas por el suelo, se estiraron en la cama, y entre caricias y susurros se sintieron cómodos el uno con el otro.

Björn le mordisqueaba la oreja mientras le iba diciendo lo que le estaba haciendo.

—Tu piel sabe genial. ¿Notas lo duro que estoy?

—Tu culo —decía ella entre jadeos—. Tu culo...

—Mi culo, mi culo, ¿qué? —la provocaba.

—Culo. Prieto. Culo —balbuceaba.

—Noto tus pechos aplastados en mi torso. Creo que me están pidiendo atenciones.

—Brazos. Músculos —farfullaba ella de forma incoherente.

Noemí intentaba seguir las normas básicas que le había sugerido Björn: tocar, besar, frotar, pero había una gran, gran incógnita en forma de falo que no sabía cómo asumir.

Björn la estaba besando por todas partes. Y cada pellizco, cada mordisco que le daba con los labios le lanzaba impulsos eléctricos a su centro de placer.

¿Cómo era posible que su clavícula también fuera una zona erógena? ¿Cómo había hecho para que la caricia en su pecho la hubiera notado mucho más abajo?

Noemí yacía maleable, atenta a todo lo que le decía su cuerpo mientras admiraba y acariciaba el de Björn. Ese hombre era lo más hermoso que había visto jamás. Era perfecto. Y a

él sí que podía tocarlo.

Consciente de que el momento de la penetración se acercaba, se levantó de un salto a buscar sus propios preservativos.

Desde que Laura se había quedado embarazada —porque fue tan estúpida como para tener sexo sin protección—, compró una caja que iba renovando para que no caducaran. No quería encontrarse jamás con una situación semejante. A ella no le iba a pasar lo mismo.

Y cortó el pensamiento que siempre seguía al embarazo no deseado de su hermana.

Volvió a la cama con su caja de preservativos por estrenar con una mirada de triunfo.

—Vengo preparada —dijo con satisfacción.

—Me alegro de que seas una chica precavida, sin embargo, yo utilizo mis propios condones.

Noemí observó la caja desconcertada. ¿Les pasaba algo a los suyos?

—Es que he traído los míos.

Björn la miró con ternura.

Intuía que el motivo por el que llevaba sus propios preservativos era importante para ella, y no quiso que perdiera la confianza que le había costado recuperar y que estaba otra vez fluctuando en sus ojos.

—Soy todo tuyo.

—Es el primero que pongo; o sea, que tendrás que irme indicando... —dijo concentrada al máximo.

—Lo puedo poner yo.

—No, no. Quiero disfrutar de la experiencia completa.

A Noemí solo le faltaba colocarse las gafas que tenía para descansar la vista. Estaba tan concentrada en el pene de Björn como si estuviera ante un fenómeno de la naturaleza digno de estudio.

Y estaba dispuesta a investigarlo con detenimiento.

Björn se aguantó la risa al ver que cogía el preservativo y se lo ponía como si fuera un calcetín en vez de irlo desenrollando despacio a lo largo de su longitud. Pero para lo que no estaban preparados ninguno de los dos fue para lo que pasó.

Noemí estaba absorta colocándose cuando el látex, demasiado pequeño para el tamaño más que considerable de Björn, se enrolló sobre sí mismo y salió volando por los aires.

Björn no pudo aguantarse más la risa que llevaba conteniendo desde hacía un rato, y Noemí, que al principio había respondido con perplejidad, al final se había contagiado de lo absurdo de la situación.

—Por eso te dije que llevaba mis propios preservativos —explicó entre risas.

—¿Y eso? ¿Qué acaba de pasar?

—Sé que queda muy presuntuoso, pero tú misma lo has visto, necesito un tamaño un poco más grande que el de los preservativos estándar. Los normales me aprietan más de la cuenta.

—¿Me estás diciendo que mi primera vez va a ser con una talla XXL? —gimió asustada—. Yo ya la veía grande, pero pensaba que era porque no había visto ninguna en vivo...

—¿En vivo?

—Las he visto en Internet —dijo un poco avergonzada.

La carcajada de Björn retumbó en las cuatro paredes.

—Jamás me había reído tanto.

—No te pases, que ahora no sé cómo lo haremos —decía sin dejar de mirar su pene con

ojos calculadores.

Björn se levantó para buscar sus propios profilácticos, y después de que Noemí viera su trasero a la altura de su cara no pudo evitar pegarle un mordisco.

—Llevaba deseándolo hace rato. Lo tienes tan duro como pensaba —gritó con deleite.

Y consiguió que Björn aún riera más fuerte.

—Pues nada. Tú no te prives.

En realidad, Noemí estaba resultando ser mucho más de lo que había intuido cuando solo quería tirársela. Era guapa a rabiar, eso saltaba a la vista. No obstante, ganaba aún mucho más en el momento en que la conocías. Y esa noche solo él era el afortunado que oía sus risas.

Con el preservativo puesto y con ganas de seguir, Björn la fue acariciando hasta que Noemí suplicó con sus caderas que siguiera. Había una urgencia en sus cuerpos que apartaba las risas de un manotazo; con Noemí excitada con lo que estaban haciendo y Björn entregado al placer de ambos.

Aunque, una vez más, él tuvo que detenerse y permitir que fuera ella quien marcara el ritmo.

Los intentos para penetrarla fueron muchos y complicados. No conseguían encajar de ninguna manera. La punta del pene de Björn ya era bastante enorme para que Noemí notara una abrasión que enfriaba su fuego. Y a más incomodidad, más imposible parecía todo.

—No voy a poder —maldecía frustrada.

—Olvídate de lo que se supone que tienes que hacer —replicó con paciencia al tiempo que le cogía la cara con las manos y la obligaba a mirarlo—. Si se puede bien, y si no también —él ya había pensado en que era muy posible que no cupiera del todo en cuanto Noemí le dijo que era virgen.

—¿Qué quieres decir?

—Que los dos nos quedaremos satisfechos, pueda entrar o no —explicó con determinación.

—¿Lo dices en serio?

—Te lo aseguro.

Ya le había ocurrido otras veces. Por eso le gustaban las chicas que ya hubieran tenido más encuentros sexuales con otros. Algunas de las que habían pasado por su cama se habían vuelto a vestir y habían salido de su habitación acobardadas por su tamaño, y él se había quedado frustrado y maldiciendo por no tener una talla media mientras se agarraba para descargar su rabia.

Había decidido que su vida sexual se redujera a desahogos, porque no quería atarse a ninguna mujer tan pronto, y por eso dejaba claro qué tipo de chicas le gustaban: desinhibidas, con experiencia y que no se asustaran con facilidad.

A pesar de sus normas, con Noemí fue distinto. La oyó reír, abrazándose la barriga, y quiso probarla. No obstante, ella dijo «no». Y no una sola vez. Muchas. Aunque, gracias a sus reiteradas negativas, pudo pasar tiempo hablando con ella y riendo. Quizás, si hubiera dicho que sí a la primera, hubiese perdido todo el interés. Sin embargo, por mucho que le había gustado irla conociendo, esos momentos no eran comparables a lo que habían vivido esa noche: la complicidad de sus cuerpos desnudos dándose placer.

Y unos centímetros no iban a estropearlo. No lo permitiría.

Noemí se relajó al escucharlo hablar con tanta seguridad. Sin la presión para que aquello tan grande entrara en ella, y al aflojar los músculos que sin darse cuenta mantenía en tensión, Björn pudo deslizarse un poco más, no del todo, pero sí lo suficiente para que los dos lo disfrutaran.

Noemí se revolvía inquieta, sin saber qué le estaba pidiendo su cuerpo, buscando una fricción que lejos de liberarla la cargaba cada vez más de deseo, cuando cayeron de la estrecha cama en la que estaban.

¿En serio?

Noemí se sintió aturdida un instante, dejando de buscar a Björn con sus caderas, aunque él siguió con lo que estaba haciendo, avasallando su interior, con movimientos rítmicos, sin darle tregua y sin perder dureza mientras estaban en el suelo de la habitación.

Al cambiar el ángulo con el que se introducía en su cuerpo, el miembro de Björn rozó una zona especialmente sensible que la catapultó a una sensación indescriptible de satisfacción. El estallido de placer asaltó a Noemí de improviso, y él la siguió a continuación, incapaz de contenerse ni un minuto más.

—¿Podemos subirnos a la cama? —dijo Noemí después de recuperar el resuello—. Creo que me he arañado el culo con la moqueta.

Björn se levantó primero. Inspiró con profundidad para normalizar su respiración, se deshizo del preservativo haciendo un nudo con la pericia del que ya lo ha hecho muchas veces y lo encestó en una papelería cercana. La cogió de la mano y se metieron en la cama. La tapó con la sábana y la besó con ternura.

—Noemí —confesó—, nunca me había reído tanto durante el sexo.

—¿Gracias? —contestó insegura.

—Te juro que es un cumplido. Jamás imaginé que reír en la cama con alguien fuera tan bueno.

—Sí, claro —discrepó—. A ver, hago recuento: me he dado un golpe en la cabeza cuando me has ido a meter mano, te he querido poner un preservativo que te iba pequeño y ha saltado de repente, no hemos conseguido que me la metieras del todo y nos hemos caído de la cama. ¿Me olvido de algo?

—Sí. De que el sexo ha sido sublime gracias a que nos hemos reído, no a pesar de ello, y porque ha sido bueno para los dos. Te aseguro que has superado con creces mis expectativas. Tenía ganas de meterme en tus bragas, eso no es ningún secreto, sin embargo, pensé que sería más anodino, que, aunque te aprecio, serías una más. Y en cambio, ha sido una experiencia que recordaré siempre. Te lo agradezco.

—No tengo mucho hábito en esto del sexo, pero dar las gracias queda un poco mal en esta situación, ¿no crees? —dijo con cautela.

—Te las doy porque he vivido algo contigo que no había hecho con nadie más, porque has confiado en mí y porque después de esto no deseo perderte.

—¿Qué dices? —gritó alterada—. ¿Tú no te vas? Yo no puedo tener una relación contigo. No quiero.

—Tranquila —resopló—. Si albergaba alguna duda de que ahora quisieras algo más me ha quedado clarísimo. Suerte que yo tampoco quiero...

—¿Entonces? ¿De qué estás hablando?

—De seguir siendo amigos. De no perder el contacto. De que en mi casa siempre serás bienvenida. De que me gustaría ir a la tuya si alguna vez voy a tu país.

—Ah, vale. Pues «de nada». En realidad, yo también me lo he pasado bien —dijo con una sonrisa.

—Oye, ¿puedes quedarte a dormir aquí conmigo? —ahogó un bostezo—. Me da pereza salir ahora de la cama para acompañarte a tu habitación, y ya que no va a haber riesgo de que

malinterpretes mi ofrecimiento... —dijo medio adormilado.

Noemí le dio un beso como afirmación y Björn cerró los ojos.

Se quedó dormido al instante.

Ella se levantó, se fue al baño a lavarse y se miró en el espejo.

Las endorfinas que aún recorrían su cuerpo, su cara sonrojada, el pelo revuelto, su piel acariciada..., todo gritaba que había dado un paso más en el camino de su libertad, en el recorrido para olvidar sueños imposibles.

Porque, aunque su anhelo jamás se iba a hacer realidad, había muchas otras cosas que quería conseguir.

Se sentía feliz por lo que había hecho, y Björn tenía razón al decir que se lo habían pasado bien. Sin embargo, antes de que pudiera evitarlo, se preguntó cómo sería hacer el amor con alguien a quien quisiera de verdad.

Cómo sería hacerlo con Álex.

PRESENTE
(DOCE AÑOS DESPUÉS)
2018

PRIMERA PARTE

Sweet home... Barcelona (Lynyrd Skynyrd)

DE: Aliaga-Rosa@clinic.cat

PARA: Costa-Noemi@washington.edu

ASUNTO: Bienvenida al Instituto de Investigaciones Biomédicas August Pi Sunyer IDIBAPS

Doctora Costa:

Gracias por aceptar. Desde que coincidimos en el Congreso Internacional de la Epilepsia en Barcelona, estamos deseando que se incorpore a nuestro equipo.

Reciba un cordial saludo.

Doctora Rosa Aliaga

Tenía que dejar de mirar ese correo electrónico. El momento de rehusar aquel trabajo había pasado.

Se engañaba al repetirse que el único culpable de haber abandonado la Universidad de Washington para trasladarse a la Universidad de Barcelona había sido el clima de Seattle. Entre los días lluviosos —el apodo de *Rain city* estaba más que justificado— y las escasas horas de luz en invierno —con el cielo encapotado más semanas de lo que ella era capaz de soportar—, la oportunidad de colaborar en un proyecto sobre la epilepsia tan cerca de casa con el sol del Mediterráneo calentándole la piel había sido demasiado tentadora.

No había sido fácil tomar la decisión. Sin embargo, una vez que se atrevió a volver, le entraron las prisas. Cerró temas pendientes y se marchó sin considerar nada más. Ni tan siquiera la evidencia de que no era muy normal empezar a trabajar en un sitio nuevo justo antes del descanso estival.

Pero aquello era de fácil solución, se cogió más días de vacaciones que nunca, y listos. Tendría mucho más que la semana escasa que ofrecían en Estados Unidos o las dos que en Europa se cogían en julio porque agosto era laborable. Había aprovechado el cambio de universidad para disfrutar no de un mes, no, sino de dos meses enteros de vacaciones que le iban a ir la mar de bien. Necesitaba sol, calor y playa.

¡Aún no se lo podía creer!

Aunque, si era sincera, la temperatura ambiental no había sido el único motivo para marcharse de Seattle.

Se le aceleraba el corazón solo de pensar en ello.

Maldito Álex. No conseguía sacárselo de la cabeza... ni del alma.

Por la ventanilla del taxi, Noemí veía la ciudad de Barcelona un tanto desdibujada correr hacia atrás. Quizás el calor bochornoso del mes de julio hacía que la polución se convirtiera en una calima que emborronaba el paisaje urbano. Estaba sumida en un trance de melancolía.

Habían pasado trece años desde que se había ido para, en principio, estudiar un grado. Pero volver a su casa para pasarlo mal se le había hecho tan cuesta arriba que lo había ido alargando.

Primero con un máster en la University College of London, luego con un doctorado en la misma universidad de Londres y al final con un postdoc en la University of Washington en

Seattle. Se había labrado un nombre en el mundo académico.

Que no se hubiera enamorado de nadie no tenía por qué enturbiar su dicha. ¿Quién necesitaba un hombre más que para pasar un buen rato? Tenía mucho más que la mayoría de personas. Las relaciones se las dejaba a los demás. Ella se quedaba con las fiestas, la diversión y el prestigio profesional.

Sin embargo, añoraba volver a su país. Al sol, a su familia, a su idioma.

Debido a eso buscó piso en Barcelona. Cerca de los suyos, pero con la distancia suficiente para evitar más encuentros desagradables de los estrictamente necesarios.

No sabía cómo sería su vida si volvía a casa. Tenía un miedo atroz a estarse equivocando. Ante esta oportunidad de regresar que había surgido sin buscarla, quería probarse a sí misma que era capaz de ser feliz y llevar una vida plena en Barcelona. Que el dolor por estar cerca de Álex no iba a seguir condicionando su futuro. Que podía con ello.

Sin embargo, se había jurado que, si las cosas se torcían, si no resistía estar cerca de él, buscaría otro lugar fuera de su país para seguir con sus investigaciones. Se había ido de su casa con dieciocho años. Podía volver a irse.

No debía consentir que a sus treinta y uno el amor que seguía sintiendo por Álex le amargara la vida.

Agradeció tener que bajar del taxi para que sus pensamientos no siguieran por esos derroteros.

Había llegado a su destino... O quizás aún no.

Secret Garden (Bruce Springsteen)

En la calle Comtal se ubicaba el piso que había alquilado.

Un pequeño vial lleno de vida que unía Via Laietana con Portal de l'Àngel.

La calle peatonal la recibía con una bienvenida en forma de olivo centenario dispuesto en un pequeño montículo de tierra. Resistencia y renovación. Le gustaba lo que significaba. A ver si era verdad y se olvidaba de una vez de insensatos anhelos adolescentes. Que ya le valía.

Volvió a coger su equipaje. En unos metros llegaría a su casa, pero iba muy cargada, y sus lumbares estaban a punto de gritar: ¡no podemos más!

Esperaba que todo estuviera listo. Necesitaba una ducha y un sofá para recobrar aliento. Y no tenía por qué ser en ese orden.

Había alquilado un piso sin haberlo visto antes. Una recomendación de alguien de confianza y la prisa por regresar la habían hecho decidir. Aunque en las fotos que le habían enviado desde la agencia se veía todo cochambroso. Daba un poco de grima. No obstante, le habían dicho que las imágenes eran de antes de las obras, que se suponía que tendrían que haber finalizado en cuanto ella llegara.

A medida que se iba adentrando en la calle Comtal, se dio cuenta de que aquella zona era como un oasis en medio de la ciudad. Se respiraba un ritmo distinto. Se palpaba la dulce algarabía de un pueblo en fiestas. Aunque no fuera un pueblo ni estuvieran en fiestas. Era como si, en aquellos escasos doscientos metros de longitud, la vida palpitara distinta.

Lo primero que vio fue una tienda de cerámica, Villegas se llamaba —que contaba con un escaparate precioso con piezas de artesanos locales—, y la papelería Raima —que era la más grande de Europa—, que te daba la bienvenida con la estatua de Néstor, el mayordomo de Tintín, y exhibía un coche (¡un 600 para ser más exactos!) en la entrada.

Increíble.

Enfrente, se ubicaba el apartamento que había alquilado.

Se quedó boquiabierta. La portería abierta a la calle era el local de una floristería coqueta que aprovechaba a la perfección los escasos metros cuadrados que poseía. Llevaba por nombre «Petit Jardí», y desde ese momento fue su pequeño paraíso.

Noemí respiró aliviada. Era mucho mejor de lo que se esperaba.

El suelo estaba tan repleto de plantas que, al estar tan juntas, parecían un tapiz de color. Había cestas cuadradas con lirios naranjas y velas de vainilla en forma de bolas, amorosamente unidas con rafia y salpicadas de unas florecillas diminutas de color verde; leños abiertos con musgo y coronados con peonías blancas; cajas de mimbre con rosas y ciruelas... Junto a la pared estaban las plantas altas: palmeras y troncos del Brasil, y, en medio de todo, las margaritas, los geranios, las gardenias, las begonias, los ciclámenes...

Entrar en su casa envuelta en el aroma a verde y a tierra, y en la fragancia floral, era un sueño. La explosión de color que allí se daba le reconfortaba el alma y la llenaba de alegría y vitalidad.

No se había equivocado. Había encontrado su lugar favorito para vivir.

—Hola —se presentó—, soy nueva en la finca. Me llamo Noemí y me instalo en el tercero B. Tienes una floristería maravillosa. Me encantan las flores.

—Muchas gracias. Soy Cristina. Pero... ¿estás segura de que es el tercero B? Es que está en obras —le respondió con un tono de duda mientras seguía preparando un frutero con limones que tenían un narciso clavado en cada uno.

—Ah, sí, tranquila, ya me dijeron que justo lo estrenaría después de que las terminaran; estoy deseando llegar y darme una ducha.

—Vale —contestó no muy convencida—, ya nos veremos por aquí. Y bienvenida.

Cuando Noemí entró en el rellano, vio que también estaba adornado con potos, anturios rojos, ficus, espatifilos, violetas africanas, helechos, y alguna planta más que no reconoció. El suelo brillaba, y, tal y como le dijeron, estaban de reformas. Aunque la portería era pequeñísima porque todos los edificios de esa calle eran antiguos, en un alarde de estrategia habían colgado unos espejos que lo hacían más amplio y reflejaban toda la luz.

Sin embargo, nada más abrir la puerta del ascensor, un grito suyo reverberó en las paredes.

—¿Pero esto es una broma?!

No quiero más dramas en mi vida (Alaska)

—Estoy gritando, estoy gritando... esto no es bueno —susurró para sí mientras la sacudía una risa nerviosa.

El ascensor era minúsculo, y «minúsculo» ya era decir mucho. ¡No le cabían las maletas!

—¿A quién se le ocurriría hacerlo de estas dimensiones? Aunque, en realidad, «dimensión» es una palabra demasiado grande para el tamaño que tiene —siguió murmurando indignada.

La parte más corta de sus maletas medía cincuenta y tres centímetros, ¡y no cabían en esa ridiculez de Pin y Pon! ¿Eso quería decir que solo contaba con unos cincuenta centímetros de largo por otros tantos de ancho? Ya se veía que habían aprovechado el hueco de la escalera para instalar uno, y que el espacio era el que era, pero no tenía palabras. Era increíble.

Noemí se instó a calmarse. «Respira», se dijo. «A grandes males, grandes remedios».

No era capaz de meter su equipaje en ese espacio tan reducido y tampoco podía ir con los maletones y las bolsas por la escalera, así que no se le ocurrió nada más que abrir sus maletas, bloquear la puerta del ascensor y empezar a llenarlo con sus cosas. Como si fuera un mercadillo, en montones. Aunque antes tuvo la precaución de poner unas camisetas debajo. Que le daba un poco de repelús que sus prendas tocaran lo que todo el mundo pisaba.

Si ya había llegado cansada, ahora estaba sudada y enfadada. El tipo de la agencia ya la podría haber avisado. ¿Cómo se suponía que tenía que subir tres pisos a pie con todo lo que llevaba? «Esto se avisa, hombre; esto se avisa».

Se había puesto un vestido y se había maquillado, porque le había apetecido arreglarse, no porque fuera su costumbre. En aquel día de cambio, solo quería sentirse empoderada, segura de sí misma, ya que seguía sin estar convencida de haber tomado la decisión correcta.

Y ahora estaba en el suelo de la portería, con sus cosas desparramadas, el maquillaje corrido y la transpiración empapando su indumentaria. En ese momento, el verano ya no le pareció tan estupendo. Condenada humedad de la ciudad condal.

¿Qué más le podía pasar?

—Perdona, ¿puedo ayudarte en algo?

Noemí se giró, se levantó y maldijo para sus adentros. Como no podía ser de otra manera, el hombre que tenía ante ella era muy atractivo, y justo lo había tenido que conocer cuando estaba arrastrada, sudada, con sus rizos apelmazados y pegados a la cabeza, chorreando maquillaje y en un estado lamentable.

¡Qué bien!

La miró, con la ceja levantada, un tanto divertido por la situación.

Disimuló como pudo y obvió el estado deplorable en el que se hallaba.

—Hola, me llamo Noemí. He alquilado el tercero B. Encantada de conocerte.

Al acercar su mano para estrechársela se dio cuenta de que sostenía un tanga rojo transparente y minúsculo. ¿En serio que el primer vecino con el que se cruzaba lo primero que iba a ver era su lencería más provocativa? Es que le pasaban unas cosas... ¿Y ahora qué hacía? ¿Podía ser algo más vergonzoso? Al final hizo una bola con él y escondió el puño en su espalda más sonrojada que nunca.

Él, gracias al cielo, hizo ver que no se daba cuenta. Carraspeó.

—Dudo que hayas alquilado el tercero B; está en obras.

—Sí, me lo ha dicho... la chica de la floristería... esto...

—Cristina.

—Perdona, se me había olvidado el nombre. Bueno, Cristina me ha dicho lo mismo, sin embargo, el chico de la agencia me aseguró que lo habrían terminado.

—Llevamos una temporada de obras terrible. Hay polvo en los rincones y ruido a todas horas. Si quieres estar tranquila, aquí no lo vas a conseguir, aunque creo que el tercero B es el último y ya lo están acabando.

—Me estáis poniendo nerviosa entre todos, pero de verdad que el que me lo alquiló me dijo que estaría, y yo me fío —*qué remedio*—. Era...

—Bueno, tú sabrás —la cortó con prisa—. Por si acaso aún están de obras, no desistas, igual te alquilan otro.

—Gracias. Estoy segura de que estará listo; después de lo del ascensor no puede haber más imprevistos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué le pasa? —le preguntó con inocencia.

—¿En serio? ¿No le ves nada extraño?

—No —respondió arqueando una ceja.

—No se lo cuentes a nadie: es muy pequeño.

Él se la quedó mirando, con una expresión indescifrable en el rostro, y, cuando ya se iba —sin ni siquiera haberse despedido—, se giró y le susurró:

—Más íntimo.

Abrió los ojos sorprendida. ¿Estaba ligando con ella? Si iba sucia, sudada y... horror, también tenía una carrera en las medias de verano que se había puesto para parecer más estupenda...

Al levantar la vista de sus piernas, el vecino ya se había ido. Mejor.

Qué tío tan raro.

Venga. Manos a la obra.

Noemí no quería que nadie más la viera en aquella tesitura.

Llenó el ascensor con su ropa. Avisó a Cristina de que tenía la portería hecha un desastre por si acaso venía alguien y subió corriendo las escaleras con una de las maletas vacías en la mano.

En cuanto llegó al tercer piso, metió de cualquier manera sus cosas en los bultos que había subido, los arrastró hasta la que se suponía que tenía que ser su puerta y lo que vio hizo que se le cayera el alma a los pies.

Todos habían tenido razón. Era evidente: el tercero B estaba en obras.

Estaba a punto de estallarle la cabeza.

Cogió el móvil para llamar a la agencia justo en el momento en el que entraba una llamada de su madre para ver si había llegado bien. Pues no, no había llegado bien, pero ahora no tenía tiempo para aquello. Debía solucionar su problema lo antes posible. La rechazó y llamó a la agencia.

—Hola, soy Noemí, la que ha alquilado el tercero B de la calle Comtal, número 26 —empezó con educación y tranquilidad.

—Hola, Noe...

—Perdona, pero ¿cómo es que las obras no están terminadas? Es que me parece una falta de profesionalidad muy grande. Estoy agotada y el ascensor es minúsculo y...

El intento de tener una conversación calmada no estaba yendo demasiado bien.

—Noemí...

—Es que no me lo puedo creer. Llevo toda la mañana con las maletas a cuestas y con ganas de darme una ducha, y luego y los obreros aún están aquí...

—Noemí, espera...

—Que no, que no me voy a esperar; que es tener mucha cara. ¿Qué voy a hacer ahora? Porque no me da la gana irme a un hotel. Acordamos el día de llegada. Incluso fue más tarde de lo que yo quería porque las obras no iban a estar acabadas y ahora qué... —acabó gritando.

—¡Noemí! ¿Me dejas hablar? Quedamos en que te pasarías por la agencia. De hecho, no tienes las llaves. —*Es cierto, había olvidado ese pequeño detalle*—. Ha habido un cambio de planes. El que te alquilaremos es el tercero A. Empezamos a hacer las obras en los dos a la vez, pero el B tenía unos problemas que hemos tardado más en resolver. Como ambos son idénticos, no creímos que te fuera a importar. De todas formas, tienes un mensaje en tu móvil en el que te lo explico.

Noemí no supo qué contestar. No lo había visto. Le había podido el agobio. ¿Tendría que disculparse?

—Bueno —continuó al ver que no respondía—, no te preocupes. Ahora mismo te llevo las llaves, que estoy aquí al lado. Así te enseño el apartamento y te voy contando.

—¡Ah! Vale. Gracias.

Había sido borde sin motivo.

Noemí se dio cuenta de que había dicho que estaba cerca y que iba a venir enseguida... y ella aún tenía las dos maletas abiertas abajo y más cosas personales desparramadas por el suelo de la portería.

¡Ay! No quería que nadie más la encontrara con sus bragas en la mano.

Lo que le recordó que llevaba una carrera en las medias y un sofoco que no podía aguantar, o sea que decidió sacárselas. Entró en el ascensor a quitárselas, porque estaba convencida de que, si lo hacía en el rellano, saldría algún albañil y la vería.

Como era tan pequeño, el ángulo no le daba para agacharse, así que las deslizó con las manos hasta donde pudo y luego las fue bajando con el pie contrario, lo cual era difícil de narices.

«Tendría que haber ido a algún rincón y habérmelas sacado en un momento», se estaba lamentando.

Al salir —por supuesto— se encontró con el chico de la agencia.

Cerró los ojos en un intento absurdo de que fuera él el que no la viera. Tal y como hacía de pequeña y se escondía a la vista de todos. De repente, se había acordado del aspecto que tenía: maquillaje corrido, sudada y medias bajadas sin sacar. Se sentía un pelín superada. Y además estaba lo de las maletas, que estaban abiertas y enseñaban sus pertenencias.

Entre cohibida, avergonzada y cansada del viaje, empezó a reír.

Primero fue una sonrisa que intentó retener, pero, a medida que más sería quería parecer, su imagen mental la golpeaba y no pudo controlar la carcajada. La situación ridícula en la que se encontraba le provocó una risa que se autoalimentaba sola y que no era capaz de detener.

—Es que, resulta que...

Noemí intentaba hablar, explicarle cómo había llegado a tener las pintas que tenía, que había salido de casa duchada y arreglada, y cada palabra resultaba más incoherente que la anterior.

La cara de desconcierto del hombre de la agencia, aún provocaba que se riera más. Y todo lo que se le iba pasando por la mente hacía que la situación fuera cada vez más esperpéntica.

Él estaba serio, quieto, sin saber qué hacer, quizás valorando si le había alquilado el piso una inquilina demente.

Al final, Noemí consiguió parar y se enjuagó las lágrimas. No quería ni pensar en cómo tendría el maquillaje.

—He de recoger lo que tengo tirado por el suelo —dijo con dignidad.

Consiguió quitarse las medias delante de él —de perdidos al río— y llenó el ascensor con el resto de sus posesiones. Como si allí no hubiera pasado nada fuera de lo común.

—Toma —le exigió al darle una de sus maletas—. Ayúdame a subirla. Yo llevo la otra.

Y por fin —aunque las esquinas de las escaleras eran estrechísimas—, Noemí consiguió llevar hasta su apartamento todo lo que se había traído.

Qué mañanita llevaba... Esperaba que no fuera el preludio de lo que iba a ser su estancia en Barcelona.

Pero no logró deshacerse de la inquietante sensación de que aquello no había hecho nada más que empezar.

Estoy aquí (Shakira)

Ese fin de semana Noemí había ido al pueblo a ver a su madre. Echaba de menos a su familia; sin embargo, se negaba a visitarla tanto como le gustaría porque tenía miedo de encontrarse a Álex. Le parecía imposible verlo y no sentir deseos de zarandearlo, darle de tortas y besarlo.

Todo junto.

¿Qué futuro tenían sus sentimientos? Ninguno. Y si no había solución, ¿por qué seguía pensando en ello?

Cuando estuvo en el extranjero se había sentido libre. Su vida era estupenda tal y como la estaba viviendo. Sin embargo, era regresar a su casa, estar cerca de él y algo se torcía otra vez. Era como retroceder en el tiempo y volver a ser una adolescente insegura con sueños imposibles.

Por más que había recorrido mundo, no había encontrado a nadie que mantuviera su corazón lleno de anhelo por una mirada, por una sonrisa, por un beso.

¿Y qué? No le hacía falta. Cuando se tenía trabajo, amigos, sexo y viajes estupendos, ¿quién necesitaba una pareja?

Sí, sí. Todo eso estaba muy bien, en teoría...

Hasta que recordaba a Álex. Era una maldición.

No había sido capaz de apartarlo de su memoria. Y eso, ¿en qué punto la dejaba? Pues en el de resignarse a asumir que jamás se olvidaría de sus ojos verdes y en el de aceptar que nunca podría enamorarse de nadie más, porque lo había intentado y no había funcionado. Todos los hombres que había conocido habían sido buenos, pero no para ella.

Antes de entrar en casa de su madre se fue a pasear por el bosque, que estaba en la zona este del pueblo. Siempre le había gustado ir allí a andar, a correr, a pensar. En aquel sitio se sentía en paz.

Sonrió ante el canto de las cigarras. Aquel ruido monótono era el sonido de la siesta, del campo, de sandías frescas y de correrías de chiquillos. Era el eco de los recuerdos de su infancia; en un tiempo en que todo parecía más fácil y más feliz.

Adoraba ese lugar. Le encantaba la presencia majestuosa de los árboles, el aire que mecía las ramas, el sol que se filtraba entre sus hojas, el sonido de sus pisadas...

Se giró de golpe apenas se dio cuenta de que los pasos que oía no eran solo los suyos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sobresaltada al ver a Álex.

—He venido a correr —respondió mientras recuperaba el resuello—. Suelo venir. Ya lo sabes.

Y aunque habló con indiferencia, él sintió el mismo puñetazo en la barriga que notaba cada vez que la veía. *Maldita sea.*

Noemí empezó a acalorarse. Se prohibió mirarlo a los ojos. La profundidad que tenían le absorbía la cordura. Estaba segura de que él percibía todo lo que le hacía sentir.

¿En serio una sola mirada podía con su determinación?

—Pensaba que no habría nadie más —balbuceó.

—Bueno, estoy seguro de que hay alguien más. El bosque es bastante grande... No creo que estemos solos tú y yo.

«Ojalá fuera así en un mundo perfecto y sin ataduras», pensó Álex.

Noemí cerró los ojos con nerviosismo. No era capaz de hilvanar una idea coherente si hablaba con él.

En cualquier eventualidad que le sucedía, respondía con risas. Cuando metía la pata o tropezaba con sus propios pies o llegaba tarde o se perdía. Tenía la costumbre de sortear los problemas a golpe de humor. No obstante, le era imposible hacerlo con Álex. Con él, la dominaba un enfado enquistado que no conseguía arrancarse de dentro.

Álex la miró intentando desentrañar lo que se le escapaba. ¿Qué le había ocurrido a Noemí? Antes era un torbellino de energía, de carcajadas. Y desde que se había ido a Londres estaba siempre enfadada.

Sin embargo, enojada o no, le seguía produciendo aquel vacío en la boca del estómago, aquellas palpitaciones que lo obligaban a hablar más despacio para disimular que le robaba el aliento, aquel hormigueo en los labios por la necesidad de besarla.

Aquella molesta sensación de atracción había ido a más, incrementándose con el paso de los años. Tendría que haber superado ya aquellos sentimientos estériles, en cambio, a pesar de no alimentarlos ni cuidarlos, seguían creciendo sin cesar.

Cuando supo que iba a ser padre había estado como anestesiado, tan inmerso en su situación que había desatendido todo lo demás.

Sus compañeros se habían quedado a un mundo de su vida. Con dieciocho años, mientras ellos iban de fiesta en fiesta universitaria, él suspiraba por dormir de un tirón en su cama. Estudiar, trabajar, acunar a una niña que lloraba por las noches y lidiar con una mujer a la que no amaba y que se sentía fracasada e inútil era mucho peso para un hombre a medio hacer como era él en aquel momento.

El único amigo que había permanecido en su vida era Raúl, que se sentía agradecido por el apoyo inquebrantable que le había ofrecido en una época oscura de su adolescencia. Porque, aunque hubiera estado repleto de recriminaciones y enfados, Álex siempre había velado por él. Y después fue Raúl quien no quiso dejarlo solo cuando su existencia se complicó tantísimo.

En el momento en el que ya no tuvo que compaginar estudios con trabajo porque había aprobado la carrera y su hija ya dormía mejor, le pareció que espabilaba de una pesadilla. Estaba tan exhausto que vivía adormilado de día y alerta por las noches.

Hasta entonces todo lo que no fuera su propia desesperación le llegaba amortiguado. Como si sus emociones ya estuvieran colmadas y no pudiera meter ninguna más.

Pero poco a poco la realidad que lo envolvía se fue haciendo más presente. Más punzante. Más desesperada.

Cada vez que veía a Noemí, la misma sensación de anhelo se apoderaba de él.

Le dolía el corazón de añorarla.

Ya no lo resistía más. Toda su existencia era un desastre. Nada de lo que le rodeaba tenía sentido. Y lo único que lo mantenía firme en la determinación tomada tiempo atrás ya tenía quince años y se estaba haciendo mayor. Empezaba a querer experimentar la vida fuera de su hogar. Lo normal.

¿Y a qué podía aspirar él?

Al amor de su esposa, no. Estaba claro.

A que su hija, por la que había renunciado a la vida que quería, permaneciera para siempre junto a él, tampoco.

Y ahora Noemí estaba allí. Su fuente de deseo y de desesperanza. Con los brazos cruzados, el ceño fruncido y los labios apretados. Preciosa.

Ya era hora de que tuvieran una conversación.

Por primera vez desde hacía una eternidad se la había encontrado sin nadie a su alrededor, y no pensaba desaprovechar la oportunidad de decirle que estaba harto del trato que recibía por su parte.

—Noemí, tenemos que hablar.

Sonrió ante el resoplido indignado que le soltó. No lo pudo evitar. Estaba guapa incluso con la mirada de desprecio que le dedicaba.

—Oye, ¿es que acaso te he hecho algo? Parece que no me puedes ni ver. Y no quiero incomodarte, pero de verdad que necesito aclarar qué te pasa conmigo.

—No eres tan importante como para incomodarme... —dijo con altanería mientras levantaba la cabeza con desaire y se apartaba de su lado. Lo tenía demasiado cerca.

—¿Te estás oyendo? —gruñó—. Si me hablas, lo que no ocurre a menudo, no paras de soltarme puyas. ¿Qué te ha sucedido? Te has vuelto una amargada...

—¿Cómo te atreves a llamarme *amargada*?

—¿Qué pasa? ¿Que los del pueblo ya no somos lo bastante buenos para lo que estás acostumbrada? —la atacó para provocarla.

Álex sabía que Noemí no era capaz de quedarse callada cuando se sentía acorralada. A menudo, en esos momentos de descontrol contestaba con la verdad. Y él necesitaba saber qué le estaba pasando.

—¡Eres un imbécil!

—Y tú también. ¿Qué te crees? ¿Que puedes tratarme como te dé la gana? Te he hablado siempre con respeto y a cambio solo he recibido bufidos y desplantes.

—¡Pues sal de mi camino! ¡Si no te veo, no tendré la oportunidad de insultarte!

—Pero ¿por qué quieres insultarme? ¡Me tenía por alguien importante para ti!

—¡¡Y lo eras!! —le gritó—. ¡¡Lo eras!! Y ahora no puedo... ¡No puedo! ¡Y todo es por tu culpa! ¡Me hiciste creer que yo significaba algo para ti y era mentira!

—No te he mentado en mi vida, Noemí —empezó a decir con suavidad, porque, aunque él había provocado que se sintiera así, no soportaba verla tan angustiada—. Siempre he sido sincero.

—¡Y un cuerno! ¡Eras el novio de Laura y no me lo dijiste!

—Jamás fui el novio de Laura...

—¡Claro! ¡¡Porque tu caso es digno de estudio y te reproduces por esporas!!

—Noemí, quizás no sepas —dijo con una ironía que enmascaraba su pena— que una cosa no tiene que ver con la otra...

—Sí, claro —enrojeció de repente al darse cuenta de que estaba hablando de sexo con Álex—. Laura jamás se hubiera acostado con nadie si no hubiese tenido una relación antes. ¿O la forzaste? ¿Fue eso?

Una bofetada no le habría dolido tanto.

Noemí cerró la boca de golpe. Álex la miró con mucha tristeza. ¿Otra vez lo acusaba de lo mismo?

—Lo siento —susurró Noemí—. De verdad que no lo pienso. Solo quería herirte.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te he hecho yo?

Noemí cerró los ojos con una pena enorme que reemplazó a su enfado.

Tener una hija. Con mi hermana.

—Daño. Me hiciste mucho daño —dijo sin más.

Dio media vuelta sin despedirse. Ya había hablado demasiado. No quería que nadie supiera lo que sentía por Álex. Y menos él. Por eso había tenido cuidado de no decirle más que pocas palabras durante todos estos años. Él era el único que podría adivinar la verdad.

—No, ni hablar —dijo Álex mientras la agarraba del brazo para que no se fuera—. No me vas a dejar así. ¿Qué quieres decir con esto de que te he hecho daño?

Noemí arqueó una ceja, observó la mano que Álex le había puesto sobre el brazo y luego le lanzó una mirada asesina que le estaba gritando que apartara sus zarpas de ella.

—Vale, vale —cedió Álex levantando las manos a regañadientes—. No sabía que tampoco soportabas que te tocara.

—No me has tocado sin más, me has impedido que me fuera. Esto es una agresión en toda regla.

—¿En serio? Noemí, por Dios. ¿Qué te pasa?

—Parece que no lo entiendas —declaró con angustia camuflada de desprecio.

—En eso tienes razón. No comprendo nada. Y me gustaría. No te imaginas cuánto —dijo bajando el tono de voz.

—Si quiero hablar contigo, hablo —contestó arrogante—. Y si me da la gana dejarte con la palabra en la boca, me largo. Justo como voy a hacer ahora mismo.

Álex se puso a dar vueltas en derredor de Noemí. Sin rozarla, aunque entorpeciendo su huida.

—¿Se puede saber qué narices estás haciendo?

—No te toco. Como tú me has exigido.

—Lo que quiero es irme. Y no me dejas —dijo intentando amarrar la sonrisa que se le escapaba por la comisura de los labios. Aquello era ridículo. Ver a Álex saltando a su alrededor era absurdo hasta decir basta.

Álex no pudo evitar que su corazón volviera a latir desenfrenado como si le hubieran inyectado adrenalina. Esa sonrisa que Noemí intentaba esconder tendría que estar tipificada de pecado en algún código legal.

—Tus reglas son un poco extrañas. Intento seguirlas al pie de la letra.

Noemí cerró los ojos y aceptó la encerrona.

—Está bien. No me gusta hablar contigo; sin embargo, aún me molesta más tenerte dando vueltas a mi alrededor. Pareces un crío. Y me mareas. Dime —exigió cruzándose de brazos.

—Yo... —Llegado el momento, Álex se quedó en blanco, aturdido porque se le había ido el santo al cielo solo por estar junto a ella—. Ahora que me dejas hablar no sé ni por dónde empezar...

—Ah... pues no te preocupes. Me voy, tú te lo vas pensando y ya nos encontraremos en otro momento... de aquí a... nunca.

—Noemí, por favor —suplicó a su espalda viendo que se alejaba. ¿Acaso tenía otra vez dieciocho años ante su presencia? Se le seguían atascando las palabras cuando estaba con ella.

El corazón de Noemí golpeteaba errático. ¿Qué tenía Álex? ¿Qué había en sus ojos verdes? En su voz... jamás había podido escucharlo sin que le temblaran las rodillas.

—Es que no entiendo que quieras hablar conmigo. —Lo encaró—. Acepta que no me caes bien. Y, la verdad, me agobia tener que decírtelo. Te tendrías que dar cuenta y disimular, como si mis desplantes fueran lo más normal del mundo. Pero no obligarme a pasar un mal rato diciéndote que eres insufrible. Me parece muy poco educado por tu parte.

—Te has vuelto demasiado británica para mi gusto —resopló.

—Tus opiniones no me importan lo más mínimo. Por mí...

—Noemí —la atajó—, otra vez, no. Por favor. ¿Desde cuándo no me puedes ni ver? Disculpa si he estado ocupado criando una hija para darme cuenta de que me odias. En cambio, aquel verano...

—¡No me hables de esas vacaciones!

—A ver —dijo pinzándose el puente de la nariz—. No sé, de verdad. Perdona si mi vida ha sido un caos desde que tengo dieciocho y hay algo de lo que he hecho o dicho que te haya parecido mal. Mil perdones si no he insistido lo suficiente para mantener nuestra amistad, para mí siempre has sido importante —*imprescindible más bien*—, si no he estado centrado...

—Basta —susurró—. ¿Qué..., qué me estás diciendo?

—Que te echo de menos.

—No me puedes decir estas cosas. Estás casado...

—¿Y no puedo extrañar a nadie? Añoro verte bailar por los pasillos del instituto, y tus carcajadas. Jamás había oído desternillarse de risa a nadie con ese abandono —explicó con fervor.

—Tú eras más amigo de Laura, yo solo...

—Tú eras tú, y Laura, tienes razón, era mi mejor amiga. Sin embargo, eras valiosa para mí y me has ignorado, como si hubiera dejado de existir.

—No entiendo lo que me estás diciendo. Tú dejaste embarazada a Laura y os fuisteis a vivir juntos. Luego os casasteis. Fuisteis felices y comisteis perdices. Punto final.

—De «fuimos felices», nada de nada. Ni te imaginas el infierno que han sido estos últimos años.

—Me parece desleal que me estés hablando de esta manera. Laura es tu mujer. Ten cuidado con lo que dices —advirtió temblando de nervios.

—¿Y tú no has sido desleal con nosotros, Noemí? ¿Con Laura y conmigo?

—¿Perdona? Desleal, ¿yo? —*Encima*.

—Nos abandonaste. A todos —*a mí*—. Te largaste sin mirar atrás.

—He ido llamando y he ido viniendo. No he desaparecido sin más. Además —se enfadó—, no tengo por qué justificarme contigo.

Álex la observó un segundo. O una eternidad. Esos ojos tenían la capacidad de alterar el curso del tiempo.

—Conmigo, no. Pero sí con Laura. Tu hermana cree que te avergüenzas de ella...

—¿Cómo? —La sorpresa superó a su enfado—. ¿Por qué?

—Por quedarse embarazada sin estar casada.

Noemí no supo qué decir. ¿*En serio*?

—Vale que era joven y eso, pero ¿cómo se le pudo ocurrir que yo pudiera pensar algo semejante? Por favor —resopló.

—Fuiste la única que gritó y lloró el día que se enteró. Todos los demás la apoyaron. Todos, excepto tú. Justo la persona a la que ella más quería. Y, aunque con Laura no te dejaste de hablar como casi has hecho conmigo, tu relación con ella nunca fue igual. ¿Qué otro motivo podrías tener para comportarte como lo hiciste? —le dijo con una mirada penetrante como si fuera un halcón que ya ha fijado su objetivo en una presa.

Noemí enrojeció como hacía muchos años que no le pasaba. Se sonrojó de dolor, de humillación y de sofoco absoluto.

—Yo la quiero... —acertó a decir.

—Ya... —objetó—, pues házselo saber. Le iría bien. Ella tampoco ha sido muy feliz que digamos. Se ha sentido sola sin ti.

—Dios. —Se tapó la boca con las manos—. Jamás sospeché que Laura pudiera llegar a creer eso; me siento fatal.

—¿Y qué te imaginabas? Te lo repito: ¿qué otra razón podías tener para responder así? ¿Para no volver a ser su confidente? ¿Para cambiar de forma radical la relación que tenías con ella? Porque no fue solo el momento de la sorpresa, que sería hasta cierto punto comprensible. Han sido todos los años que han venido después. Prácticamente, solo has hablado con ella por compromiso.

Noemí no pudo más, se le escapó una lágrima, horrorizada. ¿Su querida hermana acusaba su huida como un rechazo hacia ella?

—¿Por qué no le hablaste de ello? De lo que sentías. Si esa no era la causa, ¿por qué no te sinceraste con ella? —siguió insistiendo como cuando ejercía de abogado.

Quería saber la verdad; no obstante, le estaba costando la vida misma reprimirse para no enjugar sus lágrimas. No soportaba hacerla llorar. Sin embargo, algo había ocurrido para que Noemí respondiera así. No se había dado cuenta antes. E iba a averiguar qué era.

Ella bajó la cabeza. Qué horrible saber que había lastimado a Laura. Solo se había preocupado de sus sentimientos, protegiéndose y escondiéndose, y no había reparado en nada más.

—Déjame marchar. Te lo suplico. Ahora mismo no puedo seguir hablando.

Álex no se sentía orgulloso de lo que había provocado en Noemí. Odiaba causarle dolor. No obstante, sus respuestas habían generado muchas más cuestiones de las que ya tenía, y no iba a cejar en su empeño de descubrir qué estaba ocultando.

—Noemí —la llamó elevando la voz cuando vio que ella se marchaba.

Ella se giró derrotada en una muda pregunta en su rostro.

—Nuestra conversación no ha acabado.

Noemí se fue casi arrastrando los pies. Ahora mismo necesitaba un abrazo. Sin preguntas. Un consuelo sin que nadie la juzgara. Así que se fue a casa de su madre, que la estaría esperando para comer.

Álex permaneció allí, quieto, procesando todo lo que había ocurrido. En realidad, no sabía qué había pasado. Pero sí intuía —y deseaba— que el otro motivo que tenía Noemí para proceder así era porque se sentía traicionada por ellos.

Y eso quizás significaba que sus sentimientos no eran muy diferentes de los suyos.

¿Habría sido siempre así? ¿Noemí ya se sentía atraída por él en el instituto? Eso parecía a tenor de lo que le había gritado, de que le había hecho creer que significaba algo para él y era mentira.

Sin embargo, la pregunta más importante era otra. ¿Noemí estaba resentida porque aún sentía algo por él?

Qué locura.

Si la respuesta era afirmativa, él era aún más imbécil de lo que suponía.

Había llegado la hora de empezar a arreglar su vida.

Aunque para ello primero tuviera que ponerlo todo patas arriba.

No dejes de soñar (Manuel Carrasco)

Noemí necesitaba a su madre. Su sola presencia la calmaba. Siempre había sido así.

La casa de su infancia olía a guisos, a pasteles, a galletas. A vainilla y limón. A canela y manzana. A café y chocolate. A salado, a veces a amargo y otras a ácido. Pero siempre dulce. A una familia unida alrededor de la mesa. Comiendo, riendo, hablando. Y ese aroma le tranquilizaba el alma. Era como adentrarse en una zona segura.

Entró en la cocina y la abrazó por la espalda.

—Mamá, cuánto te he echado de menos —dijo con abandono.

Teresa se quedó congelada un momento y luego le devolvió el abrazo con todas sus fuerzas. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de sus arrebatos cariñosos. Ahora se contenía cuando jamás había sido así.

—¿Qué te pasa, mi vida?

Y sin que se diera apenas cuenta, la llevó al comedor y la recostó en el sofá, con la cabeza en su regazo, mientras enrollaba sus rizos en el dedo y los dejaba flotar como si fueran muelles. Tal y como había hecho cada vez que Noemí necesitaba sosegar su atolondrado carácter y no sabía cómo explicar lo que le preocupaba.

Noemí encontró en esa caricia sutil en su pelo a la madre que había apartado de su lado hacía años. Y es que hablar un par de veces a la semana no era suficiente cuando guardabas para ti secretos que te iban minando por dentro.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Temo no ser feliz jamás.

Su madre se tomó un tiempo para contestar, consciente de que por primera vez en muchos años su hija le estaba abriendo su corazón y le pedía ayuda.

—¿Jamás? ¿Acaso no eres feliz ahora, mi niña?

Noemí lloraba en silencio. Sus sienes martilleaban su dolor, en un golpeteo constante, como si fuera una pulsación.

—Estoy perdida, no sé qué hacer.

—¿Por qué?

—Porque es imposible que pueda ganar. Haga lo que haga estoy atrapada.

Al cabo de un ratito, su madre le dijo en un arrullo:

—No estás sola, Noemí. Tienes una familia que te quiere...

Noemí se tragó el silencio. Quiso hablar. Pero ¿podía ser sincera? No, era imposible. ¿Cómo le hacía eso a su madre? La pondría entre la espada y la pared. En medio de sus dos hijas.

—Claro que sí, mamá. Perdona. Estoy cansada y me ha vencido el desánimo. Voy a guardar las cosas en mi habitación y pongo la mesa.

Teresa sabía que su hija arrastraba alguna pena. Sin embargo, no fue consciente hasta ese momento de la magnitud de su dolor. Siempre encontraba una excusa para explicar el proceder errático que había tenido su hija desde que se fue a Inglaterra... No, no desde que se fue; había tenido un comportamiento raro antes... Noemí había cambiado antes, y ella lo había achacado a la adolescencia. Pero esa vez no iba a aceptar una explicación tan endeble. Lo cierto era que no

podría hacer nada si su hija no se lo permitía. Sin embargo, permanecería a su lado.
La apoyaría hasta el final.

Noemí cogió aire ante la puerta de su cuarto. Todavía le costaba entrar en él, porque estaba igual a cuando se marchó y había demasiados recuerdos a los que no podía enfrentarse. Sin embargo, no se atrevía a cambiar nada.

Miró la estantería donde tendría que haber estado la preciosa botella de color verde esmeralda que había roto años atrás. Después de cargársela, no quiso arriesgarse a tirar nada más. Le había causado dolor físico que ya no estuviera. Mejor esconder todos los recuerdos que deshacerse de ellos; aunque la caja donde estaban guardados parecía que tenía vida propia y la llamaba —como si fuera el canto de una sirena— para que la abriera y se regodeara en el pasado. *Eso jamás.*

Y ahora, a pesar de los años transcurridos, volvía a estar superada por los acontecimientos porque había tenido una conversación con Álex en el bosque de su pueblo. *Patético.*

Cuando se hizo de noche y por fin se metió en su cama, Noemí se revolvía inquieta, pesarosa de que Álex hubiera adivinado lo que llevaba tantos años escondiendo.

Intentando no imaginar el beso que siempre había deseado y que jamás se dieron.

Maldito Álex.

Debía tener cuidado. Seguir enfadada. No permitir que sus verdaderos sentimientos afloraran y le provocaran llanto. No cruzar ni una sola palabra más con él.

Porque si Álex seguía haciéndole preguntas acabaría confesando.

«No logro olvidar que creía que yo te gustaba».

«No puedo superar el hecho de que te hayas casado con mi hermana y tengáis una hija».

«Me duele el corazón de amarte en silencio».

Habían pasado días desde el encuentro con Noemí. Álex seguía dándole vueltas a cada palabra que habían pronunciado, a cada latido que se le había desbocado, a cada mirada que le había dirigido.

Noemí había llegado a su vida tropezando, riendo, bailando. Y el mundo que hasta entonces giraba inmutable empezó a dar saltos, a avanzar a trompicones, a pararse del todo. Las horas corrían desaparejas según estuviera junto a ella o esperando a estarlo.

Había dedicado todo su empeño en no quererla, pero su corazón, que no obedecía a nadie, anhelaba su presencia.

Se había puesto mil trabas para alejarse: que si era demasiado joven, que si era la hermana de Laura, que si antes quería tener más experiencias, pero, en realidad, Noemí era la única que había conseguido hacerlo bailar, aunque sus pies siguieran afianzados en el suelo. Bailaba su sonrisa, su alma, sus ganas de tocarla.

Y durante todos los años que habían pasado desde que asumió que su relación sería inviable, no había podido detener a su corazón: el valiente inconsciente que le susurraba que no pusiera freno a lo que sentía.

Después de tanto tiempo, se había acostumbrado a negar una parte de sí mismo. Le había

entregado su corazón a Noemí sin pretenderlo, y ya no lo había podido recuperar.

Y ahora ¿qué? ¿Tiraba su vida por la borda? ¿Lastimaba a su mujer y a su hija? ¿Cómo dejaba a una hermana para irse con la otra? Eso era horrible. Impensable. Censurable.

Pero ¿cuándo podría intentar ser feliz? ¿Llegaría algún momento en el que estar con Noemí sería factible?

Tal y como él lo veía solo había tres posibilidades.

Podía seguir con Laura, mientras averiguaba si Noemí quería estar con él. Pero aquello implicaba mentiras e infidelidad. No le gustaba nada.

Podía seguir como hasta entonces. Pero aquello aún era peor. Ambos eran cada vez más infelices.

Y podía dejar a Laura, porque, aun obviando los sentimientos de Noemí por él, su mujer debía tener la oportunidad de encontrar un amor de verdad para ella. Aunque al principio fuera sumamente doloroso para todos. Una ruptura. Un abandono. Un fracaso.

No había solución buena.

El bochorno de esa mañana de julio no estaba ayudando a clarificar sus ideas. Había ido a comprar el periódico y a dar una pequeña vuelta por el pueblo. Evitaba ir al bosque porque tenía demasiadas ganas de ver si se volvía a encontrar a Noemí, y sabía que era mejor no cruzarse con ella hasta que supiera qué hacer.

Era increíble como, a pesar de los años, todo lo que tenía que ver con Noemí lo atolondraba como si volviera a ser aquel adolescente que había caído rendido a sus pies.

Sin darse cuenta, había ido paseando hasta la casa de sus padres y, sin haberlo planeado, subió y entró en su antigua habitación, aunque ya no quedaba nada suyo en ella.

Su madre la había redecorado para que su nieta tuviera un lugar propio en su casa, a costa de que Álex perdiera su refugio. A él no le quedaban fuerzas para imponer su voluntad de conservar su dormitorio. Suficientes cosas estaban pasando en aquellos momentos como para encima discutir por eso.

No llevaba bien nada de lo que le estaba sucediendo. Qué más daba ceder en algo más. Estaba aturdido en exceso.

Quizás su madre vio más allá y le quiso arrebatar un sitio al que volver si las cosas no resultaban. Tal vez era una forma más de obligarlo a madurar, de hacerle ver que su hogar ya era otro.

Sin embargo, en aquel momento, tantos años después, le hubiera ido bien estar rodeado de sus cosas.

Echaba de menos sus trofeos deportivos, que le hacían sentir poderoso, porque los peluches que se habían hecho los dueños del lugar no tenían nada que ver con él. Le hubiera gustado perderse en las páginas de los cómics de *El Capitán Trueno*, porque la colección de las *Mellizas en Santa Clara* y otros libros de Enid Blyton, que ya se habían quedado pequeños para su hija, no lograban que se evadiera de la realidad.

Y lo que más inspirador le había resultado siempre, los libros de Tolkien, habían sido sustituidos por fotografías tanto de la familia como de amigas de Marina.

Nada estaba como cuando esa habitación le pertenecía.

Se levantó de la cama desde donde lo estaba observando todo y trasteó en su armario. Uno de los cajones tenía cerradura, y él había escondido allí su caja de Pandora, aquella que había jurado no abrir jamás para que no se escaparan los males de su corazón. Se había quedado con la llave y jamás había vuelto a abrirlo.

Tanto Marina como su madre habían creído que la llave se había perdido y, como tenía espacio más que suficiente para guardar las cuatro cosas que se traía cuando se quedaba a dormir allí, no le habían dado importancia.

Aprovechando que sus padres habían ido a pasar fuera el fin de semana, se permitió el lujo de volver a abrirla. Había llegado el momento.

La llave se atascó un poco. Por un instante pensó que el destino le estaba dando un consejo impidiéndole abrir aquel cajón. Pero un clic repentino le aceleró el corazón.

La caja de zapatos donde había guardado todos sus recuerdos se le antojó una carga pesada y trascendente. Su propia caja del tiempo.

Lo primero que vio fue una foto de ellos dos en la playa, riendo con abandono, tirados sobre la arena, con el mar al fondo y los rizos de Noemí bailando con el viento.

—Éramos unos críos... —murmuró para sí.

Pero no pudo evitar fijarse en el breve bikini de Noemí, de un verde lima que hacía resaltar su moreno.

Acarició su sonrisa de papel con melancolía.

Había un palito seco muy corto. No recordaba qué era... ¡Dios! El recuerdo le vino como un fogonazo. Era un trozo del tallo de la gerbera que le había regalado, que había dejado secar, para conservarlo para siempre.

Tenía cartas escritas por él sin terminar. Él mismo había hecho una bola con ellas para tirarlas y luego las había desarrugado y conservado.

Se entretuvo en leerlas. Daban un poco de vergüenza ajena. Con total seguridad, mientras las escribía tenía claro que jamás las enviaría, por eso se había dejado llevar tanto. Sintió cariño por aquel adolescente inseguro que había sido. ¡Qué perdido había estado!

Encontró una lista con las canciones que le había ido grabando, para no repetir ninguna.

Había una servilleta de papel de un bar al que no recordaba haber ido.

Una de las gomas de pelo que Noemí siempre llevaba en la muñeca y que jamás usaba.

Más fotos, y no solo de aquel verano.

Un sobre ya amarillento por el tiempo que fue incapaz de abrir. Aquello sería demasiado.

Y debajo, su tesoro, si es que todo lo demás no lo era ya: el cómic de *El Señor de los Anillos*, publicado por Norma Editorial. Tenía el lomo un poco machacado de las veces que se lo había leído. Cuando le dio la vuelta, se fijó en el precio, que estaba impreso en el código de barras: 1.850 pesetas. De cuando aún no se pagaba en euros. De hacía una eternidad. Noemí le había escrito una dedicatoria a lápiz, «por si acaso la quieres borrar porque crees que no puedo ensuciarte el libro con un boli», le había dicho.

Él no pudo articular palabra. No recordaba por qué Noemí se lo había regalado. Su cumpleaños era en enero, y entonces apenas habían empezado a hablar. Le sonaba que fue cuando acabó el instituto, pero no había manera de recordar el motivo. Daba igual, quizás ni tan siquiera lo oyó porque estaría demasiado abrumado recibiendo aquella muestra de afecto.

Leyó la dedicatoria: «Sé que te gusta la fantasía, así que, cuando he visto este libro, no he podido resistirme a comprártelo. Si yo pudiera crear un mundo imaginario, creo que te gustaría vivir en él. Fliparías con lo que deseo».

«Fliparías con lo que deseo».

Ahora mismo tenía ganas de zarandear al adolescente que había sido. ¿Por qué no le preguntó qué era lo que deseaba? Ahora le hubiera parecido impensable no hacerlo.

Escondió la cabeza entre sus grandes manos y se agarró del pelo.

Tenía el corazón encogido.

—Cariño, ¿estás bien?

Álex dio un respingo del susto.

Su madre estaba en el vano de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó descolocado—. ¿No os ibais de fin de semana?

Su madre se cruzó de brazos y estudió la imagen que tenía delante. Su hijo estaba sentado en la cama, con una caja abierta y con pequeños objetos a su alrededor. Solo le faltaban las lágrimas en los ojos para completar una estampa de auténtica desesperación. El cajón del armario que llevaba años atascado estaba abierto.

—¿Cómo has conseguido abrirlo?

Álex levantó la mano, derrotado por la pillada, y le enseñó la llave, cabizbajo, sin atreverse a mirarla.

Su madre no dijo nada. Tenía que ordenar las preguntas que querían salir de su cabeza a borbotones.

—¿Qué es todo esto?

Él se encogió de hombros. ¿Qué hacía? ¿Lo guardaba todo deprisa y corriendo? ¿Cómo disimular?

Su madre se sentó a su lado. ¿Qué estaba pasando?

—Hijo, me estás asustando.

Álex se masajeó la cara con los pulpejos de las manos.

—¿Papá ha venido también?

—Sí, claro. Debe de estar en el comedor.

—Pues vamos...

El salón de sus padres era amplio y estaba decorado con un gusto delicado.

Su madre tenía colgados cuadros enmarcados de distintas formas y tamaños, que en vez de pinturas contenían pañuelos de seda pintados a mano. Tenía predilección por las telas. Adoraba acariciar los diferentes tejidos con los que había tapizado y adornado su casa. Conseguía, a través de las variadas texturas y con acertadísimas combinaciones de colores, crear ambientes relajados y acogedores.

Pero aquella mañana, el azul tranquilo del sofá no sirvió para apaciguar los ánimos. El ambiente tenso los constreñía. Natalia y Daniel se cogieron de la mano en un gesto inconsciente. Se oía el tictac del reloj marcando el paso inalterable de los segundos, haciendo que el silencio fuera ensordecedor.

Y Álex empezó a hablar.

—Estoy pensando en separarme de Laura y...

—¡No! ¡No puedes hacer eso! —protestó su madre.

—Mamá, ahora mismo no sé ni por dónde empezar, tengo un lío tremendo en la cabeza. Y ella aún no lo sabe...

—Pero ¿cómo se te ocurre darnos un disgusto así si aún no hay nada seguro?

Sí, claro. Álex no lo había planeado. Pero la pillada con la caja abierta, la garganta atorada de lágrimas y la desesperación en su semblante no era algo que sus padres fueran a dejar estar sin ninguna explicación.

—Mamá, escúchame, no quiero divorciarme. Pero cada vez que pienso que voy a seguir en esta situación durante el resto de mi vida me muero por dentro. Así que, en realidad, no tengo otro remedio. No sé cuándo se lo voy a decir ni cómo, porque yo mismo me resisto a dar ese

paso, pero es que no puedo quedarme como estoy. Necesito darle vueltas a cómo planteárselo, pero no hay otra opción. Voy a separarme de Laura, y todo va a ser muy complicado...

—No, ni hablar, Laura es una chica maravillosa y no se merece esta humillación. Y Marina, pobrecita; yo la quiero con locura.

—Laura es una mujer estupenda y Marina es mi niña hermosa. Lo sé. ¿Por qué crees que esto me está resultando tan difícil? Y si solo fuera eso...

—Pero si con Laura se os ve felices —siguió insistiendo Natalia—. ¡No me digas que hay alguna lagarta que se te ha puesto por delante!

Álex la miró con pena. No era nada de eso. Y la realidad era peor. ¿Cómo le soltaba la bomba?

—Papá, ayúdame, mamá no me escucha.

—¿Papá? ¿Qué sabes tú que no sepa yo? —preguntó indignada.

—Saber, saber, nada. Pero desde que tu hijo ha empezado a preguntar si sería viable trasladarse al bufete que tenemos en Barcelona me he estado cuestionando algunas cosas...

—¿Barcelona? ¿Que te vas a vivir a Barcelona? Pero ¿qué te pasa, hijo? ¿Tan grave es lo que haya pasado entre vosotros que no se puede arreglar?

—Pasar no ha pasado nada. Lo único es que Laura y yo no nos queremos...

—¡Mentira! No he conocido a una pareja igual...

—Papá —pidió Álex frustrado.

—Nunca discuten.

—¡Gracias!

—Y ¿desde cuándo no discutir es motivo de divorcio? Ya me gustaría a mí enfadarme menos contigo.

—A ver. He visto a tu hijo trabajando, en los juzgados, con clientes, en una mesa de negociación. Nunca pierde la compostura, pero conduce a todos a su terreno, y, mientras convence sin que se note que lo está haciendo, tiene un brillo de satisfacción en la mirada. Es el mejor abogado que jamás he tenido en el despacho.

—Papá —susurró emocionado—, nunca me habías dicho algo semejante. No sabía que pensaras eso de mí.

—Ahora necesitas saberlo —dijo con seguridad—. Pero este brillo en tus ojos que aparece cuando trabajas, nunca lo he visto cuando estás con tu mujer.

—No. Desde que nos fuimos a vivir juntos. Lo he hecho lo mejor que he podido, pero no ha sido suficiente. Y no puedo continuar así.

—Hasta este momento te he compensado por tu trabajo con tu sueldo, y cada euro ganado ha sido merecido. Ahora sospecho que, igual que cuando nos dijiste que habías dejado embarazada a Laura, te vuelves a encontrar en un momento crucial. Entonces tuviste que tomar decisiones muy duras, y aún eras un chaval. Pues quiero que sepas que te sigo apoyando en lo que decidas. Cuando estés listo, puedes trasladarte a Barcelona.

—Yo... —Carraspeó emocionado—. Gracias. Sí que necesito vuestro apoyo moral, de verdad que sí, porque se va a montar un lío gordísimo.

—¿Más aún que cuando dejaste embarazada a Laura?

—Mucho más.

Suspiró.

—¿Recordáis que entonces os dije que estaba enamorado de otra?

Los ojos de halcón de Daniel, aquellos mismos ojos con los que inspeccionaba a sus clientes

o atemorizaba a las partes contrarias porque parecía que ningún secreto pudiera esconderse a su escrutinio, se posaron en Álex.

—¿Sí? —dijo conteniendo su agitación.

—Pues resulta que no he podido olvidarla.

Daniel apretó sus puños con indignación.

—No, nada sórdido —dijo levantando las manos en un gesto para tranquilizarlos—. No ha habido ningún acercamiento. Ni promesas ni conversaciones al respecto.

—Si no ha habido nada... ¿Por qué ahora?

—Porque creo que siente lo mismo por mí.

—Y ¿cómo lo sabes si, como dices, no lo has hablado con ella?

Álex miró a sus padres con valentía, casi desafiándolos.

—Porque es Noemí. La hermana de Laura.

Natalia gritó al mismo tiempo que Daniel se tapaba los ojos con la mano.

—Ay... por Dios —susurró su madre—. Hijo mío...

—Y Noemí se acaba de mudar a Barcelona. Por eso quieres ir —dedujo su padre.

Álex asintió al tiempo que Natalia negaba con la cabeza.

—Noemí nunca aceptará estar contigo. Esas dos hermanas se quieren con locura.

—Lo sé.

—Álex, vas a hacer sufrir a cuatro mujeres para nada. Noemí no se quedará contigo en ningún caso. Y humillarás a Laura. Y Teresa, pobre mujer. ¿Has pensado en lo que esto supondrá para ella? Son sus dos hijas. Y mi niña, mi Marina, odiará a su tía por esto. Y no quiero ni pensar en lo que te hará a ti. No te separes de tu mujer. Por favor.

—¿Os creéis que no he pensado en ello? —bramó alterado—. ¿Mil veces? ¿Un millón? ¿Pensáis que esto es un capricho que se me acaba de pasar por la cabeza? ¡Llevo años guardándome todo esto dentro! Y ya no puedo aguantar más.

—Hijo, nosotros te queremos por encima de todo. Hagas lo que hagas te apoyaremos siempre. Pero es que esto no va a salir bien. ¿No te das cuenta?

—Sé que no va a ser fácil. Y quizás yo no lo consiga. Pero es que Laura también merece ser feliz. ¿No os lo habéis planteado? Ella tampoco tiene en su vida a un hombre que la desea por encima de todo. ¿No tiene derecho a enamorarse?

—¿Es que acaso te ha dicho algo?

—No hace falta. Sé que Laura tampoco está bien a mi lado. Y por encima de todo es mi mejor amiga.

—¿Entonces ya lo has decidido? —preguntó su madre resignada.

—No. Yo no. Mi corazón decidió por mí hace muchísimos años.

No me importa nada (Luz Casal)

Habían ganado el caso. Álex y sus colegas estaban contentísimos, porque no había sido nada fácil. En realidad, el bufete con el que habían colaborado sabía lo que se hacía.

Salieron a cenar. A celebrarlo.

Una de las abogadas con las que había estado trabajando se había desmelenado. Sus habituales trajes sastre y su pelo recogido en un moño bajo se habían transformado en un vestido sugerente y una mata de rizos oscuros que se deslizaban por su espalda.

Su risa era embriagadora.

Era una mujer arrebatadora.

Aunque en la mesa había más abogados, parecía que ellos dos tenían una conversación privada que nadie más oía.

—Una vez estuve en un juicio larguísimo.

—Define *larguísimo* —interrumpió Álex.

—Dos horas.

—Hombre, muy largo no me parece, la verdad.

—Cada minuto transcurrido parecía que duraba una hora —contestó misteriosa.

—¿Perdón?

—El juicio empezó con retraso y aprovechamos para ir al bar de al lado a beber unas cervezas. Y tomamos algunas más de lo que se podría considerar prudente.

—Muchas tendrían que haber sido para emborracharos con cerveza...

—La embriaguez no fue el problema.

—¿Entonces?

—Cuando nos fuimos del bar entramos directamente a la sala. Y antes no pasamos por el baño...

Álex empezó a reír.

—Ay... Ya me imagino por dónde vas.

—Los ciento veinte minutos más largos de toda mi vida —dijo lastimosa—. Fue horrible. Ya llegamos justitos. Sin embargo, se suponía que el juicio no iba a durar mucho porque no se había acordado la práctica de demasiada prueba, tan solo de dos testificales, así que no nos preocupamos. Pero el juez se tomó el caso con una calma nunca vista. Le dio por preguntar.

—¿Era complicado?

—Que no, que era muy sencillo. Te aseguro que no hacía falta cuestionarlo todo.

—Pues sería meticuloso. Quizás solo estaba haciendo su trabajo.

—No lo disculpes —ordenó con una sonrisa—. Fue una tortura horrible. Y ver las caras de apuro de los compañeros, que lo estaban pasando igual de mal, parecía que multiplicaba las ganas de todos de aliviarnos.

—Ya sería menos.

—No. Fue tal cual. Llegó un momento en que creí que no lo aguantaría. En mi cabeza solo veía inodoros. Intentaba concentrarme en el juicio, pero me visualizaba entrando en los lavabos del juzgado, e imaginaba mi felicidad más absoluta al poder, por fin... ya sabes. Y, en cambio, seguía allí. Pensando en excusas para salir corriendo. Deseando que saltara la alarma de

incendios. Lo que fuera para acabar con aquel martirio.

Álex no dejaba de reír.

—El juez, claro, era ajeno al suplicio al que nos estaba sometiendo, y venga a alargarlo. Pero aprendí la lección. Jamás he vuelto a beber nada antes de un juicio.

—¿Hubo algún incidente al respecto?

—No. Por suerte, que yo sepa, no hubo escapes. Yo, al menos, aguanté como una campeona. Si bien, al acabar, corrimos al baño. No éramos capaces de andar derechos. —Se carcajeó.

Llevaban toda la cena explicándose detalles divertidos de su profesión. Estaba aún riéndose por la última anécdota cuando notó el pie desnudo de la abogada subiendo por su pierna.

A Álex la risa se le fue de golpe. No se lo había esperado. Para nada. Bueno, quizás sí que habían coqueteado un poco. Era una mujer increíble que aquella noche lo había sorprendido. Y aunque estaba casado, seguía teniendo ojos en la cara.

Sin buscar nada más, se había sentido halagado de que una mujer hermosa le prodigara atenciones. Que tuviera un interés sexual en él. Desde hacía tiempo Laura ya no disimulaba la apatía que le producía acostarse con él. Y estaba harto de descargar su frustración en la ducha de su casa.

Tenía treinta y cinco años y se sentía atrapado en una vida que no le gustaba nada.

¿Qué podía pasar? Laura y él eran muy conscientes de lo que era su matrimonio. Jamás se habían mentido sobre sus sentimientos.

Estaba convencido de que, si le dijera a Laura que quería acostarse con otras, le daría igual. Incluso puede que se sintiera aliviada. Las últimas veces que había consentido tener sexo con él le había dado la sensación de que lo hacía más por pena que por otra cosa.

Ya sabía que no estaban enamorados. Sin embargo, dolía igual.

Y tenía ante sí a una mujer hermosa que lo deseaba. ¿Sería tan estúpido como para resistirse? Y aguantarse, ¿por qué? ¿Acaso estaría haciendo algo mal?

Después de que todos se marcharan del restaurante, ellos decidieron irse a un hotel. Uno que estuviera cerca, no fuera que durante el camino alguno de los dos cambiara de idea.

No hablaron de lo que estaban a punto de hacer. La mujer era divertida y seguía contándole anécdotas del trabajo a las que nadie que no fuera un abogado le encontraría la gracia.

No se cogieron de las manos. Ni tan siquiera se besaron. Álex era un hombre casado y era mejor ser discretos. No obstante, tenía un calentón que no le cabía en los pantalones. Ya estaba bien. Aquella noche al menos podría echar un polvo. Tenía unas ansias de llegar tremendas.

Estaban cerca.

—¿Tienes preservativos? No lo había planeado y no los he cogido al salir de casa.

Y con esa simple pregunta, Álex se dio cuenta de que no debía acostarse con ella. Él tampoco llevaba ninguno y no quería repetir lo que le había pasado años atrás.

Además, a aquella mujer solo la conocía del trabajo, y no tenía ni idea de sus hábitos sexuales. Era impensable hacerlo sin un profiláctico.

Podrían haber buscado una farmacia. Era cierto. Pero no. Algo estaba mal en todo aquello.

¿Qué le había pasado con ella para que después de tanto tiempo se hubiera planteado acostarse con alguien que no fuera su mujer?

La observó con atención.

La risa, el pelo moreno rizado, la altura, la complexión... sin darse cuenta todo le había llevado a fantasear que se trataba de Noemí. La atracción que sentía por esa abogada era porque

se le parecía. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta hasta ese momento?

Lamentable.

No había deseado otra cosa desde hacía diecisiete años que estar con Noemí. Por eso, no podía seguir traicionando su amor.

La primera vez que se engañó pensando que lo que sentía por ella era una tontería de adolescentes dejó embarazada a Laura. ¿Quién lo hubiera creído posible? La primera vez de los dos y la certeza de que ella estaba en un momento de su ciclo que era inviable para concebir, y ahí estaba su hija. La imposibilidad hecha una adolescente de quince años.

Ya había pagado por ello con creces.

No cometería el mismo error por segunda vez.

—Lo siento. No voy a subir contigo.

—¿En serio? Hemos llegado hasta aquí y ahora ¿te vas? —susurró enfadada.

—Sí. Perdona. Eres una mujer hermosa y cualquier otro hombre...

—Ahórrate las excusas —dijo indignada—. No me interesa nada de lo que me tengas que decir.

A Álex, por fin, empezaron a encajarle las piezas de un rompecabezas imaginario. Lo lamentaba por la abogada que se había quedado sin lo que quería, pero ese había sido el detalle que le faltaba para darse cuenta de que tenía que hacer algo con su vida. ¿Cuántos tumbos más debía dar hasta que empezara a luchar por lo que amaba?

No podía seguir a la espera de que los problemas se solucionaran solos por el simple hecho de desearlo.

Aunque lo más importante era que no debía volver a estropearlo todo.

Se acabó aquello de tomar decisiones equivocadas.

—Te acompaño hasta tu coche.

—No hace falta. La calle está llena de gente y no es tan tarde.

—Da igual. Permíteme ser un caballero.

La abogada lo observó, vio determinación en su mirada y accedió con un suspiro. Que ella estuviera frustrada en aquel momento no era motivo suficiente para no aceptar la negativa de ese abogado a acostarse con ella.

—¿Por qué te has echado atrás? ¿Es que estás casado? —dedujo con horror.

—Sí.

Aunque no se había detenido por Laura. Se había contenido por Noemí. Pero no era necesario explicárselo.

—¿Y vas tonteando con cualquier mujer? —le espetó ofendida.

—No. Jamás. Eres la primera.

Ella lo miró con dudas.

—¿Eres un hombre fiel?

«No. Para nada. No he sido fiel ni sincero con la mujer que amo desde que la conocí».

—Jamás me he acostado con nadie fuera de mi matrimonio.

—Tu mujer es afortunada, pues.

«En absoluto. Ninguno de los dos somos felices».

—Tendrías que preguntárselo a ella.

Caminaron en silencio hasta su coche.

—Álex, lamento... No sabía que estuvieras casado.

—No te disculpes. Aquí quien no se ha portado bien he sido yo. Y tú eres una mujer que me

lo ha puesto muy difícil.

La suave risa que respondió a sus palabras le hizo sonreír. ¿Cómo había confundido la de Noemí con aquella? La suya era única e irremplazable.

Se despidieron con un beso en la mejilla. Seguros de que se encontrarían en algún juzgado.

Llegó a su casa exhausto y no pudo dormir en toda la noche. Dándole vueltas a la certeza de que se había detenido en cuanto pensó que le debía fidelidad a la persona de la que estaba enamorado y no con la que estaba casado.

¡Qué locura!

Hablaría con Laura. Las cosas no podían seguir así.

Camins (Sopa de Cabra)

Álex había meditado mucho sobre la estrategia a seguir.

No estaba dispuesto a dejarse llevar por la inercia que gobernaba su existencia. Quería coger las riendas de su vida y luchar de una vez por todas por lo que en verdad amaba.

Y lo deseaba todo. El amor de su hija. La amistad de Laura. La pasión de Noemí.

Su matrimonio jamás había ido bien. Por mucho que llevara engañándose desde hacía años.

Desde la primera vez, el sexo había sido un mero desahogo. Y después de irse a vivir con Laura, con dieciocho años, le había preocupado no volver a experimentarlo jamás. Había creído que, si funcionaban en ese aspecto, lo demás vendría rodado. Porque amigos ya eran. Si a la amistad inquebrantable se le sumaba el sexo, el éxito de su matrimonio estaría asegurado, ¿no?

Lo habían hablado y se habían prometido que intentarían tener una relación de verdad, pero durante los primeros meses él no había visto ningún avance en ese sentido. Y lo anhelaba.

¿Qué alternativa había si no? ¿Convertirse en célibe para siempre? ¿Buscarse el placer fuera de su casa?

Él le había dado el espacio suficiente para que fuera ella quien diera el primer paso para acostarse con él. Hasta entonces había sido atento y había estado pendiente de sus necesidades.

Y es que en el fondo Laura seguía siendo aquella chica que lo había rescatado de sus inseguridades y a la que quería muchísimo.

Pero, claro, en aquel momento ya no solo eran amigos, eran algo más... ¿o quizás algo menos?

Sin embargo, ella ya no era la misma persona que había sido. Se había convertido en un ser extraño que lloraba y a veces le chillaba y otras lo ignoraba y en ocasiones le culpaba de todo y de nada en particular.

Hasta que, hacia el quinto mes de embarazo, quizás antes, tras una discusión en la que él no había hecho oídos sordos y ambos acabaron gritándose, con toda su paciencia consumida, Laura se abalanzó sobre él y luego lo besó con desesperación.

Álex la desnudó con cuidado, la mimó, embarazada como estaba. El sexo entre ellos fue dulce, bonito, con besos tiernos sobre la piel. Con caricias suaves con las que recorrían el cuerpo del otro.

Con amor, sí, aunque más bien con el que nace del cariño, de la amistad, de los lazos que existen cuando se va a tener un hijo.

No con el loco sentimiento que brota de la pasión, de la certeza de que has encontrado a la persona que amas.

Y a partir de entonces, él había seguido con una rutina sexual algo aburrida y poco o nada creativa que los había dejado a ambos insatisfechos.

A ella porque, una vez tomó la decisión de permitirle entrar en su vida, algo se le murió en su interior: la posibilidad de enamorarse, de ser feliz con alguien a quien ella hubiera escogido.

Y a él porque, cada vez que terminaba, un vacío le quemaba en el pecho. Era incapaz de despegar de su corazón la sensación de que estaba cometiendo una doble traición: contra sí mismo y contra Noemí.

Y aquello se tenía que acabar ya.

Laura y él se estaban preparando para irse a dormir.

Álex se había sentado en la banqueta que había a los pies de la cama. Con las manos en el codo. Los codos apoyados en las rodillas.

—¿Un mal día?

—Tenemos que hablar.

Qué mal sonaba aquella frase. Un escalofrío recorrió la espalda de Laura, aunque no le hizo demasiado caso. Nada podía ser peor que la vida monótona, gris y rutinaria que llevaba.

—Dime.

Álex cogió aire para darse fuerzas.

—Ya no tiene sentido que sigamos con esto. No me arrepiento de la decisión que tomé al pedirte que viviéramos juntos y que diéramos a Marina una familia unida viviendo bajo el mismo techo, sin embargo, esto ya no tiene ni pies ni cabeza. Ambos lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas, pero no hemos conseguido enamorarnos, y, ahora que Marina empieza a hacer su vida sin necesitarnos tanto, ¿para qué continuar con esta farsa?

Silencio.

Laura se sentó en la cama porque dudaba de que las piernas pudieran sostenerla.

Álex la miró con sus penetrantes ojos verdes. Aquellos que hacían temblar las rodillas a Noemí. Los que atemorizaban en los juzgados. Los que se dulcificaban cuando hablaban con su hija.

—Esto ya no va a ningún lado —remató.

—¿Ahora te das cuenta? No ha habido ni un solo momento en esta porquería de matrimonio que nos hayamos comportado como tal. ¿Qué ha pasado para que ahora quieras acabar con él?

—Simplemente que ha llegado el momento de ponerle fin.

—No —protestó apretando los labios en una mueca tozuda.

—¿Cómo que no?

—Que no. Que no sé lo que te está pasando, pero esto no lo terminas porque a ti te dé la gana. Si algo tenía claro, es que nuestro acuerdo incluía un «para siempre».

—Laura, ¿en serio me estás diciendo que preferirías seguir con esta media vida?

—Yo no sé qué quieres tú, pero yo no hago nada más que ocuparme de nuestra familia —contestó con debilidad—. No me quites lo único que tengo.

—Laura, ese es el problema. No me has dicho que me quieres, que me deseas, que no puedes vivir sin mí. ¿Tú me quieres?

—No. No como a un marido. Ya lo sabes. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Acaso tú sí?

—Jamás he dejado de quererte —contestó con ternura.

—Ya, bueno. Digo si me amas.

—No.

—¿Me odias?

—¿Cómo se te ocurre pensarlo?

—Pues, tal y como yo lo veo, no me odias, me quieres como amigo y no estás enamorado de mí. Igual que cuando decidiste casarte conmigo. Nada ha cambiado. Por lo tanto, nuestro matrimonio va a seguir.

Álex había albergado la pequeña esperanza de que Laura fuera más receptiva a su propuesta. Ya veía que se había equivocado.

—Laura —insistió—, ninguno de los dos somos felices.

—Yo no soy feliz desde que vi las dos rayas en la prueba de embarazo.

—Seguro que has tenido momentos de felicidad, igual que yo, junto a nuestra hija.

Laura lo miró con resentimiento.

—No tienes ni idea. Claro que quiero a mi hija —interrumpió al ver la cara de espanto de Álex—; sin embargo, jamás me he sentido libre para amarla bien.

—Has sido una madre estupenda. Eres una persona maravillosa.

—Sí, seguro —sopló con desprecio—. Tú no tienes ni idea de lo que es amar a una hija con todas tus fuerzas y culparla a la vez de ser la causa de tu desdicha. Y sentirte fatal por tener semejantes pensamientos. La culpabilidad ensucia lo que toca. Es un asco.

—Laura...

—Estar agotada de no dormir y sentir que lo estás haciendo todo mal. Agobiarte por haber renunciado a lo que querías y no querer culparla por haber decidido tenerla —porque no es lógico acusarla por existir—, pero hacerlo de todas formas. ¿Buena madre? Un desastre más bien —sollozó.

—¿Por qué jamás me dijiste cómo te sentías?

—¿Porque tú aún dormías menos que yo! Estudiabas, trabajabas y cuidabas de nuestra hija muchas veces. Y eso me hacía sentir peor. Más inútil si cabe —hipó apartando de un manotazo las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Tendrías que haber hablado conmigo.

—¿Y qué hubieras hecho?

—Te hubiese dicho que el peso de llevar una casa y una hija las veinticuatro horas del día no es comparable con estar con ella unas pocas horas. Que agota más un rato de lloros intensos por un cólico que una jornada laboral entera. Que es más sencillo estudiar un examen de Derecho Civil que lidiar con una niña a cuarenta de fiebre por una otitis. Ser madre a tiempo completo no es sencillo. Y tenías diecinueve años. Aunque lo más importante es que te habría apoyado y escuchado; habría estado a tu lado.

—Ya lo estabas. Y demasiado cerca para mi gusto. No, no tendríamos que habernos casado.

—De eso no me arrepiento.

—Claro. Como que fue idea tuya. Pero tienes que reconocerlo, eso fue una pésima solución.

—No. En absoluto. Fue lo mejor que pudimos hacer.

—¿Por qué? —espetó desesperada—. Si no nos hubiéramos casado quizás seguiríamos siendo amigos. Y ahora me he quedado sin nada. Ni con mi amigo de siempre ni con un marido.

—Laura —le dijo mientras le daba un apretón en el brazo—, separémonos y volvamos a ser los de antes. Yo también te he echado de menos.

—Que no. Que no —contestó sacudiéndoselo de encima.

—¿Es que no ves que ya no hay nada entre nosotros? Ni tan siquiera nuestra amistad.

—Me da lo mismo. Tú quisiste esto, pues ahora apechuga.

—Sabes por qué. Te lo expliqué entonces. Quise formar parte de la vida de Marina, quería darle una familia. Vivimos en un pueblo pequeño de menos de mil habitantes. ¿Cómo hubiera sido verte por ahí con mi hija, cruzándome con vosotras y teniendo derecho a ella unas cuantas horas convenidas? ¿Cómo hubiese sido para Marina que yo no hubiera querido vivir con ella?

—¿Que no iba a ser la primera niña que hubiera tenido a sus padres separados! ¿Que el divorcio ya había llegado al pueblo!

—Me parece estar en bucle —suspiró—. Dijimos lo mismo hace años.

—Sí —aceptó abatida—, y me convenciste de que era lo mejor para el bebé.

—Porque lo era.

—Y ahora quieres romper. ¿Por qué?

—Porque durante dieciséis años nuestra prioridad ha sido Marina, pero aún nos queda tiempo de ser felices.

Laura se puso alerta de repente.

—¿De ser felices? ¿Tienes una mujer en la recámara? ¿Te has estado acostando con otras?

—No. Sin embargo, el otro día estuve a punto —contestó con sinceridad.

—No me lo estás diciendo en serio.

—¿Te hubiera importado?

—¿Que si me hubiese importado que mi marido se acostara con otra? Sí, creo que sí. Es asqueroso.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido—. Pensé que te daría igual.

—¿Cómo me iba a dar igual? Pero tú ¿qué tienes en la cabeza?

—Laura, me ignoras. Si te toco, te apartas. ¿Pretendes que esté así hasta que me muera?

—Es que, perdona, no me atraes. No me apetece hacerlo contigo.

Estaba tan nerviosa que ya no censuraba lo que decía. Lo que llevaba años disimulando le había salido sin pensar.

—Lo siento. No he debido decir eso.

—Al contrario, tendríamos que haberlo hablado antes. Aunque no me estás descubriendo nada que no supiera ya —dijo con tristeza.

Callaron un momento, ensimismados en la realidad que estaban desgranando, con miedo a dar el próximo paso.

—Laura, necesito volver a lo que teníamos antes de saber que esperábamos una hija. Yo tampoco soporto esta relación que nos va minando a los dos.

Laura suspiró.

—Yo también echo de menos al mejor amigo que jamás he tenido —dijo mientras una lágrima rodaba por su mejilla—, aunque sé que es imposible recuperar el pasado. Pero eso no quita que no quiera que nos separemos.

Álex no sabía cómo convencerla de que era lo mejor que podían hacer.

—Seguir con este matrimonio es absurdo. ¿Qué te está aportando? ¿Por qué te aferras a él?

—Porque me prometiste que seríamos una familia.

—Y lo continuaremos siendo. Eso no lo vamos a perder. Le hemos dado a nuestra hija unos valores, respeto. Muchísimo amor. Jamás nos hemos peleado delante de ella...

—Y casi ni cuando estábamos solos...

—Sí, quizás eso era un poco inquietante.

El carácter tranquilo de ambos les había conferido un matrimonio educado y respetuoso, sin altibajos, sin discusiones, sin peleas. Pero también sin pasión, sin deseo, sin arrebatos. Tan previsible que había perdurado solo por la fuerza de la inercia.

Sin embargo, en su interior, ambos ansiaban fuego, frenesí, locura. Y la resignación y la frustración con la que convivían a diario les habían colmado de un sordo resentimiento, que se escondían incluso a sí mismos, fingiendo que todo iba bien.

—Laura, nuestro objetivo siempre ha sido el bienestar de nuestra hija. Y lo hemos logrado, se va a convertir en una mujer espléndida, estemos juntos o no a partir de ahora. Pero ha llegado nuestro turno.

Laura suspiró resignada. Por mucho que se negara, no podía hacer nada para impedir que Álex se fuera.

—¿Cómo hemos dejado que ocurra?

—No nos juzgues con tanta severidad. Teníamos dieciocho años.

—Y una hija.

Álex y Laura se sumieron en un silencio pesado. Cada uno pensando en lo que supondría para ellos aquella ruptura.

—Tengo miedo —confesó.

—¿De qué?

—Se suponía que lo aparcaba todo para ser madre, y ahora mi hija va por su lado y mi marido me abandona. ¿Qué voy a hacer sin vosotros?

—Vas a recuperar a tu amigo. Buscaremos a esa Laura maravillosa que conocí en el instituto y que me dio la valentía suficiente para superar mi timidez. Encontraremos a la Laura que quería ser enfermera y renunció a la universidad para ocuparse de su propia hija.

Laura negaba con la cabeza como si fuera imposible conseguirlo.

—Y tiraremos a la basura toda la ropa deportiva que tienes, porque no la usas para hacer deporte, y estoy harto de verte con pantalones de chándal —añadió Álex.

—¿Te quieres separar de mí y crees que puedes decirme cómo debo vestirme? —dijo indignada.

—En absoluto. Me da igual lo que te pongas. Lo que llevabas en el instituto me parecía ridículo. ¿Quién lleva un collar de perlas al colegio con dieciocho años? ¿Quién se pone diademas del mismo color que sus chaquetitas de abuela?

—¡Jamás me dijiste que no te gustaba!

—Exacto. Porque no era asunto mío. Me da igual que te maquilles o que no lo hagas. Lo que no puede ser es que el motivo por el que no te pintes sea que te has abandonado. O sea, que me es indiferente si recuperas tu estilo clásico o prefieres uno del todo distinto. Lo que no voy a consentir es que sigas pasando de ti. Eso sí que no. Durante los primeros años de Marina estábamos demasiado liados y cansados para ocuparnos de nosotros mismos. Sin embargo, ahora que nuestras vidas se están sosegando, nuestra infelicidad cada día es más patente. Tú necesitas ser feliz, hacer algo que te llene.

—¡Ah! ¿Que lo estás haciendo por mí? —replicó irritada—. Quizás debería agradecértelo.

Su sarcasmo quedó flotando entre los dos en medio de un denso silencio.

—Laura —dijo conciliador—, lo estoy haciendo por los dos.

Ella se echó a llorar.

—Yo no tengo nada... No soy nadie sin vosotros...

—Eres alguien. Eres tú. Y eso es más que suficiente.

—Quédate conmigo, Álex —pidió mientras se aovillaba entre sus brazos—; te lo suplico si es necesario, pero no me dejes... Yo —dijo a la desesperada— creo que puedo... que si tú necesitas... otras mujeres que... en fin que yo aceptaría...

—¡No! —espetó como si fuera un latigazo—. Ni te atrevas a decirlo. No voy a permitir que te rebajes de esta forma ni voy a tolerar que me hagas esto.

—Total, te ibas a acostar con otra y pensabas que me daría igual.

—Sí que es cierto que creía que no te importaría, sin embargo, en ningún momento he considerado la posibilidad de convertirlo en nuestro modo de vida. Además de una falta de respeto intolerable hacia nosotros mismos, no es lo que pretendo que sea nuestro futuro.

—Es que siento que sin ti voy a desaparecer. Estoy perdida...

—Laura, por favor —la sacudió con suavidad—, no me digas esto. No podemos seguir así.

Eres una persona que se ha olvidado de lo maravillosa que es. Eres joven, guapa, inteligente, buena. No puedes vivir por nosotros, tienes que volver a sentir lo que querías ser, recordar tus anhelos, tus esperanzas.

—¡Es peligroso acordarme de ello porque duele demasiado! Porque nunca voy a ser lo que quise, ya ni siquiera sé si sigo queriendo lo mismo...

—Yo voy a estar a tu lado... como amigo. No permitas que nuestro matrimonio continúe arruinándonos.

Laura se secó las lágrimas. Asumiendo que Álex había tomado una decisión y que era irrevocable, aunque a ella le pareciera fatal.

—No soy capaz de decírselo a Marina.

Álex miró a la que aún era su esposa.

Entendiendo que aquella noche se le habían desmontado demasiadas certezas y que necesitaba un tiempo para hacerse a la idea.

—Vale —aceptó—. Va a tener que ser pronto, aunque entiendo que quieras esperar a digerir todo esto.

—¿Dónde vas a vivir? Porque, si te vas de esta casa, Marina lo va a sospechar. Podemos seguir durmiendo juntos. Creo..., creo que no me importará, quizás me sienta más cómoda ahora que tengo la seguridad de que no vas a buscarme.

—Me haces quedar como un salido. No sé si me gusta que seas tan sincera conmigo...

Álex sonrió para quitarle hierro al asunto.

—Aunque no te preocupes por eso. Mi padre ha abierto otra oficina del bufete en Barcelona. Hablé con él el otro día. Quiero trabajar en esa sucursal. Viviré allí.

—¿Tan lejos?

—Sesenta kilómetros no es *lejos*. Y así será más fácil para todos. Para ti, que no tendrás que verme cada día por el pueblo, y para Marina, para que esta situación no le parezca rara de entrada. Pero, Laura, no tardemos más de una semana en decírselo. Mañana me traslado a Barcelona.

—¿Es que ya tienes piso?

—Por pura casualidad. Uno de los que mi padre tenía alquilado se ha quedado vacío. Allí me instalaré. Puedo decirle a nuestra hija que tengo mucho trabajo con el traslado y que, como lo quiero tener todo listo para septiembre cuando los juzgados vuelvan a abrir, es imposible venir a dormir a casa. No obstante, el sábado o dormimos en la misma cama o hablamos con Marina. Y preferiría que ella lo supiera cuanto antes.

—¿Y nuestras vacaciones?

—No creo que sea buena idea que nos vayamos los tres juntos. Es cierto que voy a estar muy liado con el traslado tanto de mis cosas personales como de las del despacho, pero pienso que lo mejor es que paséis este agosto las dos solas.

—No sé qué decir. Estoy descolocada. Esta mañana no me esperaba que por la noche nuestro matrimonio se habría acabado.

—Lo hemos intentado, Laura. Con todas nuestras fuerzas. Sin embargo, no estamos hechos el uno para el otro. Démonos la oportunidad de ser felices de verdad. Pero por separado.

Quiero tener tu presencia (Seguridad Social)

—¡Hola, *Pequeñaja*!

—¡Björn! ¡Cuánto tiempo! ¿Dónde estás?

—Pues si me dejas, en unos días, en tu casa. Que te vayas moviendo por todo el mundo me va estupendo para no tener que alojarme en hoteles.

—Sabes que puedes venir cuando quieras. Te echo de menos.

—Sí... claro. Como si no supiera que eres un alma libre que no se quiere atar a nadie.

Noemí se rio. Desde su primera vez, había tenido más encuentros con el danés con el que se estrenó. Tal y como ella ya intuía, Björn había resultado un compañero muy divertido tanto dentro como fuera de la cama.

Un clásico en su repertorio de bromas privadas, era el recuerdo, de hacía ya más de doce años, de la vez que el preservativo que le estaba poniendo saltó por los aires porque era demasiado pequeño para su tamaño.

Pero además de amante ocasional y buen amigo, Björn también trabajaba en el campo de la biomedicina y no era la primera vez que se habían consultado impresiones e incluso habían colaborado en algún artículo. Quedar en los congresos internacionales era casi una cita obligada.

—¿Estás en tu pueblo? Estaba cerca de Barcelona, ¿verdad?

—Sí. Mi pueblo está a unos sesenta kilómetros de la capital, aunque no vivo allí. He alquilado un piso en la ciudad.

—¿En serio? Eso aún me va mejor. Pensaba alojarme en tu casa del pueblo para hacerte un favor...

—Sí, ya... el favor este que nos vamos haciendo cada vez que nos vemos no tendrá nada que ver con querer alojarte conmigo, ¿no?

—Noemí, cariño, yo te regalo favores siempre que me los pides. Ya lo sabes...

Incluso percibió el guiño que le hizo a través del teléfono.

—Tienes suerte de que seas irresistible para mí —dijo riendo.

—Te lo dije, *Pequeñaja*. Una vez me prueban, ya no se puede prescindir de mí...

—Menos mal que te conozco desde hace años y sé lo fantasma que puedes llegar a ser, que si no...

—Voy a tener que colgar. Pásame tu dirección y en unos días nos vemos. Ah... y esta vez el regalo que te voy a hacer va a ser brutal...

—No, por favor. No tienes ningún criterio a la hora de escoger nada que valga la pena... — se carcajeó.

—Porque soy original...

—Absurdo, diría más bien.

—Ah... eso ha dolido —dijo riendo—. No te preocupes. En esta ocasión seguro que acierto.

Noemí cogió el paraguas y salió de su casa. El mes de septiembre había empezado con chaparrones y quería ser precavida.

Björn se había convertido en un gran amigo.

No tenían una relación muy regular porque vivir en países distintos complicaba un poco las cosas. Pero jamás habían perdido el contacto. Igual que con sus compañeras de la universidad:

Marie y Beth.

Antes de salir a la calle, inspiró la fragancia de las plantas del Petit Jardí. No se cansaba de deleitarse en los colores y en los olores de las flores.

—Noemí, tengo un ramo para ti.

—¿En serio? ¡Qué ilusión!

Noemí sonrió. Por fin, Björn le hacía un regalo de verdad tal y como él le había prometido.

Era un centro precioso en tonos fucsias, con rosas, gerberas y lirios, salpicado de pequeñísimas florecillas blancas, que la sorprendió.

Aunque no soportaba las gerberas, Björn no tenía por qué saberlo. De hecho, eran unas flores preciosas que no tenían la culpa de aparecer sin permiso entre sus recuerdos.

Mientras buscaba la tarjeta, Noemí pensó en qué tipo de conversación habría tenido Björn con la florista, porque su escaso español chapurreado no daba para mucho.

Cristina la miró pícaramente.

—Vaya pedazo de hombre... —dijo levantando las cejas.

—¿Quién? —preguntó despistada.

—¿Quién va a ser? El que te ha regalado las flores.

«¿Las flores no eran de Björn? Claro —pensó de repente—. No había caído hasta ese momento que no podían ser de su amigo si la había llamado para preguntarle su dirección».

—Ah... pues ahora mismo no sé de quién pueden ser.

—Tenía unos increíbles ojos verdes.

Noemí empezó a toser. Se había atragantado del susto. No podía ser cierto...

—Eh, eh... tranquila. ¿Estás bien?

—Esto... sí, es que no me lo esperaba.

—¿Eso quiere decir que ya sabes quién es?

—En realidad, no. Es imposible que sea quien me imagino.

—Guapo, muy guapo, ojos verdes, moreno, traje, corbata... No sé; espectacular.

Noemí palideció mientras cerraba los ojos. Se negaba a considerar siquiera que quien le había regalado el ramo pudiera ser Álex. ¿Qué narices estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? Que estaba casado. Y con Laura.

Noemí abrió el sobre temblando.

Al leer la nota, se llevó una mano al pecho. El mundo dejó de existir para ella.

«Enséñame a olvidar. *Romeo y Julieta*».

¿Por qué citaba la novela de Shakespeare? Jamás habían hablado de ella. Era imposible que Álex supiera que Noemí no era capaz de evitar leerla una y otra vez, casi con obsesión porque, aunque por suerte ellos seguían vivos, su amor parecía tan imposible como el de aquellos amantes de Verona.

De ahí que supiera que esa frase la decía Romeo cuando su amigo le aconsejaba que se olvidara de su amor imposible por Julieta.

¿Qué diablos le estaba diciendo con todo aquello?

—Bueno —carraspeó con ganas de quitarse el nudo que se le había formado en la garganta—, voy a subir el ramo a casa y lo pondré en la mesa del comedor. Gracias, Cristina, se nota el esmero con que lo has hecho.

—Ay... muchas gracias.

—Un beso, guapa.

Y ya casi en el ascensor, una idea inquietante y repentina le hizo dar media vuelta.

—Por cierto, ¿el centro ha sido inspiración tuya o te ha pedido algo en concreto?

—Pensé que no me lo ibas a preguntar... —dijo entusiasmada.

—¿Qué?

—Solo me ha dicho que montara un centro que tuviera al menos una gerbera de color fucsia. Y cuando ha visto cómo había quedado, ha sonreído satisfecho y ha dicho que tú recordarías, que tenías que aceptar que nada había sido mentira.

Cristina no era una cotilla, pero su mirada rebosaba de curiosidad.

Noemí apretó los labios y cerró los ojos para contener las lágrimas.

Claro que se acordaba de la gerbera que Álex le había regalado en las vacaciones que pasaron juntos, cuando le dijo que era preciosa.

—¿Estás bien? Te has quedado un poco pálida...

—Sí, sí. No te preocupes. Gracias otra vez.

Llegó a su casa temblando.

Tenía miedo de que se le cayera el centro porque no se sostenía en pie. En cuanto cerró la puerta se sentó en el suelo, no podía esperar hasta alcanzar una silla, y dejó las flores allí mismo, frente a ella. ¿Álex se acordaba de todo lo que le había dicho ese verano? ¿Y ahora por qué desenterraba recuerdos que ella se esforzaba en ignorar?

No pensaba agradecerle el ramo.

Lo tiraría. No quería verlo y tener ante sus ojos esa condenada flor que aquel verano la había hecho sentir como una princesa de cuento.

Sin embargo, no podía deshacerse de esa belleza.

Pues se lo regalaría a alguien, porque era incapaz de tenerlo en casa.

Aunque, si Cristina veía que lo sacaba de su piso, creería que no le gustaba, y el problema no era ese.

Suspiró con resignación.

Tendría que soportar ver ese maravilloso centro de flores que le recordaba la sensación que inundaba su corazón cuando estaba con Álex.

El límite del bien y del mal (La frontera)

Acababa de poner el centro de flores en medio de la mesa del comedor. No podía hacer otra cosa que admirarlo. «Quizás no es de Álex», se dijo en un vano intento de engañarse para poder disfrutar de él sin sentirse mal. El hecho de que la nota no estuviera firmada y no supiera a ciencia cierta que era de él, le daba la excusa perfecta.

Sacó el móvil para immortalizarlo con una fotografía, porque era un pecado que algo tan bello se marchitara y no quedara ninguna imagen para recordarlo. Pero el sonido estridente de una llamada entrante y la culpabilidad al ver que era de Laura hicieron que lanzara el teléfono por los aires como si quemara. Como si su hermana la pudiera ver por un agujerito.

Cuando se recuperó del susto y fue a cogerlo, había dejado de sonar.

«Menos mal», suspiró aliviada, ahora mismo no podría lidiar con una conversación con ella.

El móvil volvió a la carga. Noemí estaba asustada como si la hubieran pillado en falta, aunque era imposible que Laura supiera que su marido le había regalado unas flores a ella. De todas formas, tal vez no eran de Álex. O sea, que debía tranquilizarse.

—Dime.

—¿Estás en casa?

—Justo acabo de entrar... ¡Laura! ¿Estás llorando?

—Lo... lo siento... no quería... Te necesito... estoy mal...

—¿Qué... qué pasa? ¿Estás enferma? ¿Has tenido un accidente? —le preguntó cada vez más alarmada.

—Álex me ha dejado.

Noemí se desplomó en el suelo. Se le habían aflojado las rodillas sin que lo hubiera podido evitar.

—¿¡Estás bien!? He oído un golpe...

—Me he caído al suelo de la impresión —soltó sin mediar excusa—. ¿Álex te ha dejado? ¿Cuándo? ¿Cómo? Y... ¿por qué?

—No sé... Estoy perdida; lo echo de menos. No quiero que estemos separados. Y en nada ya estaremos divorciados. Llevo más de un mes así y no me hago a la idea, cada día me siento peor.

—Pero ¿qué te ha dicho?

«¿Más de un mes y ella sin saber nada?»

—No soy capaz de explicártelo, a duras penas lo entiendo, aunque me siento tan aturdida... no sé qué hacer. Tú siempre has sido muy independiente, nunca has necesitado un hombre, no quieres una vida tradicional; sin embargo, yo... sin mi marido no soy nadie...

—Eso no lo digas ni en broma —la atajó con ferocidad—. ¿Eso es lo que te ha hecho creer ese cretino? No entiendo por qué desde que te casaste te has considerado inferior a todo el mundo. Has desaparecido de ti.

Y darse cuenta en ese momento de la triste realidad de Laura era otra puñalada a su corazón.

«Qué ciega había estado».

—Eres una persona maravillosa.

«Y ella no había estado lo bastante a su lado para repetírselo», se culpabilizó.

—Noemí —siguió hipando Laura—, no me dejes sola... Ayúdame.

—¿Quieres venir a mi casa unos días?

—No, no... eso no. No puedo ir sin Marina. También está conmocionada. No se lo esperaba. Nadie lo había visto venir... Y no vamos a invadir tu espacio de esta manera. Bueno, no sé por qué te digo nada, estarás ocupada...

—Laura —y esta vez no hubo dudas en su voz—, no vas a pasar sola por esto.

Iba a asegurarse de que su hermana tuviera la certeza de que jamás se había avergonzado de ella.

—Ahora no puedo ir hasta el pueblo. Pero mañana iré a tu casa y estaré contigo todo el fin de semana. Me explicarás qué ha pasado y te sentirás mejor.

—Lo siento. Seguro que tenías planes y te los he estropeado.

—Laura —carraspeó incómoda con un gran nudo en la garganta—, te quiero mucho, aunque no te lo haya sabido demostrar. No he sido la misma desde que... desde que... bueno, que... En fin, que si tú me dices ven, lo dejo todo —acabó bromeando para cesar de balbucear.

Todo el mundo de Noemí estaba patas arriba.

Aquellas flores eran de Álex. Ahora ya estaba segura. Se había separado de Laura y le había regalado un centro donde había una gerbera. ¿Qué pretendía?

Noemí seguía en el suelo. Mirando incrédula el ramo. No tendría que haber vuelto. Se tendría que haber quedado en cualquier otro país. Hubiera dado igual. Cualquiera menos el suyo.

¿Álex hablaba en serio cuando le había confesado que no era feliz? ¿Que tampoco lo era Laura? En tal caso, ¿por qué su hermana se sentía tan afligida sin él?

Qué mal.

¿Qué había ocurrido para que Álex hubiera tomado esa decisión?

Y lo más importante, lo que le provocaba malestar y esperanza al mismo tiempo, es que Álex estaba libre.

No obstante, daba igual. Seguía siendo un imposible para ella.

Álex continuaba siendo terreno prohibido.

Así se pasó la noche entera, dándole vueltas a todo.

Sí, pero no. Quizás, aunque imposible. Es lo que siempre he deseado, y, sin embargo, no puedo consentirlo...

Por la mañana bien temprano ya estaba lista para irse.

Estaba cerrando la puerta con llave, pero se detuvo, la abrió otra vez y contempló desde el descansillo el maravilloso ramo que le había regalado Álex.

El sol iluminaba la estancia y centraba su luz —como si fuera un foco— sobre las flores —preciosas, orgullosas, frescas y llenas de vitalidad— con tal ferocidad que desdibujaba los contornos de lo que había a su alrededor haciendo que lo demás casi desapareciera.

Álex le había hablado a través de la memoria de una única gerbera. En aquella floristería de hacía dieciséis años le había dicho que ella podía con todo. Y ahora se lo repetía.

No era casualidad.

«Tranquilízate», se dijo. «No dejes que te vuelva aún más loca».

Noemí deseaba que las ilusiones que había apuñalado mil veces y que se empeñaban en seguir golpeando su corazón no hubieran sido en vano. Rogaba por que Álex no le hubiese mentido durante ese verano que lo cambió todo. Y suplicaba por que Álex hubiera encontrado una manera de hacer posible que estuvieran juntos.

Pero también se reñía, avergonzada de sí misma, porque sentía esperanza por el mismo

motivo por el que Laura sentía desesperación.
¡Qué manera tan horrible y desastrosa de quererla!

Ya delante de la puerta de casa de Laura, no se atrevía a llamar. Respiró hondo unas cuantas veces. Hacía demasiados años que ellas dos no hablaban con el corazón en la mano, porque Noemí tenía miedo de sincerarse más de lo conveniente. De que Laura descubriera que ella siempre había amado a Álex. De que adivinara que tenía el corazón roto porque jamás había luchado por sus sentimientos por lealtad a ellos dos.

Lealtad.

Álex le había recriminado que había sido desleal con ellos. Y justo se había ido a Londres porque los quería. A ambos.

Con la única que había sido desleal era con ella misma.

Gestionar todo aquel caos era excesivo. Y no poder confiarse a nadie, una tortura.

Precisamente ella, que tenía incontinencia verbal, ahora tenía llagas en la lengua de mordérsela. Era un suplicio.

Los sentimientos tenían voz propia, y los suyos chillaban en una nota discordante. Quería sentir de nuevo armonía en sus latidos.

Cuando al final no le tocó otro remedio que llamar, fue Marina quien le abrió la puerta.

—¿Por fin te has decidido a venir? No te has dado demasiada prisa, ¿no te parece?

—No lo sabía, cariño. Nadie me había dicho nada. ¿Cómo estás?

Marina se lanzó a sus brazos, triste y enfadada.

—Mal. No lo entiendo. Mi madre se pasa el día llorando y no quiero volver a ver a mi padre. ¿Cómo se le ocurre abandonarnos de esta manera?

—Marina —se obligó a decir, aunque por dentro hervía de indignación porque el dolor de su sobrina le acuchillaba el corazón—, tu padre ha dejado a tu madre, no a ti.

—¿Por qué lo defiendes? ¿Acaso crees que no sé que no te gusta nada?

—¿Por qué dices eso?

—Seré joven, pero no tonta. Sé cómo lo miras. Con desprecio mal disimulado. ¿Tú ya sabías que no era de fiar?

Noemí se quedó anonadada. Pensaba que sus sentimientos estaban bien escondidos y resultaba que eran visibles para cualquiera que prestara un poco de atención. Mientras nadie sospechara el motivo...

—Marina, todos éramos amigos y me sorprendió que tu madre se quedara embarazada tan pronto, nada más. Quizás lo he culpabilizado demasiado. No me hagas caso. Sin embargo, tienes que entender que él te quiere. Y desde que supo que venías en camino te ha puesto a ti en el primer lugar de su lista de prioridades.

«¡Dios mío! —pensó Noemí— ¿podría ser algo tan evidente y sencillo como aquello? ¿Álex se había casado con Laura no porque la quisiera, sino porque quería estar al lado de Marina?».

—Y que ahora estés enfadada con él no significa que de repente se haya convertido en una mala persona —siguió diciendo con el corazón acelerado por la posibilidad de que aquello fuera cierto.

—Ha hecho daño a mi madre. Eso no se lo perdono.

—Eso es cosa de ellos.

—¡Y mía! Yo solo pretendo que todo siga como antes. Y si no es así, no quiero saber nada de él.

—Ya... Eso lo dices ahora, pero es duro perder a un padre, Marina. —Recordó con tristeza el momento en que el suyo se fue para siempre—. Y tú no lo has perdido. Reflexiona sobre ello.

Marina refunfuñó por lo bajo, nada contenta con la sorprendente defensa que hacía Noemí de su padre. Durante el tiempo que había pasado desde que se fue de casa, había alimentado su odio pensando en que su eterna aliada la iba a comprender mejor que nadie. Como siempre había pasado.

Aunque su madre era joven, Noemí lo era aún más y también mucho más alocada y divertida. Estuviera en el país que estuviese, Noemí venía siempre el fin de semana de su cumpleaños para celebrarlo solo con ella.

La tradición había empezado de la forma más inesperada. Laura le había pedido que se llevara a su hija al parque mientras le preparaba la fiesta de su primer aniversario para que fuera una sorpresa.

Con los invitados ya sentados en la mesa esperando para merendar, llegaron Marina y Noemí sucias, llenas de barro y polvo. La cara de sorpresa de Laura cuando las vio como si fueran pordioseras y carcajeándose fue todo un poema. Era difícil saber quién de las dos se lo había pasado mejor.

La imaginación de Noemí parecía no tener límites, y Marina ansiaba que llegara su cumpleaños porque ningún otro día del año era más divertido y especial.

Habían estado en el museo del chocolate, jugando a experimentar con texturas, olores y sabores; en el zoo de Barcelona, paseando con un poni; volando en globo cerca de los volcanes de la Garrotxa; interaccionando con delfines en Tarragona...

A Marina le dolía que Noemí se llevara tan mal con su padre, porque no podían compartir tiempo juntos, y le hubiera gustado que alguna vez salieran los cuatro. Y ahora, que pensaba que la aversión que Noemí sentía por él haría que aún se hicieran más confianzas, resultaba que lo defendía.

El mundo se había vuelto loco.

Su madre estaba hundida; en cambio, también lo justificaba ante ella. Sentía que todos la trataban con condescendencia. Y Marina necesitaba gritar, pegarle a algo. Ver como su madre se consumía sin hacer nada la sacaba de quicio.

Su padre había ido a verla cada fin de semana y ella se había escabullido cada vez. Quizás no era demasiado maduro por su parte, pero le daba miedo que, si la miraba con aquellos ojos que rebosaban amor por ella, sería débil, cedería y se rendiría a su abrazo. Y no le daba la gana. Que se había portado fatal y había roto a su familia. Si le dolía estar sin ella, que se aguantara.

De manera que había esperado esa visita de Noemí porque necesitaba desahogarse y no tenía con quién. Y ahora que había llegado, resulta que lo disculpaba.

Ver para creer.

Noemí fue a buscar a Laura, que todavía no se había levantado. Gemía en sueños y se movía. Noemí le sacudió con suavidad el hombro; parecía que tenía una pesadilla.

Al abrir los ojos y ver a Noemí, se llevó las manos al pecho. Después de tanto tiempo sin tenerla en realidad a su lado, estaba de nuevo con ella. No podía entender el motivo de su distanciamiento; no obstante, ahora estaba allí y nada más importaba. Con Noemí apoyándola, estaba convencida de que saldría adelante.

Como un burro amarrado a la puerta del baile (El último de la fila)

—¿Desde cuándo no te duchas? —le recriminó Noemí al cabo de un rato—. Este aspecto desastrado no es de una sola noche.

Marina resopló. Nadie parecía darse cuenta de la gravedad de la tristeza de su madre. Y aún pretendían que actuara con su padre como si no hubiera hecho nada.

—No hace tanto...

—¿Más de veinticuatro horas?

—Bueno...

—Laura, esto no puede ser. Entiendo que estés dolida, pero no te puedes abandonar de esta manera. Nadie se merece que estés así por su culpa.

—Si no es por Álex, es por mí, que ahora no sé qué hacer con mi vida. Me siento como desubicada, sin saber qué paso dar a continuación...

Marina no paraba de echar bufidos cada vez que oía a su madre defenderlo.

—Marina, hija. Esto es entre él y yo. Tu padre sigue siendo tu padre...

—¿Cómo se te ocurre que voy a volver a dirigirle la palabra a «ese» si no dejo de verte llorar por los rincones? ¿Por quién me tomas?

—Tiene buenas razones para hacer lo que ha hecho...

—¿Y cuáles son esas?

—Eso solo incumbe a su mujer, que aún soy yo.

—Y a su hija, a mí no me apartes de las consecuencias, porque yo tenía una familia feliz y ahora vivís en casas separadas. ¿Cómo se explica eso? ¿Qué culpa tengo yo de pagar el pato por una crisis de tu marido? ¿Qué pasa? ¿Se ha ido con otra y no me lo quieres decir? Algo tiene que ser...

Noemí dio un respingo cuando Marina sacó el tema con tanto acierto.

Ella había amado a Álex sin que nadie lo supiera. Nunca se había metido en su relación. Había huido de su casa para no hacerles daño. ¿Cómo podía consolarlas con sinceridad si su mayor anhelo secreto se había hecho realidad?

Sin embargo, miró a Marina y a Laura... y no pudo sino lamentar encontrarse en una situación imposible. Quería estar con Álex; para ello él tenía que dejar a su mujer, pero eso implicaba que Marina y Laura sufrieran. ¿Cómo podía siquiera soñar que algún día encontraría la felicidad que ansiaba?

—Noemí, ¿tú sabes algo que nosotras no sepamos?

—¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué? Yo no sé nada —respondió alterada.

—Bueno, a mí me tratáis como una cría; en cambio, no se me escapa que odias a mi padre.

—Yo no lo odio —susurró bajito.

—Dilo como quieras. No lo soportas. ¿Acaso sabes algo que nosotras no?

—Y no te tratamos como una cría... —disimuló cambiando de tema.

—No puedo aguantar toda esta mierda...

—¡Marina! ¡Esa boca!

—No puedo aguantar toda esta «defecación». ¿Así mejor? —preguntó con las cejas levantadas—. Mamá hecha polvo y él debe de estar tan campante.

—No digas eso, Marina. Una separación no es fácil para nadie —le aseguró Laura.

—¿Te estás oyendo? Incluso ahora lo estás protegiendo. No lo entiendo, te juro que no lo comprendo.

—Es culpa mía, no tendría que estar tan destrozada, debería ser más fuerte por ti. Pero es que todo se me hace bola...

—Ni se te ocurra disculparte...

Marina daba vueltas sin poder permanecer sentada, demasiado alterada.

—¿Cuántas veces hemos repetido esta conversación? Mamá llora —le explicó a Noemí—. Yo me enfado con él por provocar que mamá esté así. Ella lo justifica y yo aún me siento peor. Estamos en bucle.

Y así siguieron durante toda la mañana.

Después de comer entre lamentos, recriminaciones, vanos intentos de Noemí para aligerar el ambiente y salidas de tono de Marina, Noemí ya no lo resistía más.

—Demos una vuelta. Necesitamos airearnos.

—No me apetece. Quizás me estire un rato a hacer la siesta.

—Laura, ¿cuántas horas estás durmiendo al día? Cuando he llegado dormías y ahora quieres volver a dormir. Eso no puede ser. Tienes que obligarte un poco. Animarte y salir.

—Suerte con eso —murmuró Marina.

—Por cierto —dijo Noemí—, ahora que caigo, ¿por qué dormías en la cama de Marina?

—Es que duermo en su habitación.

—¿Y ella?

—También.

Marina puso los ojos en blanco.

Diciendo con su mirada que su madre necesitaba ayuda, que su comportamiento no era ni medio normal, aunque se estuviera separando de su marido.

—Sabes que eso no es sano y que tiene que acabarse... —dijo con cuidado.

—Es que no puedo soportar meterme en la misma cama. Empiezo a pensar en que he fracasado y me pongo a llorar. Me siento tan inútil.

—Laura, no puedes seguir así.

—Hace tiempo que no hago nada únicamente para mí. Solo vivo la vida de los demás. Y todos eligen otras cosas en vez de quedarse conmigo.

—Mamá, yo te he elegido a ti.

—Pero estás creciendo y ya casi no me necesitas. Antes de que me dé cuenta también te habrás ido.

—¿En serio me vas a echar en cara que sea una persona normal y corriente? Mamá, un poquitito de por favor. Estás pasando por una situación difícil, vale; sin embargo, vas a salir adelante. Ya lo verás.

—Hoy dormirás en tu habitación, Laura. Basta ya de lágrimas desesperadas de culebrón.

—Que no puedo, Noemí. De verdad que no puedo.

A Noemí se le rompió el alma verla tan quebrada. Cuánto debía de querer a su marido para que estuviera tan rota por dentro.

—Vas a darte un baño relajante. Y no salgas de la bañera hasta que te lo diga. Te pones música, velas aromáticas, sales, lo que te dé la gana, pero no quiero verte llorar más. ¿En serio

llevas un mes así?

Laura afirmó avergonzada.

—No, mamá. Un mes así, no. Has tenido días mejores y peores. Y hoy es de los malos malísimos. Sin embargo, tú la vas a ayudar, ¿verdad? —preguntó ansiosa.

—Verdad. Tú, a la bañera. Y tú, Marina, conmigo.

La habitación de Laura era bastante grande. Y Noemí se disponía a cambiar tanto ese dormitorio que la sensación que tuviera cuando volviera a entrar fuera de paz y de novedad. Nada de mirar hacia atrás. A partir de ese momento debía construir nuevos recuerdos felices entre esas paredes.

—Marina, ¿dónde pinta tu madre?

—¿Mamá dibuja? Primera noticia. Jamás la he visto con un lápiz en la mano.

—Pincel. Tu madre pintaba con pincel. Y era muy buena. Pues no sé ahora... —siguió murmurando por lo bajo.

Marina estaba en silencio. Procesando que su madre había tenido una vida de la que no sabía nada.

—Mira —decidió Noemí—, no podemos ponernos a revolver sus cosas para buscarlas. Estoy segura de que en mi antigua habitación guardo alguna pintura suya. Necesitamos decorar su cuarto con cosas que le gustaban antes de vivir con tu padre. Me voy corriendo a casa de la abuela, y vengo en un momento. Suerte que está aquí al lado.

—¡Oh! Ya veo lo que quieres hacer. —Aplaudió contenta.

Noemí estaba decidida a darle un respiro a Laura. Esa habitación no dejaba de ser un recordatorio de cómo estaba en aquel momento, y llevaba un mes sin entrar en él. Necesitaba un lugar donde empezar a ser fuerte. No era sano seguir escondiéndose en el dormitorio de su hija.

—Mientras tanto ve descolgando lo que hay en las paredes y quita todo lo que se pueda: ropa de cama, objetos de la cómoda, fotografías. Y sácalo de la habitación. A ver qué podemos hacer en un par de horas. No deberíamos tener a tu madre más rato en la bañera que se nos va a arrugar.

—Venga, date prisa y vuelve pronto.

Noemí se fue corriendo hasta su casa. Encontró una carpeta con los dibujos que le había regalado Laura hacía tantos años y los tubos para guardar láminas repletos de acuarelas. Algunos eran más elaborados, otros menos, pero ella, que no entendía nada de arte, escogió los que le parecieron más alegres y bonitos.

A continuación, se fue a la habitación de su madre y le cogió un par de juegos de sábanas que aún estaban por estrenar, una colcha que le había regalado y que jamás había usado, y flores frescas que había en un jarrón.

Cuando regresó, Marina ya había descolgado los cuadros de las paredes, había quitado las alfombras, la ropa de cama y lo que había en las encimeras de los muebles.

Lo había metido todo de cualquier manera en bolsas grandes de basura y lo había dejado en su habitación.

—Tráeme una escalera, rápido.

Ni corta ni perezosa Noemí se dispuso a quitar las cortinas pesadas que no permitían pasar la luz del sol. Y dejó los livianos visillos casi transparentes que jugaban con el aire que se colaba a través de la ventana abierta.

Frescura y ligereza. Justo la imagen que quería transmitir.

—¿Tienes algo para colgar las acuarelas en las paredes?

—¿Cinta adhesiva?

—De momento valdrá. Sin embargo, para no estropearlas, pon la cinta solo por detrás.

Marina cogió aquellas acuarelas y apreció el talento que desprendían. ¿Cómo era posible que su madre pintara de aquella manera y que hubiera abandonado su afición? ¿A cuántas cosas más había renunciado?

Pasaron el aspirador y limpiaron los muebles. Querían que la habitación estuviera resplandeciente.

Quitaron el colchón, para que mover el somier fuera más fácil, y lo pusieron en la pared de al lado. Antes la cama estaba debajo de un gran ventanal y ahora estaba contra una pared, en la que colgaron la acuarela más grande que habían encontrado. Eran unas flores delicadas, como solo la languidez de la pintura al agua puede conseguir, pero con colores alegres.

Quedaba perfecto.

Al lado del gran ventanal, que ahora permanecía desnudo, pusieron un butacón y una pequeña mesa redonda que estaba en el vestidor. Por suerte, la paleta de colores era la misma, de modo que resultaba ideal con la pintura de las paredes, en un delicado melocotón, que le daba un toque de alegría y mucha luminosidad.

Aprovecharon los marcos que ya tenían para poner las acuarelas más pequeñas en lugar de las fotografías que había. Después de que no quedaran más, fijaron en la pared unos cuantos dibujos más con la cinta adhesiva.

El dormitorio se inundó de paisajes de arboledas, playas luminosas, montañas mágicas, hadas...

Marina miró todo el dormitorio una vez estuvo acabado. Estaba precioso. Alegre. Distinto. El mejor escenario para empezar de nuevo.

—Gracias. A mí no se me hubiera ocurrido nada semejante.

—Bueno, ya sabes que para ideas inesperadas soy la mejor.

—Eso es cierto. Aunque has estado siempre con nosotras, no pensé que querías tanto a mamá. Creía que yo era tu preferida —bromeó intentando que su comentario no sonara a recriminación.

—Lo sé —suspiró—. Sé lo que ha parecido. No he sabido... Tu madre —confesó con lágrimas en los ojos— se quedó embarazada sin buscarlo, estaba asustada y no supe ayudarla, le di la espalda. He sido pésima con ella. Y no se lo merece. Pero no he dejado de quererla jamás. Yo también he tenido miedo...

Laura estaba detrás de ellas. Había salido del baño descalza con solo una toalla enrollada en su cuerpo y no había hecho nada de ruido que las pudiera alertar de su presencia. Se había quedado sobrecogida por el resultado de lo que su hija y su hermana habían hecho en su habitación.

Esa no era la misma en la que su matrimonio había fracasado; aquel era el lugar donde comenzaría de nuevo.

Abrazó a Noemí apoyando la cabeza en la espalda. Con el corazón desbocado y lágrimas en los ojos.

—Gracias, gracias, gracias.

Noemí carraspeó, superada por la emoción.

—No sé si me darás las gracias cuando veas que esto no ha hecho más que empezar. Pondremos la casa patas arriba, vaciaremos armarios, tiraremos lo que no sea imprescindible e iremos de compras para que tengas todas estas cosas que tan necesarias te parecían antes, como

jabones con olor a mango del Himalaya o zapatos que combinen con el ribeteado de tu ropa interior —bromeó—. Este va a ser tu hogar; donde te puedas sentir fuerte y segura.

Laura sonrió, como hacía mucho tiempo que no sonreía. Feliz con la esperanza de un nuevo comienzo.

—¿Salimos? —les propuso haciendo un valiente esfuerzo—. Os invito a cenar. Os lo merecéis.

Marina se echó al cuello de su madre. Emocionadísima de verla alegre otra vez. Estaba segura de que no había superado de un plumazo el dolor de su separación. Sin embargo, estaba convencida de que al menos aquel cambio le había proporcionado la fortaleza suficiente para empezar a luchar por sí misma.

Heaven Tonight (Ynguie Malmsteen)

—¡Sorpresa!

—¡No me habías avisado, bribón! —dijo Noemí mientras saltaba a sus brazos y enrollaba sus piernas en la cintura de Björn.

—¿Ya no me llamas «vikingo»?

—Desde que se te pone esa cara de soberbia satisfacción cada vez que te lo digo, no.

Björn había tenido la precaución de dejar las bolsas en el suelo porque sabía cómo reaccionaría Noemí.

Le encantaba su carácter latino, extrovertido y pasional.

—Pasa, pasa. ¡Qué emoción que ya estés aquí! Me habías dicho que venías; sin embargo, no me concretaste el día. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? Quizás cuando fui a Londres a celebrar el final de carrera con Beth y Marie... ¿en junio del año pasado?

—Sigo sin entender que celebres cada año que acabaste la carrera hace... ¿una eternidad? ¿Tan mal lo pasaste en Londres que necesitas emborracharte para olvidar?

—Me lo pasé genial, y lo sabes. Pero finales de junio o principios de julio es el mes que nos va mejor vernos por cuestiones laborales, y como cada una vive en un país, es más fácil quedar allí. Así paseamos por los mismos lugares donde íbamos cuando estudiábamos las tres en el Queen Mary. Echo de menos tenerlas conmigo cada día.

—Londres siempre es una buena idea.

—Pues sí. Oye, ¿te has vuelto más presumido de lo que recuerdo? —preguntó echándole una ojeada a los dos bultos enormes que llevaba—. ¿Desde cuándo traes tanto equipaje para un par de días? ¿O esta vez vas a estar una semana entera conmigo? —dijo aplaudiendo.

—Antes que nada, el ascensor de tu casa es una risa.

—Sí, sí, risa. Si yo te contara...

—¡Uy! Esa cara promete una historia divertida al más puro estilo «Noemí».

—Pues esta vez te voy a dar la razón. Imagínate con dos maletas enormes que no caben en el ascensor. Y tener que subirlas hasta aquí... ¿qué harías?

—Pues supongo que las dejaría con la chica de la floristería, que parece tan amable, hasta que algún vecino me dijera cómo había subido las suyas.

—Ah... —dijo de repente—, pues no se me había ocurrido esa idea, la verdad. Mi solución fue un poco menos lógica: vacié las maletas, llené el ascensor con mi ropa...

—Espero que no te viera ningún vecino...

—Bueno... esto...

Björn ya no podía parar de reír.

—De verdad que cada día te superas. Pienso que ya no me vas a sorprender más, que has cubierto el cupo de situaciones absurdas, y vas y...

—Y me pilla un vecino con las bragas en la mano.

—Es que... eres la monda —se carcajeó secándose las lágrimas de risa—. Espero que al menos fueran unas buenas bragas...

—¿Acaso tengo algunas que no sean de esa categoría?

Björn levantó las cejas en una muda pregunta: «¿Te lo digo o te lo cuento?»

—¡Esas no cuentan! —gritó arreándole un manotazo en el brazo—. ¡Todas las mujeres tienen de esas!

—¿Esas bragas de abuela? Lo dudo muchísimo —dijo incrédulo.

—¿A ti qué te parece? Lo que pasa es que como no has tenido hermanas ni una relación que durara más de un mes con ninguna mujer, las únicas bragas que has visto puestas son para que las quites rápido.

—Esas horrorosas que tienes también te las quitaría rápido, y las quemaría...

—¡Que tienen una función, neandertal!

—¡Vale, vale! Solo te digo que espero que no te pillara con unas así...

—No. Aunque me enganchó con unas... digamos... indiscretas. Sin embargo, en el caso de tener un accidente, pues prefiero llevar unas que sean pequeñas —incluso transparentes— a otras que tapen más, pero que sean feas tirando a horripilantes.

—¿Un accidente?

—Bueno, a veces pienso que, con lo patosa que soy, tengo más posibilidades que nadie de tener que ir al hospital de improviso y, si me pasa algo así y me tienen que operar de urgencia, que al menos me encuentren depilada y con las bragas bonitas.

Björn reía.

—Yo pensaba que las mujeres os arreglabais porque sí o porque queríais triunfar en una cita.

—Bueno, eso también. Sin embargo, la opción de los accidentes es una preocupación muy real.

Björn la abrazó divertido.

Respiró su tenue perfume floral. Noemí siempre olía distinto. Tenía un montón de fragancias, y, según como le diera, su aroma podía ser picante, dulce, cítrico, fresco... Parecía que ahora prefería esencias de flores.

Se encontró cómodo y como en casa en su compañía. No importaba el tiempo que hiciera que no se veían o no hablaban. Cada vez que estaba con ella era como si los paréntesis de su relación se desvanecieran.

Llevaba una temporada pensando que Noemí era una constante en su vida. Con ninguna mujer se había sentido jamás tan tranquilo y a gusto. Nunca había podido ser él mismo por completo, excepto con ella.

Y ello le había llevado a cometer una locura enorme. Una locura que igualaba a las de ella.

—Ahora que ya te has reído a mi costa...

—Es imposible no reírse a tu lado...

—Me haces sentir como un bufón —refunfuñó.

—Sí, claro, porque tú no te has carcajeado mientras me lo estabas explicando.

—Lo hacía para acompañarte...

—Seguro.

—Oye, ¿estás cambiando de tema? ¿O voy a tener que preguntarte otra vez cómo es que vienes con estos dos bolsones tan grandes?

—Y con unas cuantas maletas que le he dejado a la chica de la floristería...

—¿Qué?

—No podía subir las maletas por el ascensor, era evidente... y tu solución de vaciarlas, ni se me había ocurrido ni me parece normal... ¿Qué te crees, que los muebles los reducen a astillas para que quepan en el ascensor y luego los vuelven a armar como si tal cosa?

—Que sí, que vale, que no lo pensé demasiado, pero... ¿qué haces con tanto equipaje?
—Me mudo... contigo.

Laura y Marina habían ido renovando su casa. Con ilusión. Con esperanza.

Noemí había ido subiendo al pueblo siempre que le era posible.

Quería ayudarlas y disfrutar con ellas de los cambios, y las tres juntas se lo habían pasado mejor de lo que jamás hubiesen soñado que les ocurriría en una situación semejante.

Cojines en el comedor. Otras plantas. Más acuarelas. Aunque los muebles eran los mismos, algunos los habían movido de sitio. Con un presupuesto modesto habían logrado que el piso pareciera otro.

Era un nuevo espacio para el comienzo de una nueva vida.

Laura estaba trabajando para desterrar la tristeza que se había apoderado de ella desde hacía años. Parecía que la vida se empeñaba en darle mazazos que no sabía gestionar, y por fin se había dado cuenta de que no podía seguir así. Pretendía encontrarse en aquella maraña de sentimientos de culpabilidad, agobio, frustración y agotamiento. Había empezado a leer libros de autoayuda, y en la tienda donde los había comprado había acabado hablando con personas que también se sentían tan perdidas como ella. Lo cual le dio algunas pistas para saber por dónde tirar. Al menos estaba entendiendo qué le sucedía y le estaba poniendo remedio. Despacio, pero con la ilusión de conseguirlo.

En un ataque de valentía, había comprado una entrada para un concierto de Yngwie Malmsteen, que se iba a celebrar el 23 de septiembre en Barcelona. En su época de estudiante escuchaba a ese guitarrista a escondidas. Le daba vergüenza tener unos gustos tan poco convencionales, diferentes del resto de sus amigas.

¡No pegaban nada con ella!

Laura deseaba que le gustara alguien como el señor Darcy... y, en cambio, se le calentaba el alma —y lo que no era el alma— cuando veía a Aragorn de *El Señor de los Anillos*. Como más sucio y desastrado apareciera en la pantalla, más temblaba su propio deseo. Si lo pensaba en serio, aquella estética incluso le daba repelús, pero era su cuerpo el que respondía.

Ella quería en su vida a un personaje de Jane Austen hecho realidad. Y cuando había conseguido a alguien parecido, la había dejado indiferente.

Todo en ella era una contradicción.

Pero ahora había llegado el momento de empezar a elegir su propio camino. E ir sola a un concierto que le apetecía era un paso importante. Estaba impaciente por oír en directo la mítica *Heaven tonight*.

—¡Mamá!

—Menudo susto, hija —dijo llevándose las manos al pecho al salir de su ensimismamiento—. Que la casa no es tan grande, no hace falta que grites de esa manera.

—Qué exagerada... Bueno, me voy... que he quedado.

—¿Con quién?

—¿Me estás interrogando? Es que tengo prisa.

—Pues si tanta tenías, te hubieras espabilado antes, que hace un minuto estabas tirada en el sofá.

—Ya... es que he perdido la noción del tiempo.

—Al menos dame un beso.

—No puedo... ¡Adiós!

Laura suspiró.

Era como si conviviera con dos personas distintas a la vez. A veces, cariñosa, tan dulce que parecía que fuera su niña pequeña de siempre, y otras, una desconocida refunfuñona de la que no sabía nada.

Antes de que le diera tiempo a ir a su habitación para acabar de recoger sus últimas compras, llamaron a la puerta.

—¡Álex! ¿Qué haces aquí?

La sonrisa tranquila que le había mostrado años atrás reapareció, y Laura sonrió en respuesta; era inevitable. Álex volvía a ser aquel muchacho dulce que había sido su mejor amigo. ¡Qué liberación no tener que acostarse con él en la misma cama! ¡Qué alivio no tener que esconder sus verdaderos sentimientos por si una palabra cariñosa era malinterpretada y les llevaba a una engorrosa situación sexual!

Pero era la primera vez que se veían desde que se habían separado, y Laura no sabía qué hacer. Era perturbador. Como si aún hubiera demasiado bagaje entre ellos del que no podían deshacerse en tan poco tiempo.

—Pues teniendo en cuenta que no me coges el teléfono ni contestas a mis mensajes, he pensado que era mejor venir y hablar en persona contigo —dijo sin ningún tipo de reproche.

—¡Lo siento! No me sentía con fuerzas para... Es que he estado muy ocupada.

—Lo sé. Marina sigue enfadada conmigo y no me dirige la palabra —susurró destrozado—. Tú me ignoras. Un mes es mucho tiempo sin hablar entre nosotros, Laura, y quiero seguir formando parte de vuestra vida, ya te lo dije. De la de nuestra hija y de la tuya también.

—Dale tiempo, Álex. Ha sido duro para ella. Y quizás mi actitud no ha ayudado en nada. Me ha visto tan mal que se ha cerrado a ti. No obstante, ahora cada vez estoy mejor y creo que eso hará que acabe por recordar que en realidad sigue adorando a su padre.

—¿Está en casa? —preguntó con anhelo.

—No, acaba de irse... No me digas que la has avisado de que venías —dijo cayendo en la cuenta de por qué Marina se había ido tan deprisa.

—Sí, claro. No quería presentarme sin avisar. A ti también te he enviado un mensaje, pero ninguna de las dos me habéis contestado.

—Soy un poco desastre con el móvil, ya lo sabes. Lo tengo cargando en la mesilla de noche.

—¿Me dejas pasar? ¿O te hace sentir demasiado incómoda?

Claro que se le hacía rarísimo. Era una situación muy embarazosa.

Ahí tenía a su exmarido y a su examigo. Y las dos imágenes se le superponían como si viera doble.

Por un lado, estaba su amigo, el que la había hecho tan feliz, y por otro, estaba el hombre con quien se había ido perdiendo y diluyendo a lo largo de los años.

Quería olvidarse del esposo, pero tenía la misma cara que veía ante sí, el mismo cuerpo, las mismas manos que la tocaban y que tan violenta la habían hecho sentir porque seguía consintiendo algo que detestaba hacer con él.

Deseaba recuperar al Álex de antes, el de las risas, el de las confidencias, el que la hacía sentir segura y tranquila.

Su mente era un batiburrillo de imágenes.

Su amante odiado y su amigo del alma. Y eran la misma persona.

Tenía que separarlos de una vez y aniquilar la angustia de haber convertido algo tan hermoso como una amistad perfecta en algo tan triste como el escenario de la anulación de su personalidad.

Trabajaría su incomodidad hasta conseguir tener la relación que habían tenido hacía tantos años.

Se conminó a ser valiente y lo cogió del brazo, como hacía siempre en el instituto.

Álex le agradeció con un apretón de su mano que le permitiera entrar en su vida. Sabía que Laura estaba haciendo un esfuerzo y se prometió que no la iba a defraudar.

—¡Hemos hecho reformas! Y estoy muy contenta.

—Me alegro por ti, Laura. Entiendo que necesitaras alejarte de mí durante un tiempo, pero ya no más, ¿de acuerdo? Te lo decía en serio: quiero que volvamos a ser los que éramos antes.

—Vale, sí, para mí ha sido difícil. Supongo que tú llevabas pensando un tiempo en ello y yo he tenido que tragármelo de repente. Se me ha atascado un poco. Sin embargo, también te he echado de menos. No al marido. A ese no. Al amigo. Y haré lo posible para intentar tener una relación cordial contigo.

—«Cordial» me sirve, aunque solo para empezar.

—Bueno, nos lo tomaremos con calma. No podemos olvidar de un plumazo todos estos años.

—No quiero ignorarlos, Laura. Eres la madre de mi hija. ¿Cómo podría borrarlos?

—Lo intentaremos, te lo prometo, pero con tranquilidad. No se me ocurre cómo podemos hacer como cuando teníamos dieciocho años y comíamos pipas en el banco del parque mientras imaginábamos cómo sería nuestra cita ideal —dijo con ligereza, aunque se le atragantaron las palabras al darse cuenta de lo que había dicho—. Aún no estoy preparada para que me hables de otras mujeres —susurró vacilante mirándolo a los ojos.

Álex carraspeó incómodo.

Tarde o temprano tendrían esa conversación, y esperaba que en esa ocasión Laura estuviera preparada para asumir lo que llevaba callando hacía tantos años.

—¿Me enseñas todo lo que habéis hecho en tu casa? —dijo en cambio.

Obtener un sí (Shakira)

Desde que había llegado a Barcelona, Noemí buscaba el sol allá donde estuviera. En la mayoría de países donde había estado, el clima siempre le había parecido un problema.

En cambio, Barcelona en octubre ofrecía unos días de sol espléndidos, y no los pensaba desaprovechar. Quería pasar el máximo tiempo posible fuera de las cuatro paredes de su piso.

Porque tener a Björn en casa era estupendo.

De verdad.

Pero el hecho de que hubiera escogido trasladarse a su ciudad y trabajar con ella en el mismo grupo de investigación de la Universidad de Barcelona, no tenía claro si le había gustado demasiado. ¿Lo había hecho por ella?

Tenía la sensación de que Björn esperaba más de ella, que deseaba algo que jamás le había pedido desde que se conocían, y no se acababa de sentir cómoda con ello.

¿Desde cuándo le olía el pelo cuando la abrazaba?

¿Desde cuándo la miraba a los ojos con intensidad desgarradora?

¿Desde cuándo hacían cucharita después de acostarse?

Algo no iba nada bien.

O sea que, por primera vez, le había dicho que estar en su casa tenía fecha de caducidad.

Que no podía pretender vivir con ella los dos años que duraba el proyecto, y eso si no se alargaba o se encadenaba con otro.

¿En serio Björn había dejado la Universidad de Skövde, en Suecia, para estar con ella?

No es que venir al Hospital Clínic fuera un paso atrás en su carrera. Para nada. Es que intuía que la línea de investigación no había pesado tanto en su decisión como el hecho de estar a su lado.

Y eso la asustaba sobremanera.

Por ello, para poder olvidarse de todo aquello, había decidido salir de casa para leer algunos artículos sobre la investigación que estaba llevando a cabo su grupo, que no era otra que la exploración de señales neuronales para conocer mejor ciertas patologías, lo cual se hacía mediante el registro eléctrico del cerebro y su estimulación.

Y, aunque necesitaba concentrarse porque no eran temas sencillos, había preferido estar en la calle. Escogió ir al museo Frederic Marès, en cuyo patio de entrada se encontraba un pequeño puesto al aire libre donde servían zumos de naranja natural y poca cosa más.

Suficiente.

En octubre no daba demasiado el sol, pero era un lugar muy tranquilo y silencioso para desconectar de los ruidos de la ciudad.

Con el vaso en una mano y un marcador en la otra, Noemí iba señalando lo más importante en los documentos que tenía esparcidos por la mesa.

Fue a dejar el vaso para coger un bolígrafo y apuntar algunas observaciones que desarrollaría más tarde, cuando una voz la sobresaltó.

—Hola. Qué sorpresa encontrarte aquí.

Al oír a Álex, Noemí tiró el zumo encima de las hojas impresas.

—¡Perdona! Te he asustado —dijo mientras le ayudaba a secar el papel con una servilleta y

aprovechaba para rozarle la mano.

Noemí intentaba ordenar sus pensamientos y ralentizar sus latidos. Si decía algo en ese momento se le iba a notar demasiado que tenía el corazón en la garganta. Y cada vez que la tocaba parecía que le diera una pequeña descarga eléctrica.

—¿No me dices nada? ¿Ni me saludas? —preguntó ansioso. Y eso que había decidido estar lo más tranquilo posible. ¿Habría adivinado ya que era él quien le enviaba las flores? ¿Le insinuaría algo?

—No, no. Es que estaba concentrada secando el papel... —carraspeó.

—¿Era importante? Lo siento. —Cada dos por tres estaba metiendo la pata con ella.

—No, son artículos de revistas que se pueden consultar por internet, pero a mí me gusta escribir en el papel, pasar folios.

—En este caso, deduzco que no te va nada leer en digital.

—No leo ficción —dijo a la defensiva.

«Excepto *Romeo y Julieta*, maldito, y por culpa de tus notitas me he vuelto a obsesionar con la obra».

—¿Cómo que no lees novelas? Si te he visto leer mucho...

—Libros que me interesan por mi trabajo, nada más.

—¿En serio? Jamás lo hubiera dicho.

—No me conoces tanto como crees.

No le iba a decir justo a él que se había acabado aficionando a leer historias de amor que terminaban en tragedia, porque se sentía identificada con los protagonistas.

Tras un silencio incómodo en el que ninguno de los dos sabía qué decir o cómo empezar una conversación, Noemí se levantó para irse.

Tenía miedo de discutir con él. Después de su encuentro en el bosque se había sentido abochornada. No quería insultarlo de nuevo. Y tenía ganas de hacerlo. Porque Álex se merecía que lo increpara hasta la saciedad.

Es que no podía hablar con él como si no siguiera enfadada tanto por los motivos de siempre como por nuevas razones.

Álex estaba esperando una recriminación por parte de Noemí por haberse separado de Laura. Estaba preparado para ello porque necesitaba que ella sacara el tema para que él pudiera explicarle el porqué.

Pero solo había silencio.

Una vez más, silencio entre ellos.

—Bueno, me voy —dijo cada vez más nerviosa mientras recogía los papeles que había en la mesa—. Tengo cosas que hacer.

«No. No se podía marchar sin más», pensó Álex.

—Noemí, me gustaría quedar contigo algún día —dijo a la desesperada.

—¿Qué? ¿Por qué? No. No puede ser. ¿Te has vuelto loco?

—¿Por quedar a tomar un café?

—Ah... un café...

Deseaba tanto que le pidiera una cita como se odiaba a sí misma por esperarlo. Había creído que Álex estaría tan impaciente como ella por salir juntos. Aunque ella le respondiera que no, claro está. Y lo que le había propuesto era algo tan inocente como...

—Sí, un café. —Álex disimuló una sonrisa tanto de nervios como de esperanza—. ¿Qué te pensabas?

—Nada. ¡Nada en absoluto! Pero el café tampoco me parece bien. Creo que eres una persona horrible —volvió a la carga—. Has dejado a mi hermana, y ella está destrozada por tu culpa.

—Bueno, supongo que esta es una de las cosas que te quiero explicar.

Por fin empezaba a encarrilar la conversación.

Llevaba tiempo pensando en lo absurdo de su matrimonio. Divorciarse de su mujer era necesario con independencia de lo que pasara a continuación con su vida amorosa.

Pero lo que le pilló de improviso fue darse cuenta de que los sentimientos que había albergado durante tantos años por Noemí quizá no eran tan unilaterales como había creído.

Tras su conversación en el bosque había analizado —con minuciosa meticulosidad— los datos y las pruebas —estaba procediendo con el mismo método con el que se preparaba un caso para defenderlo en un juzgado— para determinar si había una cierta duda razonable de que Noemí sintiera lo mismo por él.

Y a tenor de todas las cábalas que había hecho, el porcentaje era alto. Muy alto. Casi no había otra explicación para el extraño comportamiento de Noemí.

Lo cual le hacía quedar como un imbécil, ya que, teniéndolo delante de sus narices, no se había dado cuenta de ello.

Pero ahora iba a ir a por ella. Lo estaba deseando.

—No me debes ninguna explicación —dijo altiva, aunque Álex sabía que estaba temblando.

—Quizás sí o quizás no. La cuestión es que quiero dártela.

—No. No me apetece nada. No te soporto. Y me has hecho daño.

—¿Daño? Lo repites mucho.

—A Laura. Y a Marina. Y si las lastimas a ellas, me duele a mí también.

—El otro día me dijiste que te había hecho daño a ti. A ti —recalcó—. Me gustaría que me explicaras...

—Pues a mí, a diferencia de ti, no me apetece explicarte nada de nada —le interrumpió.

—... me gustaría que me explicaras con exactitud de qué manera te he podido lastimar por el simple hecho de haber dejado embarazada a Laura —exigió para tenerla entre la espada y la pared.

«¿Cómo se distinguía un ataque al corazón de un mero ataque de pánico?», pensó Noemí.

Los latidos que atronaban en su garganta los notaba erráticos y dolorosos.

¿Tenía que dolerle el brazo izquierdo? ¿O era el repentino dolor en el estómago el indicador de que se acercaba el final? ¿Un pitido en los oídos? ¿O quizás las lucecitas blancas ante sus ojos antes de perder el conocimiento?

Boqueó para coger aire.

—Porque la quiero y le arrebataste la posibilidad de ir a la universidad, que es lo que ella deseaba —acertó a decir.

Álex la observó con detenimiento. Quizás se había pasado de listo y a Noemí no le ocurría nada más que eso.

Pero el hecho de que no lo estuviera mirando, que se estuviera retorciendo las manos y que se estuviese mordiendo el labio inferior eran pistas más que suficientes para saber que le estaba mintiendo.

A otro perro con ese hueso. No se iba a librar con tanta facilidad de él. Le iba a arrancar la verdad a golpe de sensual amabilidad. No veía el momento de atraparla entre sus brazos. De besarla. De espolear su energía para que la dirigiera hacia él. De arder juntos.

Ahora nada le impedía desearla con todas las fuerzas de su corazón.

Noemí se puso en pie.

Quería irse de allí cuanto antes. Álex no había perdido facultades para leer en ella y no quería que descubriera sus verdaderos sentimientos.

Tarde.

—Tengo prisa —se excusó.

—Estás huyendo —dijo estirando las piernas y cruzando los tobillos, repantigándose en la silla y estudiándola, más seguro que nunca de lo que estaba pensando ella, y relamiéndose de anticipación.

—Eh... no —mintió—. He quedado...

—En cambio, yo —pronunció con una voz ronca mientras se erguía y la miraba con toda la intensidad de sus sentimientos—, no voy a volver a huir jamás.

«Ni de lo que siento ni de lo que quiero ni de ti», pensó.

Cuando la conoció se había contenido porque Noemí tenía catorce años. Luego porque era la hermana de su mujer. Ahora no se iba a detener por nada. Aunque perseguir los anhelos de su corazón lo colocaran en una posición imposible. La había elegido hacía años, y con el paso del tiempo más seguro estaba de que ella era la única persona a la que podría amar. No iba a desperdiciar ni un día más de su vida refrenándose por convencionalismos sociales. Solo deseaba estar junto a ella. Amarla con toda su alma. Ser correspondido sin mentiras ni vergüenzas. Desatara lo que desatase su decisión.

Noemí se alejó lo más rápido que le permitían sus entumecidas piernas.

Toda ella respondía ante Álex.

Parecía que su piel cobrara vida. Notaba el chisporroteo del deseo de su cuerpo como si ellos dos fueran dos imanes a los que la fuerza de atracción los arrastrara el uno contra el otro sin remedio.

Romper esa conexión la dejaba exhausta. Ir en dirección contraria a la que deseaba con tanto fervor era agotador.

Cuando estaba a punto de atravesar las puertas del patio del museo, miró hacia atrás, donde Álex la seguía observando sin disimulo.

Idiota.

Aunque un escalofrío la recorrió entera.

De camino a casa no dejaba de pensar en la conversación que habían tenido. Y en el hecho de que Álex no le había comentado nada de las flores.

Y eso la ponía muy nerviosa. ¿Por qué narices no se lo había dejado caer? Porque eran de él, ¿no?

Ya en la portería de casa, Cristina la esperaba con otro centro de flores. Esta vez había una vela grande que estaba rodeada de ramitas de canela, y unos lirios blancos y rosas. En la tarjeta ponía: «Mi único enemigo es tu nombre. *Romeo y Julieta*».

—Este tío es tonto —explotó Noemí con el corazón martilleándole en el pecho. Mejor enfadarse que llorar.

«¿Qué pretende?», pensó.

No podía cambiar el hecho de que Laura y ella fueran hermanas, así que bien podría dejarla

en paz. La estaba mareando con notitas y flores, ¿y encima tenía las narices de decirle que el único problema que tenía era que fueran familia?

—¿Era consciente de ello!

Una relación entre ellos era imposible, porque no era solo el apellido lo que la unía a su hermana, sino todo el amor de su corazón.

—¿Ya sabes quién es?

—Ah, sí. Supongo, vaya. Segura del todo no estoy. Porque sigue siendo imposible. Pero si es quien creo, es para darle de bofetadas —siguió diciendo con una actitud belicosa para no derrumbarse de tristeza—. ¿Cómo iba vestido?

—Camiseta azul marino de manga corta, pantalón beis, mocasines del mismo color de la camiseta... No sé... espectacular.

La misma ropa que llevaba cuando se lo había encontrado en el museo.

—Increíble.

—¿Por qué?

—Porque es él. Sin ningún género de dudas. Y no me ha dicho nada.

—¿Acaso lo has visto?

—Ahora mismo. E iba vestido como dices. No sé a qué está jugando. Y es un juego peligroso.

—¿Te está acosando? Lo echo a patadas de aquí si vuelve a aparecer... —respondió de repente muy seria.

—No, no. No es nada de eso. No te preocupes —aseguró con la mandíbula apretada.

Se le atragantaba decir por qué Álex la alteraba tanto. Llevaba años silenciando un secreto de tal magnitud y se le hacía difícilísimo hablar con libertad de ello.

¿Cuánto tiempo más de asedio aguantaría su corazón?

Porque lo que más deseaba en este mundo era amarlo sin restricciones. Y mientras pensó que era la única que combatía en esa guerra, aún tenía una oportunidad de que sus sentimientos siguieran encerrados. Pero si Álex luchaba por ella también, ¿cómo podría resistirse a él?

Y aquello era algo que tenía que evitar a toda costa.

Me cuesta tanto olvidarte (Mecano)

Necesitaba un sitio donde bailar.

Llevaba más de cuatro meses en Barcelona, pero, entre el traslado, adaptarse al nuevo trabajo, la sorpresa de la llegada de Björn y ayudar a Laura a remodelar su casa, no había tenido tiempo de nada.

Ni tan siquiera de ordenar sus propias ideas.

O sentimientos.

En su casa del pueblo tenía una habitación que era una auténtica sala de baile. Con una pared de espejos. Con una barra. Con espalderas. Con un equipo de música maravilloso que no quería reemplazar, aunque se hubiera quedado obsoleto.

Aquel era su lugar en el mundo.

Y allí escondía sus ilusiones y parte de su secreto.

Tenía un armario donde guardaba toda la música que le había ido regalando Álex cuando aún iban al instituto.

Al escuchar las canciones, no dejaba de imaginar que era Álex quien le decía aquellas palabras maravillosas. Y, aunque no la viera nadie, Noemí bailaba para él en la soledad de aquella habitación con espejos.

Estoy aquí, de Shakira; *Mil calles llevan hacia ti*, de La Guardia; *Quiero tener tu presencia*, de Seguridad Social; *Vivir sin aire*, de Maná; *Me cuesta tanto olvidarte*, de Mecano...

Pero lejos de su casa del pueblo y sin poder ir a su sala de baile, hasta que encontrara una academia, su actividad física se reducía a salir a correr mientras escuchaba las canciones que hablaban de su amor no correspondido.

El paseo marítimo de la Barceloneta era un sitio ideal para ello. Al lado del mar había muchísima gente que hacía lo mismo que ella o que usaba las máquinas que el ayuntamiento había dispuesto para hacer ejercicio al aire libre.

Y noviembre tenía la temperatura perfecta para no sudar demasiado.

Olvidarse de Álex era imposible, porque se lo había ido encontrando de improviso. Al parecer, tenía un despacho en la calle Aribau y vivía en un piso de la Via Laietana. De tal manera que, para ir de su casa a su trabajo, cruzaba siempre por su calle. Y lo mismo ocurría cuando regresaba.

Vivían en la misma zona, y no podía culparlo por disfrutar —igual que hacía ella— del ambiente de la calle Comtal.

Sin darse cuenta, lo iba buscando en cuanto salía de su casa.

Si se lo encontraba, huía. Si no lo veía, se entristecía.

Su corazón era un polvorín a punto de estallar.

Inestable.

Tampoco es que se tropezara con él cada día ni de manera regular. Y eso, lejos de tranquilizarla, aún la estaba volviendo más loca.

Y ni una sola vez habían hablado de las flores. Que seguían llegando. Preciosas todas y cada una de ellas. Se sentía cortejada como jamás le había sucedido.

—¿Te sigue gustando correr?

Noemí perdió el pie, se abalanzó desequilibrada contra una familia que estaba paseando y notó como una mano firme la cogía del brazo para que no se cayera al suelo.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? —gritó asustada mientras se desembarazaba de su agarre.

La gente se apartó de ellos dos, pero se mantuvo alerta sin irse del todo, decidiendo si cotilleaban o ayudaban a la chica que se les había echado encima.

—Perdón, ¿les he hecho daño? —les preguntó. Álex cogió aire y puso las manos en las rodillas para recuperar el resuello. ¡Qué guapa era! No conseguía evitar que su corazón se pusiera a latir desenfrenado cada vez que la veía. Se estaba ahogando y no era por los kilómetros que ya llevaba recorridos.

—¿Estás bien?

—¡No! Me has dado un buen susto. Y por poco atropello a esta pobre familia.

Fue entonces cuando se percató de que estaban montando un pequeño espectáculo.

—¡Estoy bien! —explicó—. Mi amigo —dijo señalando a Álex— aquí presente, se divierte a mi costa apareciendo de la nada.

Y como la gente seguía mirándola, echó a andar para dejarlos atrás.

—¿Soy tu amigo?

—No, para nada. Sin embargo, ¿hubieras preferido que te llamara «acosador»?

—¿Otra vez estamos en la fase de los insultos? Las últimas veces que me has visto solo has salido huyendo —dijo con una sonrisa torcida encantado de saber que a ella le afectaba tanto su presencia como le ocurría a él cada vez que la veía.

«O sea, que había advertido que me escabullía», se lamentó Noemí.

Qué bien.

La última vez, cuando lo vio en el súper, había caminado despacio hacia atrás para que no se diera cuenta de que ella estaba allí. Y como no tenía ojos en la nuca, había chocado contra una pila de latas de conserva y las había tirado al suelo. Y sí, eso era imposible de pasar por alto, pero las otras veces, creía que había disimulado mejor...

A la vista estaba que había fracasado en el intento.

—Vale. De acuerdo. Mira, este no es el mejor momento para hablar. Estamos cansados, sudados y, con seguridad, olemos fatal, pero esto se tiene que acabar...

—Esto no ha hecho nada más que empezar —aseguró con toda la fuerza de sus ojos verdes.

Noemí tragó saliva. Se conminó a darle energía a sus piernas para que siguieran sosteniéndola. Pero la debilidad la inundó.

—De verdad, Álex. No te entiendo. No comprendo qué quieres de mí...

—Que me saludes si me ves, que me trates con educación, que no me mates con la mirada... Esas cosas normales que se presuponen entre amigos de toda la vida... —respondió con inocencia fingida, escondiendo lo que en realidad deseaba de ella.

Besarla, tocarla, amarla.

—¿Sabes qué quiero yo de ti? —preguntó belicosa.

—Sí —contestó con aplomo y seguridad—. Sé qué es lo que quieres de mí. Aunque creas que no.

A Noemí se le descolgó la mandíbula. ¿Desde cuándo Álex se había vuelto tan arrogante? Si era dulce y amable y un tanto inseguro hace... ¿diecisiete años?

Dios mío.

¿En qué se habría convertido mientras ella miraba hacia otro lado?

Noemí lo examinó con detenimiento; no con los ojos del recuerdo, sino con la mirada de una mujer que descubría que el adolescente del que se había enamorado como una tonta se había convertido en un hombre aún más atractivo y del que no sabía demasiado.

Observarlo le dolía. Y durante años lo había evitado, pero ahora no era capaz de dejar de contemplarlo.

Si el joven la había dejado tan noqueada, el hombre que tenía ante sí la iba a romper en mil pedazos.

Lo sabía. Era peligroso estar con él. Empezó a temblar.

—Noemí —dijo al tiempo que le cogía las manos—, necesito hablar contigo, quedar un día para tomar ni que sea un café...

—¿Qué... qué haces? —replicó insegura apartando las manos y escondiéndolas detrás de la espalda para no sucumbir al deseo de tocar su piel. No podía permitir que notara cuánto la afectaba.

—Asegurarme de que no vas a escapar de nuevo. Esto es ridículo. Soy yo. Aunque has intentado ignorarme, me has insultado y en muchas ocasiones has fingido que no me oías, soy el mismo con el que te habías reído tantas veces. Hace mil años, sí, pero ¿tanto te cuesta concederme unos minutos de tu tiempo?

Noemí respiró derrotada. Aquello era insostenible. Tenían que comportarse como adultos. A pesar de que fuera imposible ser sinceros. Pero no era ni medio normal seguir jugando al gato y al ratón. No le gustaba nada sentirse acorralada. Hasta ese momento ella había tenido las riendas de su vida, y desde que había decidido regresar a Barcelona todo se había descontrolado otra vez.

Y no podía largarse de nuevo ni a otro país... ni a otra tienda.

Sin embargo, si creía que iba a quedar con él sin hablar antes con Laura es que no la conocía en absoluto.

—Me lo pensaré —susurró.

—Gracias —respondió con fervor.

—No me las des todavía. Primero quiero hablar con mi hermana. Esto me sigue pareciendo una mala idea. No es adecuado tener... amistad —se le atragantó la palabra en la garganta— con los ex que abandonan a quienes amas.

Álex la miró con aquellos penetrantes ojos que parecían leer en ella como en un libro abierto. Deseando que la «amistad» entre ellos fuera tan insuficiente para ella como lo era para él.

En cambio, sonrió con suficiencia, sin dejar que la incertidumbre sobre los sentimientos de Noemí ganara la batalla a la esperanza.

—Sí, por favor. Habla con Laura. Creo que tiene muchas cosas que contarte.

Cuéntame un cuento (Celtas Cortos)

Habían pasado días desde el encuentro con Álex. Y cuando entró en la portería de su casa después de un día largo y cansado en el que su proyecto de investigación de la epilepsia parecía estancado, vio que le esperaba un precioso ramo con otra cita: «El amor es humo, soplo de suspiros. *Romeo y Julieta*». Era justo la escena en que Romeo le confesaba a Benvolio que estaba enamorado.

De verdad que se sentía como una olla exprés a punto de explotar.

Al llegar al ascensor vio que Björn también estaba allí.

—¿Me vas a explicar de quién son todos los ramos de flores que recibes? —preguntó Björn al verla sujetando uno.

—¿Ahora somos amigos que se dan explicaciones?

—Tienes que reconocer que es un poco raro. Y no veo que salgas con nadie. Por lo tanto, me gustaría que me contaras quién es y qué pretende.

—Y eso te importa ¿porque...?

—Joder, Noemí. Que jamás te he preguntado nada...

—¿Y por qué empiezas ahora?

—¿Me estás diciendo que no puedo hacerte una simple pregunta?

Entraron en el ascensor. Noemí estaba tan agobiada que no se acordó de que no era aconsejable que subiera más de una persona a la vez en aquel cubículo infernal.

Demasiado íntimo.

Björn se pegó a ella. Tampoco es que lo hiciera a propósito, no había más sitio. El pecho de Noemí se clavó en su vientre.

Sin poderlo evitar, Björn sintió como se empezaba a endurecer.

El ascensor iba exasperantemente lento. Y Noemí sudaba de fastidio absoluto.

Björn no pudo evitar deslizar las manos por su costado, moldeándola a su antojo. Respirando entre jadeos.

—Para.

—Tendré las manos quietas, sin embargo, lo otro va a su aire. Lo siento —dijo divertido mientras le dejaba un beso en el lóbulo de la oreja.

Noemí le dio un manotazo y sopló de frustración. Solo le faltaba aquello.

Salió del ascensor escopeteada, sin esperar a Björn; abrió la puerta de su casa y dejó el ramo en el salón. Llevaba unos días de un humor pésimo. Aún no había podido subir al pueblo para hablar con Laura. Y la culpa y el deseo la estaban carcomiendo por dentro.

Álex seguía igual, sin forzarla a aceptar su presencia, pero apareciendo de improviso en cualquier lado.

La fragancia de las flores era un recordatorio más que la envolvía: su recuerdo, su olor, su mera existencia.

Y tener a Björn en casa la estaba asfixiando.

Solo había faltado apretarse contra su cuerpo como si fueran amantes. Mierda de ascensor ridículo. Y mierda de situación insostenible.

No podía lidiar con tantas cosas a la vez. Demasiados frentes abiertos.

—¿Has ido a hablar con el hombre de la inmobiliaria que te recomendé?

—¿En serio? ¿Tanta prisa tienes por que me vaya? Pensaba que te gustaría tenerme por aquí.

—Te lo advierto: estoy enfadada.

—¿Conmigo?

—No —suspiró—. Contigo, no. Con el mundo que no me deja en paz.

—Ya...

—A ver, intentaré decírtelo sin que se me caliente demasiado la boca.

—Miedo me das.

—Eres mi amigo.

—Bueno, quizás algo más, ¿no? —replicó insinuante.

—No. Uno con el que me acuesto cuando nos apetece...

—Y siempre coincidimos en el mismo país, que no pasa a menudo. Porque yo quiero acostarme contigo mucho más —dijo cogiéndole las manos—. Y la mayoría de las veces estamos en lugares distintos. Por eso...

—No —dijo apartándolas de su agarre—. Déjame terminar. Solo somos amigos. De los que se lo pasan bien, se van de juerga, y que además tienen intereses profesionales y académicos comunes. Nada más.

—Noemí, nos conocemos desde hace más de diez años. Eres la única persona que ha permanecido junto a mí tanto tiempo. El resto ha ido yendo y viniendo. No conservo a ningún amigo anterior a ti. Y nos lo contamos todo.

—No es verdad. Tú no me cuentas toda tu vida y yo no te cuento toda la mía.

—Pues quiero que eso cambie.

—Yo no. A mí me apetece que todo siga igual.

—Noemí, tenemos que ir pensando en lo que queremos para nuestro futuro.

—Ahora sí que me estás asustando.

—Empezamos a tener una edad...

—¡Pero qué edad ni qué edad! Solo tienes tres años más que yo. Y aún no me ha llegado el día de pensar en mi jubilación. ¡Pero qué te pasa! —le gritó.

Björn sacudió la cabeza.

—Creo que no es el mejor momento para esta conversación... estás un poco alterada.

—A ti qué te parecería que te llamaran «vieja» porque sí.

—No te he llamado «vieja» —respondió con suavidad.

Y con la sonrisa más sugerente que tenía, preguntó:

—Pero ¿no te has planteado nunca tener tu propia familia?

Noemí parpadeó.

Una vez. Dos.

Miró a su alrededor con disimulo por si aquello era una broma y lo que pasaba en realidad era que Beth y Marie habían llegado por sorpresa y estaban escondidas para reírse de ella.

Y al final sucumbió. Estalló en carcajadas.

—¡Me estabas preocupando! Creía que estabas hablando en serio.

—Y lo estoy —dijo molesto—. Y debajo de toda esa fachada de «todo me importa un pimiento» sé que en realidad piensas lo mismo que yo.

Noemí estaba alucinando.

—Caramba, después de más de trece años de amistad, resulta que la primera impresión que

tuve cuando te conocí fue la acertada.

—¿Cuál?

—Que eras un estúpido presuntuoso.

—No me insultes —dijo con la mandíbula apretada.

—Pues no te comportes como un estúpido presuntuoso.

Estaban los dos cruzados de brazos. Midiéndose. Intentando entender qué acababa de pasar. Noemí suspiró.

«Cálmate. No pagues con él el día de perros que llevas», pensó.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —preguntó conciliadora.

—Déjalo. Da igual. Ahora mismo no vamos a poder reconducir esta conversación.

—Björn, eres arrogante...

—¿No íbamos a dejarlo estar? —dijo picajoso.

—Presumido, engreído, impertinente, orgulloso...

—¿Y no se vayan todavía, que aún hay más? —preguntó con una ceja levantada.

—Eres todo eso —aseguró Noemí—, pero no eres estúpido. Al contrario. ¿A qué ha venido todo esto? Sabes lo que siento por ti. Que sé que es lo mismo que tú sientes por mí.

—Los sentimientos cambian...

—Permíteme que lo dude —susurró con pesar.

—Estoy dispuesto a intentar que nuestra relación dé un paso adelante —siguió sin percatarse de la repentina tristeza de Noemí.

—Björn, para. Te vas a cargar algo que nos funciona muy bien a los dos.

—Ya no tengo suficiente.

Lo que me faltaba.

—Björn, no lo hagas. No nos hagas esto. Lo vas a estropear.

—Nos voy a hacer felices de una vez. No entiendo cómo no ves que somos perfectos el uno para el otro.

Y antes de que pudiera evitarlo, Björn la abrazó y, una vez entre sus brazos, la besó. Con ternura, como si sellara una promesa. Empezó a tantear su camiseta para quitársela mientras acariciaba la piel suave que había debajo.

Noemí se apartó. Despacio. No quería herir sus sentimientos, pero tenía que aclararle las cosas. Le acarició el bello rostro que tan bien conocía y que ahora tenía un afán que no había visto hasta entonces.

—No puedo hacerlo. Ya no —dijo con una disculpa.

—¿Por qué?

—Porque ahora te haría daño. Te daría esperanzas de algo que jamás va a suceder. Y no sería honesto.

—Todo lo que hemos tenido era real. No me he inventado lo que sentimos el uno por el otro.

—La realidad es que solo somos amigos. Y «solo» seremos amigos. Eso nunca va a cambiar, a no ser que sigas por este camino. Porque entonces nos quedaremos sin nada.

—Me niego a aceptarlo. Voy a luchar por ti. Esto no se ha acabado aquí. *Pequeñaja*, te quiero, y estoy seguro de que tú también me quieres.

—Mucho —le contestó con fervor—. Te quiero muchísimo. En eso no te equivocas. Pero no estoy enamorada de ti. ¿Has venido a Barcelona por eso? ¿Has dejado tu trabajo para estar a

mi lado? —le preguntó con la esperanza de que le dijera que no.

—Quería demostrarte que deseo que estemos juntos. Que no es una idea que no haya meditado mucho. Y no te lo podía decir por teléfono. Me he trasladado a tu ciudad para conquistarte, para convencerte de que estar juntos como pareja es lo mejor que nos podría pasar.

Noemí negó con la cabeza.

—El amor no se decide. Se siente. Cuando se trata del amor, uno no se para a pensar en lo que más le conviene en la vida y ni escoge entre las opciones que tiene. El amor llega de improviso y te parte en dos. Te desgarrar por dentro. Vives con la ilusión de una mirada. No te atreves a soñar con un beso. Y si te toca... sientes la caricia en todo tu cuerpo, incluso en tu corazón... El amor no se detiene a planificar tu futuro, te explota de repente sin que lo hayas pretendido. Y arrasa con todo... —susurró medio en trance.

—El de las flores —interrumpió Björn.

—¿Qué?

—Que tú ya estás enamorada, por eso no puedes enamorarte de mí...

—Björn, de verdad, no quiero hablar de ello. No seas duro de mollera y acepta lo que somos en realidad: meros amigos.

—No. Sabía que no era normal que tuvieras tanto miedo de tener una relación. Es que ni lo has intentado. Cada vez que alguien se te acercaba demasiado lo echabas de tu vida. Pero yo he permanecido en ella. A mí no me has alejado. Eso quiere decir algo.

—No, Björn. Solo que nos habíamos hecho amigos antes. Nada más.

—Pues eso va a cambiar —protestó tozudo—. Voy a hacer lo posible para que siempre que pienses en mí pongas la misma cara que tenías mientras hablabas de él.

—No hay ningún «él» —dijo nerviosa.

—Ya... seguro —susurró resignado—. Lo que sé es que no está aquí contigo. Si es tan imbécil como para no apreciarte, yo voy a demostrarte que sí te valoro, que sí te quiero para siempre a mi lado.

Noemí lo miró asustada... había hablado más de la cuenta. Por eso tenía que controlarse. Era peligroso no medir sus palabras. Y a ella le costaba la vida misma ser tan contenida. Era mucho más espontánea, directa y sincera. Y llevaba años mintiéndole a todo el mundo.

—Voy a hacer la maleta —dijo dándose la vuelta—. Me voy el fin de semana al pueblo a ver a mi madre.

—¿Huyes? No te ves capaz de estar conmigo ahora que he puesto las cartas sobre la mesa. Cobarde —la retó.

—Tengo que hablar con Laura. Hace días que no sé cómo está —y *tenemos una conversación pendiente*—. Y así te doy tiempo para que te busques un piso. No podemos vivir juntos.

—¿Tan mal lo estás pasando conmigo? ¿Tanto te molesto?

—A ver —dijo pinzándose el puente de la nariz—. ¿En serio creías que sería venir aquí, instalarte en mi casa sin que me diera cuenta de que no te ibas, hacer que me enamorara mágicamente de ti y conseguir que viviéramos felices para siempre?

—Claro —respondió con seguridad.

—Arrogante, presumido... lo que yo decía —susurró con los ojos en blanco.

—¿Puedo ir contigo al pueblo?

—No. Mejor dejas reposar todo lo que me has dicho. Que ya te vale. Me has acabado de estropear lo que ya iba siendo un día nefasto. De forma que te quedas aquí. Y, por favor, deja de

decir tonterías. En el fondo sabes que no nos va a llevar a ninguna parte más que a romper nuestra amistad. Sufriremos los dos. Tú, porque no se te da nada bien no conseguir lo que quieres, y yo, porque como me sigas agobiando te voy a echar de mi vida y al final te voy a añorar.

—¿No crees que ya va siendo hora de que te quedes embarazada? —replicó tozudo.

—En serio, ¿te has tomado algún alucinógeno? ¿Estás poseído? ¿Te has hecho un trasplante de cerebro? Cualquiera de estas explicaciones tendría más sentido que todo lo que me has soltado como el que no quiere la cosa. Es absurdo e irritante que sigas insistiendo.

—Sé que te gustan los niños. Adoras a Marina...

—¿Porque esa niña es un amor y porque es mi sobrina!

—¿Y no te gustaría tener tus propios hijos?

—¿Contigo?

—Claro.

—Pues, no. En absoluto. Y me estás empezando a cabrear. O sea, que deja el temita. Voy a hacer la maleta, y solo espero noticias tuyas este fin de semana para decirme que has encontrado piso. Y no me hables en un rato. Estás de bofetada.

—¿Puedo decir algo?

—Si es de hijos, futuros, amores, etcétera, no. Calladito estás más guapo.

—Ya he encontrado piso. Me mudaré este fin de semana.

—¿De verdad? —preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿Y por qué no lo has dicho antes?

—No me has dejado hablar.

—En fin... no te contesto porque estás de un obtuso...

—Gracias. Es un don —respondió con sarcasmo.

—¿Sabes? Hemos hecho un viaje en el tiempo. Estoy en primero y tú no dejas de decir sandeces cada vez que me ves.

—No exageres.

—A ver —dijo alucinando por la absurdidad de todo aquello—, ¿dónde has encontrado piso?

—Pues aquí mismo. En el tercero B.

—¿No!

—Sí. Fui a ver al hombre de la agencia que me recomendaste. En el tercero B parece que ya han acabado las obras y está listo para alquilar. ¡Seguiremos juntos!

—¿Qué bien! —dijo con poco entusiasmo.

—Al menos podrías hacer como que te hace ilusión —se quejó.

—Uy, sí, una ilusión tremenda. Te cuento: mi gran amigo, aquel con el que tenía ratos muy satisfactorios, me deja sin mi diversión adulta y además se está convirtiendo en un incordio. ¡Estoy que salto de alegría! —exclamó con ironía.

—Cuando te pones en ese plan, me pregunto por qué te soporto.

—Bien. Pues sigue con ese pensamiento. Soy insoportable y no te valgo la pena. Así que ya sabes... —dijo cerrando su habitación de un portazo.

Te dejo... *por fin* (Shakira)

Álex estaba en su despacho para que su cliente firmara el contrato final tras la dura negociación que había tenido con la parte contraria. Y aunque asesorarlo había sido un arduo trabajo porque había muchos condicionantes a tener en cuenta, había sido muy fácil tratar con él.

Le parecía increíble estar ante el famosísimo escritor que tanto le gustaba a Laura: Sam Campbell. Quién lo iba a decir.

Desde que supo que vendría, había comprado un par de sus novelas. La primera que había escrito y la última, que volvía a ser un éxito tanto de ventas como de críticas. Y ahora le quemaban en el cajón de pura impaciencia.

Mientras estuvo trabajando sobre los distintos aspectos del acuerdo, no le pareció lícito pedir que se las dedicara, pero hoy acababan los trámites y quería obsequiar a Laura con algo especial. Era verdad que a ellos les iba más la fantasía; sin embargo, habían hablado mucho de las novelas románticas porque habían suscitado muchas discusiones acaloradas y divertidas.

Le encantaba hacerla rabiar.

Laura defendía el género y él se reía diciendo que eran libros para mujeres. Hasta que leyó una novela de Sam.

Se había obligado a ello cuando las compró para Laura. No quería quedar mal ante su cliente si le hacía alguna pregunta sobre alguna de ellas. Y, aunque no se lo esperaba, le habían gustado.

Quizás la diferencia consistía en que era un hombre quien las escribía y había sabido captar algo que le había removido por dentro.

O tal vez lo habían cautivado sin más. No lo sabía.

Y ahora, que estaban retomando viejos hábitos en su amistad con Laura, la iba a sorprender. Estaba deseando ver la cara que pondría cuando le diera esas novelas dedicadas por uno de sus autores favoritos.

De hecho, también tenía ganas de comentar las últimas novelas de fantasía que estaba leyendo. ¿Cuánto hacía desde la última vez que habían hablado de libros? ¿Cómo habían perdido la costumbre durante el tiempo que estuvieron viviendo juntos?

—Sé que no es muy profesional —dijo—, pero me gustaría que me firmaras un par de novelas tuyas.

Sam esbozó una tímida sonrisa. Aún se le hacía extraño que la gente supiera quién era.

—Claro. ¿Para ti?

—No, no. Para mí, no. Es un regalo. Aunque —tuvo necesidad de explicarse—, he leído tus novelas y me han gustado.

—Qué valiente. —Sonrió—. No hay muchos hombres que se atrevan a confesarlo.

Álex se encogió de hombros.

—Hay otras cosas que requieren mucha más valentía.

Sam lo miró, reconociendo un corazón roto. No le iba a decir nada, por supuesto. Tan solo tenían una relación abogado-cliente y no hablaba de sentimientos con desconocidos. A él le había costado un mundo sincerarse con su amada Blanca. No iba a preguntarle a su abogado por sus miserias.

—En ese caso, ¿para quién es?

—Para Laura. Mi ex.

—Mal rollo las ex —se atrevió a decir.

—Al contrario —le aseguró.

Sam no quiso preguntar; no obstante, en su experiencia, las ex eran entes de los que había que huir sin mirar atrás.

Después de dedicar sus novelas, del apretón de manos y de unas palabras cordiales, le acompañó a la salida.

Justo antes de llegar a la puerta, una pareja elegante y atractiva entró en el bufete.

Iris.

Sam no se lo podía creer.

Apenas pensaba en su exmujer. Era demasiado feliz para perder el tiempo con pensamientos negativos, pero, con la fuerza que le daba el amor de Blanca y su familia, alguna vez había pensado que, de poder ir hacia atrás, le hubiera gustado cerrar aquel episodio de su vida con un poco más de contundencia.

Iris no lo había visto. Miraba al suelo y llevaba unas enormes gafas de sol. El hombre que la acompañaba era grande, robusto, vestía ropa cara y la tenía cogida con posesividad.

Sam no podía hablar con ella estando su pareja al lado. Pero ahora anhelaba hacerlo. De repente se había convertido en una necesidad. No tendría otra ocasión como aquella.

—Perdona, Álex —le dijo cuando vio que Iris ya había entrado en un despacho—. ¿Te importa si me quedo en la sala de espera? Quiero escribir una idea que se me acaba de ocurrir.

—Claro. ¿Necesitas un ordenador? Podemos prestarte uno. Puedes ir a la sala de reuniones si prefieres estar más cómodo.

—No, no hace falta. Siempre llevo una libreta conmigo y en la sala de espera estaré cómodo.

Quería controlar la puerta y que Iris no se le escapara.

Tenía que pensar.

Improvisar no se le daba bien. Sin embargo, tenía una oportunidad. Ansiaba hablar con ella. Pero ¿para qué? Estaba de maravilla sin Iris. Sin ni siquiera su recuerdo. Aun así, quería que su ex viera que ya no era un cobarde. Tenía que ver que el hombre al que había humillado había desaparecido, que ahora era mucho más fuerte.

Estaba entero, y no roto en mil pedazos como lo había dejado ella.

A pesar de ello, seguía sin saber qué decirle. Qué ironía. Creaba situaciones imaginadas para sus personajes y en la vida real se le atascaban las palabras entre los dientes.

Por un instante cerró los ojos. Casi esperaba que el conocido pánico hiciera mella en él. Había decidido quedarse en la sala de espera y no había pensado en que podría tener un ataque de ansiedad.

Sin Iris no había miedo visceral. Con Iris... ¿sucumbiría otra vez a sus temores?

No. Estaba seguro. Su pecho seguía sin ninguna losa que lo constriñera. Su respiración continuaba siendo regular. Sus latidos volvían a ser rítmicos después de superar la sorpresa del momento.

Estaba preparado. Y sonrió.

Esa arpia iba a saber que había tirado a la basura años de su juventud para hacerle la vida imposible a un hombre que no lo merecía y que había perdido miserablemente el tiempo porque no había conseguido anularlo.

Eso tendría que dolerle. Bruja.

Al rato, Iris abrió la puerta y la cerró tras de sí sin hacer ruido. Iba a sentarse en una de las sillas de la sala de espera porque su marido tenía asuntos de los que no quería que se enterara, cuando, de sopetón, se sobresaltó al reconocer a Sam. Recompuso su semblante sombrío para esbozar una sonrisa de superioridad.

—El niño de papá.

—Sí. El que se ha labrado un futuro como escritor por sí mismo. ¿Qué has hecho tú en la vida aparte de ganártela en la cama?

—¿Me estás llamando «puta»? —preguntó escandalizada y muy sorprendida por el tono con el que le estaba hablando.

—Intercambiar sexo por dinero tiene un nombre, se lleve un anillo en el dedo o no —dijo Sam sereno encogiéndose de hombros.

—Si no fuera por tu papaíto...

—Que tiene más decencia de la que tendrás jamás, quizás no te hubieras ido de rositas...

Iris jadeó.

—¿Me estás amenazando?

—Uy, es verdad... Voy a tener que medir mis palabras —espetó con tranquilidad.

Iris lo miró como si lo viera por primera vez. Ese no era el Samuel que conocía, del que se había aprovechado. Sus ojos siempre tímidos, ahora la taladraban con desprecio. Y sin darse apenas cuenta se encogió. Ese hombre parecía haber crecido y le daba un poco de miedo.

—Contesta. ¿Qué has hecho tú aparte de conseguir a otro para que te costee tu nivel de vida? ¿Ya sabe lo ramera que eres? ¿También es un pobre pardillo que no tiene ni idea de lo que le harás para extorsionarle? ¿O acaso has maquinado nuevas formas de chantajear a tu víctima?

Iris empezó a temblar. No podía permitir que su nuevo marido se enterara del pasado que había tenido. Cuando lo conoció pensó que, por fin, le sonreía la suerte.

Su marido poderoso, guapo, inteligente. Podrido de dinero.

Había hecho fortuna. No le haría falta ninguna treta más. Solo conseguir permanecer a su lado.

Fiestas, joyas. Todo lo que siempre había soñado. Y era suyo por entero.

Iris deslizó sus gafas y lo miró con la cara descubierta.

Lucía un moretón que había estado ocultando.

Sam jadeó de la sorpresa.

—¿Qué te ha pasado?

—Que me divorcié de un hombre al que no supe valorar y me he casado con un monstruo al que le gusta usar sus puños.

Sam no se esperaba aquello. Se había quedado otra vez sin palabras.

—¿No dices nada? ¿No te alegras? La arpía que te hizo la vida imposible tiene su merecido, ¿no? —dijo mientras levantaba la mirada en un tozudo gesto de valentía al mismo tiempo que le temblaba la barbilla.

—Yo...

—No puedes decirle nada de mi pasado a mi marido —le pidió con temor—. No le gusta sentirse engañado...

—Iris —dijo—, nada justifica el infierno que me hiciste pasar. Nada justifica que me engañaras para casarte conmigo, que me humillaras. Nada. ¿Me oyes?

—Solo quería tener algo que tú poseías porque sí. Nunca tuviste que luchar para

conseguirlo. Yo deseaba lo mismo. Ser alguien con privilegios.

—Incluso ahora, que has probado tu propia medicina, ¿no te das cuenta de que no puedes hacer daño a tu antojo?

—He tenido mala suerte. El mundo es un lugar cruel.

Sam negó en silencio. No daba crédito. Pero era igual. Una cosa no quitaba la otra.

—Jamás me voy a alegrar de ver a alguien siendo maltratado.

—¿Ni aunque me consideres una perra?

—Ni en ese caso. Mira, Iris, eres la peor persona que conozco. Doy gracias al cielo de que no haya nadie a mi alrededor tan horrible como tú. Sin embargo, incluso siendo como eres, no mereces el maltrato que estás sufriendo. De modo que busca ayuda. Vete. No lo consientas.

—Soy más fuerte de lo que crees —mintió.

—No te engañes. Tú no quieres ni estás decidiendo que tu marido te use de saco de boxeo. Así que acaba con ello. Pon límites. Y cuando te libres de esto, pide ayuda también para que te arreglen el desbarajuste que tienes la cabeza. De verdad que lo necesitas.

Álex cerró la puerta con cuidado para que no vieran que había escuchado toda la conversación. Le diría a su cliente que su mujer había ido un momento al servicio y que saldría a buscarla otra vez pasados unos minutos.

Y en cuanto se fueran efectuaría una llamada importante. Al contrario de lo que la gente pensaba, no solo la víctima podía interponer una denuncia por malos tratos. Y él no era capaz de quedarse impasible ante lo que había oído.

De todas formas, él, que pensaba que estaba sumido en un drama, reconocía que aquello lo superaba con creces. Por problemas que tuviera uno en la vida, siempre había quien los tenía aún peor.

Al menos, en su propia desdicha no había personas con malos sentimientos. Al contrario.

Su gran problema es que todos se amaban demasiado.

I don't want a lover (Texas)

—¡Tengo un montón de cosas que contarte! —le dijo Laura nada más abrir la puerta de su casa.

Noemí estaba nerviosa. Todo el trayecto en el coche se lo había pasado dando vueltas a la conversación que tendrían. Necesitaba saber que ella ya no amaba a Álex. Quería entender por qué se había casado con él. Por qué habían estado tantos años juntos. Por qué se había acostado con él. Eso la seguía carcomiendo por dentro...

Cómo se le preguntaba a una hermana: «¿te importaría que empezara a salir con tu exmarido?» O: «por cierto, ¿sabes que llevo enamorada de tu ex desde hace dieciséis años?» O quizás: «¿me das permiso para ser feliz?»

¿Cómo demonios se hablaba de aquello?

—Hola —dijo intentando sonar alegre y alzando la vista del suelo.

Laura dio una vuelta sobre sí misma.

—Di-os-mí-o —dijo Noemí abriendo los ojos como platos.

—¡Lo sé! ¡Estoy fabulosa!

Noemí dejó sus preguntas y sus nervios para luego. Ahora no podía hacer otra cosa que admirar a su hermana.

—¡Eres tú, pero ya no lo eres! ¡No sé cómo explicarlo!

—¡Me fui de compras con Álex! ¿Te lo puedes creer?

Noemí sufrió un vuelco en el corazón. ¿Con Álex? ¿Acaso volvía a equivocarse con él? ¿Estaba magnificando lo que significaban las flores? Quizás se estaba haciendo demasiadas ilusiones y lo único que él quería en realidad era recuperar su amistad.

—Le dije que no quería renunciar a mis faldas. ¡Y mira!

—No sé el tiempo que hace que no te veo con una.

—¡Exacto! Había abandonado mi estilo y eso no podía ser. Oye, demos una vuelta, que estoy demasiado contenta como para quedarme en casa.

—Perfecto, ya sabes que soy de estar al aire libre. Aunque te veo muy puesta para dar una vuelta por el bosque. Esos botines de tacón... ¿Tacón? ¿Desde cuándo llevas tacón?

Laura medía metro setenta y cinco. Llevar tacones la hacía parecer gigante, y ella lo odiaba.

—¡Lo sé! Es una locura. Sin embargo, los vi y los quise. ¡Fue amor a primera vista! Voy a buscar mi abrigo. Y no voy a ir al bosque. Álex y tú tenéis esa manía, no sé qué le encontráis de interesante, pero a mí no se me ha perdido nada allí.

—Ya... No estás muy campestre, no. Estás espectacular con esa falda negra y blanca, y el jersey negro ajustado que llevas.

—¡Y abrigo corto nuevo!

—Y ahora que me doy cuenta... tu pelo... también está distinto.

Laura cerró la puerta con llave, con una sonrisa tan radiante que era difícil no contagiarse de su alegría.

—A ver, que estás estupenda y eso, pero ¿qué te ha pasado?

Estaban paseando por el pueblo, aunque pronto se les acabaría y tendrían que sentarse en algún lado. Sin embargo, Laura estaba disfrutando como hacía tiempo que no le pasaba y Noemí se tragó sus dudas sin masticarlas, porque, por fin, estaba viendo otra vez a la persona que había

sido su hermana.

Quizás la separación había hecho que resolvieran sus problemas. Si ese era el caso, no se interpondría. Jamás lo había hecho y no iba a empezar ahora. Tendría que aprender a vivir con ello, porque no quería irse otra vez y alejarse de todas las personas que quería. No podía perder a su familia de nuevo.

—... y me ha conseguido trabajo.

El parloteo había cesado con ese notición y Laura la miraba expectante.

—¿Has encontrado trabajo?

—No. «Álex» me ha conseguido trabajo.

Álex. Otra vez.

Laura había encontrado la manera de ser feliz con él. No sería el primer matrimonio al que la crianza de los hijos los distanciaba, y después al separarse se daban cuenta de que no eran capaces de vivir el uno sin el otro. ¿Quién no querría estar con Álex? En realidad, eran muy jóvenes cuando tuvieron a Marina. Apenas unos niños. Les venía grande la vida. ¿Cómo no les iba a superar tener una hija?

Debía mostrarse feliz por Laura. Volvía a ser la misma de antes, había recuperado el poder de hacer que tanto hombres como mujeres se giraran a mirarla. Era tan hermosa... y ahora resplandecía. No le podía arrebatar eso.

—Me alegro de que Álex y tú estéis juntos otra vez —dijo con una sonrisa valiente—. Siempre habéis hecho una pareja maravillosa, y Marina estará contentísima de tener de nuevo a sus padres viviendo bajo el mismo techo.

Laura empezó a reír, divertida.

—Jamás reanudaré mi matrimonio con Álex. La separación es lo único bueno que me ha pasado desde hace tanto tiempo que ya no recuerdo cuánto.

—¿No estás con Álex? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Noemí... —suspiró secándole una lágrima—, no llores. Hoy en día muchas parejas se separan y no es el fin del mundo. Duele; sin embargo, no podíamos seguir juntos.

—Es que no lo entiendo —hipó—. No dejas de hablar de Álex.

—Sí, ¿verdad? Álex es maravilloso, Noemí. Te lo digo en serio. Ya sé que no lo soportas y que crees que es un mal tipo, pero, te lo prometo, Álex es una de las mejores personas con las que me he cruzado en la vida.

—No sé qué manía os ha cogido a Marina y a ti con que no soporto a Álex.

—Porque te hemos visto. Reaccionas como si estuvieras a punto de abalanzarte sobre él...

«¿Tanto se le notaba?», pensó asustada.

—Si fueras una gata tendrías la piel del lomo erizada...

«Sí que se me eriza la piel, sí; aunque por otro motivo».

—Sigo sin comprenderlo. Si tan maravilloso es, si tan a gusto estás con él, si tanto te está ayudando ¿por qué no estáis juntos?

—Jamás me ha atraído —confesó con la boca pequeña—. Ya sé que es muy guapo, pero no es mi estilo...

—¿Cómo no va a ser tu estilo?

«¿Acaso era posible que alguien no lo encontrara irresistible?».

—Si sois perfectos el uno para el otro. Ambos sois atractivos, buenos, carismáticos...

Se calló de repente al darse cuenta de que estaba incluyendo a Álex en esos halagos, y se suponía que ella no lo podía ni ver.

—Vaya... qué cosa más bonita has dicho.

—Ya, bueno. Recuerdo la primera vez que os vi juntos. Pensé que hacíais una pareja ideal.

—¿Por qué creíste eso?

—Bueno, Álex es —carraspeó— guapo, y tú me pareces tan bonita como...

—... como un hada, sí; lo recuerdo —dijo con una sonrisa dulce—. Hacía tiempo que no me lo decías.

—Ya... ahora somos un poco más adultas, y se supone que dos mujeres serias no se dicen esas cosas.

—Jamás has sido formal, Noemí. De hecho, te he echado de menos, aunque vinieras al pueblo, parecía que estabas muy lejos. Una vez te fuiste, nunca regresaste del todo —dijo cogiéndole de las manos por encima de la mesa de la terraza donde estaban tomando algo.

—Yo... —empezó cautelosa—. Fue difícil para mí. No entendía nada.

—Lo sé —respondió con tristeza—. Sé que para ti fue un mazazo...

—¿Lo sabes? —preguntó temblando por si la había descubierto.

—Sí. Sé que me admirabas, aunque en realidad eres tú la que eres digna de fascinación.

—Pero...

—No me interrumpas. Si no lo digo seguido, no me voy a atrever. Noemí, siento la vergüenza que te causé...

—¡No! —gritó al recordar que Álex le había dicho que Laura se sentía así.

—No te preocupes. Me costó; sin embargo, ya lo he superado. No podía hacer nada para hacerte cambiar de idea. ¿Cómo iba a convencerte a ti, si yo misma me sentía horrible?

—De verdad que...

—Déjame seguir, te lo pido por favor. —Suspiró—. Me tenías en un pedestal. Te sentías orgullosa de mí. Nadie demuestra con tanta franqueza sus sentimientos como tú. No hay otra persona en el mundo que sea capaz de vivir con la intensidad con la que tú lo haces. Y yo, que solo soy yo, normal...

—No eres solo normal, eres lo más...

Laura volvió a levantar las manos para hacerla callar.

—Me sentía feliz porque una persona como tú me quisiera tanto. El día que te dije que estaba embarazada lo vi en tus ojos: tristeza, desesperación; te rompí el corazón. Yo ya lo tenía destrozado en aquel momento, no tienes ni idea de cómo me sentía, y ya no tuve oportunidad de contártelo. Jamás volviste a mirarme como si me quisieras. Sé que te avergonzaste de que me hubiera quedado embarazada tan pronto y sin estar casada. Yo... —respiró para tragarse las lágrimas—, te echaba de menos. Sabía que te había decepcionado, pero eso ya no tenía arreglo. Y ahora, que has venido cuando te he vuelto a necesitar, que sé que sigues aquí, te pido perdón por hacer que dejaras de quererme.

—Dios mío, Laura, no sigas. No puedo seguir escuchándote.

Noemí tenía las mejillas empapadas de lágrimas.

—Me estás destrozando. No imaginé el daño que te estaba haciendo. Créeme si te digo que, si lo hubiera sospechado, le hubiera puesto remedio, no sé cómo, pero hubiese encontrado el modo.

—Hace muchos años de aquello. Y tú eras una niña, no pasa nada... Tenías la edad que tiene ahora Marina... No te puedo culpar por no ser lo bastante madura...

Noemí se obligó a calmarse, a no seguir llorando, a empezar el camino de la sinceridad. En lo que pudiera.

—Laura, mírame. Observa mis ojos. Tú sabes cuándo te oculto cosas y cuándo soy sincera del todo. Por favor, contéplame con tu corazón porque te voy a decir la verdad tal y como la siento: jamás, jamás, jamás he dejado de quererte. Y nunca, nunca, nunca me he avergonzado de ti.

Se quedaron en silencio. Con el alma latiendo desenfadada de dolor. Dejando que las palabras que se habían dicho calaran entre ellas. Cogidas de la mano. Apretándose los miedos. Escrutando la franqueza de sus sentimientos.

—Pero, si no es eso... ¿por qué? —se atrevió a preguntar.

Noemí se mordió el labio, bajó la cabeza en un gesto inconsciente.

—Solo fue la sorpresa, no... no me lo esperaba... y ya está.

Laura suspiró resignada. Eso sí que era mentira. Pero Noemí tendría que decidir si quería explicarle el motivo real de su reacción. Esperaba que con el tiempo dejaran de haber silencios entre ellas.

Se levantaron de la mesa. Necesitaban moverse.

—Entonces, ¿estás bien? ¿Estás empezando a superar la separación?

—Sí —respondió con una sonrisa—. Estoy más que bien. Parece que empiezo a enderezar la vida que se me extravió cuando me quedé embarazada.

Noemí sintió un vuelco en el corazón. Seguía sin gustarle hablar de algo tan traumático para todos, aunque entendía que no podía ignorarlo o hacer como si jamás hubiera sucedido.

—Cuéntame.

—Voy a empezar a trabajar en una residencia de ancianos cerca del pueblo. Al principio acompañaré y ayudaré en las actividades lúdicas que se organizan, pero el director me ha dicho que necesitan una enfermera. Voy a estudiar Enfermería —anunció con satisfacción.

—¿En serio? ¡Felicidades! ¡Es lo que tú siempre habías querido!

—Sí —contestó feliz—. Por fin parece que voy a empezar a cumplir mis sueños.

—Pero... estamos en noviembre...

—Lo sé. He encontrado un ciclo formativo en el Hospital de Sant Joan de Déu de grado medio de técnica en Cuidados Auxiliares de Enfermería, y por suerte les quedaba una plaza libre. La docencia es virtual, aunque también tengo prácticas, que es evidente que han de ser presenciales. —Rio—. Voy a empezar por aquí. Supongo que, entre que el curso está empezado, que no me acuerdo de estudiar y que encima voy a estar trabajando, será una locura. Sin embargo, no se me borra la sonrisa de la cara desde que todo esto empezó.

Noemí se puso a saltar y la abrazó.

—No sabes cuánto me alegro de ello.

—Sí —replicó feliz—. Lo sé a la perfección.

Se quedaron sumidas otra vez en sus pensamientos. Hasta que Noemí rompió el silencio.

—Y ¿cómo encaja Álex en todo esto?

—A ver cómo te lo explico... ¿has conocido algún hombre al que quisieras mucho?

—¿Björn? —dudó—. No se puede comparar con lo que te quiero a ti, pero bueno... digamos que entra en esa categoría.

—¿Y te sientes atraída por él? Sexualmente, quiero decir.

—¿Tú has visto a Björn? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —se carcajeó—, quizás Björn es un mal ejemplo de relaciones con atracción cero. Además, creo que has pasado la línea de la castidad con él... ¿me equivoco?

—Eh... no. No te equivocas.

—Bueno, da igual. ¿Te imaginas casándote con Björn? ¿Atando tu vida a él?

—Si jugamos y me ata... quizás —dijo subiendo y bajando las cejas.

—Mira que eres burra... Ya me entiendes. ¿Lo harías? ¿Podrías siquiera considerar que tu amigo fuera tu pareja para siempre?

«No, claro que no. Justo habían discutido y se habían peleado por ello».

—No.

—Pues eso. Y cada vez que me tenía que acostar con él era un mal rollo tremendo.

—Lo... ¿lo hace mal? —preguntó con miedo.

Laura se rio sin poderlo remediar.

—¡Cómo te echaba de menos! Lo que sueltas por esa boquita no tiene precio. Creo que jamás habíamos tenido este tipo de conversación.

—Bueno, antes de que todo se volviera raro entre nosotras no habíamos experimentado nada semejante, así que...

—Ya... éramos unas crías... En fin... no tengo ni idea de cómo lo hace Álex, aunque me haya acostado con él. Supongo que lo hace normal, tampoco tengo con quién comparar. No, no... no notaba que... en fin... —tartamudeó.

—Vaya, que no te ponía.

—Bueno, no lo expresaría de ese modo, pero sí. La verdad es que... cada vez me estaba alejando más de él, y nuestra relación no iba bien. Como pareja no nos amamos. Y yo estaba resentida con él... Supongo que en el fondo ninguno de los dos ha sentido por el otro más que amistad.

—Pero, perdona, ¿cómo te quedaste embarazada? Porque algo sí que te tenía que atraer...

—Nada. Cero. Nunca.

—No lo entiendo.

—A mí me gustaba otro —confesó.

—¿En serio? Jamás me lo dijiste...

—Ya; te hubieras asustado. No era muy convencional.

—Alucino.

—En fin, a Álex le gustaba otra... Es verdad —se dijo sorprendida—, lo había olvidado por completo.

A Noemí le dio un vuelco el corazón. ¿Podría ser ella esa «otra»? No, imposible. Ella era demasiado joven cuando ocurrió.

—Me sentía insegura con todo eso del sexo. Temía hacerlo mal. Por lo tanto, pensé que lo mejor era estrenarme con alguien de confianza que sabía que, por bloqueada que me quedara o mal que lo hiciese, no se reiría de mí.

—Y te quedaste embarazada.

—Sí. De una única vez. Qué mala suerte. Después de regresar de vacaciones, no nos vimos. Era agosto y cada cual se fue por su lado. En septiembre, y con una falta, estaba histérica. Me hice la prueba, y ante el positivo, fui a contárselo. No pretendía que se hiciera cargo. No necesitaba ni su dinero ni nada, quizás solo su amistad más que nunca, aunque no podía ocultárselo. El pueblo era muy pequeño como para escondérselo.

—Pero incluso así quiso estar a tu lado.

—Sí. Es un buen hombre. Siempre ha sido una persona estupenda. Cuando me propuso que nos fuéramos a vivir juntos, le dije que no, que era una locura. Sabía con seguridad que no saldría bien. Sin embargo, estaba asustada. Le supliqué que no insistiera, incluso le dije que él

estaba enamorado de otra para disuadirlo, pero me contestó que, al dejarme embarazada a mí, había quemado cualquier posibilidad de estar con ella.

Dios mío.

—Y pasó lo que me temía —siguió Laura perdida en sus recuerdos—. Éramos demasiado jóvenes; aunque creo que hubiéramos salido adelante si nos hubiéramos amado. Pero no era el caso. Él quería que viviéramos juntos por Marina. No obstante, por el camino, ambos nos anulamos. Para mí separarme de Álex ha sido tanto un alivio como la constatación de un rotundo fracaso. Me dijo que teníamos la obligación de intentar ser felices. Por separado. Aunque me quería en su vida. Que deseaba que volviéramos a ser amigos como éramos antes. Y lo está cumpliendo.

—No sé qué decir...

—El otro día me trajo dos novelas firmadas de mi escritor favorito: Sam Campbell. Increíble. Además, me ha confesado que también ha leído sus libros. ¡Es tremendo! —seguía riendo ajena a la conmoción que se estaba gestando dentro de Noemí—. ¡Me había hecho creer que solo leía fantasía! Y resulta que también lee romántica. Me lo voy a pasar genial mientras me meto con él por habérmelo ocultado. Vuelve a ser el mismo chico estupendo que conocí en el instituto. Y aunque a veces la situación es un poco rara, vamos por el buen camino.

—¿Piensas que hay alguien más en su vida? —se atrevió a preguntar.

—¿La verdad? Me da miedo saberlo. Jamás voy a quererlo como pareja, y en el fondo de mi corazón le deseo toda la felicidad del mundo. Se lo merece. Estoy convencida de que hay alguna mujer que será perfecta para él, y a pesar de ello no estoy preparada aún para asumirlo. Ya sé que es egoísta, pero con tantos cambios en mi vida, lo necesito a mi lado sin interferencias.

—Sí... todo esto es complicado.

—¿Sabes? El primer día de trabajo me vino a buscar a casa. Quería acompañarme. Yo estaba muy nerviosa. Él sabía cómo me sentiría y por eso quería estar a mi lado. Cuando me vio vestida como hacía siglos que no me arreglaba, no pudo evitar abrazarme y susurrarme que empezaba a ser yo otra vez. Y sentí su satisfacción como propia. Quiero ser esa Laura de la que me pueda sentir orgullosa. Álex es un hombre estupendo.

Lo sé.

Incluso con lo que le había dicho Laura, no lo tenía claro. ¿Podía dar rienda suelta a lo que sentía por Álex o era mejor volver a irse antes de que todo se complicara en exceso?

Aquello era un lío de proporciones épicas.

¿Tenía que empezar a buscarse trabajo fuera de España para alejarse de la tentación?

Han caído los dos (Radio Futura)

—Pues llámala por teléfono —le dijo Cristina.

—Las mujeres de mi vida tienen la mala costumbre de ignorarme.

—Uy. Eso no ha sonado muy bien.

Álex sonrió resignado.

—Ya... Solo quiero saber si está en casa. Tú le podrías preguntar si le parece bien que suba. No quiero invadir su espacio sin permiso.

—Lo entiendo, de verdad. Pero no puedo permitirte subir sin más.

—Lo sé. Y no te lo estoy pidiendo. Lo único que te pregunto es si la puedes llamar. A ti seguro que te responde.

—No quiero meterme...

—Llevo comprándote flores para ella desde septiembre, hará unos cuatro meses. Creo que soy de fiar. Noemí te habría advertido si no fuera así —intentó convencerla.

—¿Eres el tipo de las flores? —preguntó una voz a su espalda.

Álex se giró, y le sorprendió ver a un hombre aún más alto que él, de aspecto fuerte y que parecía que se había escapado del reparto de una película de vikingos. Maldita sea. No era bueno para su serenidad que hombres así estuvieran cerca de ella. Bastante nervioso estaba con toda la situación.

—¿Y tú eres...?

—El tío que vive con ella.

¿Noemí vivía con aquel hombre? ¿Y en calidad de qué? Ella no le había dicho nada. Pero podría ser verdad porque era parca en explicaciones. Tendría que preguntarle. Si Noemí estaba viviendo en pareja, tendría que abandonar sus ilusiones de futuro con ella, pensó consternado.

Cristina carraspeó a su espalda sorprendida por la mentira de Björn. Hacía días que Noemí y él vivían en pisos distintos.

Álex se obligó a no girarse a averiguar qué quería decir la florista con aquel carraspeo. Estaba aguantando la mirada de aquel tipo que parecía que lo quería taladrar con los ojos.

¿Sacaría su Mjölnir del bolsillo y lo golpearía con él? Así de amenazante lo veía. Aunque por muy nórdico de anuncio que fuera, no se iba a encoger ante él.

—Soy Álex —le dijo tendiéndole la mano—, el tipo de las flores. Lamento decir que yo no he oído hablar de ti.

Björn apretó la mandíbula y descargó toda su rabia y frustración en el apretón de manos que se dieron. Aunque Álex no se quedó atrás. ¿Se había convertido aquello en una pelea de machos? Le daba igual. Lo que fuera necesario.

—Björn —le dijo Cristina—, ¿sabes si Noemí ya está en casa? He salido un momento al almacén a coger tierra para las plantas y no la he visto pasar.

—¿Por qué lo quieres saber? —preguntó a Álex.

—Pues porque soy un caballero, ella no me espera y no quiero llamar a su puerta sin haber avisado antes.

Björn dudó un buen rato. No quería a ese tipo cerca de Noemí. Si su objetivo era convencerla de que lo escogiera a él, prefería no tener competencia. Ir a lo seguro. Noemí no se

había equivocado con él: no soportaba quedarse sin lo que deseaba. Y ante un reto era implacable.

Al final se decidió. Quería que el de las flores se olvidara de Noemí. Si tenía que jugar sucio, que así fuera. Se cruzó de brazos.

—Noemí se ha ido. A Londres.

—¿Se ha ido para allá otra vez? —exclamó asustado.

—Sí —respondió serio.

—¿Cuándo?

—Cogía un avión esta tarde. No te puedo concretar la hora.

—¿Y sabes cuándo regresará? —preguntó a punto de entrar en pánico. Noemí no podía desaparecer de nuevo.

—Con ella nunca se sabe —dijo mientras se encogía de hombros—. Quizás no vuelva jamás... Parece que no le interesas para nada —remató.

Álex le miró con algo parecido al odio.

—Te recuerdo que, según tú, está viviendo contigo. Si no vuelve, tal vez la culpa sea tuya.

Björn tenía una dura mirada que prometía represalias por aquel comentario.

—Muchas gracias por tu amabilidad, Cristina —se giró con educación para despedirse—. Espero seguir comprándote flores para Noemí durante mucho tiempo.

Cristina sonrió con tristeza. No acababa de entender qué estaba pasando. ¿Noemí se había ido? ¿Sin despedirse de ella? Eso no tenía ningún sentido. Lo último que vio antes de seguir trabajando en el ramo que estaba montando fue a Álex salir corriendo de su local.

Igual que si le fuera la vida en ello.

No dejó de correr hasta que se sentó en su coche. Lo puso en marcha sin abrocharse el cinturón de seguridad. Ya esperaba a un semáforo para hacerlo. Bajó Via Laietana para coger la Ronda Litoral. Era viernes por la tarde y había demasiado tráfico.

No quería asumir que Noemí se fuera de su vida otra vez.

Durante toda la semana, había estado inquieto. Le había enviado un par de mensajes para concretar qué día podían quedar. Y ella no había respondido.

La última vez que se habían encontrado, Noemí le había dicho que pensaría sobre la idea de tomar algo con él, que primero debía hablar con Laura.

Pero no sabía si ya se habían visto, y no le quería preguntar a su exmujer por ello.

Estaba a oscuras.

Desconocía si Noemí recibía sus mensajes, si tenía su número de móvil bloqueado o si había archivado su contacto. No podía más con esa incertidumbre. Noemí siempre había ido a su aire, y ahora ese rasgo de su carácter lo estaba desquiciando.

Quería darle el tiempo y el espacio que necesitara. La situación era demasiado complicada entre ellos; no obstante, estaba muy impaciente.

Pensó en pasarse por su casa. Aunque tampoco quería imponerle su presencia.

Se acercaba Navidad, y, como sucedía cada año en esas fechas, tenía más trabajo de lo habitual, pero se había ido del bufete mucho antes de la hora de finalizar su jornada.

Tenía un mal palpitito. Algo que intuía que se estaba torciendo. Quizás solo era la incertidumbre de saber a dónde les conduciría todo aquello.

Sin embargo, no había imaginado que Noemí volvería a huir.

Las cosas empezaban a encarrilarse. Laura estaba muchísimo mejor. Por fin, estaba regresando del lugar triste donde se había confinado. De modo que, si Noemí había hablado con ella, debería haber visto que ya no estaba hundida por la frustración de su separación.

Era diciembre y estaba sudando. ¿Había encendido la calefacción del coche?

Hizo sonar el claxon para que los coches se movieran más deprisa.

Venga, venga, venga.

Por fin había llegado al aeropuerto.

Salió corriendo del vehículo y entró a buscarla como un desesperado.

¿Qué hacía? ¿Cómo la iba a encontrar? No sabía dónde estaba. ¿En los mostradores? ¿Pasando el control de seguridad?

Miró los paneles a ver si encontraba un vuelo a Londres. ¿Habría despegado ya el avión?

¡18.26 h!

¡Tenía tiempo! Con un poco de suerte Noemí aún no habría llegado a la puerta de embarque.

Se dirigió hacia el último control sin perder un minuto más. No era raro encontrarse a una persona corriendo desesperada en medio del aeropuerto, debido a eso la gente se apartaba casi como si fueran autómatas sin verlo en realidad.

¡Allí estaba!

—¡Noemí!

Ella se giró como en cámara lenta. El tiempo se detuvo, aunque su corazón seguía latiendo desenfrenado.

—¡No te vayas!

Noemí miró su reloj, salió de la cola con una cara que no presagiaba nada bueno y lo encaró.

—¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre gritarme de esa manera? ¿Y se puede saber qué haces aquí? —le espetó con los brazos en jarras.

Álex le cogió la mano, se la puso sobre su corazón para que notara sus latidos.

—Estaba asustado...

—¿Tienes miedo de volar? ¿Entras en pánico cada vez que alguien decide coger un avión? —le recriminó con sarcasmo quitando la mano de su pecho.

—Me produce terror pensar que te puedas ir... para no volver.

Noemí dejó que su fachada de enfado se diluyera y esbozó una pequeña sonrisa temblorosa. Casi como si unas mariposas aletearan de esperanza a su alrededor. Aunque tal y como había aparecido, la escondió presa de inquietud. No podía bajar la guardia.

—Debo irme. Tengo que estar en la puerta de embarque en quince minutos.

—¡No! No te vayas, por favor. Yo... había pensado en hacer esto de otra manera, creía que tendríamos tiempo, que, aunque llevo esperándote lo que me parece toda una vida, no quería apresurarme contigo. Quería darte atardeceres en la playa, bailes abrazados, paseos por el bosque, quería...

—¿De qué estás hablando? —susurró trémula mientras sentía el corazón pitándole en los oídos.

—Quiero estar contigo.

Noemí ahogó un jadeo. *¿Desde cuándo?*

—Si te vas, me voy a enfadar mucho conmigo mismo, por ser un imbécil, un inútil que te ha

perdido antes de tenerte. Noemí, por favor... no te vayas. Quédate a mi lado. Iremos todo lo despacio que necesites, pero lo que siento por ti es demasiado grande.

Noemí se debatía entre lo que debía hacer, lo que debía decir o lo que debía sentir.

—Lo siento... —susurró—, tengo que irme. El avión no va a esperarme.

Álex hundió los hombros. ¿Cómo era posible que saliera huyendo otra vez? ¿No sentía lo mismo que él? ¿Se había equivocado hasta tal extremo?

Miró su esbelta espalda al alejarse. La curva de sus nalgas en aquellos tejanos ajustados. Los largos rizos negros tan indomables como ella misma. Tan pequeña en estatura y tan grande en fortaleza.

¿Otra vez la perdía sin remedio? ¿Estaban condenados a no estar juntos?

No podía dejar de observarla. Aunque le desgarrara por dentro.

Noemí había llegado otra vez al inicio de la cola. Estaba a punto de poner sus objetos personales en la bandeja, cuando, decidida, se dio media vuelta.

¿Cuántas veces se había quedado embobada mirando los labios de Álex? ¿Cuántas había fantaseado con lo dulces que se sentirían? ¿Cuántas había soñado con ellos?

De adolescente moría por la posibilidad de probar su boca y de adulta su imaginación no se detenía en un beso; le añadía lengua, saliva, manos y su cuerpo entero vibrando junto al suyo. Ya no le quedaba voluntad para resistirse. El impulso de tenerlo acallaba las otras voces que susurraban a gritos que no lo hiciera.

No lo soportaba más.

Ese delirio que la consumía, que la agotaba de tanto luchar contra él, se estaba adueñando de ella. Como una demente en busca de lo único que podría saciarla, fue decidida a por Álex.

Llegó junto a él, se permitió tocarlo —*por fin*— y se acercó despacio a sus labios.

Álex estaba paralizado sin saber qué quería Noemí; pétreo tanto de la sorpresa como del deseo. ¿Iba a jugar con él? ¿Iba a confesarle sus sentimientos?

Pero cuando sintió un pequeño mordisco de atención en su boca para que reaccionara de una vez, dejó a un lado sus temores, la estrechó entre sus brazos y se besaron con las ganas acumuladas de años.

Noemí tenía los labios calientes, suaves. Con la lengua los había humedecido para poder deslizarlos a su antojo.

Álex la apretó aún más contra sí. Sentían sus corazones latir a la vez, desenfrenados.

Sus labios susurraron amor, aunque no pronunciaron palabra. Besándose hambrientos como si la eternidad se hubiera ceñido a ese único instante de abandono.

Respirando entre jadeos el aire del otro, queriendo beberse el aliento que los llevaba torturando una infinidad.

Su primer beso. Aunque antes hubiera habido otros. El primero que les había conectado con una parte de sí mismos que les enlazaba el alma.

Aquel beso sabía a esperanza, a sosiego, a tranquilidad y excitación. Sabía a comodidad y novedad. Era como si la lámpara de Aladino les hubiera concedido los tres deseos de golpe. Como si hubiesen encontrado un caldero lleno de monedas al final del arcoíris. Como si, por fin, hubieran encontrado su cielo en la tierra.

No querían parar; sin embargo, no era ni el momento ni el lugar para saciar el hambre que se tenían.

Su primer beso empezaba como habían deseado, pero terminaba antes de que ninguno de los dos estuviera preparado para ello.

—Álex —murmuró aún entre sus labios—, tengo que irme.

—Pero ¿cómo te vas a ir después de esto?

Noemí empezó a alejarse. Con una felicidad resplandeciente que la iluminaba desde dentro.

—No puedes irte —insistió—, nosotros...

La sonrisa de Noemí hizo que Álex tuviera la certeza de que ya estaba perdido. Tras aquel beso y la felicidad que había sentido, la seguiría hasta el fin del mundo. Si tenía que abandonarlo todo para estar con ella —si tenía que irse a Londres—, encontraría la manera de hacerlo viable.

No obstante, Noemí dijo lo único que no se esperaba en ese momento.

—Me voy un fin de semana. Vuelvo el domingo por la noche.

SEGUNDA PARTE

Colgando en tus manos (Carlos Baute)

DE: Torres-Miguel@imb-cnm.csic.es

PARA: Costa-Noemi@clinic.cat

ASUNTO: Colaboración con el Instituto de Microelectrónica de Barcelona

Doctora Costa:

Nos gustaría hablar personalmente con usted sobre nuestro proyecto europeo Graphene flagship Core 1, para ver si sería posible hacer una colaboración.

En nuestra línea de investigación, estamos intentando demostrar que medimos mejor con transistores de grafeno que con los convencionales electrodos. Y para ello necesitamos una experta en registros eléctricos o señales neuronales.

Si le parece bien, podemos quedar en su centro en cuanto lo considere oportuno. Aunque es más que bienvenida si quiere visitar el nuestro para poder mostrarle nuestra Sala Blanca.

Un cordial saludo.

Dr. Miguel Torres

Lunes de trabajo. No había dormido demasiado el fin de semana y le costaba concentrarse.

Björn revoloteaba a su alrededor, como un buitre cercando a su presa. Noemí estaba considerando aceptar la propuesta del IMB-CNM, lo que sería estupendo por dos motivos: porque el proyecto parecía muy interesante y porque se alejaría un poco de su amigo.

Björn estaba agobiándola más allá de lo tolerable.

Él se había pasado por su casa en cuanto oyó que abría la puerta. Quería saber qué tal le había ido por Londres, aunque en realidad lo que quería averiguar era lo que había pasado con Álex. Pero ella estaba demasiado concentrada en mil pensamientos sobre lo que había ocurrido en el aeropuerto el viernes anterior como para preocuparse por él, y había esquivado todas sus preguntas y se había centrado en explicarle anécdotas de Marie y Beth. Aquellas que se podían contar.

Ellas habían sido un alivio al estrés y a los nervios que estaba sufriendo.

Sin embargo, aunque las quería muchísimo, no se había sincerado. ¡Era incapaz! No soportaría que ellas la juzgaran. Bastante se castigaba ella misma por estar enamorada sin remedio de alguien que estaba prohibido.

Por suerte, no habían preguntado por qué habían quedado antes de su habitual encuentro anual. Solo les había dicho que necesitaba un fin de semana con ellas, que precisaba el poder de las tres juntas para gestionar una crisis personal, y habían acudido, sin cuestionarle nada.

Eran maravillosas.

Cerró los ojos un instante para descansar la vista que tenía fija en el ordenador. Jamás se acordaba de la gimnasia ocular de mirar a lo lejos cada cierto tiempo. Cuando estaba analizando datos se olvidaba incluso de parpadear y después le escocían los ojos.

Las señales eléctricas —ondas cerebrales— que veía en el ordenador se habían tomado el día libre —como ella, que no estaba por lo que tenía que estar—, y, en vez de moverse con lógica, parecía que se hubiesen vuelto locas y estuvieran bailando ritmos caribeños ante ella.

No lograba descifrar los patrones que buscaba. Su mente no era capaz de procesar más imágenes que los labios de Álex abriéndose para ella.

Le hormigueaba el alma y otras cosas en cuanto se detenía a rememorar ese beso.

En el avión de regreso el domingo por la noche, iba pensando en que quizás Álex la estaría esperando en el aeropuerto. No tenía claro si deseaba o temía ese momento. Ahora ya no existía ninguna excusa para no hablar. Ya no servía el pretexto de fingir que estaba ofendida, de intentar demostrar que Álex le caía fatal o de ignorarlo como llevaba haciendo los últimos años.

Aquel beso pedía a gritos una conversación. Una explicación.

Pero no tendría que haberse preocupado.

Álex no había aparecido. Y no sabía qué pensar sobre ello.

Se levantó de su mesa en el laboratorio y estiró la espalda. Con el trabajo acumulado que tenía y no estaba siendo nada productiva.

Tenía que hacer algo que la distrajese de pensar. Miró a su alrededor y vio que nadie le prestaba atención. Se fue con disimulo al sitio de su compañera y programó una función en su ordenador para que cada vez que pulsara la tecla «Supr» cuando estuviera editando un texto apareciera una frase como de la nada.

Lo bueno es que cada vez que intentara suprimirla, volvería a repetirse, porque la función que había asignado a la tecla de suprimir consistía en escribir ese texto.

Cuando su compañera volvió y se dispuso a trabajar, se separó con espanto del ordenador en cuanto suprimió una letra.

Noemí estaba mirándola con el rabillo del ojo, disimulando la atención que tenía puesta en ella, haciendo como que estaba enfrascada en su propio trabajo.

Su compañera se acercó otra vez, con cuidado, como si el ordenador se hubiera vuelto loco. Y en cuanto volvió a presionar la tecla «Supr», se apartó, alarmada. El texto había vuelto a aparecer en su pantalla.

Noemí se aguantaba a duras penas las ganas de reír.

—¿Alguien ha tocado mi ordenador? —preguntó un poco superada.

Nadie le contestó, concentrados como estaban en sus propias ocupaciones.

Noemí, toda inocencia, se acercó.

—¿Qué te pasa?

—Creo que a este ordenador le ocurre algo...

—¿Se ha estropeado?

—Ojalá... Mira...

Y volvió a presionar «Supr». Noemí leyó el texto, como si no supiera de qué iba aquello:

«Para nosotros, los físicos, creer en la separación entre pasado, presente y futuro solo es una ilusión, aunque una muy convincente».

Su compañera estaba alteradísima.

—Si no fuera científica, pensaría que Albert Einstein me está hablando.

Noemí abrió los ojos como platos. Teatro puro.

—¿Einstein?

—Claro, soy física. Esta es una de sus célebres máximas; la he reconocido en cuanto la he leído.

Noemí respiró hondo, no podía dejar que la risa la delatara.

—Eh, chicos, que el ordenador de Gabriella parece que esté poseído.

—¡Noemí! ¡Que yo no creo eso!

Los compañeros se acercaron. Gabriella volvió a presionar la tecla y el mensaje reapareció. Algunos parecieron sorprendidos, otros miraron con cara de sospecha a Noemí.

—Desde que Noemí ha empezado a trabajar con nosotros, algo raro les pasa a los ordenadores.

Björn bajó la cabeza para esconder su risa. Había sido víctima de esa broma en particular hacía unos años. En su caso, el texto que aparecía era: «quien diga que el alcohol no es una solución no sabe nada de química». Después de unos días horribles, Noemí quiso animarlo para que desconectara. Esa frase fue el pistoletazo de salida de un fin de semana de diversión.

Y entonces, uno a uno fueron diciendo lo que se habían encontrado en sus editores de texto sin saber cómo, y que después había desaparecido sin más.

—La mía fue: «Mi novia me pidió tiempo y distancia. Creo que quiere calcular la velocidad» —dijo uno.

—Pues la mía: «¿Por qué los osos pandas no se disuelven en agua? Porque no son polares» —recordó otro.

Hasta que Noemí no pudo más y estalló en una carcajada.

Gabriella se giró hacia ella.

—¿En serio? Tía, ¿tú no tienes trabajo, o qué?

—De verdad —dijo Noemí sin parar de reír—, necesitaba esto. La próxima vez tengo que intentar grabaros, habéis puesto una cara...

Sus compañeros reanudaron su trabajo, divertidos. La nueva tenía cada cosa...

Al cabo de un rato concentrada en lo suyo, los recuerdos de Álex la asaltaron de nuevo. Suspiró. Tenía que hacer un esfuerzo por dejar de darle vueltas.

—Noemí, te llaman de conserjería.

—Gracias, estaba esperando unos materiales. Ahora bajo. Un poco más y no me encuentran, que casi es la hora de ir a comer.

Apoyó la cabeza en la pared del ascensor mientras miraba sin ver el parpadeo que indicaba los números de la planta por donde iba pasando.

Al abrirse las puertas vio a Álex que la estaba esperando, y no fue capaz de salir de la cabina. Se conminó a hacerlo, era una tontería quedarse dentro. Dio un pequeño paso hacia adelante, pero le faltó valor y se echó para atrás. Las puertas del ascensor iban a golpearla al cerrarse, pero Álex la agarró del brazo y la sacó de allí.

—Qué manera tan rara que tienes de salir de un ascensor... Caminando hacia atrás... —dijo alzando una ceja.

—Qué bromista —afirmó ruborizada por la vergüenza—. Me ha sorprendido verte. Me podrías haber avisado de que venías —protestó mientras se quitaba el lápiz con el que se sujetaba el cabello y se lo ahuecaba un poco.

Álex llevaba de los nervios desde el viernes. Sufriendo de incertidumbre tras aquel beso. No habían intercambiado mensajes ni se habían llamado. Si Noemí necesitaba espacio, él se lo iba a dar, pero, caramba, no se besaba así a alguien que lo llevaba deseando desde hacía más de dieciséis años y luego se desaparecía.

Eso estaba muy feo.

—Te he enviado mensajes. Aunque no me contestas al teléfono. ¿Los ves siquiera?

—Eh... no uso demasiado el móvil. Y muchas veces no me acuerdo ni de cargarlo. Algunos días incluso me lo dejo en casa.

—Ya... pues eso. Cuando lo miras, ¿no te fijas en si tienes mensajes o llamadas perdidas? Pueden ser importantes.

—Si lo fueran, insistirían —se encogió de hombros—. Es igual... ¿qué haces aquí?

—Pretendo abandonar la abogacía y trabajar en un laboratorio —bromeó—. ¿A ti qué te parece?

Noemí levantó las cejas y esbozó una sonrisa.

—Vale, nos hemos despertado graciosillos hoy.

—Venga, te invito a almorzar. Tenemos que hablar.

—Aún no me he decidido a tomar ningún café contigo. Así que imagínate ir a comer...

A Álex se le desencajó la mandíbula. Si aún seguía en ese punto, ¿qué diantres había sido aquel beso?

—¿Lo dices en serio?

—No. Pero me encanta la cara que has puesto —contestó riendo.

—Ten cuidado —dijo acercándose a ella de forma sensual y dejando con sutileza un beso en la comisura de los labios—. A este juego podemos jugar los dos.

Noemí tragó saliva. Turbada. Temblando como un diapasón con un solo toque.

Álex tenía la capacidad de arrancarle música a su cuerpo con el simple hecho de estar cerca.

Tenía claro hacia dónde quería ir; lo que seguía sin saber era la conveniencia de aquello. Y un solo beso no le haría rendirse ante él —*aún no*—, aunque toda ella vibrara de emoción contenida.

—Digamos que acepto por hacerte un favor; sin embargo, no voy muy elegante... —dijo mirando sus tejanos y su sudadera.

—¿Desde cuándo te arreglas un lunes?

—No sé cómo tomarme tu comentario, la verdad —respondió con una carcajada nerviosa.

—No te preocupes. Siempre vas perfecta. Y para comer en un banco del parque no se necesita ropa especial.

¿En un banco del parque?

—Tú, en cambio, vas con ropa de trabajo, con un traje... impresionante. —Tosió para disimular el piropo que se le había escapado—. No sé si será cómodo para ti.

Álex se hinchó de satisfacción. La había oído. Le gustaba aquella versión de Noemí. Parecía más ella que nunca, y lo veía «impresionante».

Iba por buen camino.

—Sé que te sentirás más cómoda comiendo un bocadillo al aire libre —contestó seguro de su acierto con aquel plan mientras le mostraba una bolsa con las provisiones—. Así que me da igual cómo vaya yo.

—¿Sabes que ya no tengo catorce años y soy capaz de ir a los restaurantes? —dijo sorprendida de la cara de satisfacción que mostraba él con su idea.

A Álex la sonrisa de suficiencia se le borró del rostro. Claro, esos pequeños detalles que tan bien guardaba en su recuerdo, ya estaban caducados. Conocía a la Noemí adolescente. Pero ahora era una mujer de treinta años. ¿A quién se le ocurría proponerle una primera cita en un banco del jardín del Hospital Clínic? Se estaba dando de collejas mentales.

Noemí percibió su incomodidad.

Sabía que él se había preocupado de invitarla a algo que creía que le gustaría y ahora se

sentía decepcionado por no haber acertado.

—No pasa nada —le dijo para tranquilizarlo—, si los bocadillos que traes son del bar de la residencia, te lo perdono.

—Son del bar de la residencia —contestó aliviado de haber hecho bien los deberes—. He traído un menú degustación —dijo como si los hubiera comprado en un restaurante de categoría—. Los especiales de Elena de pollo, de lomo, de salchichas y... ¡pincho de tortilla de patatas!

—Ohhh. No nos lo podremos acabar ni en broma. ¿Tú has visto todo lo que pone dentro de cada bocadillo?

—No sabía cuál era tu favorito —respondió.

—Me has conquistado del todo. —Suspiró teatralmente llevándose una mano al corazón y cerrando los ojos—. Voy a por mi anorak y bajo. Espérame aquí.

—¿En serio solo hacían falta unos bocadillos para que aceptaras tener una cita conmigo?

—Soy una mujer sencilla, qué le vamos a hacer.

—Sí, sencilla... —murmuró para sí con incredulidad mientras ella se metía en el ascensor—. Sencillísima.

Es por ti (Cómplices)

—¿Te atreves a andar unas diez calles? —preguntó Noemí.

—¿Los bancos de los jardines de aquí delante no son lo bastante buenos?

—Hay muchos compañeros que van a salir para comer y, ya que parece que tendremos una conversación seria, no me apetece interrumpirla cada cinco minutos saludándolos.

—Pues adelante, vamos a donde tú quieras.

Caminaron un rato en silencio. A Noemí se le estaba haciendo incómodo, con tantas palabras y sentimientos y explicaciones y preguntas. La impaciencia le explotaba en el pecho.

Entendía que Álex no la hubiera besado en la portería del edificio donde trabajaba, pero ahora estaban en la calle. En cada semáforo que se paraban, se la comía la incertidumbre, el deseo y las ansias. Sin embargo, él no hacía nada, miraba al frente como si ni tan siquiera fuera consciente de que permanecía a su lado.

Era desesperante.

¿Cómo era posible desearlo tanto y al mismo tiempo no atreverse a dar el siguiente paso?

Pero ella ya lo había besado. Abalanzarse sobre él y besarlo de nuevo, ¿se podría considerar acoso?

Ese beso había sido un punto de inflexión. Aunque, ¿eso significaba que tenían una relación? ¿Que iban a normalizar lo que sentían?

No lo tenía claro, no. Porque seguía existiendo el problema de Laura.

¿Sería capaz de serle desleal saliendo con su exmarido?

—La Universidad de Barcelona tiene unos claustros y jardines preciosos —empezó como si fuera una guía turística para romper aquel mutismo irritante—. ¿Has estado alguna vez?

—No. No se me había ocurrido visitar la universidad.

—Pues el claustro de letras es el más acogedor. Con su estanque de nenúfares lleno de peces de colores, sus árboles y las columnas acabadas en arco. Es un pequeño paraíso. Es un sitio tranquilo, como un oasis.

—¿Y podemos entrar?

—Sí, claro. Ningún problema. Es de libre acceso.

—Vale.

—Los bancos de piedra son incómodos y fríos —siguió—; a pesar de ello es como si formaran parte de aquello, como si hubieran nacido en él y le pertenecieran.

—Perfecto.

—Rodeando los dos claustros hay un auténtico jardín botánico precioso guardado por una colonia de gatos que se han erigido como los dueños del lugar. Mejor no pensar de qué se alimentan ni por qué hay tantos... —bromeó—. Y allí los bancos no son de piedra...

Noemí seguía parloteando. Intentaba que Álex fuera más comunicativo, pero este respondía casi por inercia sin estar pendiente de la conversación.

En cada semáforo, al estar parados, Noemí callaba. Como si la luz roja de la señal urbana no solo hubiera prohibido a sus pies dar un paso más, sino que hubiese amordazado sus palabras.

Estaba inquieta.

La mente de Álex estaba concentrada dándole vueltas a algo. En el instituto había sido así.

Callado por naturaleza. Reflexivo como el que más. Sin embargo, con ella se había mantenido hablador y próximo.

Ahora no entendía esa actitud suya.

Cuando llegaron a la universidad, recorrieron los caminos de piedras. No se podía desaprovechar la oportunidad de admirar aquella belleza. Y una vez elegido el sitio donde sentarse, Álex cogió aire, como si se estuviera preparando para decir algo muy importante.

—¿Qué tal te ha ido por Londres? —preguntó.

Noemí se quedó con la boca abierta de incredulidad y después la cerró de agobio por el nudo de nervios que se le había formado en el estómago.

—¿En serio me preguntas eso?

Álex frunció el entrecejo.

—¿No puedo?

—Sí, sí, claro, pero es que...

¿De verdad llevaba toda la vida enamorada de un hombre que, en cuanto ella había bajado sus barreras, se había obligado a desechar sus dilemas morales y se le había echado encima a comerle la boca, le preguntaba algo tan estúpido como aquello?

Qué decepción, caramba.

—¿Por qué te fuiste a Londres? —reformuló.

—Al parecer para nada —replicó frustrada.

Álex hizo una mueca de incompreensión.

Bajó los hombros y exhaló el aliento que había estado conteniendo.

—Estás enfadada, y no entiendo por qué.

—Es que... —suspiró—, nada. Es igual. Acabemos los bocadillos y regresemos, que tengo que trabajar.

—Dime por qué estás tan molesta. Explícamelo.

—Pues porque has venido y... —se cortó—. Bueno, hemos caminado y... —No quería seguir por ahí—. En fin, casi no has dicho nada en todo el rato —susurró dolida—. Llevas meses haciendo... ¿qué? ¿flores?, ¿encuentros casuales?, ¿citas de *Romeo y Julieta*? Y... el viernes... Bueno, yo estaba que... Y ahora, buf... Mira —se plantó levantando los brazos en señal de rendición—, esto no tiene ningún sentido. No vale la pena empezar algo que con seguridad nos va a complicar muchísimo la vida. Me llevo los bocadillos. Gracias. Tengo que volver al trabajo.

—No. —La detuvo—. No quiero que te vayas. Deseo estar contigo. ¿Me puedes explicar qué te pasa? Porque no he entendido nada.

Noemí no estaba acostumbrada a no tener el control absoluto. Desde hacía mucho tiempo que no dejaba ni su vida ni sus decisiones en manos de nadie. Y ahora tenía que confiar a ciegas en otra persona, a la que tras una eternidad deseando ¡solo se le ocurría preguntar por su fin de semana!

—No te preocupes. Si en el fondo es culpa mía.

Qué sentido tenía disimular cuando hacía tres días se había abalanzado sobre él como una desesperada.

—Pensé que tú y yo... Es que no aprendo —susurró de repente con un nudo en la garganta y una sonrisa triste y vacilante—. Te arrepientes de lo que me dijiste en el aeropuerto. Te has dado cuenta de que esto es un lío tremendo y que no vale la pena. Claro. Y yo haciéndome ilusiones... —Cerró la boca de golpe—. No pasa nada. Son cosas que ocurren. Lamento haberte besado. Pensé..., pensé que tú también querías...

—Yo quería —la interrumpió—. Quería, quiero y querré. Siempre.

—¿Entonces? —preguntó con un hilo de voz y el corazón atronándole en el pecho.

Álex se tomó un momento. La miró con aquellos ojos verdes que le llegaban hasta el alma, con toda su atención puesta en ella.

—No te conozco.

—¿Perdona? —Se asombró con las cejas en alto—. Eso sí que no me lo esperaba. Nos conocemos desde hace más de dieciséis años. ¿Qué estás diciendo?

—A ver. Durante todo el tiempo que he estado... casado...

... una puñalada no le hubiera dolido tanto como esa realidad...

—... no me has mirado, me has ignorado, aunque estuviéramos en la misma mesa. Y yo lamento decir que también intentaba no fijarme en ti. Dolía verte tan lejana, y mi mundo era tan agotador y doméstico que me hacía sentir insignificante. He sabido de tu vida, he escuchado tus logros. Te admiro...

Noemí se había quedado sin palabras. No sabía qué decir.

—... pero no te conozco. Tenías catorce años la última vez que nos divertimos juntos. Eso es demasiado tiempo.

Cogió aire como si lo que fuera a decir a continuación fuera realmente importante. Quería que le prestara toda su atención.

—El último verano antes de lo que sucedió, estuve tan pendiente de ti que te aprendí.

Álex le acarició la mejilla haciendo que Noemí notara la suavidad de su propia piel.

—Sé que te encanta escuchar música y que mientras la estás oyendo visualizas tu cuerpo bailando; sé cuándo tu risa es sincera o cuándo enmascara incomodidad; sé que crees que eres mediocre a causa de tu físico, que eres demasiado bajita, que tu aspecto «marrón» —tu pelo, tus ojos— no es nada del otro mundo...

—¿Cómo... cómo sabes todo eso?

Álex sonrió, quizás no había llegado el momento de confesarle aún sus verdaderos sentimientos, la profundidad del amor que sentía por ella.

—Me has importado siempre —dijo con sencillez.

Noemí tenía los ojos brillantes de esperanza... y de miedo.

Sabía que Álex no podía sentir lo mismo que ella —era del todo imposible—, pero quizás aquel era el momento de empezar algo hermoso.

A pesar de que estuviera aterrorizada.

Al menos se dio cuenta de que él siempre había sentido algo por ella. Aunque fuera una menudencia en comparación con el amor loco y visceral que se apoderaba siempre de ella.

—Sé que te gusta levantarte temprano —siguió—. Recuerdo que te ibas a correr y yo, aunque entonces lo odiaba, me apetecía estar a tu lado. Era el único momento del día en el que no había nadie más alrededor...

—¡A ti te gusta correr! —protestó interrumpiendo un «y podíamos estar solos» que murió en los labios de Álex.

—¡Ahora! Pero, con dieciocho años, lo que quería ¡era dormir! —Se rio—. Da igual. Cada minuto que pasaba contigo compensaba con creces los que le robaba a mi sueño.

—Y yo que pensaba que era demasiado pequeña para ser interesante... —susurró en un intento vano de que le dijera que se había enamorado en cuanto la vio, tal y como le había pasado a ella con él. Estaba convencida de que no era cierto; sin embargo, deseaba que lo fuera.

—Te aseguro que me interesabas, y mucho —le dijo. Y se permitió acariciarle el rostro de

nuevo con la punta de los dedos.

¿Estaba confesándole sus sentimientos? Noemí tenía miedo de volver a malinterpretarlo todo tal y como había hecho su yo adolescente.

No obstante, ¿qué más daba el pasado?

Al fin y al cabo, en aquel momento, Álex quería estar con ella, y, para empezar una relación, tendría que ser más que suficiente, pero en su situación aquello no bastaba para aventurarse a romper el corazón de las personas que ella amaba. Precisaba certezas para lanzarse a amar a Álex sin límites. Necesitaba garantías para que los beneficios de amarlo fueran superiores al riesgo de perderlas.

—También recuerdo que te enfurruñabas cuando proponíamos ir a un restaurante —siguió Álex ajeno a los pensamientos de Noemí.

—Ya...

—Y eso me lleva al principio de nuestra conversación. Ya no sé qué ha permanecido en ti y qué ha cambiado. Todo lo que sabía de ti ¿sigue igual? La verdad es que ninguno de estos pequeños detalles es importante, por supuesto. Me da lo mismo que ahora te pases las mañanas de los festivos durmiendo, pero ¿y si hay algo más que ha variado en nosotros? ¿Y si ya no somos aquellas personas?

Noemí entendió. Claro. Ella llevaba tiempo haciéndose la misma pregunta. ¿La razón de ese enamoramiento tenaz es que se había obsesionado con él porque no lo había tenido?

La niña que era se había encaprichado con catorce años del chico más guapo del instituto. ¿Lo amaría también la mujer que era ahora?

¿Romeo y Julieta se habrían enamorado si su relación no hubiera estado prohibida? ¿Se habrían sentido atraídos si se hubieran encontrado cuando ya hubieran sido adultos y no meros adolescentes con las hormonas revolucionadas?

¿Eran reales sus sentimientos por Álex?

—Quiero averiguarlo —decidió con la boca pequeña.

Álex no necesitó más estímulo que esa determinación. Llevaba tres días con el beso de Noemí recorriéndole todo el cuerpo, con la necesidad imperiosa de volver a notar el calor de sus labios encendiéndolo, con el deseo de probar de su boca el principio del éxtasis.

Se acercó despacio, disfrutando de cada instante robado al tiempo, que se había detenido a su alrededor, estremeciéndose de anticipación por tenerla entre sus brazos.

La sonrisa de Noemí lo alentaba en silencio, pero con apenas un suspiro entre ellos, sin tener la menor idea del motivo por el que lo hacía, ella ladeó un poco su rostro, lo suficiente para que sus labios se posaran demasiado lejos de su objetivo inicial.

Álex no se detuvo ante ese imprevisto. Con su boca inhalando la suavidad de su piel, dejó un reguero de pasión en la acalorada mejilla de ella.

Si de momento sus labios estaban fuera de su alcance, iría conquistando centímetro a centímetro la entrada al paraíso.

No se iba a dar por vencido.

Entre dos tierras (Héroes del Silencio)

Bajaban por Via Laietana.

Álex la había ido a buscar a su casa; pero no había subido, la había esperado en la calle. Llevaban quedando toda la semana. Había sido sincero cuando le había dicho que quería conocerla, aprenderla de nuevo. Y a Noemí le pasaba lo mismo. Quería descubrir a ese Álex que ya la había enamorado una vez.

—Estoy muerta de frío.

—Podemos entrar a una cafetería a tomar algo.

—Sí, por favor, necesito calentarme por dentro. Estoy helada.

En medio de la calle, Álex se abrió la chaqueta y la abrazó, para que su abrigo le diera calor, como si pudiera abrochársela con ella dentro. Noemí era consciente de su cuerpo pegado al suyo. Álex le sacaba más de una cabeza y se sentía cobijada por él.

Aunque empezó a calentarse, abrió la cremallera de su anorak para que hubiera menos capas de ropa entre ellos. Agarrándose a su cintura en un abrazo constrictor mientras él la abrazaba de la misma manera, no pudo evitar imaginarse con Álex entre las sábanas.

Percibió el momento exacto en el que los pensamientos de Álex siguieron un derrotero parecido a los suyos y se estremeció. Aún se apretó más contra él decidida a no soltarlo jamás. ¿Eso estaba sucediendo de verdad? ¿Lo estaba tocando con su cuerpo?

De repente fue consciente de que estaban en pleno centro de la ciudad. Alguien del pueblo podría estar allí y verlos. Se apartó con una sonrisa de disculpa.

Álex suspiró.

Desde aquel beso en el aeropuerto, Noemí había rehuido sus labios. Sabía que lo deseaba. La conocía lo suficiente como para que sus pupilas dilatadas, el rubor que la sorprendía o el temblor de sus manos —cuando se apartaban con brusquedad al darse cuenta de que lo estaba tocando— le estuvieran gritando que lo anhelaba tanto como él a ella. No obstante, aún no era capaz de admitirlo.

Tendría que esperar a que estuviera preparada. Porque saber que Noemí lo deseaba era una sensación tan esperanzadora y desconocida que le daba la fuerza necesaria para seguir aguardando.

—Te... adoro —le dijo Álex callándose un «te quiero».

¿La amaba ya? ¿O solo seguía enamorado de la Noemí del pasado?

—Vale —le contestó sonriendo.

«¿Vale? ¿Qué respuesta era esa? Paciencia», se dijo. «Aprenderla»; eso era lo que tocaba en aquel momento.

—¿Te parece que entremos aquí?

—Ya no tengo frío —respondió cohibida mirando el suelo—, pero de acuerdo.

Noemí se sentía avergonzada, tanto por sus sentimientos como por su comportamiento. Jamás se había conducido con semejante timidez. Y eso no iba con ella. Siempre se lanzaba a lo que quería, aunque parecía que las viejas costumbres de contención a las que se obligaba con Álex estaban demasiado arraigadas.

No era capaz de desprenderse de la sensación de que estar con él estaba mal.

El local era antiguo y maravilloso. De madera, con unos techos muy altos. En la pizarra de detrás de la barra habían escrito lo que ofrecían: muchísimas infusiones y bollería. Aquel lugar olía a dulce.

Noemí no había entrado nunca y quería probarlo todo. No se decidía. Era golosa hasta la médula.

—Un café con leche —pidió Álex.

—¿En serio? ¿Con todo lo que hay y te pides lo más soso?

—Es lo que me apetece. Siento si mis gustos te parecen insulsos.

—No, no, ¡qué va! Tus gustos me parecen de lo más interesantes... sobre todo para mí —le respondió con una sonrisa, decidida a intentar reconducir la situación entre ellos dos.

—¿Y tú?

—Pues una infusión de té de rosas con un chorrito de leche y un bollo de chocolate.

—¿Un bollo a las ocho de la tarde?

—Los bollos son una buena idea a cualquier hora.

—Luego no vas a cenar.

—Vale... ¿papá? —se carcajeó.

—Lo siento. Es la costumbre... perdóname. Ha quedado fatal. Yo... —murmuró abatido.

—Aprendiéndonos —le dijo poniéndole una mano en el brazo—. No te preocupes. Ahí va un dato: como sin orden ni concierto. Odio cocinar, de forma que, si no puedo ir a restaurantes, porque ni mi estómago ni mi bolsillo me lo permiten todo lo que me gustaría, como si tengo hambre y solo lo que me apetece.

—Pero al menos comerás verduras, pescado...

—Ya veo que te has convertido en alguien a quien la alimentación le interesa muchísimo —comentó riendo.

—Bueno... no puedes darle a una hija un bollo para cenar o *pizza* siempre que quiere. En consecuencia, los menús forman una parte importante de mi vida, sí.

—Pero... tú no cocinabas en casa, ¿no? —preguntó con miedo porque no quería adentrarse en conocer detalles de su vida de casado.

—Los fines de semana, sí. Y al final le cogí el gusto. Ahora vivo solo, debido a eso cocino todos los días. Y me encanta. Me relaja.

—Oh, pues qué bien. A mí me encanta comer y a ti cocinar. Creo que hacemos la pareja... —se interrumpió de repente.

—La pareja perfecta, sí. A mí también me lo parece.

Noemí estaba sonriendo, feliz, ilusionada por todo lo que podía llegar a ser aquella ansia que la devoraba por dentro. Aunque solo fuera un instante entre todo el mar de incertidumbre que la sitiaba.

¿Salir con Álex era eso? Ojalá pudiera olvidar la tesitura en la que se encontraba. Se sentía eufórica por haber empezado «algo» con él y deseaba comérselo a besos. Pero, cuando iba a abalanzarse sobre él, se acordaba de que alguien les podía ver y se refrenaba. Veía en su mente a Laura y a Marina mirándola con reprobación y se echaba para atrás.

Odiaba estar en esa situación. Pero las molestas mariposas que había intentado aniquilar durante tanto tiempo ahora le hacían cosquillas de expectación en el estómago. Y era una sensación tan embriagadora que no era capaz de prescindir ya de ella.

Bien y mal a la vez.

Cogió su bollo y lo mordió. Las penas con chocolate pasaban mejor.

«Pfff», oyó demasiado cerca de ella.

No tenía claro lo que había sucedido. La crema de chocolate que había dentro del bollo había explotado en su boca. En el instante en que ella había hincado el diente, había salido disparada y le había ensuciado la cara y el pelo.

—No estoy seguro de si se me permite reír en esta situación —preguntó Álex con cautela.

—Ríete, ríete, tú no te prives... —dijo resignada—. Es que siempre me pasan unas cosas...

Álex estalló en una carcajada.

—Cómo echaba esto de menos.

—¿Que me explotara un bollo en la cara?

—No, reírme contigo. Además, estoy seguro de que debes saber muy bien —dijo con voz grave y sensual.

—No me vas a lamer —contestó en guardia.

—¿Por qué?

—Porque no estamos solos —susurró bajando la cabeza.

—De acuerdo. —Carraspeó con la garganta seca. Había ido demasiado lejos—. Sí, tienes razón.

Álex le cogió la mano por encima de la mesa. Quería que lo mirara, que viera lo que sentía por ella. Le levantó la barbilla con la otra mano, acariciándole los labios con la yema de los dedos. Noemí los besó con suavidad y luego escondió sus propias manos debajo de la mesa.

El corazón no dejaba de martillearle en el pecho. La seguía avergonzando estar enamorada de Álex. Y se odiaba por ello. Y también sentía felicidad. Todo junto.

—Quiero hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Por qué me insultabas tanto? —preguntó en un intento de aligerar la tensión que había entre ellos.

—¿No es evidente?

—Claro. Tienes el síndrome de Tourette.

Noemí se rio con ganas.

—¡Sí! Te veía y solo podía ofenderte. Gracias por esa excusa. No soy yo, no. Es el maldito síndrome de Tourette, que se ha apoderado de mí. Fabuloso.

—Ahora en serio. ¿Por qué lo hacías?

Noemí se encogió de hombros.

—No podía ser amable contigo.

—Entre no ser afectuosa e insultar hay todo un abanico de posibilidades.

—Ya, pero me daba miedo ir por ese camino.

—Sigo sin entenderlo.

—No me lo hagas decir, por favor —suplicó tapándose los ojos con las manos.

—¡Oh, sí! Ahora que sé que había un motivo y que te avergüenza, tengo que oírlo.

—No puedes seguir chinchándome para que te diga algo que no me apetece.

—Otro dato: en eso tampoco he cambiado. Cuando se trata de ti, quiero saberlo todo.

Noemí sonrió.

—Información importante: te lo voy a poner difícil.

—Sabes que tengo mis métodos...

—¡No! —replicó asustada.

—Sí. Dudo muchísimo de que ya no tengas cosquillas. De manera que... tendré que esperar

al momento oportuno. Como habrás comprobado tengo muchísima paciencia.

Ambos negaban sin palabras. Divertidos.

Qué bien se estaba bromeando otra vez. Ahora solo faltaba dar un paso más. No quería quedarse en la zona de la amistad.

Noemí se acabó el té y mordió el bollo con mucho cuidado y una cierta desconfianza. Álex se reía de su precaución. Se lo terminó a mordisquitos y se levantó. Como si tuviera prisa.

—¿Nos vamos?

—Como quieras...

Siempre le costaba un mundo decirle adiós.

Una vez fuera, Álex dudaba. No sabía si Noemí querría subir hasta su casa o si prefería seguir con el paseo. Era de noche, pero tampoco era muy tarde. Aunque estaba oscuro, la calle rebosaba actividad. A esa hora los restaurantes empezaban a llenarse.

—¿Quieres que vayamos a cenar? —propuso Álex.

«Me encantaría», pensó Noemí, aunque no fue eso lo que contestó.

—Creo que es mejor que me vaya a casa.

Álex tenía que cambiar la estrategia. No estaban avanzando.

Él sabía que no estaban haciendo nada malo. No tenían ningún compromiso con otra persona; sin embargo, eso que se lo dijeran a las conciencias de ambos, que se sentían culpables por quererse.

Llevaban un rato caminando en silencio. Sumidos cada uno en sus pensamientos. Intentó coger la mano de Noemí, aunque esta la apartó como si quemara y la metió en su bolsillo. Él no le dijo nada, dolido, pero entendiendo qué pasaba por su mente.

—Álex —empezó preocupada—, no me siento cómoda cuando voy contigo. Me pongo nerviosa. Lo siento.

Él se quedó paralizado en medio de la calle. Un transeúnte le golpeó el hombro al pasar cerca de él, sin embargo, estaba demasiado aturdido para siquiera darse cuenta de ello.

—¿He hecho algo que te haya molestado?

—No sé. Yo... —balbuceó cohibida.

—Noemí, cuéntamelo. No pienses en cómo me sentiré, solo sé sincera conmigo. Por favor.

—Estoy siempre alerta por si hay alguien cerca que nos pueda reconocer —respondió enfadada consigo misma—. No soy capaz de sacudirme de encima la sensación de que esto que hacemos es horrible. Ya sé que es infantil y muy ingenuo suponer que un beso es el principio de una historia romántica con final feliz, porque estamos empezando... Sin embargo, si esto no conduce a ningún lado, ¿por qué nos estamos complicando la vida? En las relaciones no existen garantías, ya lo sé, pero ¿vale la pena arriesgarnos si hay tanto que perder?

Álex suspiró, abrumado por la tristeza que desprendían sus palabras.

—Ven aquí —murmuró mientras dejaba un beso en lo alto de su cabeza.

Durante largo rato la abrazó, amparado en la oscuridad de la noche y el anonimato de una gran ciudad, por la necesidad del consuelo que ambos requerían. Haciendo que su respiración suave ralentizara los latidos del corazón de Noemí.

Ella fue aflojando los músculos tensos que habían agarrotado su espalda, su vientre y sus brazos. Se apoyó más que nunca en él, en la seguridad que le daban sus sentimientos siempre que dejaba de pensar en todo lo demás y en la certeza de sus emociones. En eso no tenía dudas.

Noemí era exigente. Amaba con ferocidad y exigía retorno en la misma medida. ¿Podría soportar ese amor tibio, del momento, que él le ofrecía? ¿Podría aceptar que él no hubiera

sentido la misma pasión arrolladora que había sentido ella desde el primer instante en que lo vio?

Se había equivocado con él tantas veces... En el instituto se obligaba a pensar que Álex no sentía por ella nada más que amistad porque creía que no podría resistir un rechazo por su parte si era ella quien daba el primer paso. Pero en el fondo se había hecho ilusiones de que había algo más. Había indicios más que suficientes: cada vez que le daba sus grabaciones, cuando le regaló la gerbera, cuando le dio la piedra en la playa...

Sin embargo, la verdad era que las veces que creyó que Álex la iba a besar, al final le había sonreído como si no hubiera pasado nada y se iba tan tranquilo. Y ella se quedaba con una frustración difícil de gestionar, cuestionándose si en realidad todo eran imaginaciones suyas. Y luego había dejado embarazada a Laura.

Estaba claro que no podía fiarse de sus instintos.

Necesitaba la certeza de que su idilio saldría bien.

¿Valía la pena correr el riesgo de traicionar a su hermana si aquello iba a acabar en nada? Sin embargo, ¿era capaz de negarse la posibilidad de ser feliz con él?

—Noemí —murmuró sacándola de sus pensamientos—. Todo esto se va a solucionar. Lo que ahora tanto te preocupa va a arreglarse. Te lo prometo.

—No puedes hacer una promesa de este tipo. No tienes ni idea de lo que va a pasar en el futuro.

—Sé que te pesan los remordimientos. Que no soportas hacerle daño ni a Laura ni a Marina. Que crees que nuestra relación va a acabar con la vuestra. Y yo estoy haciendo todo lo que puedo para que eso no suceda. Para poder cumplir la promesa que te acabo de hacer.

—¿Cómo? —preguntó bajito.

—Haciendo que Laura vuelva a ser feliz. Nuestro cariño jamás nos dio para amarnos. Y se nos fue pudriendo de estirarlo, de hacerlo pasar por lo que no era. Nos sentíamos incómodos y perdidos en nuestro matrimonio, y acabar con él nos está dando la oportunidad de retomar lo que teníamos. Eso es lo que estoy haciendo. Ayudando a Laura a que encuentre su propia felicidad, pero conmigo a su lado nada más que para ser un buen amigo.

—Sigues siendo una buena persona. Eso también ha permanecido —dijo con ternura acariciándole el rostro.

—Gracias. Lo intento —aseguró mientras retomaban el paseo y le dejaba un cálido beso en la mejilla.

—Ya, aunque yo no debería haberme acercado a ti jamás. Desde que dejaste embarazada a mi hermana, con independencia de lo que sucediera a partir de entonces, tú tendrías que haber sido terreno prohibido para mí.

—¿Y en qué lugar nos deja eso? ¿No podemos siquiera plantearnos dar rienda suelta a lo que sentimos? Laura no me ama. Yo tampoco a ella. E incluso así, ¿no puedo seguir con mi vida si ello significa que mi vida eres tú?

Noemí tragó hasta deshacer el nudo que se le había atascado en la garganta.

—Lo sé. Todo esto es una porquería. ¿Por qué la tuviste que dejar embarazada? Perdón. No es asunto mío.

Habían llegado a la entrada de la portería del piso de Noemí.

—Todo es asunto tuyo. Puedes preguntarme lo que quieras. Y yo te contestaré. Pero no me lo hagas decir aquí, de pie, en la calle y con el frío que hace.

El comentario llevaba implícito un «déjame subir a tu casa» que él no pronunció y que ella fingió no entender.

Noemí sintió esos ojos verdes como una caricia en todo su cuerpo. Le empezaron a temblar las rodillas. El anhelo de besarlo era insoportable. Cuando vio a Álex inclinarse hacia sus labios, cerró los ojos de puro deseo por saborear su boca. Sin embargo, disimuló con un beso en su mejilla. Acarició el mentón de Álex con su rostro. Lo abrazó con los brazos en su nuca, acercándolo a ella, aplastando su pecho en el torso de él.

Álex sintió que su deseo despertaba. No se sentía muy cómodo con aquella actitud un tanto íntima a la vista de todos, pero era cierto que la calle peatonal donde Noemí vivía estaba desierta a aquellas horas, y todo lo que le diera ella lo cogería sin importar el cómo ni el dónde ni el porqué.

Noemí estaba ronroneando. Frotaba su frente en el pecho de Álex, se ponía de puntillas y le hacía cosquillas en el cuello con su nariz. Se sentía tan protegida por la oscuridad de su calle que no se dio cuenta de lo inapropiado que era aquello. Y Álex se dejaba hacer, tocándola a su vez donde podía, aunque toda la ropa que llevaban dificultaba el tacto.

—Noemí... Sigamos en tu casa... —suplicó excitado.

Ella despertó de golpe de ese ataque sensual al que lo estaba sometiendo. ¡Se le había ido la cabeza del todo!

—¡Lo siento! —se disculpó entre aturdida y agobiada.

Y se dio media vuelta para entrar corriendo —huyendo— hacia su casa.

—¡Noemí!

Ella no quiso escucharlo. Si él la seguía tocando, lo agarraría y lo subiría hasta su cama. Y eso debía meditarlo bien.

Si hacía el amor con Álex y luego rompían porque no se veían capaces de decírselo a Laura y Marina, jamás podría recomponer su corazón.

Álex gruñó de frustración al ver a Noemí alejarse de él de aquella manera tan abrupta, y se fue de allí. Enfadado con la situación.

Odiaba verla tan contenida.

Le encantaba su espontaneidad, su alegría. Había recuperado parte de ello. Pero ahora lo quería todo. No se iba a conformar con menos.

Era la primera vez que sentía en su cuerpo un atisbo del abandono con el que Noemí sería capaz de entregarse a él. Había vislumbrado lo que podría pasar si no hubiera nada que se interpusiera entre ellos.

Le carcomía la impaciencia de llegar a ese momento, no tanto por la necesidad de experimentar un sexo impresionante con ella —que también—, sino por la prisa de que se colmaran todos sus deseos: poder amarse sin miedos.

Mi pequeño tesoro (Presuntos Implicados)

Llegaba tarde.

Mierda.

Quería sacar a Noemí de la ciudad. Por las calles de Barcelona siempre estaba alerta. Con miedo a ser descubierta.

Y había quedado con ella para ir a hacer senderismo al Parque Natural de Montnegre y el Corredor. Naturaleza, aire puro y la sensación de libertad a menos de una hora de Barcelona.

Sin embargo, levantarse temprano seguía sin ser una de sus virtudes.

La noche anterior se había quedado trabajando. Había salido pronto del bufete varias veces aquella semana para ir con ella y estaban a punto de vencer unos cuantos plazos. Y sabiendo que hoy sábado estaría todo el día con ella, se había acostado de madrugada para acabar temas pendientes. Jamás había sido descuidado en su trabajo y no iba a empezar a serlo ahora.

Le envió un mensaje rápido: «Te aviso cuando salga de casa, me he dormido. Lo siento», justo antes de que llamaran al timbre de la puerta.

Noemí era mucho más madrugadora que él. Estaba convencido de que se había hartado de esperarlo y lo había ido a buscar ella misma.

«Pues no era mala idea como táctica para tenerla en su casa», pensó con una sonrisa canalla.

Pero al abrir la puerta, tuvo que hacer acopio de toda su serenidad para no dar un respingo del susto.

No era Noemí, sino Marina, la que había llamado a su puerta.

—Hola, hija —la saludó tembloroso—. Qué sorpresa.

—Ya me lo supongo. ¿Puedo pasar o te molesto? —preguntó belicosa.

—Tú nunca molestas, tesoro.

—No me llames así.

Bueno; pues empezaban bien.

—¿Has venido con tu madre?

—Claro. ¿Con quién si no?

—¿Y dónde está?

—Se ha quedado con Noemí. Quiere aprovechar para ir de compras con ella.

Estaba seguro de que Noemí no estaría nada contenta con el plan. Odiaba las tiendas de ropa, y más los sábados, que estaban a reventar. No obstante, al menos, no tendría que buscar un momento para enviarle un mensaje a escondidas para cancelar la excursión.

Seguro que se hacía una idea de lo que había pasado.

—¿No me das un abrazo?

—No. No me apetece. Mamá me ha obligado a venir. Dice que tengo que hablar contigo. Pues vale. Aquí estoy. ¿Contento?

—Si tú no lo estás, yo tampoco, la verdad. Siento lo que está pasando —dijo después de un suspiro.

—No me lo creo. De lo contrario regresaría con mamá. ¿Te importamos algo alguna de las dos?

Álex se pasó la mano con fuerza por el cogote. Marina era testaruda y muy vital. Sus

sentimientos jamás habían sido tibios. Amaba con ferocidad y odiaba con rotundidad. No existía el término medio para ella.

Se sentaron en el sofá de un mullido color piedra.

—Marina, sé que estás enfadada.

Ella lo miró encendida; de sus ojos parecía que salían chispas.

—Vale, furiosa —admitió—. Sin embargo, te aseguro que no hay nada más lejos de mi intención que haceros daño. A ninguna de las dos.

—Ya, claro. Por eso te has ido.

Se le rompió la voz.

—¿Qué pasa? ¿No eras feliz con nosotras? ¿Has estado engañando a mamá? ¿Estás pasando por una especie de crisis?

—¿De verdad quieres que hablemos? ¿Pero hablar de verdad? —preguntó esperanzado.

—Papá, te has cargado toda mi vida. Cuando vuelvo a casa, me encuentro a mamá llorando y no lo soporto.

—Marina, mamá lloraba al principio, porque no se lo esperaba. Ahora está más feliz de lo que la he visto en muchísimo tiempo. No me digas que sigue llorando porque sé que no es cierto.

—Vale, ya no llora, pero te sigue echando de menos —replicó tozuda callando un «a mí me haces falta».

Álex veía la añoranza que sentía su hija como si fuera transparente para él.

—Mamá ya no me echa de menos en casa, porque ese no era el lugar donde me correspondía estar. Y a esa conclusión hemos llegado los dos, aunque no a la vez. Lo que entiendo es que tú sí que me sigues echando en falta y te cuesta decírmelo. Así que te lo digo yo por ti: te añoro a cada momento.

—¿Y no soy suficiente para que vuelvas? —preguntó con la barbilla temblando de tristeza.

Álex la miró con una profunda pena. ¿Cómo hacerle entender?

—Tu sola existencia hizo que renunciara a todo lo que quería, que me olvidara de mi vida y estuviera con vosotras.

—Yo... lo único que quiero es que volvamos a ser una familia —dijo con los ojos rebosantes de lágrimas sin derramar.

—Nunca dejaremos de serlo. Incluso cuando seas tú quien se vaya de casa. Pase lo que pase, tu madre y tú siempre seréis mi familia.

Aún no estaba llorando, aunque sus ojos brillantes no se contendrían durante mucho más tiempo.

—Escucha, Marina, ¿sabes qué quiero yo? Que los tres seamos felices.

—Sí, ya. Seguro. Te preocupas tanto por nosotras que nos has abandonado —respondió con sarcasmo.

—Me he divorciado de tu madre. No quería continuar siendo su marido. Sin embargo, eso no quiere decir que no os siga queriendo.

—Es evidente, nos quieres tanto, que ya no te apetece vernos más.

—Con tu madre estoy retomando la relación que teníamos antes. Ella me lo ha permitido. En cambio, tú ni me has cogido el teléfono ni me has querido ver. He ido a buscarte a casa infinidad de veces —acusó dolido.

—Lo siento, pero es que no soy capaz de estar contigo como si no hubiera pasado nada.

—Y has preferido que me fuera roto por dentro porque no podías ni verme.

—¡Es que quien se ha ido eres tú! ¡Tú tienes la culpa!

—Estás buscando culpables —dijo cansado—. En esta situación no los hay.

Marina, en un intento de no mirarlo, observó por primera vez su apartamento, que estaba amueblado con lo básico, como si se acabara de trasladar, como si fuera un espacio provisional donde vivir.

Ni tan siquiera olía a hogar: ni guisos ni ropa limpia acabada de doblar ni flores recién cortadas. Todo estaba recogido. En orden. Tampoco es que tuviera demasiadas cosas.

Sin embargo, una explosión multicolor hizo que se fijara en la única decoración de la sala: un montón de fotografías de ellos dos pegadas en la pared: abrazándose, riendo, durmiendo en el sofá, jugando en el parque... Y al darse cuenta de la adoración que seguía sintiendo por ella, la confianza en ese amor consiguió derretir el hielo que se había apoderado de su corazón y lo expulsó en forma de lágrimas, que corrían libres, mejilla abajo, sin cesar.

Álex, al percibir el cambio en su actitud, la abrazó, por fin, temblando también de alivio.

—Papa, nunca has dejado de quererme —dijo entre hipidos.

—No, jamás.

—Pues no entiendo qué ha podido pasar para que de repente te largaras sin más.

Y Álex le fue explicando qué había ocurrido dieciséis años atrás.

—Tu madre estaba asustadísima. No se atrevía a contarle en su casa y no sabía qué hacer.

—¿No os planteasteis abortar?

—¿Me lo dices en serio?

—Claro.

—¿Me preguntas por tu propia vida?

Marina se encogió de hombros. Álex negaba con la cabeza.

—¿La verdad?

—Sí, por favor.

—No quería tener el peso de esa decisión en mi conciencia. No era capaz de asumir algo así, pero deseaba con todas mis fuerzas que fuera tu madre quien la tomara.

—Mujeres empoderadas, ¿eh?

—Mujeres que no quieren delegar esa decisión en otra persona. Y que facilitan la vida de cobardes como yo si se responsabilizan ellas solas de sus actos.

—¿Mamá se lo planteó siquiera?

—Creo que no. Su padre había muerto hacía poco más de un año. Fue traumático para ella porque fue la última persona que lo vio con vida. De modo que, después de quedarse embarazada, solo me dijo que no había podido detener la muerte de su padre y que no interrumpiría la vida de su hijo.

—¿Y si hubiera decidido no tenerme? ¿Qué hubieras hecho?

—El niño que era hubiese pensado que se libraba de un marrón. Creo que el adulto que soy ahora lo hubiera lamentado. O quizás no. No lo sé. La única certeza que tengo es que ahora que te conozco no quiero un mundo en el que no estés.

Marina lo abrazó y, aún entre sus brazos, le preguntó:

—¿Entonces fue mamá quien te obligó a que estuvieras con nosotras?

—En absoluto.

—Y ¿qué pasó?

—Hablé con el abuelo.

—¿Te obligó él?

—Nadie me obligó a nada. Recuerdo aquella odiosa conversación, cuando les dije a tus

abuelos que había dejado embarazada a tu madre.

—¿Se lo tomaron mal?

—No demasiado. Aunque el abuelo me dijo que tener sexo no me había hecho un hombre, pero que responsabilizarme de las consecuencias sí que lo haría.

—Qué asco, papá... Sexo...

—Sabes cómo se hacen los niños, ¿no? —dijo sorprendido.

—Ta-ta-ta-ta —gritó tapándose las orejas con las manos.

—¿Has hecho una regresión a la infancia? ¿Puede volver la Marina con la que hablaba hace un momento?

—Pero no me cuentes nada de lo que hacías con mamá.

—Hija, por favor. ¿Cómo se te ocurre? —protestó poniendo los ojos en blanco.

—Vale, pues continúa.

—Antes una cosa más: jamás de los jamases tengas relaciones sexuales sin protección. No valen excusas. No vale un «solo la punta y luego acabo fuera».

—¡Papá!

—No vale un...

—¡Ya lo he entendido! ¡Para!

Marina resopló indignada.

—Hija, te quiero más que a mi vida, pero un embarazo tan pronto te destroza todas tus expectativas. Es duro, muy duro... y no quiero eso para ti.

—Me estás haciendo sentir un estorbo, una odiosa molestia...

—Jamás me he arrepentido de tenerte, porque te adoro con todo mi corazón. Sin embargo, no quiero que empieces tu etapa de adulta renunciando. ¿De acuerdo? Ten cuidado.

Marina nadaba en un mar de tristeza. ¿Tan horrible había sido la vida de sus padres por culpa de su nacimiento?

—Hija —la consoló—, no imagino una existencia sin ti. Tú has hecho que me convierta en el hombre que soy ahora. Tuve que madurar de golpe y estoy seguro de que me has hecho ser mejor. Más fuerte. Y he superado muchísimas más barreras de las que creía que sería capaz de vencer. Tu presencia ha sido un regalo, ¿vale?

—No sé...

—Yo sí. Te lo aseguro. Y por esa razón, después de pensarlo, le dije a tu madre que debíamos estar juntos. No lo medité mucho, la verdad. El tiempo estaba en nuestra contra. Ella tenía que decirlo en casa y no hubiera sido normal que yo estuviera meses sin dar la cara. El pueblo era pequeño. Y antes de anunciarlo, mi decisión tenía que estar tomada.

—En el fondo te obligaron. Quizá no las personas, sino las circunstancias.

—Tal vez tengas razón.

—Pues qué bien...

—Tu madre tenía sus sueños, y yo, los míos. Ninguno de los dos estábamos preparados para un bebé. Ella renunció a ir a la universidad, y yo... a otras cosas.

—Pero no hacía falta que te casaras con mamá. La hubieras podido ayudar y visitarme, como harás ahora.

—No estaba dispuesto a no tenerte siempre conmigo. No soportaba la idea de que cada vez que te viera estarías «de visita». Quería ser tu padre a jornada completa. Y además no se merecía pasar por esto sola.

—Lo hiciste por el «qué dirán».

—No, lo hice porque había hecho una hija y era mi responsabilidad... y mi orgullo. Eras mía. Y yo te iba a criar. Estar asustado era un *pequeño* detalle sin importancia...

—Pero mamá creía que la querías.

—No. Tu madre sabía lo que había.

Marina no entendía nada.

—Sin embargo, se acostó contigo. Algo tendría que sentir por ti —insistió un poco incrédula.

—Los sentimientos de tu madre te los tendrá que explicar ella. Aunque te aseguro que para ninguno de los dos hubo amor.

—Pero luego os enamorasteis, ¿no? Eráis felices. ¿Qué ha pasado ahora?

¿Cómo se lo explicaba a su hija?

—Tu madre es excepcional. Es una de esas personas que se hacen querer porque es cariñosa y le gusta cuidar de los demás.

—Pues si es tan perfecta, ¿por qué no sigues con ella?

—Porque no estoy enamorado de ella. Jamás lo he estado. Tan sencillo y tan complicado a la vez.

—¿Y qué ha pasado ahora para que decidieras dejarnos?

—Llevaba tiempo valorando cuál sería el mejor momento. Siempre se encuentran excusas para alargar una vida cómoda, porque vives por inercia. Pero ya no me necesitas como cuando eras pequeña. La situación ha cambiado.

A pesar de tanta tensión, de repente ya no había nada más que decir, al menos por ahora. Álex cogió a su hija por los hombros y la recostó sobre él. Ella se acurrucó como tantas veces había hecho de niña.

—Papá...

—Dime.

—Nunca me vas a abandonar, ¿verdad?

—Cuando aún no habías nacido tomé una decisión trascendental. Supe que tú serías el eje de mi vida, mi máxima prioridad. Todo lo demás pasó a un segundo plano. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo, pero sí sabía que deseaba estar a tu lado. Quería protegerte de todo y de todos. Y tenía solo dieciocho años. ¿Cómo voy a abandonarte ahora que te conozco, que te adoro y que ya estoy entrenado en la lucha contra tus dragones? Solo creo que ha llegado el momento de reordenar mis prioridades.

—De acuerdo —dijo después de un rato en silencio—. Me has convencido.

Siguieron un poco más sumidos en sus pensamientos, digiriendo todo lo que se habían contado.

Al cabo de un rato, Marina se levantó como si se hubiera sacado un peso de encima.

—Hala, papá, que me voy. Quiero ver también a Noemí, que de un tiempo a esta parte casi no sube al pueblo. Dice que está muy liada con el trabajo y la añoro. Hablamos menos ahora que está en Barcelona que cuando estaba en el extranjero.

—Ya pasan estas cosas...

—Y gracias por no tratarme como a una niña pequeña. Me has hablado con confianza. No me lo esperaba. Me ha gustado.

«Ya cambiarás de opinión, porque estoy convencido de que lo que vendrá no te va a gustar en absoluto», pensó.

La negra flor (Radio Futura)

Álex y Noemí seguían buscándose entre los retazos de sus recuerdos, que se mezclaban con nuevas conversaciones y recientes emociones por estar juntos, mientras iban descubriendo la ciudad de Barcelona. Mil veces más grande que su pueblo natal. Un millar de vidas más lejos de su adolescencia.

Las Ramblas ofrecían un crisol de lo mejor y lo peor de la sociedad barcelonesa. Una vía nada segura a medida que se apagaban las luces de la ciudad, y, aun así, preferible a las callejuelas que partían de esa arteria principal.

Pero a pesar de ello, maravillosa, atractiva.

Una mujer de dientes oscuros, entrada en años y de pelo chillón se apoyaba en una esquina de la calle ofreciendo su cuerpo.

Un niño hacía sus pinitos con una botella de alcohol.

Un grupo de mujeres celebraban una despedida de soltera con un falo de plástico en la cabeza.

Ladrones de guante negro, vendedores ambulantes, hombres de negocios con la sonrisa blanca y el corazón podrido. Estudiantes que regresaban a sus casas, turistas, enamorados, floristas, vecinos del barrio... Algún grito lejano, las pisadas de alguien corriendo, escapando, y la indiferencia de los viandantes.

Álex y Noemí querían pasear por allí. Ambos estaban tomándole el latido a la ciudad.

Buscando a la vez su propio ritmo.

—¿Entonces te vas del Hospital Clínic?

—No. Voy a seguir allí. Un convenio de colaboración implica trabajar en dos sitios a la vez para el mismo proyecto. O sea, que investigaré con el Hospital Clínic y con el CSIC del Centro de Microelectrónica de Barcelona.

—Seguro que tu fama te precede —constató con orgullo.

—No, qué va —aseguró con modestia—. Yo también voy a aprender de ellos. Las colaboraciones es lo que tienen. Das tanto como recibes.

—Eso que vas a hacer ¿tiene algún nombre que pueda entender?

—El proyecto tiene que ver con el grafeno.

—Parece que todo el mundo habla de ello. ¿Es tan maravilloso como cuentan?

—Bueno, aún nos falta saber muchas cosas, pero es un material especialmente resistente, flexible y ligero que posee un comportamiento eléctrico muy peculiar, entre mil cosas más. Tiene muchas posibilidades.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ayudarlos a medir señales eléctricas del cerebro.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Ahora ya hay herramientas para medir señales neuronales, por ejemplo, en una epilepsia; pero se hace con pipetas de vidrio, que son unas agujas muy finas, o con electrodos.

—Ah... pues si ya se puede medir, ¿qué quieren hacer?

—A ver, el problema es que la medida es puntual. Justo donde se clava la aguja...

—¿Se clava? —preguntó un poco asustado.

—Sí. Es lo que hay, de momento no hay nada mejor. Pero si clavas muchas agujas, el cerebro acaba hecho un colador. Por eso quieren intentar hacer una manta...

—¿Para liarse la manta a la cabeza? —bromeó.

—Sí. Eso es lo que ha hecho este grupo de investigación: apostar que con una «manta» se puede hacer un mapeo de todo el cerebro sin pinchar. Y que además se puede ampliar el número de puntos de lectura y hacerlos tan pequeños como queramos sin perder una buena señal, al contrario de lo que pasa si registras con electrodos.

—¿Eso sirve de algo?

—De mucho. Cuando hay una crisis epiléptica —por seguir con el mismo ejemplo—, en el cerebro se produce como un tsunami neuronal.

—A ver... —dijo un poco perdido.

—Visualízalo: una onda que se dirige a un sitio. Si clavas agujas donde no va la onda, no averiguas nada. Si puedes hacer un mapa de todo el cerebro al mismo tiempo, descubres hacia dónde se mueve. Lo cual es esencial.

—Y si te vas con ellos, ¿vas a poder averiguarlo?

—Bueno, ojalá. Esa es la idea. Pero nunca se sabe. Los científicos somos unos seres con una alta tolerancia a la frustración...

—Me lo imagino —murmuró mientras no se podía resistir a darle un beso en la cabeza pensando en lo que los dos habían sufrido durante largos años por no haber podido estar juntos.

Ambos habían cogido su desilusión y la habían convertido en un compás invisible de espera. Álex volcándose en su papel de padre. Noemí siendo una científica reputada.

Ella se estremeció. Cada vez que él la tocaba, una corriente nerviosa, como una descarga eléctrica —igual que la que medía en su trabajo—, la recorría entera. Lo deseaba tanto que le dolía el alma seguir refrenándose.

—Así que —siguió con un carraspeo con el corazón acelerado—, cuando se nos ocurre algo, activamos nuestro superpoder...

—Tendrías que dejar de ver tanto Marvel... —la interrumpió con una sonrisa.

—... que consiste en dosis de paciencia, concentración y amplitud de miras para que no nos obcequemos en lo que creíamos al principio, sino que estemos dispuestos a escuchar lo que la ciencia nos susurra demasiado bajito y lo transformemos en algo útil.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Me siento a años luz de tu conocimiento científico.

—Si todo el mundo se dedicara a lo mismo, habría muchísimas carencias. Es bueno que cada cual se ocupe de lo que mejor se le da. Y a ti se te da de vicio buscar las cosquillas a la gente, señor letrado.

—Lo cual me recuerda que te debo una sesión de cosquillas para sonsacarte por qué me has estado insultando tanto.

—¿En serio? ¿No puedes dejarlo correr?

—*Nop*. En cuanto se me mete algo en la cabeza, o en el corazón —dijo acercándose a su boca—, no puedo obviarlo —murmuró en el lóbulo de su oreja— ni olvidarlo —susurró deslizando sus labios por su mejilla— ni... —la besó con dulzura mientras le cogía la cara con las manos para que no se le escapara— puedo hacer como si jamás hubiera sucedido.

Noemí jadeaba.

Álex la miraba abrasándola con su deseo. Torturándola de mil formas. Tentándola para que cogiera el fruto prohibido y se lo comiera.

Él ya había decidido, pero Noemí no se atrevía a aceptar todo lo que Álex le ofrecía. Lo que

aquello implicaba le daba pavor.

Y como Álex lo sabía, la estaba volviendo loca de deseo. Besándola con calidez, pero interrumpiéndose de repente. Tocándola con veneración, pero siempre por encima de la ropa y en lugares demasiado castos. Mirándola con anhelo desgarrador, pero aguardando a que fuera ella quien diera el paso definitivo.

Esperando por ella.

Y ella quería, se moría por quemarse con él, pero permanecía en un limbo de indecisión.

Álex seguía a un suspiro —¿de placer o de frustración?— de su boca. ¿Qué más daba un minuto si llevaban años de espera?

—Me estás matando... —dijo Noemí mientras una sensación líquida entre sus piernas la hacía estremecer.

—Me tienes aquí. A tu lado. Tómame. Estamos a un *nada* de todo. *Todo* lo que hemos soñado. *Todo* lo que queremos. *Todo* lo que necesitamos. A un simple *nada* de todo un *nosotros*.

Noemí deseaba cruzar ese suspiro.

Unir sus labios, sus lenguas, sus cuerpos, y no separarse jamás.

Pero ese *nada* que se interponía entre los dos era un mundo. Un mundo de miedo, de pérdidas y de dolor.

—Regálame tiempo. Por favor. Sé que me estoy comportando como una niña, lo siento. Yo... —Bajó la cabeza avergonzada.

—Tú ¿qué? —preguntó levantándole el mentón con cariño.

—Déjame disfrutar de estos momentos. De sentir que ardo por ti...

—Podemos arder juntos... —susurró estrechándola entre sus brazos.

—Sí, claro; sería lo normal. Es que... nunca he salido con nadie...

Álex se sorprendió. ¿Cómo podía ser?

—No me creo que aún seas virgen...

—¡No, no! Por supuesto. Eso no. De hecho...

—No hace falta que sigas. Me lo puedo imaginar —la interrumpió.

—Vale. Detalles en otro momento.

—O nunca...

Habían reemprendido el paseo. Con el casi beso hormigueándoles en los labios. Sin dejar de pensar en cómo hacer posible aquello que tanto deseaban.

Estaban cerca del final de las Ramblas. Giraron por una calle a la izquierda y entraron en *El bosc de les fades*.

El bosque de las hadas.

¡Qué maravilloso nombre para ese bar de fantasía!

El local estaba lleno de árboles. Hojas de otoño colgaban del techo impidiendo ver las estrellas que por fuerza tendrían que estar en un bosque mágico como aquel. Las pequeñas mesas que se abrazaban a los troncos provocaban una sensación de irrealidad.

Noemí no había pronunciado palabra desde que habían entrado.

Álex eligió una mesa pequeña y baja junto a unas sillas de madera para acomodarse.

Noemí no dejaba de admirar aquella preciosidad.

—Quiero esto —le dijo mirando a Álex embelesada.

—Ya te he dicho muchas veces que los superhéroes no llegan a la suela de los zapatos de los elfos, los enanos y las hadas.

—No, no me refiero a este bar. Lo que quiero es que salgamos juntos. Hablar, reír,

descubrir sitios como este. Si mi primera vez en la cama no fue contigo, quiero que todo lo demás sí lo sea.

Álex dejó que sus palabras calaran dentro de él. No acababa de tener claro qué significaban.

Noemí cerró los ojos y tomó una decisión. Necesitaba explicárselo. Que Álex supiera cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Que, para ella, él había sido su primer y único amor. No tenía sentido seguir ocultárselo.

—Me enamoré de ti en cuanto te vi. Un flechazo. Qué le voy a hacer —bromeó apurada—, tenía catorce años.

Álex jadeó de la sorpresa. No se esperaba esa confesión por su parte.

—Pero al conocerte, cuando supe cómo eras en realidad, te quise. Lo atractivo que eres por fuera palidece en cuanto se te conoce. Eras, eres, una persona maravillosa. Por eso, jamás creí que pudieras interesarte por mí.

—Al contrario...

—No, déjame acabar. —Tomó aire—. Llegó aquel verano. Me invitasteis, aunque era mucho menor que vosotros. Tenía esperanzas...

—Las mismas que yo... —dijo con calidez.

—Y luego resultó que, durante aquellas vacaciones, mientras yo pensaba que mi corazón explotaría de felicidad, te acostaste con mi hermana y la dejaste embarazada.

—Si me permitieras explicarte... —rogó avergonzado.

—Ahora no. Por favor. Aquello fue devastador para mí. Creía que mis ilusiones de niña me habían engañado; que tú me habías tomado el pelo.

—Te lo suplico, déjame...

Noemí levantó las manos. Interrumpiéndole.

—Necesito soltarlo de una vez. No sé si me voy a atrever si es de otra forma.

—De acuerdo.

—No era capaz de encajar la felicidad que me habías hecho sentir con la prueba más que tangible de que todo había sido una mentira. No sabía que el cuerpo podía permanecer desgarrado y roto. No tenía ni idea de que una persona se podía dividir en distintos pedazos. Y mientras unos intentaban recomponerse, otros seguían bloqueados, otros te machacaban por ser estúpida, otros sentían rabia, otros se avergonzaban por no poder superarlo... Luchar contigo misma hace que no avances, que te paralicen, porque no sabes qué dirección tomar.

—Dios mío.

—Y a eso súmale la horrible certeza de saber que estás exagerando y no poder hacer nada para remediarlo. Además, tuve que disimular ante los demás. Porque confesar lo que me estaba ocurriendo implicaba hacer daño justo a las personas a las que más amaba.

—Noemí...

—Me tenía que ir. Y me fui. Durante años. Porque cada vez que regresaba, esa niña que aún se agarraba al delgadísimo hilo de la esperanza hundida en el mar de lágrimas de mi corazón volvía a salir a flote. No conseguía erradicar ese sentimiento molesto y horrible de seguir queriéndote. Y estaba enfadada. Contigo. Conmigo. Si cuando estaba fuera era feliz, porque lo era, ¿por qué verte me dolía tanto?

—No me mirabas y me insultabas...

—Para protegerme. Ya está. Ya lo he dicho. Si me hubiera comportado como una persona normal, no hubiese podido disimular lo que sentía por ti. ¿Amabilidad? ¿Sonrisas? Imposible. Hubiera acabado llorando de dolor. Y a ver cómo lo explicaba. Era más fácil seguir enfadada

contigo.

—Lo entiendo... —dijo acariciándole las manos para tranquilizarla.

—Yo tenía una vida. Plena, maravillosa. De verdad. Te aseguro que, si no tenía contacto con Laura o con Marina, casi no pensaba en ti. No me lo permitía. Pero lo que tenía claro es que no hubiera sido honesto salir con alguien si no era capaz de arrancarte de mi corazón. Y, aunque lo intenté, eso sí que fue del todo imposible. Debido a eso, no he tenido citas. Excepto las que eran un claro prelude sexual.

—No hace falta... no me cuentes...

—Sí. Sí hace falta. Durante todo este tiempo me he sentido atraída por muchos hombres... Te aguantas —le dijo cuando vio que ponía cara de dolor—. Tú has estado casado. Y tu ex es mi hermana, y tu hija, mi sobrina. O sea, que lo mío es peor.

—Bueno, yo conozco a Björn, así que...

—Björn fue el primero...

—¡Peor me lo pones!

—Y es un buen amigo. Nada más.

—Pues él no parece tenerlo tan claro como tú...

—Ya... se ha confundido un poco, aunque ya se le pasará...

—¿Igual que se nos ha pasado a nosotros?

Noemí no había pensado en esa posibilidad.

—No —resolvió—. No es lo mismo para nada. Jamás ha habido nada más que amistad.

—No me gusta ese Björn —gruñó.

—Aunque en estos momentos a mí tampoco me gusta demasiado, es amigo mío. Y voy a ayudarlo en lo que pueda. Porque está claro que algo le ha pasado, para que de repente me diga que... —se interrumpió como si hubiera hablado más de la cuenta.

—Te diga ¿qué?

—No importa. Ahora no estamos hablando de Björn —zanjó.

—Pues...

—Bueno, la cuestión es que me gustaría ir despacio contigo.

—¿Más aún? ¿Diecisiete años no te parecen suficientes?

«Yo sí que llevo diecisiete años enamorada de ti —pensó—. ¿Cuántos llevas tú?»

Sin embargo, Noemí se tragó sus pensamientos y rio con suavidad.

—Me han gustado las flores que me has estado enviando. Y los mensajes que no leo hasta horas más tarde, y los paseos y las excursiones, y lo que siento dentro de mí si te acercas. Me gustaría experimentar contigo lo que la gente normal tiene: un novio que las corteje.

—Eso puede permanecer para siempre. No tiene por qué cambiar. Solo me estás poniendo excusas para que continúe siendo un secreto...

—Quizás —susurró pensativa—. Pero me da tanto miedo el siguiente paso que prefiero quedarme aquí... un ratito más —suplicó.

Álex intentó imaginarse cómo se veían. Qué pensaría alguien que los estuviera observando en ese momento de sus manos cogidas, de la postura confidente que tenían, de sus miradas de deseo, de su complicidad.

Que no sellaran sus sentimientos con besos o con caricias, no significaba que no estuvieran unidos.

Cualquier persona que los observara no tendría ninguna duda de que estaban juntos.

Porque no tenían sexo, pero sí intimidad. Y Noemí lo sabía.

Pero le aterrizzaba perder a Laura y a Marina por el camino de la sinceridad. A él también le asustaba la posibilidad de quedarse sin el cariño de su hija, pero no iba a romper con Noemí por ello.

Le cogió la mano y se la puso sobre el corazón.

—¿Lo notas? Vuelve a latir desenfrenado. Por ti. Me siento vivo, fuerte y feliz desde que estoy contigo. Nada estaba en su lugar hasta que me besaste en el aeropuerto. Desde que, al menos entre nosotros dos, empezó a no haber silencios. Pero esto que tenemos no es suficiente. No quiero que calles tu voz y quiero que oigas la mía dentro de tu corazón.

Las pupilas de Noemí se dilataron, deseando que todos desaparecieran de su alrededor. Sin nadie más en el mundo, su amor por Álex sería posible.

—No quiero que te escondas, que te refrenes, que tengas miedo. Eres una de las personas más valientes y fuertes que conozco, y no voy a permitir que ahora te acobardes o te sientas débil. Puedes marcarme el ritmo que quieras. Yo te voy a seguir —dijo con la voz ronca—. Sin embargo, no voy a consentir que tus actos estén guiados por lo que crees que puede afectar a otras personas. Esto que sentimos no es un capricho. Ni algo pasajero. Ni está mal.

Noemí estaba luchando contra sus emociones. Se desbordaban siempre que estaba junto a él.

—Sigues siendo la misma. Continúas poniendo a los que quieres los primeros en tu lista de prioridades. No has dejado de ser el mismo cerebritito divertido. Te conozco. Te aprendí cuando eras una niña. Y no me ha hecho falta mucho tiempo para conocer aquellos pequeños detalles que habían cambiado desde nuestra adolescencia. No preciso más. Y quizás no lo he necesitado nunca. En el fondo, yo solo quiero estar contigo. Estoy enamorado de ti desde...

Noemí lo silenció con la mano.

No se sentía con fuerzas para escuchar en aquel momento que su amor por ella era algo reciente.

Álex tampoco quería seguir hablando, la cogió con posesividad de la cara y la acercó a sus labios. A la mierda la determinación de que fuera Noemí quien diera el último paso. La estaba saboreando como llevaba una vida entera deseando. Escuchando los gemidos susurrados de Noemí. El corazón le retumbaba en el pecho en el instante en el que ella le echó los brazos al cuello, arrimándolo aún más. Comiéndose hambrientos. Ebrios de necesidad.

Escucharon un carraspeo lejano, que no acababa de penetrar en la neblina que los envolvía y los mantenía aislados del mundo.

—Morena, vayamos a mi casa...

Noemí seguía con los ojos cerrados, más allá que aquí, pensando en que, si un beso la había dejado así de temblorosa e impaciente, qué no harían sus caricias y la sensación de estar piel con piel.

—No creo que sea buena idea...

Pero siguió acariciándolo como si estuviera ante un milagro y no se creyera del todo que fuera real. Besándolo como si necesitara respirar de su boca.

—No. La idea es buenísima. Eso te lo aseguro —suplicó mientras continuaba viviendo en sus labios.

Noemí se echó para atrás. Física y emocionalmente.

—Todavía no...

—Por supuesto —suspiró resignado—, cuando tú lo decidas. Aunque, por lo que más quieras, no nos tengas así mucho tiempo; porque esto es una tortura.

Grita (Jarabe de Palo)

La primavera de Barcelona traía días soleados y templados, y Álex y Noemí se sintieron tentados de ir a la playa. Álex la había echado de menos todos los años que había vivido en el pueblo y Noemí estaba fascinada por poder ir cada día a ver el mar. Jamás le había dado la más mínima importancia, pero ahora ya no era capaz de pasar sin él.

Habían conducido hasta una calita de la Costa Brava, a la que las tormentas del invierno habían devorado a mordiscos la arena. Apenas quedaba. Era una playa diminuta y coqueta coronada por unos pinos que se inclinaban hasta besar el mar.

Las rocas a su espalda. El mar abierto entre sinuosas calas. Todo les daba la sensación de tener el mundo para ellos solos.

Estaban en un paraíso de libertad.

Noemí llevaba unos pantalones cortos y una sudadera. Álex no podía dejar de admirar esos rizos que bailaban con el aire marino.

—Son tan suaves —susurró—. Parece que tengan vida propia. Toda tú sigues en movimiento, aunque te estés quieta.

Noemí sonrió mientras sujetaba un ronroneo para que no se escapara de sus labios. Adoraba que le tocaran el pelo.

No había nadie a su alrededor, y ambos estaban tranquilos y relajados. Sentados sobre la toalla que habían extendido para estar más cómodos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Álex al cabo de un rato de silencio—. Nunca es buen momento para ello y...

—¿Pasa algo? —interrumpió Noemí.

—No, no. Es algo que me gustaría saber.

—Pues dime.

Álex se tomó un instante. No quería amargarle el día a Noemí, pero deseaba hablar con ella de su pasado.

—¿Cómo era tu padre?

Noemí abrió los ojos sorprendida.

—¿Eso es lo que quieres saber? ¿O es el prelude de la pregunta de verdad?

—Las dos cosas.

Noemí respiró. Cerró los ojos y recordó. A su padre corriendo tras ella. A su padre haciéndole pedorretas en la barriga. A su padre y a su madre bailando en el comedor de su casa cuando escuchaban su canción. A ella subiéndose a caballito encima de la espalda de su padre porque quería bailar con ellos.

—Mi padre era maravilloso —dijo con una cálida sonrisa y los ojos cristalinos emocionados—. Ya sé que es costumbre hablar bien de los que ya no están. Y seguro que mi padre tenía mil defectos. Pero yo no me acuerdo de ellos. Solo que me lo pasaba genial con él. Con mi familia. Supongo que él me entendía mejor que nadie. Era tan inquieto como yo. Y cuando me sentía agobiada por estar encerrada en casa, salía conmigo a correr. Parece que con apenas cuatro años ya empecé a hacer *running*. ¿Te lo puedes creer? A mi madre la volvía loca...

—¿Por eso te gusta correr?

—No lo hago en su memoria, si te refieres a eso. Él me enseñó a canalizar mi energía a través del deporte. Correr, bailar... No sé qué hubiera sido de mi familia si no hubiese descargado mis pilas así.

Álex le había cogido las manos. La levantó de la toalla y empezaron a caminar por la orilla, descalzos. Noemí agradeció con una sonrisa que la entendiera hasta ese punto. Hablar de aquello mientras estaba sentada era casi misión imposible. Se permitió cogerlo de la cintura un instante y apoyar la cabeza en su costado.

Pequeños momentos robados al aire.

Noemí estaba preciosa. Con el mar lamiéndole los pies, el pelo embravecido y su sonrisa cautivadora perdida en sus recuerdos.

—Supongo que cuando murió lo pasaste mal.

—¿Esa era la segunda pregunta?

—Sí. Porque hay algo en todo esto que no entiendo.

—Bueno —contestó encogiéndose de hombros—, no hay mucho que comprender. Mi padre murió, nos dejó echas polvo a las tres y cada una hicimos el duelo a nuestra manera. No sé qué más decirte. Además, tú eras amigo de Laura. Hacía pocos meses de aquello, así que seguro que algo te contaría.

Álex le apretó la mano, en un gesto inconsciente de apoyo.

—Laura estaba devastada. Solo me dijo que había matado a su padre.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Aún seguía con esto? ¿Meses después y aún estaba así? Pensé que había logrado ayudarla... —susurró con tristeza.

—La primera vez que me lo dijo, le pedí aclaraciones. Porque, claro, no la conocía tanto como para poner la mano en el fuego de que no fuera una asesina —bromeó para aligerar el ambiente—, y, como comentario así de sopetón, me dio un poco de mal rollo...

Noemí se masajeó las sienes intentando ordenar sus recuerdos.

—A ver, aquella noche, Laura venía de la fiesta de final de primero de bachillerato. Llegó tarde. Mi padre se había levantado; supongo que ya se encontraba mal, y en vez de decírselo a mi madre o a Laura, le dio las buenas noches y no le pidió ayuda. A la mañana siguiente mi madre lo encontró tendido en el suelo del baño. Y la escena no fue muy decorosa que digamos. Parece que, en algunas personas, los primeros síntomas de un infarto de miocardio empiezan con dolores intestinales. Fue un mazazo para todas. No teníamos ni idea de que mi padre sufriera del corazón.

—¿Y por qué Laura se sentía tan culpable?

—Con sinceridad, no lo sé. Porque vale que fue la última en verlo, pero, si mi padre no le dijo nada y ella estaba más dormida que otra cosa... ¿cómo podría haberlo adivinado?

Noemí seguía negando con la cabeza.

—Laura tiende a sentirse culpable por cosas de las que no tiene ninguna culpa. Incluso de pequeña se sentía mal si yo rompía algo sin querer, porque eso quería decir que no me estaba vigilando lo suficiente. Ella es así. Pero ¿sabes qué es lo peor de todo esto?

Álex la miró con intensidad, para no perderse ni un solo gesto de su respuesta.

—Que aquel día toda mi familia murió con él.

Álex le enjugó una lágrima traicionera que se había derramado sin su permiso.

—Yo no podía llorarlo porque Laura se hundía de culpabilidad. No podía hablar de él, porque mi madre se iba a su habitación y me dejaba con la palabra en la boca. Desaparecieron las fotos que había en casa. ¿Y sabes qué?

Álex negó con la cabeza.

—Convirtieron a mi padre en el verdugo de sus vidas. Y no lo soportaba. Mi padre había muerto, pero ellas no. Y él no se merecía que su marcha las anulara de tal manera. Estar triste es normal. Pero no hasta el punto de no poder seguir adelante. Supongo que era demasiado joven para gestionarlo bien —se encogió de hombros—. Cada uno lleva el duelo como puede. Yo necesitaba seguir haciéndolo presente y ellas no conseguían hacer frente a su dolor. Me comporté como una niña.

—Permíteme que lo dude —dijo con calidez.

—Solo pensé en mí —insistió—. En lo que quería. No tuve en cuenta que ellas necesitaban otra cosa.

—No creo que actuaras por egoísmo. Quizás estabas intentando salvarlas.

Noemí bufó por lo absurdo. Por aquel entonces solo tenía trece años.

—Recuerdo un día... —Se quedó pensativa—. Se había acabado el instituto, así que ya hacía casi un mes de su muerte. Yo había quedado con unas amigas para hacer senderismo por una ruta cercana al pueblo. Nos llevaba el padre de una de ellas y luego nos iba a recoger. Era temprano. Yo ya estaba lista, y vi acercarse a Laura, más muerta que viva, arrastrarse hasta una silla de la cocina y desplomarse encima como si cargara con todo el peso del mundo. Llamé para anular la salida en aquel instante, porque no podía ir tal y como estaba mi hermana.

Álex le apretó el hombro a modo de consuelo.

—Me puse a gritar —siguió perdida en sus recuerdos—. Le dije que estaba harta de que su mirada agobiada me impidiera llorar. Protesté como una niña mimada.

—No me parece que fueras una cría cuando estabas ayudando a gestionar el duelo de tu hermana.

—Laura me dijo que no me preocupara por ella. Y yo le contesté que me contagiaba su angustia. Y que entonces no podía llorar tranquila porque me sentía mal por ella. ¿Ves? —preguntó a Álex—. Yo, yo, yo.

—Sigue... —negó en absoluto de acuerdo con ella.

Noemí le fue contando cómo fueron aquellas semanas. Las películas que vio como fuente de inspiración para lograr ayudar a su hermana y su visita al cementerio.

—Empiezo a entender muchas cosas...

—¿Cuáles?

—Que, aunque eres la pequeña, siempre has cuidado de Laura como si fuera ella quien necesitara protección.

—No, ¡qué va! Ha sido Laura la que ha estado pendiente de mí. Ha sido la mejor hermana mayor que hubiera podido tener. Yo solo doy problemas...

—Qué curioso que no te veas con la misma claridad con la que te veo yo —dijo Álex mientras le dejaba un beso en la mejilla y aspiraba el olor de su piel—. Hueles a sol, a primavera, a mar y a cariño.

Noemí se permitió moldear sus hombros con sus dedos, y los fue bajando deteniéndose en sus bíceps hasta que le cogió las manos. Luego las soltó y le abrazó la cintura con posesividad y ternura.

—La verdad es que nada parecía funcionar —confesó con los labios enterrados en su pecho.

—No te rendiste cuando viste que lo del cementerio no había dado resultados, ¿no?

—¿Cómo iba a hacerlo? Soy demasiado cabezota.

—Y te preocupas por aquellos que quieres.

Noemí puso los ojos en blanco.

—En fin, conseguí que organizaran una especie de voluntariado de verano en el centro de día de gente mayor, para jugar con los ancianos al dominó, hacerles compañía, comentar con ellos la telenovela de turno... Y a Laura le encantó. Desde entonces decidió que quería ser enfermera. A mí me parecía bastante aburrido.

—Pero fuiste...

—Claro. No la iba a dejar sola.

—Lo que yo decía... Haces lo que sea necesario por aquellos a los que amas.

—Sí —respondió de mal humor—, incluso pensar en la posibilidad de estar contigo.

—Eso no es una posibilidad, es una certeza —contestó con firmeza.

Noemí siguió andando por la arena, un poco más adelantada que Álex.

Hablar tanto de Laura le había hecho darse cuenta una vez más de la locura que era aquello.

—Noemí —la llamó—. Gracias a ti descubrió su vocación.

—No lo entiendes.

—¿El qué?

—Laura no me necesita. Le he dado más dolores de cabeza que otra cosa. Yo sí que la necesito a ella, que siempre ha estado en mi vida. Tú eres hijo único. No te haces una idea de lo que es querer a una hermana que es maravillosa y que también te quiere. Y ahora...

—Ahora es el momento de que siga con su vida, y nosotros con la nuestra.

—No puedo perderla.

—Y no lo harás. Te lo aseguro. Yo me encargaré de ello.

Noemí se le acercó otra vez. Cimbreaaba sus caderas al andar por la irregularidad de la arena de la playa. A Álex se le secó la garganta, era incapaz de mirar a Noemí sin caer en su embrujo. Observaba embelesado cómo lo cautivaba como una diosa zíngara. Con esa tez agitanada, los largos rizos oscuros en movimiento y las piernas desnudas, el corazón de Álex latía desenfrenado.

Y a Noemí algo se le encendió dentro de sí y tomó el control. Dejó de pensar, y se permitió hablar con el corazón. Una sola vez antes de encerrarlo de nuevo.

—Eres lo que siempre he deseado —confesó Noemí—. Y me da miedo. Siento que eres o tú o el resto de mi mundo. Y no quiero hacer esa elección.

—Ni yo quiero que la hagas.

Noemí miró a su alrededor. No había nadie. Y no corrían el peligro de que aquello se les fuera de las manos. Al fin y al cabo, estaban en un espacio público.

—¿Puedo? —preguntó acercándose a sus labios.

—Por favor —contestó con anhelo.

Noemí se fijó en la nuez de Álex cuando este tragó sus nervios al sentirla tan cerca. Le acarició los labios con la yema de los dedos. Quería tocarlo allá donde posara su mirada. Sentía su pecho desbocado y la respiración entrecortada. Se fundió en un abrazo lento siendo consciente de todas aquellas partes que estaban en contacto. Su breve pantalón le hacía notar los cambios que estaba experimentando Álex en aquel momento. No pudo evitar presionar apenas con su vulva el sexo de él, que palpitaba como si tuviera vida propia.

Álex no tenía claro si pedirle que se detuviera o que se fueran de allí para encerrarse en una habitación para dar rienda suelta a sus deseos. Pero sabía que, si la separaba de su cuerpo, el miedo volvería a apagar el fuego que sentían, como si se hubieran sumergido en el agua del mar.

Noemí parecía que hubiese dejado de lado todas sus inhibiciones. Se sentía poseída por la

lujuria que cada día se apoderaba de ella y que a duras penas reprimía. Estaba rozando su pecho pequeño, turgente y enhiesto por el torso de Álex, que ya no sabía cómo contener su excitación en los pantalones.

Álex bajó las manos por su espalda y apretó con posesividad su trasero. Y aprovechó que Noemí era diminuta para alzarla unos centímetros y estrecharla donde más lo necesitaba. Contra él.

Noemí abrazó las piernas de Álex con las suyas, lo que le hizo estar más abierta a las sensaciones que estaban desbocadas y pidiendo una liberación.

Un rato después de estarse frotando, un golpeteo rítmico empezó a torturar el sexo de Noemí. Aquello no podía estar pasando. Cómo había dejado que el deseo por Álex le nublara el juicio hasta tal punto que acabara teniendo un orgasmo en medio de la playa, vestidos y de pie, sin más sábana para cubrirse que sus propias ganas tanto tiempo contenidas.

Álex se estaba aguantando el placer. El de Noemí era más discreto, pero el suyo no podía desbordarse con los pantalones puestos.

Pero si aquello es lo que ella le pedía en aquel momento, aquello tendría. No iba a parar el anhelo de su morena por nada del mundo.

—Álex —susurró en un grito ahogado mientras estallaba, con la pelvis clavada en el sexo cubierto de él, la espalda arqueada y los pezones de punta.

Las rodillas se le doblaban. Álex la aupó al tiempo que Noemí se encaramaba a su cintura y se fundía en sus brazos, y la llevó hasta la toalla que habían dejado extendida en la arena unos metros más allá.

—No... no he podido parar —dijo avergonzada.

—Eh... —murmuró con cariño—. Me ha encantado verte así, aunque yo...

—¡Ay! Que se me ha ido la cabeza y jamás había hecho algo parecido en una playa... —miró a su alrededor para comprobar que seguía tan desierta como la última vez que se había fijado—. Pero no creo que devolverte el favor aquí sea lo más adecuado... ¡Qué horrible palabra para lo que he hecho!

—¿*Petting*? —preguntó confuso.

—¡No! «Calientab»...

—No lo digas —interrumpió—. Ni ha sido planeado ni ha sido eso en absoluto. Me encanta que te dejes llevar. No sabes cuánto —dijo con voz grave y excitada—. Y ahora estoy incómodo y concentrado para que se me pase, pero... cuando quieras, donde quieras y como quieras.

—Es que... estabas ahí, mirándome con tus increíbles ojos verdes como si te gustara... —intentó disculparse.

—Es que me gustas...

—Y eres tan guapo, y...

—Preciosa, no pasa nada.

—Te debo...

—Nada. No me debes nada. Lo que pase entre nosotros es porque lo deseamos los dos.

—Si desear ya te deseo, Álex. Y no te haces una idea...

—Quizás sí que me la hago —bromeó.

—Ya... tal vez un poco sí. Pero es que todo esto me tiene algo abrumada.

—Lo sé. ¿Puedo decirte cuánto te deseo yo?

—Puedes. Pero ya lo veo —dijo echándole una mirada descarada—. Lo siento...

—No sabes cómo me hace sentir que me desees de esta forma.

—¿Frustrado?

—Aliviado, feliz, esperanzado... y muy, muy dispuesto —susurró en el lóbulo de la oreja.

—Álex —murmuró con la voz temblorosa—, como sigas así voy a volver a hacer lo mismo y tú te vas a quedar igual...

—Valdrá la pena por ver cómo te vuelves a deshacer entre mis brazos.

—No me puedes decir estas cosas —se quejó—. No lo hagas más difícil aún.

—Si en esta playa te sientes libre, voy a aprovechar lo que pueda. Te voy a besar, a tocar y a provocar hasta que me digas que no puedes más. No voy a desperdiciar ni un solo instante a tu lado.

Y eso hizo. Álex era dolorosamente consciente de la necesidad de liberarse. Pero aquello era mucho más de lo que había esperado. Parecían dos adolescentes sin casa propia.

Parecían una pareja construyendo sus primeras veces juntos.

Pero a tu lado (Los Secretos)

Estaban locas de contento. Marina y Noemí iban a ver el estreno de *Avengers: Endgame* en el mejor cine de Barcelona. Noemí idolatraba el séptimo arte.

Le encantaba la pantalla grande, estar sentada en las primeras filas y que todo su campo visual fuera la película. Sumergirse en el bombardeo sensorial de una historia. Escucharla y verla. Y casi olerla y sentirla. El celuloide era una de sus pasiones.

Había descubierto el Phenomena, en la calle Sant Antoni Maria Claret, que volvía a los orígenes de la experiencia de los grandes cines con sonido envolvente. Nada de los multicines de salas minúsculas y pantallas aún más pequeñas.

Ofrecían tanto reposiciones como estrenos, y adoraba ir allí. Incluso las butacas eran distintas, ninguna cabeza se interponía entre ella y las imágenes que veía.

Marina estaba contentísima con el plan. Estaba enamorada de los vengadores. Tenía obsesión por Thor, y después de haber visto al amigo de Noemí, Björn, tenía muchísimas ganas de ver al actor en pantalla; así a primera vista ¡se le parecía un montón!

En cuanto escuchó la música y vio el símbolo de los vengadores, se relajó en su asiento. Dejó de pensar en nada y se metió de lleno en la batalla final.

—¡No me puedo creer cómo ha acabado!

—Y que lo digas... —remató Noemí—. Hay mucho que procesar.

—Sigo con el corazón encogido... hay cosas que ya me las esperaba, pero otras... Estoy deseando que la pongan en plataformas digitales para verla de nuevo.

—Si quieres, venimos otro día al cine y repetimos.

—¿En serio podemos?

—Claro. ¿Quién no querría ver esta película otra vez?

—¡Papá!

—Bueno, cada cual es como es...

—¡No, no! ¡Mis padres! ¡Están aquí! ¡Y han venido juntos! ¿Crees que están intentando arreglar lo suyo? —le susurró contenta.

A Noemí se le congeló la sonrisa en la cara.

Se le encogió el corazón. Y tuvo la apremiante sensación de querer hacerse a un lado. Lo mismo que le había pasado la primera vez que vio a Álex en la clase con su hermana hacía ya tantos años.

¿Qué estaba haciendo ella soñando con tenerlo a él? Estaba viviendo una fantasía. La verdad es que jamás iba a ser posible. Nunca iba a ser capaz de decírselo ni a Laura ni a Marina.

¿Cómo demonios seguía adelante con aquella relación? No podía mantenerla en secreto para siempre. Y desvelarlo se le antojaba irrealizable.

Se dio cuenta de que, como no cortara el hilo de sus pensamientos, se iba a poner a llorar delante de todos ellos.

Y a ver qué excusa daba para disimular su estado lacrimógeno.

El tiempo que llevaba saliendo con Álex había sido un espejismo. Un oasis en medio de un desierto árido y doloroso de realidad.

El problema es que olvidarlo esta vez iba a ser peor. Ahora sabía lo que era sentirse cobijada por él. Era consciente de cómo respondía su cuerpo de adulta ante su contacto.

Por suerte no lo había visto desnudo. No había acariciado su piel.

No creía que hubiera sido capaz de seguir con su vida como si nada si hubiesen llegado más lejos.

El Phenomena tenía una sola sala, pero distintas proyecciones para las diferentes sesiones. Y Álex y Laura habían ido a ver una reposición de *El Señor de los Anillos*.

Tolkien. Lógico.

Marina se abalanzó sobre ellos. Sus padres, primero desconcertados porque no la habían visto, y luego, contentos, abrazaron a su hija como hacía mucho tiempo que no sucedía.

Álex se sentía feliz. Su familia.

Aprovechando que Noemí tenía planes con Marina, había invitado a Laura al cine. Y estaban disfrutando de los comentarios previos a la película. Se sabían algunos pasajes de memoria y estaban recitando las frases del principio pronunciadas por Galadriel cuando un terremoto se abalanzó sobre ellos.

Su tesoro.

En ese instante pensó que Noemí tendría que estar también allí. La buscó con la mirada y la vio apartada de ellos. Sola. Como si sobrara en ese abrazo.

Sabía con exactitud cómo se sentía: una usurpadora.

Pero no era eso para nada.

Se le estaba rompiendo el corazón de verla tan desolada y acongojada.

Y maldijo la situación una y mil veces.

Dio un último apretón en ese abrazo familiar, y él mismo fue a por Noemí.

Álex caminaba con determinación, seguro. Su cuerpo atlético exudaba cólera por lo injusto de las circunstancias. No iba a permitir que la mujer que amaba se sintiera mal, culpable o prescindible. Ella no se merecía que nadie la hiciera de menos. Era increíble y la quería disfrutar tanto en la intimidad de su alcoba como delante de cualquiera que estuviera junto a ellos. ¿Acaso era un pecado amarse como se amaban?

Ella lo miró asustada. Dio un paso atrás mientras lo censuraba con los ojos desorbitados.

¿Qué quería hacer ese loco?

Álex no pensaba con claridad. Solo pretendía que no se sintiera mal.

«No voy a consentir que te apartes», decía su mirada llena de decisión.

Álex estaba harto de ir despacio. De darle a Noemí el espacio que creía que necesitaba. Él solo quería ser libre para amarla.

Así que hasta aquí.

Noemí notaba náuseas. Pánico. Álex no sería capaz, ¿no?

—¿Qué bien que hayamos coincidido los cuatro! Hacía tiempo que no pasaba. Laura, ¿te parece bien que dejemos el cine para otro día? Podríamos ir a cenar todos. Así hablamos...

Laura se encogió de hombros. Le hacía ilusión la película; sin embargo, prefería que aquel encuentro fortuito sirviera para normalizar la situación que había entre ellos cuatro desde su divorcio.

Noemí le tenía manía a su ex, pero los dos estaban en su vida, de modo que más le valía poner remedio al asunto.

No podía prescindir de su hermana.

Ni del padre de su hija, que estaba volviendo a ostentar el título de mejor amigo.

—¡No! —gritó Noemí.

Todos se giraron a mirarla.

Álex se quedó paralizado. Solo quería acabar con tanto sufrimiento y había vuelto a meter la pata al pretender zanzar aquella situación de una forma tan inesperada y brusca.

Marina estaba sorprendida.

—¿Qué pasa?

—No puedo ir a cenar con vosotros.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal?

—¡Sí! —suspiró aliviada por la excusa—. Fatal. Me... me han sentado mal las palomitas.

—Maldita sea —susurró Álex al ver que el semblante de Noemí palidecía de puro susto. No podía evitar querer protegerla de todo y de todos, y justo en ese instante era él mismo el que le estaba causando aquella incomodidad. No soportaba verla en ese estado.

Se le había nublado el juicio, una locura transitoria que habría podido acabar muy mal. ¿En serio había pensado que aquel era el mejor momento para soltar la bomba?

—No te metas con ella —lo riñó Laura ajena a lo que en realidad estaba ocurriendo.

—Sí, no te pases, que te ha estado defendiendo cuando al principio de vuestra separación yo estaba tan enfadada contigo que no te quería ni ver —apoyó Marina.

—¿En serio?

Álex la miraba con adoración, sin poder disimular sus sentimientos hacia ella.

Noemí no sabía dónde meterse.

Necesitaba tiempo. Más del que ya había tenido. Sin embargo, había visto determinación en la mirada de Álex. Esos ojos que no se detenían si tenían un objetivo. Y que ella lo frenara quizás quería decir que lo estaba perdiendo. Que él había agotado toda su paciencia con ella.

Náuseas de miedo le subieron a la garganta, junto con las lágrimas. Corrió a los servicios para vomitar todo el temor de su cuerpo.

Huyendo. Otra vez.

Y para Álex, aquel encuentro fue un punto final. Tenía que terminar con todo aquello.

Mi verdad (Maná)

Aunque la vida personal de Noemí estuviera hecha un desastre, no podía evitar sentir ilusión por aquel nuevo proyecto. Demostrar que, cuando se medían las ondas cerebrales, los transistores de grafeno ofrecían ventajas frente a los electrodos convencionales era un proyecto muy ambicioso. Ya estaba viendo aplicaciones fantásticas en su grupo de investigación de la epilepsia.

Todo el equipo se miraba con expectación.

—¿Están calibrados los transistores de grafeno?

—Calibrados —contestó nerviosa.

—Venga. Polariza para medir la señal en el tiempo.

En la zona más positiva de la parábola —la curva en forma de U—, Noemí empezó a buscar el mejor voltaje posible para aplicarlo de forma fija.

—¡Sí! ¡La señal se ve perfecta!

Al cabo de un rato de silencio tenso, uno exclamó:

—¡Lo hemos logrado a la primera!

Parecía demasiado pronto para los abrazos y las palmadas entusiastas en la espalda. Pero tenían una sonrisa de satisfacción que no se les borraba.

Hasta que la señal desapareció. Todas las ilusiones, las esperanzas y los anhelos borrados de un plumazo.

El grafeno se había degradado por completo.

Noemí sintió un escalofrío.

No pudo evitar pensar que aquello era un mal augurio. Los sueños podían volverse pesadilla con rapidez. Y estaba segura de que ella acabaría como aquel grafeno: estropeado e inservible.

—Bueno, era demasiado bonito que saliera bien al primer intento —dijo alguien.

—Mientras salga bien en algún momento... —susurró Noemí.

La química del equipo que se había encargado de procesar el grafeno dudaba si contestarle el comentario. No la conocía tanto como para darle consejos, pero al final no pudo resistirse. Quería levantarle el ánimo.

—Los científicos no nos rendimos. Si no funciona algo que se supone que tiene potencial, encontramos la manera de hacerlo viable. Aunque quizás, por el camino, descubrimos algo muchísimo más importante de lo que creíamos al principio. Como Fleming, que descubrió la penicilina por casualidad...

—Tanto como por casualidad, cuando llevaba décadas buscando sustancias antibacterianas...

—Ya, pero no buscaba lo que al final encontró. Los científicos escuchamos con atención lo que nos susurra la ciencia, con paciencia infinita. Y jamás abandonamos —dijo con suavidad.

—Lo sé. Y tienes razón. Es que ayer no fue un buen día y estoy extrapolando.

La química sonrió. Le caía bien aquella biomédica entusiasta y alegre. Siempre rebosaba energía y ganas, y ahora parecía un poco alicaída.

—La esperanza es lo último que se pierde —le recordó.

Cobarde.

Tenía tanto miedo, tanto, que no era capaz de tomar una decisión en firme. Quería a Álex, lo amaba con locura desde hacía años. Sin embargo, no daba el paso definitivo.

¿Cuánto tiempo llevaban en esa tierra de nadie? ¿En ese sí pero no?

No se reconocía a sí misma. Ella, que iba siempre a por lo que deseaba, que no se cohibía, que no sentía vergüenza en aceptar sus anhelos, parecía una jovencita inexperta, temblorosa, frágil e indecisa.

Y ahora lo estaba perdiendo. Lo sabía.

El día anterior había sido horrible: la escenificación de todos sus temores. En technicolor. Laura, Marina, Álex y ella. Juntos.

La cuestión era que ¿cómo se convencía de que aquello estaba bien cuando en su fuero interno ella misma se condenaba por traición?

Aquella noche intentaría remediarlo. A ver si sabía cómo.

Se le daba de pena cocinar. Lo odiaba. Y la ponía de los nervios. Porque se sentía inútil. No tenía ninguna necesidad de añadir más batallas perdidas a su autoestima, aunque quería ofrecerle una disculpa de verdad. Un «te juro que estoy en ello». Un «te quiero, pero estoy aterrorizada». Un «tiéndeme una mano porque no sé cruzar este puente».

No quería calentar en el horno unas *pizzas*, que era a lo máximo a lo que era capaz de aspirar en proezas culinarias. Por lo tanto, había pensado en hacer pasta. Raviolis con tomate. Eso no podía ser tan difícil.

En vez de comprar la salsa hecha, estaba rallando tomates naturales. Al menos le daría un poco de categoría al asunto.

Pero tenía la cocina hecha un asco. ¿Por qué aquella fruta diabólica al calentarse tenía que saltar y ensuciarlo todo?

Y el tiempo se le echaba encima.

O la cocina o ella.

Y ganó ella.

Al menos se arreglaría un poco, que, si la intención era pedirle ¿tiempo?, ¿paciencia?, era mejor tener buen aspecto.

Cuando salió de la ducha, con una toalla enrollada en su cuerpo para vigilar el fuego, se encontró con un panorama desolador.

En la sartén donde había dejado el tomate rallado solo había una capa oscura de algo indefinido. Y, además, había restos en la encimera, en la pared y en los fogones. No acababa de entender qué había pasado.

Quizás aquel desastre era una metáfora de la catástrofe en la que se había convertido su vida. Su corazón había explotado arrasándolo todo a su paso. De bullir de anhelo, se había consumido.

Qué triste.

Pues sacaría unas *pizzas* de la nevera. Tendría que haber comprado comida preparada y no haber intentado algo que a todas luces estaba a años luz de su capacidad.

Debería aceptar la realidad. Tanto de su arte en la cocina como de la imposibilidad de tener una relación con Álex.

Un sollozo se le escapó sin querer.

Estaba tan cerca de conseguirlo y a la vez tan lejos...

Su habitación era una leonera. Había vaciado el armario buscando qué ponerse, y al final se había decidido por una falda ajustada de punto y una camiseta tornasolada verde que brillaba con sutileza. Aunque estaba nerviosa, el reflejo que le devolvía el espejo le hizo sentir seguridad. Se veía guapa. Sus rizos oscuros, largos hasta más allá de los hombros, le daban un aspecto decidido. Tenía que conminarse a no olvidar esa sensación cuando estuviera ante Álex.

Esa noche iba a intentar, por todos los medios, encauzar de una vez todo aquello. Se daba perfecta cuenta de que habían llegado a una encrucijada. O para adelante. O para atrás.

Iba a empezar a recoger la ropa desperdigada por la cama, cuando llamaron a la puerta. Echó una ojeada a aquel despropósito y se encogió de hombros. Así se tendría que quedar.

—Hola.

Álex estaba espectacular.

Se le secó la boca al verlo. Y enseguida se le pasó por la mente aquel pensamiento maligno y recurrente de que ella no estaba a su altura. Pero entonces lo observó de verdad, con atención. Álex la estaba recorriendo con aquellos ojos verdes que le quitaban el sentido, hambriento, deseoso, orgulloso. De la misma forma que hacía escasos instantes lo había mirado ella. Parecía que sentía por ella lo mismo que ella sentía por él.

Quizás el secreto era ese.

Tenía que aprender a verse con los ojos de las personas que la querían.

Y los de Álex le susurraban que la amaba con locura. Aunque jamás se lo hubiera dicho.

—He traído postre: brochetas de fruta con chocolate y coca de crema —dijo levantando un paquete.

—¿Qué te parece cenar «postre»?

—¿Perdona? ¿Solo postre?

—Ven...

Y Noemí le enseñó la cocina.

—Quería asombrarte...

—Reto conseguido —bromeó.

—Ya... ¿pedimos algo?

—¿Puedo? —le preguntó señalando a la nevera.

—Sí... pero no hay casi nada.

Sin embargo, Álex estaba acostumbrado a improvisar cenas. O sea que preparó una ensalada con unos cogollos —aunque tuvo que desechar algunas hojas feas—, un trozo de pepino, un par de tomates de los que habían sobrado del intento de salsa, una manzana y restos de un pollo asado que había en un rincón de la nevera. Cogió unos huevos, les puso trocitos de jamón, un poco de queso y tomate, y los metió en el horno. Abrió una bolsa de patatas fritas para acompañar a los huevos al plato y en un momento tuvieron la cena a punto.

—No se me hubiera ocurrido jamás que con lo que había en casa podría comer tan bien —dijo sorprendida.

—Soy un hombre con recursos...

—Y que lo digas —afirmó mientras mojaba el pan de molde en el huevo—. Siento que ni tan siquiera tuviera pan de verdad. Ni patatas de esas que se tienen que pelar —se disculpó.

—Me está encantando cenar contigo. Lo demás no importa.

Nuevas mariposas revolotearon en su barriga. Parecía que para Álex el día anterior no había sido para tanto. Quizás ella había exagerado y no hacía falta hablar sobre su relación. Tal vez podrían alargar más esa situación sin preocuparse de nada.

Pero otra vez se equivocaba. Álex estaba siendo paciente, educado; sin embargo, había una conversación pendiente que no quería demorar más.

—Noemí, no podemos seguir así. Esto se tiene que acabar —dijo con suavidad.

Estaban en el sofá. Ya se habían terminado el postre y se habían sentado. Estaban tomando una infusión que había comprado en el herbolario Agrícola de la misma calle Comtal. Sus puertas de cristal de colores la habían atraído desde que pasó por delante.

La relajación que Noemí había sentido con la taza humeante entre sus manos cuando pensaba que no tendrían que hablar de ello se había evaporado en un instante.

—No sé muy bien qué me estás diciendo —murmuró con temor.

El corazón le palpitaba con ferocidad y se le había subido al cuello. Le dolía incluso hablar por las lágrimas no derramadas que se agolpaban en su garganta. Le pitaban los oídos, y estaba empezando a no oír bien. Parecía un ataque de pánico en toda regla.

Álex quería romper con ella. Sabía que ocurriría.

Había vivido un sueño; y no era capaz de asumir que nunca más iba a tener el privilegio de tocarlo, de hablarle sin restricciones. No soportaba la idea de verse despojada de sus miradas, de su anhelo, que era idéntico al suyo.

—Ya no somos niños, y nos comportamos como si lo fuéramos: escondiéndonos, privándonos de lo que deseamos. Cuando estemos juntos, quiero que seamos tú y yo. Nuestra relación está estancada y quiero avanzar —dijo ajeno a los pensamientos de Noemí—. Basta de silencios.

—¿No estás rompiendo? —susurró en un chillido agudo.

—No. En absoluto —respondió con tranquilidad.

A Noemí le escocían los ojos. La barrera donde se contenían sus lágrimas se estaba agrietando. De repente se dio cuenta de que se había arrebujado entre sus brazos. ¿Cómo había llegado hasta allí? Álex era su refugio. Su hogar. Aunque ella hiciera todo lo posible para no sentirlo así.

—No puede ser, Álex —se oyó decir a sí misma.

Solo de pensar en no tenerlo, algo se moría dentro de ella, pero la enormidad de lo que le pedía era abrumadora.

—Noemí —la besó con infinita ternura—, estoy enamorado de ti desde que te conocí —confesó.

Ella levantó la cabeza de repente y clavó su mirada en los ojos verdes de Álex, que la observaba con un amor que se desbordaba. Había esperado años para hablar con libertad.

—Desde el momento en que te vi cayendo de culo por las escaleras del instituto no he podido dejar de pensar en ti.

—Pero eso ¿cuándo fue?

—Al principio de curso. En el preciso instante en que, aunque ruborizada, te levantaste, saludaste a todos los que te estaban mirando, primero sorprendidos y luego divertidos, y seguiste bajando las escaleras hasta el piso de abajo, riendo como si nada.

—Es que me caigo mucho...

—Porque mientras caminas sigues bailando en tu mente y eso te hace perder el pie.

—¿Cómo puede ser que incluso sepas eso? —preguntó con las emociones a flor de piel.

Álex sonrió.

—Cuando te conocí yo estaba en segundo de bachillerato. Tú tenías 14 años y yo iba a cumplir los 18 en enero. Y te vi. Con tejanos, una camiseta verde, unas bambas y un pañuelo en el cuello. A ti. A tu sonrisa. A tu mirada de gata astuta que también rebosaba ternura. A tu pelo largo, castaño y rizado. Y ya no pude despegar mis ojos de ti.

—Pero nunca me dijiste nada... —sollozó. Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla. No dudaba de que a esa le seguirían muchas más.

—Eras una niña —dijo, y se encogió de hombros—. En ese momento sentí que nos separaban demasiados años. Además, yo era muy tímido y tú tenías tal don de gentes que siempre estabas rodeada de un montón de personas. Sentí que te parecería aburrido, que no estaría a tu altura.

—Si acaso al revés. Lo inverosímil es que seas tú quien quiera estar conmigo.

—Pues ya ves; para mí eras inalcanzable, preciosa, divertida, inteligente...

Los pensamientos de Noemí volaron a aquellos días en el instituto, que habían sido memorables.

—Intenté que me vieras —siguió—, que fueras tú la que iniciara un acercamiento entre los dos, porque yo me sentía incapaz y bloqueado si estabas cerca. Pero me di cuenta de que no sabías ni que existía...

—No me lo puedo creer —susurró.

«Si desde el momento en que vi los ojos verdes de Álex me perdí en ellos», pensó.

—Te me cruzabas por los pasillos, por las escaleras —seguía confesándose—. Una vez incluso me tropecé contigo... nunca me mirabas, para ti no existía. Ya no sabía qué más podía hacer. Me había imaginado mil maneras de llamar tu atención, ¡incluso pensé en tirarte bebida en la camiseta! ¡Lo que fuera! Y de repente un día entraste en mi clase. Te olí. Siempre reconocía ese olor fresco y dulce. A caramelo de fresa. Pasabas junto a mí y era tu esencia la que me advertía de que estabas cerca. Era una locura. Y tú sin hacerme caso, hasta ese día.

Álex se detuvo un momento. Emocionado con lo que le estaba revelando.

—Estaba escuchando música cuando tu aroma me invadió, me giré y te vi. Tú estabas allí, mirándome, y de repente, demasiado pronto, te fuiste. Recuerdo qué llevabas: una sudadera de color verde, unos tejanos y unos botines con hebillas. Tu pelo parecía flotar, como si los muelles de tus rizos tuvieran vida propia. Y tus ojos, por favor, tus ojos me atravesaron, como si vieran a través de mí, como si pudieran descubrir todos mis secretos, y me sentí indefenso ante tu presencia. Al verte allí, tuve ganas de levantarme y acercarme, y, sin embargo, estaba clavado en la silla sin poder moverme. La primera vez que me mirabas y era incapaz de hacer nada.

—Recuerdo a la perfección ese momento. A mí me pasó lo mismo, pero jamás imaginé que fuera recíproco...

Había vuelto a cogerle las manos. Estaban calientes y transmitían seguridad. La danza de los pulgares sobre su piel le estaba provocando oleadas de tranquilidad y excitación. A la vez.

Lo necesitaba, estaba temblando. Tenía frío, estaba sudando. Estaba incómoda en su propio cuerpo. Deseando. Siempre deseando. Y reprimiendo. Siempre reprimiendo. Cuánta energía desaprovechada. Cuánta frustración acumulada.

—Lo bueno es que a partir de aquel día me fuiste tratando con más familiaridad, aunque me

seguía sintiendo vulnerable a tu lado. De todas formas, jamás me dijiste nada que insinuara que sentías algo por mí. Estaba desesperado. Buscaba señales que me dieran pistas. Analizaba tus palabras, tus gestos. Lo que fuera que me indicara que para ti era especial, pero nunca tuve la certeza. Eras tan abierta, tan afectuosa, tan graciosa conmigo como lo eras con el resto del mundo. Y me aterrorizaba meter la pata. Era muy tímido. Lo sabes.

Noemí sentía su corazón atronándole en el pecho. ¿De verdad ambos se habían enamorado nada más verse?

—Nunca lo intuí. Para mí eras demasiado maravilloso e inalcanzable. No quería hacer el ridículo. Disimulaba lo que podía para que no te dieras cuenta de lo que sentía por ti, porque estaba convencida de que era unilateral —bajó la cabeza avergonzada.

—Buen trabajo. Lo ocultaste de maravilla —murmuró—. Hemos sido unos estúpidos.

—Tú un poco más que yo —atacó Noemí nerviosa—. Si tanto me querías, si tan enamorado estabas de mí, ¿cómo se te ocurrió tirarte a mi hermana?

—¿La verdad? —suspiró.

—Por supuesto.

—Desde el momento en que te vi supe que eras tú. La mujer de mi vida. Tan claro lo tuve que me dio miedo. No podía ser que, a mis dieciocho, y sin haber vivido casi nada, hubiera encontrado lo que otros se pasan años buscando. Quería tener experiencias con otras, quería divertirme... no quería perderme aquello. Sé que eso me convierte en un gilipollas. No tengo excusa. Esa es la única razón. Y lo estropeé todo. Cuando Laura me propuso que nos acostáramos...

—¿Te lo propuso ella? —preguntó incrédula.

—Sí, aunque eso no es lo importante. Intenté decir que no, pero no tengo más justificación que mis hormonas alborotadas y mi cerebro sin suficiente riego sanguíneo en ese momento. A pesar de mi imbecilidad, siempre has sido tú.

—Déjame que lo dude. Si tan seguro estabas... Es que no; no lo veo —negaba—. Aunque ahora ya da igual. La situación es la misma. Te acostaste con mi hermana, la dejaste embarazada y tienes una hija con ella. Y yo las quiero con toda mi alma. No puedo hacer como si no. Y cada vez que me imagino contándoselo me invade un terror absoluto. Las voy a perder si lo hago. Y no; no puedo quedarme sin ellas —sollozó.

Álex se levantó. Fue a buscar su chaqueta y sacó un sobre de uno de los bolsillos.

—Ábrelo —le susurró.

Dentro había una postal. Noemí no se fijó en la fotografía porque le dio la vuelta esperando encontrar unas palabras de amor. Una declaración apasionada. Pero no había nada escrito en la cartulina ya amarillenta por el tiempo. La volvió a girar y entonces se fijó en la imagen, que era un balcón antiguo.

Verona. El balcón de Julieta.

Su corazón comenzó a golpear con ferocidad.

—Fui de viaje de final de curso en primero de bachillerato, con diecisiete años —empezó a explicar Álex—. A Italia. Pasamos por Verona y compré esta postal, porque me parecía romántico, y la guardé para dársela a la mujer de mi vida. A aquella por la que estaría dispuesto a luchar; aquella a la que protegería, cuidaría, amaría. Cuando te conocí, supe que la postal que escondía en el fondo de mi armario era para ti. La he guardado todo este tiempo. Sin perder la esperanza de podértela dar en algún momento de nuestras vidas. Porque siempre has sido tú. Nunca se me ocurrió dársela a nadie más. O tú o nadie. Y he escrito citas de *Romeo y Julieta* en

todas las tarjetas que venían con las flores que te he regalado porque no veía el momento de entregarte esta postal.

Noemí no era capaz de detener las lágrimas que estaban cayendo mejilla abajo. ¿Qué más necesitaba? ¿Qué más muestra de amor que la paciencia y la ternura precisaba como prueba? Su corazón ya había decidido hacía tiempo. Solo tenía que dejarse ir y no seguir atando lo que sentía. Deseaba ser libre para amar al único hombre que se había colado entre sus defensas y que le estaba pidiendo que lo amara sin reservas, sin condiciones.

Juntos para enfrentarse a los desafíos que les deparara la vida. Juntos en la tristeza y en la adversidad. Juntos en las alegrías y en las penas. Juntos ante los problemas. Juntos para siempre.

—Hay algo más. Pensaba que mi amor por ti era más que evidente, y al darlo por sentado, se me ha olvidado decírtelo. No cometeré más el mismo error —le dijo mientras la miraba con intensidad desgarradora.

Y entonces le entregó un papel manuscrito. Que seguro eran las palabras que no habían escritas en la preciosa postal del balcón de Romeo y Julieta.

Chiquilla (Seguridad Social)

«Chiquilla:

Quizá porque mi niñez sigue jugando en tu playa, me cuesta tanto olvidarte...

Y aunque fui yo quien decidió que ya no más, vamos a hallar la salida.

Me encantaría quererte un poco menos.

Pero llevo tu luz y tu olor por donde quiera que vaya.

Si antes éramos dos barcos sin rumbo, hoy somos dos marionetas que van persiguiendo una luz cegadora por la línea del tiempo.

Quiero tener tu presencia, quiero que estés a mi lado. No quiero hablar del futuro, no quiero hablar del pasado.

Basta de palabras, busquemos remedio.

Mil calles llevan hacia ti y no sé cuál he de seguir, solo quiero buscar un camino que no se encuentre embarrado.

Contigo tengo el alma enamorada, y no dejas aire que respirar.

Dime, dime que es verdad, que lo que sientes en tu corazón es amor en realidad.

Sé que te dejé escapar, que todo lo que fue el tiempo lo dejó atrás.

Pero estoy aquí, queriéndote, ahogándome entre fotos y cuadernos, entre cosas y recuerdos que no puedo comprender.

Estamos atrapados los dos en la misma prisión.

Me estoy ahogando sin tu amor. Enloqueciéndome. Porque las cartas que escribí nunca las envié.

Todavía no es tarde. Hay una luz de esperanza. Porque, como después de la lluvia, llega de nuevo la calma.

No tengo tiempo que perder. Y ya se va el último tren.

Te persigo en mis pensamientos de madrugada. Yo te miro, y tú no me dices nada. Pero tus dos ojos negros se me clavan como espadas.

Las palabras se quedan cortas para decir todo lo que siento. Solo sé que no puedo, no puedo, no puedo dejar de mirarte.

Estoy loquito de amor por ti».

Noemí tenía una mano sobre su boca y lágrimas en los ojos.

—Esta carta es...

—Todas las canciones que te estuve enviando en el instituto con la excusa de que serían perfectas para tus coreografías y tus bailes. Era mi manera de decirte lo que siento por ti.

—Dios mío, yo las escuchaba una y otra vez imaginándome que eran tus pensamientos reales...

—Y lo eran. Decían lo que no me atrevía a pronunciar. Lo que no sabía expresar.

—Están casi todas —susurró mirando aún el papel—: Shakira, Seguridad Social, La Guardia, Mecano, Maná... y has incluido a Serrat con su *Mediterráneo*...

—No podía olvidarme de nuestro verano.

—No. No podías. Para bien y para mal, esta es nuestra historia. Lo que somos.

—Nuestro amor es demasiado grande para dejarlo escapar, Noemí. Hemos intentado ocultarlo, disimularlo, olvidarlo, pero es imposible. Nuestra vida sería más fácil si yo no hubiera metido tanto la pata. Sin embargo, no puedo arrepentirme del todo cuando tengo una hija a la que quiero tantísimo. Así que ¿vamos a vivir una vida a medias por no ser capaces de enfrentarnos a ello? ¿En serio me estás diciendo que prefieres renunciar a nosotros? Yo no soy capaz. Aunque no puedo hacerlo solo. Necesito que me pongas el primero de tu lista de prioridades. Que me escojas a mí, a lo que tenemos. Y nos enfrentaremos a lo que sea que venga. Pero juntos.

Noemí cerró los ojos permitiendo que las palabras de Álex calaran en ella.

Desterró las reservas de su corazón. Se permitió ser libre para dejar que sus sentimientos se apoderaran de ella. Notaba como se revestía de esa sensación loca y visceral que la recorría poro a poro por toda su piel llenándola de ese amor tan magnífico que había sobrevivido durante años.

Romeo y Julieta lucharon y murieron; no obstante, Shakespeare hizo de su amor algo eterno, tan extraordinario, que perduraba después de siglos. Ellos encontraron a su amor verdadero a la misma edad que tenían Álex y Noemí cuando sus corazones se reconocieron.

La estupidez de los eternos amantes de Verona les había costado la vida. ¿No era capaz de aprender algo de ellos?

El error garrafal de Álex no podía costarles su amor. Su propia necedad al tener tantas reservas para amarlo no iba a matarla en vida.

—Sí, te elijo —decidió—. Y juntos podremos con todo.

Mil calles llevan hacia ti (La Guardia)

Noemí lo sedujo con una sonrisa que nacía en sus ojos, que lo miraban con toda la fuerza de su corazón.

Se había acabado el tiempo de disimular, y Noemí quería que Álex percibiera lo que se había estado guardando.

Sin esa lucha interna, notó serenidad, tranquilidad, como si toda la agitación que había sentido hasta el momento no hubiera sido nada más que la pura frustración de su impotencia.

Sus manos, por fin, lo estaban tocando sin miedo, solo notando su calidez. Sus labios acariciaron los suyos, como si sellaran un pacto dulce, tierno, tanto tiempo deseado y tantos años retenido. Aunque se habían besado antes, ese era el primero dado con la certeza de un amor correspondido, sin dudas, siendo conscientes de lo que estaban compartiendo.

Noemí no podía dejar de pasear sus manos por su cara, por sus brazos...

Las caricias los estaban conectando, y allí por donde pasaban dejaban un calor que los erizaba. Se separó para mirarlo con intensidad, sin esconder su deseo, su compromiso. Empezó a desabrochar su camisa, despacio.

Cuando fue a por la hebilla del cinturón, Álex ya había comprendido que esa vez sería de verdad. Que no habría marcha atrás, que lo suyo era irrevocable. Y con la misma lentitud de la que hacía gala Noemí, empezó a desnudarla.

Estaban intentando memorizar sus pieles, como si fuera la primera vez para ambos, descubriendo en el proceso cómo complacerse, averiguando en cada caricia qué deseaba el otro.

Fuera de la burbuja de felicidad que los rodeaba, no existía nada ni nadie. Ni el pasado ni el futuro. Habían congelado un instante de dicha y lo iban a alargar hasta el infinito.

La ropa estaba tirada en el suelo. Y ellos permanecían de pie desnudos por completo. Dejando que el deseo se apoderara de ellos.

—Déjame mirarte —susurró Álex—. Eres preciosa.

Pero Noemí no era capaz de separarse de su cuerpo, ni de parar de tocarlo, no deseaba otra cosa que estar piel con piel. Y sus manos siguieron recorriéndolo con lentitud, calentándole el alma.

Álex desnudo era una oda a la perfección. Los músculos que lucía ahora no tenían nada que ver con los que tenía a los dieciocho años. La uve de sus caderas, el vello que indicaba como una flecha descendente hacia dónde tenía que mirar, el falo que se erguía con orgullo... parecía que lo hubieran hecho para ella. Todo lo que admiraba en el cuerpo de un hombre estaba justo ante ella.

En un abrazo sensual en el que las curvas y los ángulos de cada uno se aplastaba contra la piel del otro, Noemí susurró unas palabras que lo hechizarían para siempre:

—Te quiero.

—Te entregué mi corazón en aquellas escaleras del instituto. Y ahora te quiero con toda mi alma.

A continuación, tomó la boca de Noemí y la saqueó con urgencia. Coló un par de dedos entre sus piernas, y al notar la humedad que resbalaba de Noemí se volvió loco de impaciencia.

Noemí estaba excitada. Por él. Qué maravilloso milagro era aquello.

Un sofá le parecía demasiado estrecho e incómodo para lo que tenía en mente, de forma que la aupó para que Noemí le rodeara la cintura con sus piernas, y la condujo a su habitación. Su miembro enhiesto estaba haciendo estragos en la entrada de Noemí. Aun sin penetrarla, estaba estimulando su zona más erógena y no cesaba de jadear.

—Dios, dios... —decía enloquecida mientras le besaba el cuello.

Cuando Álex notó pequeñas contracciones de Noemí en la punta de su pene, se dijo que no llegaban al dormitorio. Con premura, la apoyó contra una pared, y con sus piernas todavía abrazándolo, entró un poco en ella. No hizo falta más para que Noemí estallara. Jamás había experimentado una excitación tan grande y con tanta rapidez.

—Pero... ¿qué me has hecho? —balbuceó aún entre jadeos.

—¿Te ha gustado? —preguntó dudoso.

Su experiencia en esos menesteres era un poco limitada. Jamás había tenido a una mujer desnuda entre sus brazos que se deshiciera por él.

—¿Estás de broma?

Eso parecía un «sí», menos mal. No obstante, no tenía claro si, tras el orgasmo de ella, Noemí querría ocuparse del suyo. Su falo estaba dolorosamente rígido y clamando atenciones. Ver a Noemí excitada y rompiéndose entre sus brazos era algo que lo había puesto cardíaco, pero no sabía qué querría hacer ella ahora.

Noemí se bajó de su agarre.

—Me tiemblan las piernas. Aunque... —le sonrió con picardía— tú y yo no hemos acabado.

«Gracias a Dios», pensó Álex.

—Ahora vamos a la cama, que estaremos más cómodos. Sin embargo, ya te digo que hacerlo contra una pared es algo que repetiremos... a menudo.

Álex se rio, aliviado, y la besó de nuevo.

—Y otra cosa, soy consciente de que estábamos los dos un poco idos; a pesar de ello los condones son imprescindibles. ¿Vale? Que ya sé que no has acabado y eso, pero no juguemos con la posibilidad de una sorpresa inesperada, ¿de acuerdo? Ya hablaremos de eso en otro momento. Ahora, a seguir, que solo acabamos de empezar —dijo de corrido bastante acelerada mientras lo conducía hacia su habitación.

Álex no sabía si Noemí preferiría coger las riendas del asunto, que seguro que se le daba mejor que a él, o si querría que fuera él quien tomara la iniciativa. Se sentía un poco perdido, lo cual le estaba asustando un poco.

Pero ver el cuerpo desnudo de Noemí, su culo —porque en ese momento le daba la espalda—, mientras tiraba todo lo que había en la cama como si tuviera tanta prisa como tenía él para clavarle en ella, le dieron la valentía para dar un paso adelante, abrazarla por detrás, apretar su pene entre las nalgas de ella y cogerle los pechos al tiempo que le dejaba besos indecentes en la base del cuello.

Noemí se sentía minúscula con todo el cuerpo de Álex abrazándola entera. Y notó otro latigazo de placer. Como si la pequeña muerte que había experimentado hacía escasos instantes la hubieran cargado de vida y de energía, y estuviera más que dispuesta a explotar otra vez.

Tenían prisa. Una urgencia que nacía de la paciencia con la que habían sobrevivido durante tantos años. Como alguien que por primera vez experimentaba la dicha del amor verdadero consumado.

Cuando se cernió sobre ella, le faltaban manos para adorarla. Álex se deleitaba en los jadeos

de Noemí. Jamás pensó que esos sonidos primitivos y guturales fueran las palabras de amor de un cuerpo hablando para él. Lo catapultaban al éxtasis, aunque mantenía un control férreo de su propio placer. Llevaba años imaginando aquello. No lo iba a terminar antes casi de haber empezado.

Deslizó, hipnotizado, las manos por los pechos de Noemí, que estaban turgentes y sensibilizados por sus caricias. Las puntas enhiestas de sus pezones gritaban que los saboreara. Probó a morderlos con los labios, primero con suavidad. Luego los succionó con delicadeza para ver qué efecto tenía en Noemí, que respondió arqueando la espalda para introducirlos aún más en su boca.

Su virilidad jamás se había visto tan recompensada por las atenciones que prodigaba a otro cuerpo que no fuera el suyo, lo que le provocaba más dureza a su ya más que duro miembro, que lloraba gotas de felicidad que humedecían aún más a Noemí.

Álex sentía que tenerla abierta y dispuesta para él era un sueño que, por fin, se había hecho realidad. Era tan hermosa...

Noemí sentía las caricias de Álex mucho más allá de su piel. Le puso una mano en el torso; quería notar los latidos de su amor vibrando por ella. Jamás le habían acariciado el corazón. Todos se habían limitado a tocar su piel, a besarla, a penetrarla, pero ninguno se había aventurado más allá de las barreras que había erigido ella misma. Y, en cambio, Álex la estaba venerando con su mirada, con su tacto, con su sabor.

Le estaba acariciando el alma, le estaba haciendo sentir que era única en el mundo. Algo les había ocurrido a los dos la primera vez que se miraron. Y ahora, por fin, dejaban de pensar y solo se amaban con su cuerpo.

—Déjame saborearte. Necesito besar todo tu cuerpo. ¿Me permites que lo haga?

«¿Si se lo permitía? Le rogaría, si fuera necesario, que posara su boca entre sus piernas, así que, sí, por favor, cómeme entera», pensó.

—Soy toda tuya.

Álex levantó la mirada de su pubis para centrarla en sus ojos.

—Sí, lo eres. Y yo soy tuyo por completo.

Noemí pensaba que, como siguiera diciéndole esas cosas, no haría falta que la besara, volvería a explotar sin control alguno sobre su cuerpo. Qué bueno era dejarse ir.

La tocó en su intimidad, acariciando sus pliegues con devoción. Mirándola con adoración. Excitándose con el olor con el que sus cuerpos seguían uniéndose de todas las maneras posibles.

—Hueles a canela —susurró aspirando su aroma más personal.

—Álex... —suplicó alzando sus caderas.

—Te estremeces si te toco —murmuró admirado del efecto que causaba en ella.

—No me tortures más...

Al empezar a besarla, Noemí chilló en respuesta. Aún no había llegado a la cúspide y ya estaba gritando de placer. En el momento en que notó que él seguía acariciándola con la lengua y estiraba un brazo para llegar hasta sus pechos para continuar estimulándolos, no pudo aguantar más, y todo su cuerpo experimentó un placer tan sublime que le pareció que el orgasmo nacía en sus pechos y bajaba hasta su centro y lo conectaba todo.

Cuando recuperó la cordura entre jadeos, fue capaz de abrir los ojos. Álex seguía acariciándola con más sutileza, pero no dejaba de tocarla en ningún momento.

—Ahora quiero...

—Shhh. Respira —le dijo emocionado por que ella quisiera seguir con aquello.

—Déjame, por favor.

Álex besó su boca despacio; como empezara a acelerar el ritmo no podría aguantar mucho más. Seguía acariciando el costado de Noemí, hasta que la cogió por el culo y la puso encima de él.

—También quiero besarte como has hecho tú —protestó ella.

—¿Estás segura? ¿No te incomoda?

—Te aseguro que lo estoy deseando —dijo mientras se deslizaba hacia abajo apretando durante el descenso sus pechos en su torso.

—¿Te apetece mucho?

—Mucho —contestó con los ojos nublados otra vez de anhelo.

—Me gustaría que en nuestra primera vez pudiera acabarlo dentro de ti. Necesito meterme en tu cuerpo —susurró—, y no voy a poder contenerme si sigues así.

—Podrás.

Álex apretó los dientes, en su firme propósito de no defraudarla.

Noemí acarició el pene de Álex con la misma reverencia que él la había tocado. Dejando pequeños besos tanto en sus testículos como a lo largo de su longitud. Después de dejar de jugar con su miembro, no pudo evitar la tentación de acogerlo en su boca, y tan profundo quiso que entrara en su cuerpo, que tuvo que respirar despacio para no ahogarse. Aunque fue comprensiva, y lo complació: lo liberó rápido de su ataque sensual, le enfundó la protección y se clavó en él en una única estocada.

Ella tenía ganas de devorarlo entero, pero él quería terminar dentro de ella. Ambos deseos no eran excluyentes.

En el momento en el que Álex empezó a bombear, no se creía que aquello estuviera sucediendo.

¿Había llegado al paraíso? No imaginaba nada mejor.

Noemí iba a tener otro orgasmo. No daba crédito. Cualquier caricia de Álex la cargaba de una pasión electrizante que necesitaba liberar entre gritos de placer.

Y justo cuando el interior de Noemí empezó a succionar la virilidad de Álex con rítmicos espasmos, él se dejó ir con un rugido que nacía de sus entrañas y que contagió a Noemí, que gritó con abandono.

—Te quiero, preciosa —dijo entre jadeos cuando acabó.

Jamás habían imaginado que el sexo que nacía del amor pudiera ser tan distinto del que no involucraba emociones ni sentimientos.

Además del cuerpo saciado, algo se había instalado en sus corazones: la seguridad y la confianza que les daba sentirse amados por el otro.

—Eres lo que más quiero en el mundo —murmuró borracho de amor.

—Yo también te quiero, Álex —contestó perdida en un mar de sensaciones que aún acuchillaban sus terminaciones nerviosas.

—Quererte a ti es querer una parte de mí mismo que solo existe por ti. Te prometo que siempre vas a ser lo primero para mí.

—Yo también te juro que no voy a menospreciar esto que tenemos. Nada es comparable a poder ser una misma, sentirse enamorada y correspondida. Privarme de ti, además de doloroso, sería como amputarme parte del alma. Quiero estar contigo. Y estoy preparada para hacerle frente a lo que sea.

Sabor de amor (Danza Invisible)

Al abrir los ojos por la mañana, Álex seguía allí, en su cama. Qué felicidad despertarse un Sant Jordi, el día de los libros y el amor, con su enamorado entre sus sábanas.

No pudo evitar rememorar la última vez que vio dormir a Álex. Fue durante las maravillosas vacaciones de verano que habían disfrutado hacía ya tantos años. Los seis amigos que iban habían decidido que querían estar todos en la misma habitación. De modo que usaban los cuartos del apartamento para cambiarse de ropa, pero el dormitorio más grande era donde dormían. Con colchones sin somier, se las apañaron sin problemas. A ella le tocó en suerte compartir la cama de matrimonio con Laura, y a su lado, en el suelo, estaba Álex en un colchón.

Como se despertaba tan temprano, y los demás seguían en brazos de Morfeo, aprovechaba para mirarlo a placer. No tenía que disimular lo que aquello le provocaba. Podía comérselo con los ojos. Podía soñar que un futuro con él era posible.

Álex dormía esbozando una sonrisa. Jamás había visto a nadie sonreír mientras soñaba, y le parecía algo bastante insólito que le daba felicidad.

Pero esa mañana, Álex ya no dormía en un colchón en el suelo; ni él era un adolescente, ni ella, una niña que no comprendía por qué reaccionaba de aquella manera al contemplarlo. En aquel preciso momento, Álex estaba en su cama, la había amado como el hombre enamorado de ella que era, y ella tenía privilegios sobre su cuerpo. Entonces hizo todo aquello que la niña que fue no se había atrevido siquiera a imaginar, y besó su sonrisa. Tocó la piel de su torso y pegó sus pechos contra él. Le acarició el culo con devoción, y cuando notó que el sexo de Álex se despertaba se separó lo justo para poder tocar su miembro con comodidad.

—Buenos días a ti también, preciosa —murmuró con los ojos cerrados.

—Perdona por despertarte, nunca puedo dormir hasta tarde —dijo sin sentirlo lo más mínimo.

—Despiértame a cualquier hora, incluso de madrugada. No tengo ningún problema si lo haces así —susurró besándola y acariciándola a su vez.

—¿Quieres desayunar? —preguntó de repente al recordar que Álex se despertaba siempre con hambre canina. Quizás él ya se sentía saciado de ella.

—Solo a ti —contestó abalanzándose sobre ella mientras la besaba por toda su piel.

—Perfecto —ronroneó—, ya nos alimentaremos más tarde.

Álex había perdido la cuenta de los asaltos que habían tenido lugar en tan pocas horas. Jamás en toda su vida había sospechado que una mujer pudiera sentirse tan atraída por él que fuera incapaz de controlar su placer porque se desbordaba con sus caricias, con sus besos, con su miembro o con simples palabras de amor. Nunca se había sentido tan satisfecho, tanto en el aspecto íntimo —su ego de macho estaba aplaudiendo— como en el emocional. Por fin, su corazón había conectado con su cuerpo. Había leído sobre el amor y había visto películas; sin embargo, jamás de los jamases pudo imaginar aquello. El subidón, la fuerza, la seguridad, la felicidad más absoluta. Noemí era la llave de su paraíso.

—A ti te gusta cocinar, ¿verdad?

—Sí. —Sonrió—. No te preocupes, ya preparo yo el desayuno.

—Gracias. Aunque en el fondo te estoy haciendo un favor. Seguro que tus tostadas saben mejor que las que yo quemó.

—Eres una exagerada.

—Además, me da una pereza tremenda. Me voy a la ducha, que huelo mal.

—Hueles a canela —susurró mordiéndole la boca— y a mí —añadió cogiéndole el culo.

—¿Cuántas veces eres capaz de hacerlo sin cansarte de mí?

—Jamás me voy a cansar de ti —prometió—. Pero antes de que nos saltemos el desayuno tardío, dúchate. Y rápido, o no respondo.

Noemí lo besó con una carcajada. Álex llevaba unos calzoncillos que dejaban poco a la imaginación. Y tenía razón, volvía a estar listo para ella. ¡Qué felicidad! Le dolía el cuerpo, sobre todo algunas partes en especial; no obstante, no dejaba de sonreír.

Justo cuando se metía en la ducha, sonó el timbre de la puerta. No podía recibir a nadie con ese olor a sexo que inundaba cualquier fosa nasal. Álex no es que no oliera igual que ella, pero se le antojaba distinto, masculino. Así que le dijo entre gritos que fuera a abrir, que ella tenía que adecentarse.

Sería Björn. Quizás no era la mejor forma de que se diera cuenta de que lo suyo no iba a prosperar de ninguna de las maneras, pero estaba segura de que se tomaría aquello con deportividad. A Björn no le gustaba perder, y luchaba por lo que quería hasta el final. Sin embargo, una vez llegaba el momento, aceptaba lo que fuera. Además, estaba convencida de que en el fondo se alegraría por ella.

Mientras se enjabonaba a toda prisa, oyó a Álex que gritaba «un momento». Seguro que querría recoger la ropa que estaba tirada por el comedor y aprovecharía para ponerse unos pantalones. Que, aunque era evidente lo que había pasado entre ellos, tampoco hacía falta restregárselo por las narices. Álex era considerado en exceso, y más teniendo en cuenta que Björn no le gustaba. Era un hombre maravilloso.

Salió corriendo de la ducha y se puso un albornoz. No intentó arreglarse el pelo porque le hubiera llevado demasiado tiempo. Luego ya se pelearía con sus rizos.

Llegó al recibidor en el mismo momento en el que Álex abría la puerta, aún abrochándose los últimos botones de su camisa.

Pero en el descansillo no aguardaba Björn. Esperaban su madre, su hermana y su sobrina.

«No, no, no. No tenían que enterarse así».

Noemí estaba paralizada.

Ellas los miraban atónitas.

Álex maldijo por lo bajo.

¿En serio? No habían tenido ni un día para disfrutarse sin pensar en lo que había al otro lado. Su familia no podría haberlo descubierto de peor forma. Pero, incluso así, no tenía ninguna intención de disimular, aunque dudaba que en esa situación fuera posible decir que no era lo que parecía.

—Álex, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó casi tartamudeando Laura.

Noemí tenía los ojos clavados en su hermana, ajena al hecho de que Álex se estaba acercando a ella para hacer un frente unido.

—Laura... —susurró.

—¡No! Contigo hablaré luego y me explicarás por qué nos has hecho creer a todos que

odiabas a Álex, porque a la vista está que no es así en absoluto.

Noemí pegó un respingo como si el grito de su hermana hubiera sido un latigazo.

—Creo que es mejor que nos vayamos. Ahora no es el momento de hablar. Ya lo haremos mañana, cuando todos estemos un poco más calmados —dijo Teresa al ver que sus dos hijas estaban a punto de estallar.

—Yo de aquí no me voy hasta que me expliquen qué está pasando.

—Tía —dijo Marina con voz débil—, en realidad no es lo que parece, ¿verdad? —suplicó.

Noemí no se podía creer que la primera vez que su sobrina la llamaba «tía» fuera en aquel momento. Siempre la había llamado por su nombre. No soportaba que Marina se sintiera tan traicionada por ella que necesitara poner distancia golpeándola con el título de su parentesco.

—Yo...

Álex estaba maldiciendo como nunca.

Y Noemí parecía paralizada. Teresa tenía razón: aquel no era el momento. Se veía venir que todos terminarían diciendo cosas que acabarían lamentando.

—Laura, por favor, tranquilicémonos y lo hablamos como personas civilizadas.

—¿En serio vas a jugar la carta de la ex histérica?

Ahí lo tenía. El drama había empezado.

—¿Desde cuándo te has estado tirando a mi hermana? ¿Mientras estábamos casados me ponías los cuernos con ella? Y tú, ¿cómo has podido acostarte con mi marido?

—No he estado con tu hermana a tus espaldas.

—¡A la vista está que no es cierto!

—No puede ser, mi tía no se acostaría con mi padre. ¿Verdad que no, Noemí?

—Lo siento, perdonadme —suplicaba Noemí.

—No hay nada que perdonar —escupió Álex entre dientes.

—¿Cómo que no? ¿Cómo te atreves?

—Hija, vámonos. Marina no tiene por qué ver esto.

—¡Estaba enamorado de Noemí desde el primer momento en que la vi! —explotó Álex al ver que su exmujer y su hija lo estaban condenando como si no lo conocieran de nada—. ¡Y me tragué mis sentimientos! ¡Primero por estúpido y luego porque te quedaste embarazada y quería ser responsable de vosotras!

—¿Era ella? ¿La mujer de la que estabas enamorado era mi hermana?

—¿Tú sabías que papá estaba enamorado de otra mujer?

—Dios, esto no tiene ningún sentido.

—Noemí, hija —dijo Teresa entendiéndolo de golpe—, por eso te fuiste.

Noemí no cesaba de llorar.

—Jamás te avergonzaste de mí, lo que me dijiste era verdad. Gritaste, lloraste y te apartaste de mí después de quedarme embarazada porque estabas enamorada de Álex.

—Lo siento, era demasiado doloroso para mí.

—Durante este tiempo que podríamos haber hecho nuestra vida, te empeñaste en hacernos infelices a todos. Jamás te voy a perdonar. Y a ti —dijo mirando a Noemí—, tampoco. No entiendo cómo has sido capaz.

—¡Todo es culpa mía! —gritó Marina—. Si no hubiera nacido, nada de esto hubiese ocurrido —declaró hecha un mar de lágrimas.

—¡Basta ya! Lo que tengas con tu exmarido, lo hablas con él en privado. La niña no tiene por qué ser testigo de este despropósito.

Laura, Noemí y Álex se abalanzaron a abrazar a Marina; los tres diciendo con distintas palabras que la culpa no era suya.

Marina se fue, desbordada de dolor, de impotencia y de decepción por la que era su familia. Su abuela fue tras ella, después de un escueto: «vámonos ya, Laura».

Laura se quedó un instante más. Mirándolos incrédula.

—Jamás me lo hubiera imaginado. Las personas en las que más confiaba...

—Te juro que no pasó nada, ni tan siquiera hablamos mientras estuvisteis casados. Tienes que creerme. Aunque me enamoré de él en cuanto lo vi, no crucé ninguna línea hasta que os separasteis.

—Ya no sé qué pensar. ¿Os habéis reído de mí a mis espaldas?

—Laura, sé que no piensas nada de lo que nos estás diciendo. Nos conoces. Sabes que jamás te hubiéramos traicionado.

—¿Y esto qué es?

—Una prueba de nuestra absoluta lealtad. No ha ocurrido nada hasta que tú y yo nos hemos divorciado. ¿Te crees que para Noemí y para mí no ha sido duro?

—¿La verdad? Me da igual. No quiero saber nada de vosotros. No creo que una traición así pueda, no ya perdonarse, sino tolerarse algún día.

—Laura, por favor —suplicó Noemí con las mejillas empapadas en lágrimas.

—Ni te me acerques. No sé quién eres ni en quién te has convertido. Mi hermana jamás me hubiera clavado una puñalada tan tramera.

Cuando Laura cerró la puerta de un portazo, se abrió una compuerta de sollozos en Noemí.

No podía respirar, se estaba ahogando de dolor. ¿Cómo había podido ir todo tan mal? Las endorfinas poscoitales le habían nublado el juicio. Era evidente que aquello pasaría.

Álex se acercó para abrazarla, para consolarla. Noemí pegó un respingo. No se acordaba de que Álex seguía a su lado.

—Vete, te lo pido por favor.

Él reaccionó como si lo hubiera abofeteado.

—No lo dices en serio.

—Álex, te lo ruego, déjame sola.

—No puedes querer eso en realidad. Somos una pareja. Solucionamos los problemas juntos. Me lo has prometido. Me has jurado que no ningunearías lo que tenemos, que le darías prioridad. No me puedo creer que en tan solo un minuto se te haya olvidado.

—No quiero que estés aquí. Vete —suplicó llorando.

Álex se calzó los zapatos, volvió a mirar a Noemí por si cambiaba de idea; no obstante, ante su negativa, abrió la puerta y se fue. Quería decir muchas cosas, sin embargo, de qué servirían en aquel momento. Noemí ya había tomado su decisión.

Antes de cerrarse el ascensor, vio como Björn llamaba a la puerta de su amada.

Su cielo en la tierra no había durado ni veinticuatro horas.

TERCERA PARTE

Desesperada (Marta Sánchez)

Le estallaba la cabeza. Pensaba que era imposible sentir más dolor que cuando se enteró del embarazo de Laura.

Si con catorce años creía que se le había hundido el mundo. Con treinta y uno lo sabía con certeza.

Las paredes del edificio antiguo donde vivían eran demasiado finas y no aislaban los sonidos de cada piso. Björn lo había oído todo: los gritos, los portazos, los sollozos. En aquel momento tan delicado de su amistad, Björn no se lo pensó dos veces. En cuanto oyó el silencio, se fue a verla. Sabía que lo necesitaba, y él quería ofrecerle su apoyo incondicional. Esta vez respetando sus deseos. Sin imposiciones.

Y empezaron las confesiones.

Noemí jamás le había explicado nada de lo que la atormentaba. Y ahora todo salía a borbotones.

Björn ya no sabía qué decirle para consolarla. Y al final no se le ocurrió otra cosa que explicarle el motivo real por el que había querido que ellos dos fueran pareja, la razón por la que había huido de Suecia y había venido a Barcelona con la intención de estar con ella. Quería que la empatía de Noemí empezara a actuar y dejara de lado sus propias penas para ocuparse de las de su amigo. Necesitaba que ella saliera de su bucle de dolor.

—Yo también tengo el corazón roto.

—Björn, que no me voy a ir contigo. No insistas. Sigo queriendo a Álex —dijo mientras se sonaba los mocos.

—Ya lo sé. Tenías razón. Tú y yo no somos más que amigos.

—¿Entonces?

—Que la he cagado. Que me enamoré de la mujer más extraordinaria que he conocido jamás. Una sueca que es la personificación de todos mis deseos.

Noemí se secó las lágrimas y le prestó atención.

—La dejé plantada un par de veces, tonteeé con otras mujeres, fingí que me olvidaba del día de su cumpleaños...

—¿Y eso?

—No quería que se diera cuenta de que para mí ella no era un simple lío.

—Pero, a ver... ¿qué pretendías con ello? ¿Te va el rollo castigador?

—No. Ya lo sabes. Soy bueno en la cama, pero sencillo. Con poderla meter del todo ya me doy por satisfecho.

—Mira que eres animal...

Björn quería hacerla reír para que tuviera un respiro de su drama. Distraerla.

—Solo pretendía que fuera ella la que me dijera que deseaba más. Fui un cobarde, pero no me atrevía a dar el primer paso. No sabía lo que los sentimientos pueden hacer a un hombre. Jamás me he sentido tan vulnerable. Y me asusté.

—No me digas más. Después de tanta delicadeza por tu parte ella seguro que cayó rendida a tus pies, ¿no? —preguntó con sarcasmo.

—Pensaba que me diría que en realidad me deseaba a mí. En exclusiva. Yo solo quería

garantías de su amor. Pero me echó de su vida y me dijo que no iba a perder el tiempo con alguien que no la valoraba.

—¡Ay, Björn! Qué poco conoces a las mujeres. Y en el amor, nunca hay garantías.

—Ya, bueno. La echo de menos. Era ella, Noemí. La mujer de mi vida. Y la he perdido por imbécil. Creía que tú me ayudarías a olvidarla.

Noemí lo abrazó. Por fin, había entendido por qué de repente había actuado así con ella.

—Ya hablaremos otro día sobre tu cerebro de mosquito emocional. ¿Y si yo no fuera tan lista? ¿Y si hubiera creído que los dos podíamos olvidar al amor de nuestras vidas estando juntos? Esto no se le hace a tu amiga del alma, Björn. Nos hubieras condenado a una relación llena de carencias. Cuando esté mejor, me voy a enfadar contigo por todo esto. Ahora no tengo fuerzas para ello. Solo quiero decirte que seas valiente. Lucha por ella si es necesario.

Björn se encogió de hombros.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—No lo sé. No sé cómo hacerle entender a Laura que no quiero renunciar a mi familia, pero que el amor de Álex es prioritario en mi vida.

—¿Sigues queriendo estar con Álex?

—Claro. ¿Por?

—Noemí —dijo Björn con cautela—, lo has echado. Le has dicho que se vaya.

—No, no. Lo único que quería era estar sola en aquel momento porque todo ha sido un despropósito. Pero no lo he echado... ¡Ay! —exclamó al darse cuenta—. Que sí lo he echado... ¿Cómo he podido hacerlo? ¡Yo no quiero estar sin Álex! ¿Crees que piensa que he roto con él?

Noemí respiraba con dificultad. Agobiada.

Björn miró el reloj.

—Son las cuatro de la madrugada. Pero estoy convencido de que puedes llamarlo. Agradecerá que lo despiertes para asegurarle que sigues queriéndolo en tu vida. Eso si está dormido, que lo más seguro es que no haya podido pegar ojo.

—No puedo llamarlo a estas horas... Y menos para tener una conversación de este tipo. Que, si cree que me lo he quitado de encima, no va a ser fácil. Quiero verlo, prometerle que ha sido un malentendido. Que en ningún momento he querido estar sin él.

—Ven aquí, *Pequeñaja*.

Björn tenía la camiseta llena de sus mocos. Ya no venía de unos cuantos más. Ambos necesitaban un abrazo reconfortante.

Al cabo de un rato, Björn se quedó dormido. Para Noemí fue imposible.

De ahí que empezara a contar los minutos —las horas— que faltaban hasta el momento en que se consideraría razonable ir a por él.

Porque la promesa que le había hecho iba en serio. Ellos —su relación— serían su prioridad.

A las seis se levantó de aquel sofá con dificultad. Tenía los músculos del cuerpo agarrotados. Ya no podía esperar más.

Se fue al baño. El reflejo que le devolvía el espejo era catastrófico; tan triste que le vinieron ganas de llorar otra vez. El pelo parecía un almiar. Tenía los ojos rojos e hinchados. La nariz había aumentado de tamaño por la cantidad de secreción que había generado. Estaba espantosa.

Y por dentro aún se encontraba peor.

Aunque Álex entendería, ¿no? Que ella no quería renunciar a él, pero que se había sentido sobrepasada por los acontecimientos.

Y sonó el timbre de la puerta.

¿Quién sería? Temía ir a comprobarlo. No tenía ni idea de quién podría ser. No sería capaz de soportar más reproches.

Al salir de su habitación, vio que Björn se había incorporado en su sofá. Le había despertado el timbre; rotaba la cabeza para destensar cervicales y mantenía los ojos cerrados. Había dormido un par de horas. Quizás algo menos. Estaba hecho polvo. No tanto como ella, pero no mucho mejor.

Al otro lado de la puerta, estaba Álex. Sin afeitarse, con ojeras. Ella no tenía mejor pinta.

—Noemí —susurró sin saber qué más añadir, destrozado de ver la pena que destilaba de su preciosa morena.

—¿Puedo abrazarte? —suplicó ella con el corazón bailando en su pecho.

—Por favor —contestó aliviado.

Noemí se acurrucó en su torso. Y algo se destensó entre ellos. Aún sin palabras, sus cuerpos estaban entendiendo. Estaban de pie, con la puerta abierta, remisos a romper ese contacto que les estaba revitalizando. Con el rabillo del ojo, Álex vio la figura de Björn que se acercaba.

Maldijo por lo bajo. ¿Qué diantres hacía él aún allí?

—No seas duro con ella —le dijo Björn mientras apoyaba la mano en su hombro cuando pasó por su lado arrastrando los pies para irse a su casa.

Y antes de cruzar por la puerta, se giró como si hubiera recordado algo en ese instante.

—Y perdona por nuestro primer encuentro. No fue muy afortunado.

Noemí se envaró al oír a su amigo. En el momento en el que había visto a Álex, se le había olvidado que él seguía en su casa. Y ahora Álex sacaría horribles conclusiones.

—Te juro que no es lo que piensas.

—Dudo que no sea exactamente lo que pienso.

—¿Cómo puedes sospechar algo así de mí? —exclamó dolida.

—¿Qué es lo que no tengo que creer? ¿Que has pasado la noche con un amigo que te ha escuchado? ¿Que este amigo te ha aguantado todas las lágrimas? ¿Que te ha consolado en tu tristeza?

Aunque le doliera que Noemí no hubiera confiado en él para confortarla, sabía que no había pasado nada con el danés.

Noemí se quedó con la boca abierta.

—¿No supones que ha habido sexo entre nosotros?

—No.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Primero porque te conozco. Sé que no me harías daño a propósito, y esto, lo sabes, me dolería muchísimo. Y segundo porque yo he pasado una noche contigo, Noemí. Y no concibo que cualquiera que sea el privilegiado de tenerte se despierte con la cara que tenía Björn esta mañana.

—Gracias —dijo aliviada. Al menos, no debía lidiar con otro problema más.

—Pero tenemos que hablar.

—Lo sé. Justo iba a ducharme cuando has llamado a la puerta. Iba a buscarte.

Álex levantó una ceja en una muda pregunta.

—Quería disculparme. No estuvo bien que te pidiera que te fueras de mi casa.

—No. No es que no estuviera bien, es que estuvo terriblemente mal.

—Pero no estás enfadado conmigo, ¿no?

Álex volvió a alzar la ceja, y Noemí no pudo evitar preguntar:

—¿Vas a poder perdonarme?

—¿Vas a seguir evitándome si tienes problemas?

Noemí cerró los ojos y suspiró, agotada por la situación.

—Tienes razón, me merezco tus dudas.

Fueron hasta el sofá, que estaba lleno de pañuelos de papel usados, dispuestos a tener una conversación.

—¿Has comido algo desde que me fui? —le preguntó Álex.

—La verdad es que no. Ayer íbamos a desayunar tú y yo, y ya no nos dio tiempo. Y con todo lo que pasó se me quitó el hambre. Tenía el estómago hecho una bola. Björn me ha obligado a comer un poco. Pero apenas he probado la *pizza* y las bolsas de patatas fritas, que era lo que tenía en casa. No me entraba nada más.

—Pues vamos a retomarlo donde lo dejamos. Tú ve a la ducha y yo voy preparando el desayuno.

—Te quiero.

—Y yo, pero hablaremos largo y tendido de esto, Noemí.

—Ya... Lo sé. Lo lamento. No he pretendido en ningún momento que sintieras que te apartaba de mi vida.

—Pues justo es así como me he sentido.

Se había duchado. Se había arreglado el pelo, aunque lo llevaba aún mojado. Se había puesto un pantalón muy corto tejano y una camiseta de manga larga. Algo cómodo y sencillo para estar en casa. Y cuando llegó al comedor vio que en la mesa había de todo: zumo, cruasanes, pan, mermelada, bizcocho...

—¿De dónde ha salido todo esto?

—De la pastelería de enfrente. He bajado un momento mientras estabas en el baño. He cogido tus llaves para poder entrar. Espero que no te importe. Quería darte una sorpresa.

—No, no. En absoluto. Me encanta que cocines para mí y que me traigas cosas tan deliciosas como estas. Por mí, encantada. Muchas gracias. Pero cuando vuelvas a la Montserratina, por favor, coca de crema. Es... insuperable.

—¿Quieres que baje?

Se lo pensó un momento. Ahora que había nombrado aquella maravilla se le estaba haciendo la boca agua.

—No, no. Otro día. Con lo que has comprado ya tenemos más que suficiente.

En cuanto empezó a comer, se le abrió el apetito del todo. Estaba famélica. Además, si tenía la boca llena, podía retrasar un poco la conversación. Álex esperó hasta que el ritmo al que seguía comiendo descendió al nivel del picoteo.

—Noemí, la lealtad va en dos direcciones —empezó.

—¿Cómo?

—Ven —le dijo mientras se levantaban de la mesa e iban hacia el sofá—. Sientes que hemos traicionado a Laura y a Marina. Pero no es cierto. En absoluto.

—Se suponía que tú tenías que ser terreno prohibido para mí.

—No. Se suponía que Laura tenía que ser terreno prohibido para mí. Jamás tendría que

haberme acostado con ella si estaba enamorado de ti. Que sepas que, cuando terminó, me di cuenta de que te había traicionado, a ti, a lo que sentía por ti. Es a ti a la que he estado abandonando una y otra vez.

Noemí se quedó sin palabras. No lo había visto de ese modo.

—Quien la ha cagado he sido yo. Y he estado intentando enmendar ese error, aunque en el fondo lo haya complicado todo aún más. No quise que Laura cargara sola con el embarazo ni que Marina no disfrutara de su padre en casa. Y las puse a ellas las primeras de la lista. Porque ponerte a ti por encima, era hacerme feliz a mí. Y eso me hubiera convertido en un egoísta, porque estar junto a ti es lo que yo deseo, lo que he querido siempre. Quien ha sufrido más durante todo este tiempo sin merecerlo has sido tú. Porque, si buscamos culpables, Laura lo es tanto como yo.

—Pero nadie que se precie se acuesta con los ex de sus amigas, ¡pues imagínate con los de sus hermanas!

—Hay circunstancias atenuantes.

—¿Me vas a hablar como un abogado?

—Te voy a hablar como un hombre enamorado que no va a consentir que te echés la culpa de lo que ha pasado.

—Bueno, es que un poco sí que soy culpable...

—¿De irte de tu casa con dieciocho años para no interponerte entre tu hermana y yo?

—No, más que interponerme, era para no morir de pena.

—¿De no mirarme jamás para hacerte invisible?

—No, de no mirarte para que no se notara lo que sentía por ti.

Álex le acarició la mejilla.

—Has sido más que leal con tu hermana.

Noemí negaba con la cabeza. Estaba abrumada.

—Preciosa —Álex la besó con ternura—, Laura te quiere. Dale tiempo. Concédele la oportunidad de que sea leal contigo. Tú has escogido a quien amar...

—No, eso ni por asomo —lo interrumpió—. Si hubiera podido, jamás te hubiera elegido a ti...

—Hombre, muchas gracias.

—Ha sido mi corazón el que ha decidido, yo no he tenido nada que ver. De hecho, llevo años intentando erradicar mis sentimientos por ti. Y ha sido imposible. Aunque, de haberlo podido hacer, te aseguro que nuestras vidas hubieran sido más fáciles.

Álex la acercó a su pecho para cobijarla en su torso. Lo entendía a la perfección, porque a él le había sucedido lo mismo. Cuántos años intentando que fuera Laura quien ocupara sus desvelos, y siempre tenía a su maravillosa morena en sus pensamientos más recónditos.

—Tu hermana acabará entendiendo. Esto ha sido una sorpresa porque no se lo esperaba. Pero el mismo sacrificio que hiciste tú en su momento, ahora lo tiene que hacer ella. Y para Laura no será tan duro, porque jamás me ha amado, y yo sigo queriendo formar parte de su vida. Así que lo único que tiene que comprender es que ha llegado el momento de que sea ella quien te demuestre su lealtad.

—Ya... si dicho así tiene sentido, sin embargo... ¿y si ellas no lo aceptan? ¿Y si ya no nos quieren volver a ver?

Álex suspiró. Era una posibilidad real, aunque en el fondo estaba convencido de que no ocurriría. Que las mujeres de su vida continuarían queriéndolos a pesar de todo.

—Dímelo tú. ¿Qué pasará si ellas nos dan la espalda? ¿Vamos a renunciar a nuestro amor? ¿Vamos a ser infelices para tener a nuestro lado a personas que son incapaces de tolerar nuestros sentimientos?

—No me creo que me estés diciendo que, si no nos aceptan, es porque no merecen la pena.

—No es eso. —Se pinzó el puente de la nariz—. Solo te pregunto si tu decisión depende de su comportamiento. Me juego en esto tanto como tú. Te recuerdo que hace diecisiete años descarté que hubiera ninguna posibilidad entre nosotros por alguien que ni siquiera había nacido. El amor que sentí por mi hija cuando la pusieron en mis brazos no es comparable a nada que haya experimentado jamás. Mi prioridad desde entonces ha sido Marina. De manera que la posibilidad de perder su cariño me supone un dolor indescriptible, y no hay nada que no hiciera para asegurarme su amor. Nada, excepto dejar de ser yo mismo. Nada, excepto perderte de nuevo. Resolví quedarme con ella pese a que era una locura. Ahora nos toca a nosotros.

—Vale. Analicemos la situación...

—¿Me vas a hablar como una científica?

—Tú me hablas como un abogado en cuanto tienes ocasión.

—*Touché*.

—Pongámonos en lo peor. Ellas no nos vuelven a dirigir la palabra. Nosotros no nos dejamos vencer por sus prejuicios y seguimos con lo nuestro. ¿Tendremos una oportunidad de ser felices sin ellas? ¿De verdad crees que lo podremos lograr? ¿Eso de «tú y yo contra el mundo»? Porque nos moriremos de soledad.

Álex la estrechó aún más entre sus brazos, cobijándola bajo su amor.

—No lo pienso permitir. Confía en mí. Solo te pido que no renuncies a nosotros, que tengas paciencia.

—No lo voy a hacer. Pero la realidad es que yo no pude aceptar que estuvierais juntos. No pude seguir a su lado. ¿Y ahora soy yo la que le pide que se quede junto a mí?

—Preciosa —la consoló—, esto es distinto. Ella y yo jamás nos enamoramos pese a intentarlo con todas nuestras fuerzas, y tú y yo jamás hemos dejado de pensar el uno en el otro. Querernos no puede estar mal. Y todos nos merecemos que nos quieran.

—Y mi hermana ¿no se lo merece?

—Por supuesto, y no lo va a conseguir si permanezco a su lado. Por lealtad hacia mí no se hubiera permitido mirar a nadie más. Laura estaba desapareciendo de sí misma. Ya era hora de que encontrara su propio camino.

—Sí... la veo mejor, y el paso que hemos dado no tiene vuelta atrás, pero...

—¿Pero?

—Me duele el corazón sin ellas.

—Lo sé. Yo me siento igual. Sin embargo, aguanta un poco más. Te prometo que todo se va a solucionar.

Laura no está (Nek)

—Polaricemos en la zona más negativa —propuso Noemí.

Llevaban dos meses probando diferentes maneras. Distintos puntos de la curva, distintos voltajes. Pero siempre acababa igual. Empezaba bien, y al cabo de nada perdían la señal y el grafeno se había degradado de forma brutal.

Una y otra vez.

Era agotador.

Noemí no había podido dormir. Desde hacía tiempo se había acostumbrado a tener una libreta y un boli en su mesilla junto a la cama. El insomnio había sido su compañero fiel durante años, y a veces, en mitad de la noche, se le habían ocurrido ideas que en ese momento le habían parecido sublimes. Aunque a la luz del amanecer muchas veces no lo eran tanto, otras le habían dado una nueva vía para investigar.

En la libreta coquetona que había comprado en Raima y con un bolígrafo monísimo de La Carpeta, había desahogado frustración en forma de diagramas, ecuaciones y fórmulas absurdas.

Se había obcecado en mantenerse en la zona positiva tanto de la investigación como de su vida. Quería sumar. Álex, Laura, Marina, ella. Siempre positivos. Nunca negativos. Obviando dolor. Respondiendo sonrisas.

No se iba a rendir. Jamás.

Pero tenía que empezar a aceptar que era muy probable que Álex y ella se quedaran solos.

Y esa negatividad que la carcomía le hizo pensar en cambiar el rumbo por completo.

Así que probaría a polarizar en la zona negativa.

A peor no podía ir.

Y ella necesitaba saber hacia dónde conducía todo aquello. Porque el tsunami que habían provocado cuando su familia descubrió que estaban juntos había hecho que todos se dispersaran, barriendo a su paso cualquier posibilidad de reconciliación.

Y si descubría hacia dónde se dirigían sus expectativas y sus esperanzas, podría anticiparse y estar allí con ellas. Pero no en esa zona muerta donde solo existían los reproches.

—Venga, polariza. Aplica el voltaje.

Y el experimento empezó.

La señal se mantenía. La seguían viendo. Y seguían. Y más. ¡Y no desaparecía! El grafeno aguantaba y seguía transmitiendo la señal.

—¡Brutal! —exclamó Noemí al cabo de un buen rato cuando era evidente que el experimento había funcionado—. Esta curva que nos ha salido es astronómica. Pero... esto es... ¿Es posible? No me puedo creer lo que hemos encontrado. No. Seguro que no es —dijo emocionada, casi balbuceando por la impresión.

Se habían quedado en silencio. Mirando la pantalla del ordenador, sin comprender qué es lo que estaba viendo en realidad. Pero intuyendo que estaban ante un gran hallazgo.

—¡Creo que tenemos algo importante entre manos!

Noemí tenía conocimientos de neurofisiología, pero no lo bastante avanzados para asegurar con certeza lo que solo sospechaba.

—¿Qué? Suéltalo ya —la apremió un compañero.

—Podría ser una CSD.

—¿Una...?

—*Cortical spreading depression*, sí.

—Sé lo que es una CSD, pero ¿estás segura? Esto es muy gordo.

—Es gordísimo —dijo Noemí casi saltando de nervios—. Si os parece bien, voy a consultarlo con mi amiga Beth. Estudié con ella en el Queen Mary, y en este momento está en la University College of London precisamente investigando CSD —dijo exaltada.

—Llámalas ahora —instó Miguel, que era el jefe del equipo.

Tenían sus ojos clavados en ella, como si estuvieran esperando veredicto.

—Beth, ¿te puedo enviar la imagen de las señales que nos han salido para que me digas qué ves? Llámame cuando la recibas.

No pasó demasiado rato. Beth la llamó enseguida.

—¡Tremendo! ¡Es una CSD!

Noemí levantó un pulgar para comunicar a sus compañeros que su amiga había confirmado lo que ella suponía. Miguel alzó el puño en un gesto de victoria. Habían hecho un descubrimiento de incalculable valor.

—¿De dónde ha salido esto? —seguía preguntando Beth—. ¿Cómo lo habéis conseguido?

Noemí explicó la investigación que estaban llevando a cabo.

—¿Me estás diciendo que podéis detectarlo en un mapa de señales?

—Pues sí.

—¡Hasta ahora solo se podía medir en puntos concretos del cerebro, pero era imposible hacer un mapeado completo! ¡Me estáis salvando la vida!

Sí. La investigación había superado con creces las expectativas iniciales.

Como su relación con Álex. Jamás se pudo imaginar que el amor pudiera darle tanto. Quizás solo se trataba de seguir probando hasta dar con la fórmula acertada. Cambiar de perspectiva, dar un giro a aquello que parecía no funcionar.

Y, por encima de todo, no rendirse jamás.

—Noemí —le suplicó Beth—, vente a trabajar con nosotros. Cuando le enseñe esto a la jefa de equipo, va a querer que estés aquí. Estoy segura. ¿Cómo lo ves?

—¿Irme de mi país? ¿Otra vez? Buf —resopló agobiada—. No lo sé. No me lo había planteado siquiera.

—Sería estupendo que pudiéramos estar juntas como antes —dijo persuasiva su amiga.

No lo había considerado, pero quizás alejarse de su familia resolviera sus problemas de un plumazo.

No pasaba ni un solo día sin que Noemí y Álex le enviaran mensajes a Laura. Ella sabía que no se habían puesto de acuerdo para ello, porque cada uno se los mandaba a horas distintas.

Los de Noemí eran a las 6 de la mañana, cuando suponía que se despertaba. Sabía que era su manera de decir que la tenía en su pensamiento nada más levantarse y que la esperanza de que la contestara la acompañaba el resto del día.

Los de Álex, en cambio, eran justo antes de salir del trabajo, como había hecho tantísimas veces durante su matrimonio para avisar de que ya iba para casa.

En ninguno de los mensajes hablaban en plural. Ante Laura seguían sin ser una pareja,

aunque ella lo supiera demasiado bien. La querían por separado, la querían los dos a la vez. La querían, sin más.

¿Y ella? ¿Qué deseaba ella? Pues volver al pasado y no desnudarse ante Álex en aquella playa en la que había concebido a Marina.

Se moría de la vergüenza. ¿Cómo había sido capaz de condenar a las dos personas que más quería a una vida de tristeza? Cada vez —cada puñetera vez— que había sido espontánea y atrevida, pasaban cosas odiosas. Era peligroso salirse de su papel discreto y prudente.

Pero, aunque le daba miedo, era peor la alternativa. Llevaba demasiados años viviendo por inercia. Ignorando todo lo que quería en realidad. Y por fin, desde la separación, había iniciado el camino para luchar por sus sueños y aceptarse tal y como era, con sus anhelos y sus contradicciones.

Y en aquel momento parecía que había vuelto a dar un paso atrás. Otra vez triste. Otra vez contenida. Incapaz de saber qué hacer a continuación.

Por Sant Jordi habían querido darle una sorpresa a su hermana. Ahora que ella vivía en Barcelona les había parecido un plan estupendo bajar a la ciudad para disfrutar en familia de un día precioso entre rosas y libros. A ninguna se le ocurrió que Noemí pudiera tener planes mejores.

Y resultaba que sí.

El olor a sexo la había golpeado en cuanto le abrieron la puerta.

Y no lo había podido soportar.

Se había ido de allí hecha una furia. Enfadada. Dolida. Avergonzada. Humillada.

Pero tras la sorpresa, llegó la comprensión; ellos tenían razón: jamás la habían engañado con una infidelidad. Los conocía a ambos. Eran incapaces de hacer algo así. En aquel momento, comentarios, miradas, gestos que no había entendido a lo largo de todos aquellos años quedaron meridianamente claros para ella.

Su hermana evitaba mirar a Álex, cuando siempre le había puesto una sonrisa en la cara.

Álex le había dicho que ya no tenía ninguna oportunidad con la persona de la que estaba enamorado después de que ella se quedara embarazada.

Podría seguir hasta el infinito. Había estado delante de sus narices y no lo había visto.

Aunque le doliera haber vivido una mentira así, ellos habían sido todo lo honestos que habían podido. Su hermana se había ido, cuando todavía era una niña, y Álex había renunciado a intentar algo con Noemí por estar con ella y su hija.

Álex era un buen hombre, siempre lo había sido. Y su hermana era un amor. Noemí vivía con intensidad, sacaba a la vida todo el partido que podía. Sentir una pena así magnificada por su carácter extrovertido debía de haber sido devastador.

¿Y entonces? ¿Qué le impedía hablar con ellos si les comprendía?

—Bonica, ¿qué te pasa? —le dijo una voz a su espalda.

Se giró con una sonrisa melancólica. Había perdido la noción del tiempo mirando por la ventana, y una de las yayas de la residencia había venido a rescatarla en su silla de ruedas.

—Hola, Pilar. ¿Cómo te encuentras tú? Que estoy aquí para hacerte la vida más cómoda, no para que me la hagas tú a mí —le contestó con ternura.

—Ay, estos jóvenes. Que os creéis que nosotros no hemos vivido. Nos veis arrugadicos y viejicos, y os pensáis que siempre hemos sido así, que no nos hemos enamorado, que no hemos sentido. Y nos ha pasado igual que a vosotros. De modo que sé que te pasa algo. Que tienes carga de corazón roto.

—Yo te veo guapísima. Y si lo eres ahora, de joven seguro que eras rompedora...

—No me cambies de tema. Venga ¿qué te pasa?

—Nada, Pilar, que me he distraído un poco y ya está.

Pilar lo negó, en absoluto convencida de lo que le decía.

—Te voy a hacer una chaquetica...

—Estamos en verano...

—Pues te la guardas para el invierno. He traído unos ovillos para entretenerme con las agujas.

—¿Hoy no lees?

—Me he terminado los últimos libros que tenía. Ya he avisado a mi nieto para que me traiga más.

—Pero ¿no te han durado nada!

—Y qué voy a hacer todo el día sentada...

—También es mala pata que te hayas roto la pierna.

—Ya. Cosas que pasan. Pero, en cuanto pueda volver a andar, pues a mi casa y listos.

—Bueno, aquí no estás nada mal. Además, Pilar, si no hubieras venido, no nos hubiésemos conocido —dijo con una sonrisa radiante.

—Y qué más te daría, digo yo, con las cosas interesantes que puede hacer una mujer joven como tú. Venga, que te enseñe el punto bobo, que es el más fácil. Y no te preocupes que la chaquetica te la haré de punto inglés, que gasta casi el triple de lana. Que cuando me lo pidió una de mis nietas... ¡el triple me costó!

—Una de punto bobo también está bien. Me gustará cualquiera que me hagas.

—No, si mi nieta tenía razón. El punto inglés queda más majico.

Con las agujas cogidas sin ninguna destreza y soltándosele los puntos cada dos por tres, Laura consiguió concentrarse en algo más que en sus pensamientos. Y sin casi darse cuenta, le fue contando qué la estaba carcomiendo por dentro.

—Le iba a arrear un buen coscorrón a este Álex por picha brava. ¡Que no hay que sacar a pasear al pajarico cuando a uno le da la gana!

Laura disimuló una risa.

—Bueno, él solo fue educado y accedió a lo que yo le había pedido.

—Sí, educado... —dijo con sarcasmo—, que sufriría mucho el pobrecico con una chica tan guapa como tú.

—Pues, mira, tampoco fue para tanto. Yo pensaba que sería otra cosa. Tanto revuelo para lo que en realidad es.

—Ay, niña... que a nosotras no nos explicaban nada, aunque a mí nunca me hizo falta que me dijeran cómo iba el tema, pero vosotras... ¡si sabéis latín! Y bien hecho son como fuegos artificiales. Te lo aseguro. A ver, ¿tú sabes cómo llegar?

—¡Pilar! ¡Pero qué pregunta es esa!

—¿Qué? Me tiras de la lengua y después te sonrojas. Que ya está bien. Que hoy en día, mucho de quedarse en pelotas a la primera de cambio y luego os escandalizáis si se habla de ello.

—Bueno, si lo dices así...

—¿Entonces fuiste al asunto sin saber nada? ¿O te dio igual no tomar medidas?

—Sí sabía, sí. Es que no soy tan lista como me pensaba.

—Vaya par. Tonto ella, tonto él. Perdona, es que soy de Teruel y me ha salido así.

Y Laura siguió contando.

Pilar iba soltando: «Jesús», «madre del amor hermoso», «redió», otras expresiones coloridas y algunas un poco soeces. Laura se lo explicó todo hasta el final. Hasta el momento de hacía dos meses, cuando ella, su hija y su madre se habían enterado de todo. Y también le habló de los mensajes diarios que recibía, a pesar de que ella no se atrevía a contestarlos.

—Y ¿por qué no hablas con ellos?

—Siento que quiero desaparecer para siempre de sus vidas. No puedo perdonarme que les arrebatara la posibilidad de ser felices desde el principio.

—No creo que ellos te culpen de nada como para que se hayan planteado siquiera tener que perdonarte. Parece que lo están pasando mal por no estar contigo, bonita.

—Es que es un poco complicado. No puedo evitar imaginar que, quizás, mientras mi marido se acostaba conmigo, estaba pensando en mi hermana. Y no lo soporto. Aunque los dos supiéramos que no había esa clase de amor entre nosotros es doloroso.

—Creo que ha llegado un punto en esta historia en que ya no hace falta disimular ni callar. Estoy segura de que todos queréis seguir adelante dejando las cosas muy claras entre vosotros. Los dos te están pidiendo que hables con ellos. Quizás intuyen que todos tenéis algo que decir. Escúchate y escúchalos. Sé honesta, lo más sincera que puedas. Y cuéntales cómo te sientes, no te guardes nada. Y luego, volved a empezar. Parece que sería muy triste si perdierais el cariño que os une.

—Sí, sí. Los sigo queriendo y ellos a mí. Lo lógico sería aceptar que las cosas son así y seguir adelante. Sin embargo, ¿podré tener jamás una relación normal con ellos? Es que estoy hablando de mi hermana y mi exmarido. ¿Cómo se digiere esto? ¿Hasta cuándo tenemos que perpetuar esta situación incómoda en la que parece que todos lo hemos aceptado, pero en el fondo no? Porque, no te engañes, Pilar. Esto va a ser difícil de narices.

—¿De verdad vas a renunciar a ellos, bonita? Lucha con todas tus fuerzas por arreglarlos, porque estoy segura de que ellos van a pelear por ti con la misma intensidad. Y si todos queréis lo mismo ¿cómo no va a ser posible conseguirlo?

—Ya. La teoría es muy fácil. No obstante, ¿dónde queda mi hija en todo este lío? No nos habla a ninguno. De hecho, está viviendo con mi madre. Dice que no nos quiere ni ver. No soporta que su adorada tía sea el motivo por el que sus padres se han separado.

—Pero no es así del todo, por lo que me has dicho...

—Lo sé. ¿Y qué más da? Marina lo ve así o lo quiere ver así. Tanto su padre como yo le habíamos explicado algún detalle de nuestra relación. Creo que le había quedado claro que entre Álex y yo nunca había habido amor romántico. Sin embargo, que su querida tía la haya estado engañando, u ocultando sus verdaderos sentimientos por su padre, lo cual es evidente que no le podía contar, lo está sufriendo como una traición.

—Bueno, ella tiene la excusa de la edad; tú ya tienes treinta y cinco años y te estás comportando igual que ella.

—Porque es duro de gestionar. ¿Sabes lo que es que tu propia hija te pida explicaciones de por qué no aborté? ¿Que sienta que su vida solo nos ha traído dolor? Es horrible, ya te lo digo. Y no sirve de nada decirle que sin ella no hubiéramos sentido el amor que nos ha dado cada día de su existencia. Y que eso hubiese sido una pérdida terrible.

—Tiene carácter.

—Ha salido a su tía.

—Esto no puede continuar así, bonita.

—No puedo evitar sentirme un estorbo. Álex enamorado de mi hermana desde el instituto, y

Noemí, de él. Y yo siendo la mejor amiga de uno y la hermana de la otra, y sin enterarme de nada interponiéndome entre ellos.

—Sé que soy vieja y piensas que no sé de qué va todo esto, pero niña, hay historias de gente que conozco que aún son peores que la tuya. Aunque, ¿sabes lo mejor?

—No, en absoluto. No se me ocurre nada positivo de este lío.

—Que os queréis, que todo esto ha pasado porque habéis puesto a otra persona por delante de vuestros propios intereses. Ninguno de vosotros ha actuado por egoísmo o por maldad, y eso, reina, cuenta mucho. De hecho, es lo más importante de todo. Arréglalo con tu hija. Hazle saber que continúa siendo lo más valioso de tu vida. Vete de vacaciones con ella. El veranico está a la vuelta de la esquina. Y cuando vuelvas, habla con tu hermana y con tu exmarido.

—Nadie que te conozca puede evitar quererte, Pilar. Eres maravillosa.

Y la abrazó, con todo el cariño sincero que le provocaba aquella anciana de la residencia.

—Veo que estás haciendo nuevas amigas —dijo una voz varonil a su espalda.

Laura tragó saliva. El timbre de la voz de aquel desconocido había pulsado unas teclas en su interior que había olvidado que tuviera. Se giró a cámara lenta, sonrojada, casi excitada por una voz grave y modulada. ¿Qué le estaba pasando?

En cuanto vio al hombre que había hablado, una desilusión enorme se instaló en el corazón, que continuaba alterado por aquel tono ronco y sensual que había oído. Vestía con traje, llevaba el pelo corto, un afeitado rasurado, maletín en mano. Era guapísimo, sí. Sin embargo, ella ya había experimentado con un hombre tan perfecto como aquel, y la había dejado fría. Aunque el impacto de su voz la había alterado, estaba convencida de que era otro niño bonito, sin más.

—Pilar, te dejo con tu nieto, que hay otros residentes que seguro que quieren que juegue con ellos a las damas o al dominó.

El hombre se había quitado la americana y se estaba arremangando la camisa.

—Hola, soy Jan —se presentó mientras le tendía una mano para estrechársela.

Laura fue a tenderle la suya, educada, cuando se dio cuenta de que por debajo de la camisa asomaba tinta en la piel. Levantó bruscamente el rostro hasta sus ojos. Su mirada era peligrosa, su seguridad al cogerle la mano embriagadora. Tiró levemente de ella hasta que la acercó lo suficiente para darle un par de besos lentos, suaves, en la mejilla.

Las piernas de Laura se convirtieron en gelatina de repente. Hacía una eternidad que no sentía nada parecido.

—«Creo que me he perdido en un sueño» —murmuró Jan en su oreja citando una frase de la película de *El Señor de los Anillos* igual de afectado que ella, pero exudando determinación.

—¿Te gusta Tolkien? —Se sorprendió Laura.

Aquellas palabras se las decía Aragorn a Arwen cuando recordaba el día en que la había conocido. Le encantaba esa escena.

Jan la miraba como si no hubiera nada ni nadie más a su alrededor.

Laura se sacudió su embrujo de encima, balbuceó unas palabras de cortesía y se fue con paso apresurado. Estaba asustada de la reacción de su cuerpo. Después de tantos años, nada había cambiado. Le continuaban atrayendo hombres que tenían pinta de rudos, con tatuajes, pírings y muy musculados.

Seguía deseando hombres que fueran salvajes, pero que la trataran con delicadeza.

Hasta el momento no había encontrado ese dos en uno.

Antes de salir de la sala no se pudo resistir a echarle una ojeada por encima del hombro. Disimulando. Y se topó con una mirada intensa, muy consciente del efecto que había provocado

en ella, con los brazos cruzados y una sonrisa canalla. Pero fue la muda apreciación a la belleza de Laura y la promesa sensual en sus ojos lo que la dejó temblorosa y anhelante.

Ahora sí que estaba perdida.

Cruzó la puerta y se apoyó en la pared donde él no la pudiera ver. Jadeaba de la impresión. Su voz había despertado en ella sensaciones que había dejado arrinconadas en el olvido.

El cuerpo de Jan era tan perfecto y embriagador que había estimulado el suyo. Su contacto cuando la había besado en la mejilla había quemado su piel, como si la estuviera poseyendo.

Tenía la respiración entrecortada. El corazón le palpitaba salvaje sin control.

No sabía qué debía hacer, pero sí que quería tomar las riendas de su vida. Seguir sus deseos. Ya tenía treinta y cinco años. No podía continuar escondiéndose. Quien no arriesgaba, tampoco ganaba.

Cerró los ojos y cogió todo el aire que le faltaba en aquellos momentos y volvió a entrar en la sala.

Temblaba sin remedio, aunque esperaba que no fuera tan evidente como parecía.

Jan estaba riendo. Pilar era una persona muy divertida. Era inevitable pasárselo bien en su compañía. Pero dejó de reír en cuanto vio a aquella guapísima rubia venir en su dirección.

Cuando Laura estuvo frente a él, su cuerpo empezó a bullir; tan caliente, que estaba segura de que, si lo tocaba, lo quemaría.

Jan la miró con una ceja en alto, una sonrisa sensual y una muda pregunta.

—¿Me das tu móvil? —pidió Laura haciendo acopio de toda la valentía que no sentía.

Jan no dejó de observarla mientras le tendía su teléfono.

Laura grabó su número. Y se lo devolvió.

—Por si te apetece llamarme alguna vez.

Jan no se lo esperaba. Aquella rubia lo había impactado. Jamás había visto a nadie como ella. Era una mezcla de vulnerable determinación que lo había turbado.

Estaba un poco harto del efecto que tenía en las mujeres. Muchas se lanzaban a por él. Sin ocultar que lo deseaban. Y eso estaba muy bien. Pero no para él.

Jamás había tenido problemas para encontrar a alguien que le calentara la cama. Sin embargo, adoraba los juegos de seducción. Lo que buscaba era a una mujer que estuviera interesada en él, pero que quisiera ser halagada. Era aburrido no tomarse el tiempo necesario para conquistarlas. Hasta aquel momento, en cuanto intentaba agasajarlas, no le dejaban continuar, se lanzaban a comerle la boca o lo invitaban a su casa. Y él adoraba los preliminares, el coqueteo.

Y en cuanto vio a aquella enfermera, supo que preguntaría por la rubia en el instante en que se fuera. Pero ahora dudaba. Había sido ella quien se había adelantado al darle su teléfono. ¿Sería como todas las demás?

Pero se fijó en ella, en sus mejillas arboladas, en las manos que se retorcían, en la sonrisa tensa con la que intentaba disimular sus nervios. Apostaría su vida a que era la primera vez que hacía aquello.

Miró su móvil y no vio cuál era el contacto que había añadido.

—¿Cómo te llamas?

Laura sonrió un poco alterada por volver a escuchar su voz.

—Búscame.

A Jan se le empezó a acelerar el corazón. ¿Estaba diciendo que fuera a por ella? Le embargó una repentina excitación que lo fascinó.

La enfermera le había dado su número, así que había consentido de forma tácita aquello. Jan

jamás perseguía mujeres que no quisieran ser perseguidas. Pero, a diferencia de todas las demás, ella le daba la oportunidad de hacerlo de la manera que a él le gustaba.

—Hasta pronto, Pilar —se despidió Laura echándose el pelo hacia atrás como si fuera una reina.

Con pasos menos firmes de lo que le hubiera gustado, Laura salió de la sala y se volvió a apoyar en la pared para tomar aliento. Respiró hondo y fue a refrescarse al lavabo. Tenía los ojos brillantes y las mejillas ardiendo.

Notó una vibración en el bolsillo. Una notificación del móvil. Lo cogió con manos temblorosas.

Jan

Aunque te he encontrado, sigo sin saber tu nombre.

Laura sonrió emocionada.

Jan

Has escrito «Tu sueño» como tu contacto. Pero me gustaría llamarte por tu nombre de verdad.

Laura estaba viviendo la fantasía que jamás pensó que iba a tener. Estaba coqueteando... no se lo podía creer.

Tu sueño

Creo que aún es pronto para decirlo.

No sabía por qué, pero aquella enfermera lo estaba haciendo todo demasiado bien. Provocándolo para que él quisiera más.

Jan

Tengo a alguien justo al lado que lo sabe.

Laura se dio una palmada mental en la frente. Claro, se lo podía preguntar a Pilar. Y quiso decírselo ella.

Tu sueño
Laura.

Jan dejó pasar unos instantes, paladeando el nombre en su boca.

Jan
La musa de Petrarca.

Laura vibró de emoción contenida. Era estupendo estar tonteando así.
Jan sonrió al ver que ella no contestaba y dejaba de estar en línea.
El juego de la seducción había empezado.

Corazón partío (Alejandro Sanz)

Noemí estaba sentada frente a ellas, esperando veredicto. El ambiente cálido del local londinense no lograba calentar su corazón. Los ruidos del pub habían dejado de ser audibles. Lo que había explicado había silenciado todo lo demás.

Marie y Beth habían escuchado con paciencia y creciente sorpresa todo lo que su amiga se había guardado desde que se conocieron. Beth había ido intercalando bufidos, suspiros y exclamaciones ahogadas, mientras Marie le había ido dando patadas por debajo de la mesa para que dejara de hacerlo de una vez. Noemí se estaba abriendo en canal ante ellas. No podían interrumpirla.

Esa quedada anual de cada junio iba a ser recordada para siempre.

—No me odiéis.

Marie y Beth la observaron con extrañeza.

—¿Odiarte? —Se miraron entre ellas—. ¿Por no habérmelo contado antes?

—No, bueno, por eso también. Aunque lo decía por ser mala persona.

—¿Tú la recordabas así de intensa, Beth?

—No. Fiestera, divertida, atrevida, eso sí, pero dramática, no.

—Esto es serio —protestó Noemí.

—No acabo... —miró a Marie para confirmar que la sensación era mutua— «acabamos» de entender por qué estás así.

—¿Me habéis estado escuchando? ¡Que me he liado con el marido de mi hermana!

—Ex —replicó Marie—. Exmarido.

—Además —puntualizó Beth—, «liarse» implica algo un poco más pasajero, y me da a mí que esto no lo es en absoluto.

—Pero ¿por qué no me estáis riñendo? ¿Acaso en vuestros países esto es normal? ¿Robar maridos es algo aceptable?

—¿La estás oyendo? Otra vez con lo de los maridos. Ex. Exmaridos. Y, bueno, no hay una norma escrita sobre ello. Supongo que va a personas. Robar es malo en todas partes. Enamorarse ya es otra cosa, y depende...

—¿De qué?

—¿Qué es lo que te preocupa en realidad, Noemí? ¿Que te juzguemos?

—Eso me aterra. Es cierto. No podría soportarlo...

—¿Cambiaría algo que te dijéramos que nos parece horrible lo que has hecho?

—¿Os lo parece?

—Digamos que sí. Que nos indigna.

Beth lanzó una mirada asesina a Marie, que no dejaba de darle patadas en la espinilla. ¡Le iban a salir moratones!

—¿Qué harás si no lo aceptamos?

—Pues... no puedo parar de quererlo. Llevo desde el instituto enamorada de él.

—Exacto. ¿Qué te importa lo que nosotras opinemos? Es tu vida. Tú sabrás lo que haces.

—Me estáis apartando —dijo con un sollozo.

Marie no pudo aguantar más y la abrazó.

—No te estamos diciendo esto en absoluto. Al contrario. Siempre estaremos aquí para quererte y apoyarte. Lo que tienes que entender es que quien se está juzgando eres tú misma. Sigues pensando que has actuado mal. Y eso sí que te va a apartar, pero de ti misma y del amor que dices que sientes por Álex.

—Nos hemos prometido que seguiremos juntos, pase lo que pase. Que lo nuestro es demasiado grande para ignorarlo, y no lo voy a abandonar, pero sé que voy a ser feliz a medias. Y quiero ser feliz del todo. Si mi hermana...

—No necesitas ni el perdón ni el consentimiento de tu hermana.

—Porque lo digas tú...

—Claro, porque lo digo yo. Y porque tengo razón. Tú solo necesitas aceptar que no has hecho nada malo.

—Pero...

—Pero nada. Aquí todos somos adultos. Nadie ha engañado a nadie. No ha sido ningún calentón. Lleváis años reprimiendo vuestros sentimientos. ¿O es que me estás diciendo que Álex pertenecía a tu hermana? ¿Que en el momento en que una persona se casa pasa a ser de la propiedad del cónyuge y ya no puede romper ese vínculo jamás? Te daría de tortas para que te dieras cuenta de las tonterías que estás diciendo.

—Sí, sí. Si en la teoría y oído tal y como lo dices tiene sentido, pero luego pienso en mi hermana y en mi sobrina, y me duele tan adentro que creo que me voy a romper.

—No puedes dejar tu bienestar en manos de otros, Noemí. Manual básico de la autoestima. Primera regla: tú construyes tu felicidad. Estoy segura de que Álex tiene razón y al final todo se arreglará; sin embargo, si no es así, vive tu vida. Eres la persona más estupenda que conozco...

—Ejem... —protestó Marie.

—Vale, las tres somos las personas más increíbles del mundo mundial. Y te mereces todo lo bueno que te pueda pasar. Sé feliz. Y que cada uno apegue con lo suyo. Si tu hermana no es capaz de lidiar con ello, al fin y al cabo, es ella quien tiene el problema y no tú.

Noemí había tenido tanto miedo de que ellas no lo entendieran que respiró aliviada. Björn lo había aceptado. Ahora sus queridas amigas.

A pesar de lo que le pudieran decir, sí que era importante tenerlas a su lado.

—¿Has pensado en la oferta que te han hecho llegar desde mi universidad?

—¿Le habéis ofrecido trabajo? —preguntó Marie.

—Sí. Uno muy interesante. Pero no sé qué hacer. Aún no le he dicho nada a Álex. Es complicado.

—¿Crees que no querrá irse contigo?

—Con sinceridad, no lo sé. Cuando decidí venir a Barcelona, me prometí que, si no podía ser feliz allí, volvería a irme.

—Pues quizás ha llegado el momento de tomar esa decisión.

—Lo sé. Pero ahora no puedo decidirlo yo sola. Arrastraría a Álex. Y entiendo que él tiene su trabajo y a su hija en Barcelona. No es lo mismo.

—Tú también tenías a tu familia cuando te fuiste.

—No quiero ponerle en la disyuntiva de escoger entre toda su vida o yo.

Beth y Marie se miraron con pena, calibrando el peso de la situación de su amiga. Su café seguía en la mesa, abandonado.

—¿Y crees que podrás ser feliz si te quedas con él, pero sin tu familia? Porque ahora te vemos un poco mal.

—Eso es lo que me da miedo. Queremos estar juntos, lo tenemos claro y no renunciaremos a nuestro amor, pero no sé qué precio tendremos que pagar por ello.

—Quizás Beth te ha dado la solución ofreciéndote un trabajo en Londres. Piénsalo.

—¿Puedo pasar?

—Como vuelvas a dudar de si eres bienvenida a tu propia casa te doy un guantazo —le dijo su madre con un abrazo—. Anda, ven para acá, locuela. Que se me han hecho los días muy largos hasta que te has decidido a venir.

Noemí bajó la cabeza y se cobijó en su pecho. Su madre olía a pastel recién horneado, lo que la tranquilizó como hacía siempre.

—No me he atrevido con Marina aquí...

—Esta será siempre tu casa. Haya quien haya viviendo en ella.

—Ya, pero... —protestó no demasiado convencida.

—Acabo de hacer leche merengada y pastel. Lo preparo y nos lo tomamos en la terraza que se está quedando una tarde muy buena. ¡Deja, deja! —insistió cuando intentó ayudarla—. Ve a sentarte, que enseguida voy.

Noemí aprovechó esos minutos para respirar el aire caliente del bosque, el olor de los árboles, para escuchar el susurro de las hojas, el canto de los pájaros. Aquel pueblo pequeño, que tan asfixiante le había resultado en el pasado, se estaba convirtiendo en un bálsamo de serenidad. Quizás siempre lo había sido y se le había olvidado. Y ahora se estaba planteando volver a alejarse de él.

—Está fresquita... Toma.

—¿Te avergüenzas de mí? —decidió preguntar sin tapujos—. Sé que eres mi madre y me vas a seguir queriendo pase lo que pase; sin embargo, ¿te he decepcionado?

Teresa se tomó un minuto para pensar bien lo que quería decir.

—Odio cada momento que imagino que has pasado sufriendo por no hacer daño a tu hermana. No me puedo hacer a la idea de lo que te debe haber dolido querer a Marina sabiendo que era hija de Álex. No consigo asumir lo que te debe haber costado silenciar toda la pena que te ha estado carcomiendo.

Noemí estaba aguantándose las ganas de llorar.

—Me hubiera gustado consolarte, abrazarte, prometerte que todo se solucionaría. Pero tú sabías que no podías ponerme en esa situación tan dolorosa. Escoger entre la felicidad de mis dos hijas es una de las peores cosas que le puedes pedir a una madre.

—Nunca te lo dije porque te quiero demasiado para hacerte eso.

—Y has cargado tú sola con ello. Me avergüenza no haberme dado cuenta. Me desgarró por dentro no haber podido ser la madre que tú necesitabas.

—Mamá...

—Si pudiera volver atrás, me gustaría haber descubierto lo que te estaba pasando. Porque prefiero mil veces mi dolor a ver sufrir a cualquiera de mis hijas.

—Yo te lo escondí. No es culpa tuya.

—Da igual.

—Yo... intenté olvidar a Álex... —balbuceó.

—Hija, sé a lo que has renunciado y el motivo por el que lo has hecho. Y no puedo sentirme

decepcionada, me siento orgullosa. Porque el amor no se escoge, y, en cambio, tú elegiste seguir queriendo a tu hermana por encima de tus anhelos.

—Sí, pero al final...

—Al final has esperado hasta que se ha separado de su marido, sin meterte en medio jamás. ¿Qué más podías hacer? Ahora los dos sois libres para hacer lo que queráis.

—Pero Laura sigue sin hablarme. Ni Marina. Y, aunque tenga a Álex, no soy feliz del todo sin ellas. Y no sé qué hacer.

Se calló que existía la posibilidad de volverse a escapar al extranjero metiéndose un trozo de bizcocho en la boca. Aunque había ido a casa de su madre para soltarlo todo, seguía silenciándose, obsesionada por no causar más dolor del necesario.

—Laura lo acabará entendiendo. Ya lo verás.

—¿Lo piensas de verdad?

—Sin lugar a dudas. Tengo dos hijas maravillosas. Tú has hecho lo que debías en todo momento. Ahora no espero menos de tu hermana.

Noemí estaba exhausta.

Tenía la sensación de que no hacía otra cosa que dar explicaciones a todo el mundo. Deseaba normalizar la situación, no volver a hablar de ello nunca más. Acurrucarse junto a Álex para ver una película o para hacer el amor con él. Necesitaba dejar los problemas al otro lado de la puerta.

Pero cuando llegó al saloncito de su casa, con ganas de tirarse al sofá, se encontró con Álex que miraba su móvil con dolor. La verdad es que llevaban la realidad pegada a los talones.

El ramo que le había regalado Álex esa semana parecía una alegre nota de color discordante en medio de tanto gris.

Al sentarse, él dio un respingo asombrado de notar a alguien a su lado, de tan ensimismado como estaba.

—No te había oído —dijo obligándose a sonreír.

—Dime qué te pasa.

Álex tardó en contestar.

Quería que su casa fuera un lugar donde solo existían ellos y su amor. Pero Noemí no aceptaría una excusa. Tampoco tenía ganas de dársela. Solo le daba miedo que entre ellos no hubiera nada más que desdicha.

—Echo de menos a mi hija —contestó.

—Ya.

Noemí también la echaba tanto en falta que a veces sentía deseos de llorar o de gritar de impotencia, de rebelarse contra todo lo que les estaba pasando. Y si ella estaba así, no imaginaba siquiera lo que el rechazo de una hija podía hacer en un padre.

—¿Te valgo tanto la pena como para prescindir de ella? —preguntó sin paños calientes.

—No me voy a dar por vencido. No voy a renunciar a ella como no voy a renunciar a ti. Aunque por el camino, lo estoy pasando fatal.

—¿Por qué no hemos hablado antes de ello?

—Porque suficiente tienes.

—Tengo lo mismo que tú.

—Ya... sin embargo, tú has sido la que más te has resistido a aceptar lo que sentimos. No pienso ceder ni un centímetro en la conquista de nuestra felicidad. Y si mostrarte mi dolor puede hacer que peligre tu decisión, no quiero darte motivos para que abandones lo que tenemos.

—¿Sabes? —dijo después de pensarlo un rato—. Todo el mundo tiene emociones tanto positivas como negativas, y eso es normal, es lo que nos convierte en humanos. Y, aunque ante los demás siempre intentemos mostrar nuestra mejor versión, cuando tienes pareja, debes compartir con ella lo que sientes. Sea bueno o malo.

Álex la besó con suavidad. Le acunó el rostro y la siguió besando con dulzura.

—Es que no quiero que cargues con mis problemas.

—¿Tú sí que puedes con los míos?

Álex sonrió.

—Vale, ya sé dónde quieres ir a parar. Si me siento orgulloso de que cuentes conmigo cuando tienes dificultades, a ti te debe pasar lo mismo.

—Tal cual. Te quiero entero, con tus luces, tus sombras y tus grises. Yo soy demasiado transparente para esconderte nada. Siempre me ha costado disimular. Me tendrían que haber dado un premio, porque nadie se enteró de lo que sentía por ti... hasta que me pillaron. Incluso tú, que eras parte de la ecuación, no te diste cuenta.

—Bueno, tenía mis dudas razonables...

—Sí, pero endebles... —siguió insistiendo—. Sin embargo, ahora que te he confesado lo que hay, soy incapaz de esconderlo otra vez. Ya no puedo contenerme de nuevo.

Álex le dio otro beso, esta vez mucho más profundo.

—Doy gracias por ello. No vuelvas a reprimirte jamás.

—Tú debes aprender a abrirte del todo —dijo con un dedo acusador en su pecho—. Total, ya conozco tu mayor estupidez y tus mayores errores. A partir de aquí, tienes que contar conmigo. Ser compañeros.

Estaban en el sofá. Las piernas de Noemí descansaban sobre el regazo de Álex, que las acariciaba con calma.

—Pues... ¿qué quieres que te diga? Que estoy... ¿triste? Creo que no es la palabra. No estoy triste teniéndote al lado, pero...

—Te falta Marina.

—Sí. Eso.

Noemí le acarició el rostro y lo besó en la clavícula.

—Estoy segura de que conseguirás que vuelva a ti.

—¿Cómo?

—Ni idea. Siendo quien eres, supongo. ¿Cómo has conseguido que yo acepte nuestra relación? ¿Cómo has logrado que Laura vuelva a creer en sus sueños? ¿Cómo? Porque casi parece magia.

—Queriéndoos. No hay más truco que ese.

—Pues tú lo has dicho. Sigue queriendo a tu hija.

—Ya lo hago...

—Sigue demostrándole que la quieres, que te importa, que sigue siendo una prioridad para ti, que continúas pendiente de sus necesidades. No dejes que se olvide de lo que ella te quiere a ti.

—No sé si algún día podré superar que no desee saber de mí.

Noemí lo abrazó, y le dio el consuelo que ella misma necesitaba al pensar en esa horrible

perspectiva.

No podía soportar imaginar una vida sin Marina a su lado.

—Querrá. Hoy, mañana o pasado. Pero volverá a estar contigo como lo ha estado siempre.

—¿Lo crees de verdad?

—Creo en ti y en ella. En tu perseverancia y en su bondad. Estoy segura de que tanto amor entre vosotros no puede quedar desaprovechado. Encontrarás la forma. Confío en los dos. Haz tú lo mismo. Pero...

Noemí tragó saliva incómoda. Había llegado el momento.

—¿Pero?

—Hay otra posibilidad. Podríamos irnos —soltó de golpe. Aquel secreto le quemaba demasiado en el pecho.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Me han ofrecido un trabajo en Londres.

Álex se incorporó alerta.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas.

—¿Y no me lo has dicho hasta ahora?

—No sabía qué hacer.

—No puede haber silencios entre nosotros, Noemí. Me gustaría que tuvieras la confianza necesaria para decirme estas cosas el mismo día en el que te enteras —dijo dolido.

—Ya... era la idea. Pero me ha costado. Igual que ha sido difícil para ti sincerarte sobre tus sentimientos por Marina.

—Tienes razón. No volverá a pasar.

Noemí lo besó de nuevo.

—No te preocupes. Nos estamos adaptando los dos a esta nueva situación —lo confortó—. Y en cuanto a la oferta, podría haberla descartado sin más. Pero no sé qué hacer, la verdad.

—¿Es un trabajo interesante?

—Sí. Mucho. Pero esa no es la cuestión.

—Ah, ¿no?

—No. La duda es si quiero quedarme en Barcelona o la situación se ha vuelto tan insostenible que es mejor poner tierra de por medio.

—A ver. ¿Me estás diciendo que no te importa tanto el trabajo sino su ubicación?

—Sí. Justo eso.

—Entonces no nos vamos —resolvió seguro.

—¿Por?

—Porque yo no puedo ejercer en Gran Bretaña, así que el tema de mi trabajo sería un poco complicado. Podría alargar los fines de semana, pero sería imposible estar juntos siempre. Vivir en dos países a la vez no es nada fácil, y eso contando con que sea factible. A pesar de ello, si para tu carrera fuera importante, me amoldaría a lo que fuera. Pero es que además está mi hija. No quiero dejarla atrás.

—Álex, sé que tienes razón. Y, sin embargo, las relaciones a distancia tienden a sosegar los problemas.

—No quiero atenuarlos; quiero arreglarlos.

—Te aseguro que hablar por teléfono cuando estás tan lejos hace que las cosas se vean distintas. Las preocupaciones se relativizan y los verdaderos sentimientos afloran. Al final solo

queda quien te importa de verdad. Así que, quizás alejarnos sea lo que nos acerque a ellas. No tenemos por qué irnos para siempre.

—No quiero huir.

—Ni yo. Pero no lo descartes tan a la ligera. Tal vez es nuestra oportunidad para que todos podamos ser felices. Ellas por no tenernos cerca y nosotros por no sentirnos culpables de su dolor.

—¿Te va bien quedar esta tarde para echar unos tiros? —preguntó Álex a su amigo del pueblo.

—Claro —contestó.

—Nos vemos en las pistas a las siete.

Raúl se rascó el cogote en cuanto colgó el teléfono. A ver cómo se lo decía a su mujer.

La intentó camelar con un beso en la base del cuello.

—Ni hablar —protestó Julia—. Tu hija va a ser la protagonista del festival de final de curso. Ni se te ocurra perdértelo por jugar al baloncesto.

—La niña tiene el festival a las cinco. Hay tiempo de sobra.

—¡Pero luego íbamos a celebrarlo en casa!

—Estaré para cenar. Lo único es que entre el festival y la cena me ausentaré un rato.

—No me parece bien. Además, ya quedaste con Álex ayer.

—Por eso mismo.

—¿Desde cuándo juegas dos días seguidos con Álex?

—Tú misma te estás contestando. ¿Desde cuándo me pide algo así? Pues eso es que me necesita.

—Desde luego... —rezongó su mujer—. Total, luego no te explica nada.

—Los hombres no somos unos cotillas como vosotras, que contáis demasiado.

—Pero digo yo que, si quiere hablar contigo, será para decirte algo —insistió.

—Si Álex precisa de mi ayuda, la tiene. De la manera que sea. Para hablar o para ir a la cancha. No hay más. Además —le dijo acercándola para abrazarla—. Le debo estar contigo.

Julia lo besó.

—Sé que Álex impidió que te convirtieras en un imbécil consumado. Y se lo agradeceré siempre. Pero por importante que sea tu amistad con él, tu hija va primero.

—Por supuesto. Por eso iré al festival y luego quedaré con Álex.

Y allí estaban. En las pistas del pueblo. Las que estaban al lado del instituto. Álex estaba más circunspecto de lo habitual. Se habían saludado y desde entonces no habían vuelto a dirigirse la palabra. Concentrados en la pelota.

Después de un buen rato corriendo por la pista y tirando al aro, Álex anunció que se iba.

—Supongo que querrás cenar con tu familia —le dijo Álex.

Su amigo lo miró de reojo.

—Te veo cansado.

Álex observó el cielo, inspirando hondo. Como si las nubes tuvieran la respuesta.

—Es complicado.

—Lo supongo.

Álex le hizo una muda pregunta con su mirada.

—El pueblo es un hervidero de cotilleos. Y no necesito conocer los detalles, pero no debes de estar aburrido, no... Para ser una persona discreta, tu vida no deja de alimentar chismorreos.

—Qué cansina es la gente. No había caído que tú estarías enterado.

—Yo y todos. Pero me da igual. Eres mi amigo y te admiro.

—¿Por encabezar la lista de personas más problemáticas del lugar?

—Porque tuve una hija con treinta años. Cuando ya era adulto. Y no me daba la vida. A duras penas me la da ahora. Y tú lo hiciste con dieciocho. ¿Cómo?

Álex se encogió de hombros.

—No tuve otro remedio.

—Ya...

Y permanecieron en silencio otra vez mientras se secaban el sudor con sus toallas.

—Gracias por aceptar quedar conmigo. Cuando he pasado por delante de la escuela he visto que hoy era el festival. No lo sabía. Me podrías haber dicho que no te iba bien.

—Lo que sea por un amigo —contestó restándole importancia.

Después de lo que pareció una eternidad, Álex confesó.

—A Noemí le han ofrecido un trabajo en Londres.

—Vaya. Eso es jodido.

—No te imaginas cuánto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ni idea.

Habían llegado a la casa de los padres de Álex, donde se iba a duchar. Habían hecho el camino ensimismados sin decirse nada más.

—Bueno, pues hasta la semana que viene —se despidió.

—Álex —dijo remiso a irse—, de peores situaciones has salido.

Le agradeció el comentario con una sonrisa.

—Sí, tienes razón. Pero empiezo a estar cansado de tantas dificultades.

Raúl le puso una mano en el hombro, apretándolo en señal de afecto.

—Estoy seguro de que encontrarás la manera de superar todo esto.

—Ojalá.

Puso la llave en la cerradura y se giró lo justo para decir una última cosa a su amigo.

—Me ha venido bien hablarlo contigo.

—Cuando quieras.

Álex entró en casa de sus padres un poco más reconfortado. No le había hecho falta desmenuzar sus sentimientos para analizarlos hasta la saciedad. Un amigo, una pelota y una canasta habían sido suficientes para coger fuerzas y seguir con más determinación el camino de la incertidumbre en el que se había convertido su vida.

La flaca (Jarabe de Palo)

Noemí estaba bailando en la cocina. Había puesto su lista de Spotify con las canciones que le había regalado Álex y que ahora tenían otro significado para ella. ¡Qué bonito saberse querida y deseada! Desde su declaración, escuchaba las letras como si fueran los susurros de amor de su amado.

Él tardaba en llegar y ella se moría de hambre. Por lo tanto, se había puesto a preparar la cena. No iba a cocinar nada con fuego, por supuesto. A la vista estaba su completa inutilidad en esos menesteres. Después de degustar las cenas que él le ofrecía, no había forma de igualarlo. De ahí que hubiera optado por algo bueno que solo le costara el esfuerzo de abrir un paquete.

El menú era bacalao desmigado, pan con tomate, embutidos y quesos, regado con un buen vino. Además, todo estaba comprado en las tiendas que había en su misma calle: la Casa del Bacalao, con su decoración marinera; la charcutería Fondevila, y la tienda de quesos Simó, que lucía un queso gigante en el escaparate como reclamo para animar a los transeúntes a entrar y probar lo que allí tenían.

La luz era tenue y Noemí había puesto velas para crear un ambiente íntimo. Un ramo de gerberas presidía la mesa.

Cuando se pusieran a cenar, ya bajaría el volumen de la música, aunque en ese momento necesitaba envolverse con ella como si fuera un abrazo.

Iba marcando las coreografías que había ensayado en su casa del pueblo con aquellas canciones. La cocina de su piso no daba para hacerla como era debido, y tampoco era su intención, pero los pies, las caderas y el pecho se movían solos. Mientras untaba el tomate en el pan se contoneaba de forma sinuosa e insinuante. Perdida en una ensoñación voluptuosa que no se había permitido explorar hasta ese momento.

—Baila para mí —susurró Álex con el deseo nublando sus ojos.

Noemí se llevó una mano al pecho. No lo había oído entrar y se había sobresaltado.

—Hola, tío bueno de mi corazón —dijo dándole un beso en los labios.

—Hola, morena —sonrió—. Lo digo en serio. Hacía años que no te veía bailar. La primera vez que te vi en un escenario no sabes el impacto que causaste en mí.

—¿Cuándo?

—Pues aún no sabías que existía. Antes de las vacaciones de Navidad de tu tercero de la ESO. Los alumnos hacían actividades y a ti se te ocurrió organizar una batalla de baile entre dos grupos de alumnos.

—Ah, sí. Escogí las canciones de *West Side Story*. A mis padres les encantaba el musical, y como mi padre faltaba desde hacía poco, se me ocurrió hacerle ese homenaje.

—No sabía que fuera por eso.

—Nadie lo supo, excepto mi madre y, bueno...

—Laura.

—Sí —dijo quitándole importancia como si el mero hecho de pronunciar su nombre no le doliera—. Las dos lo adivinaron. No consideré necesario decírselo a nadie más.

—Pues que sepas que tus contoneos ocuparon muchos de mis sueños de adolescente.

—¡No! ¿En serio me lo dices?

—Claro. ¿Qué te pensabas?

Noemí se encogió de hombros.

—Y ahora me gustaría que bailaras para mí.

—La cena está lista...

Álex miró de reojo lo que estaba preparando.

—No creo que se vaya a enfriar.

—Tú lo has querido —dijo con una pícaro sonrisa—. Ponte cómodo.

Álex se aposentó en el sofá dispuesto a disfrutar.

—Vamos a la habitación —susurró Noemí besándole mientras se sentaba a horcajadas encima de él.

—Iremos más tarde. No me hacen falta excusas para eso. Sin embargo, ahora, te lo decía en serio, me apetece verte bailar.

A Álex se le paró el corazón para luego empezar a latir desenfrenado cuando Noemí empezó a mordisquearle la mandíbula, justo en el momento en que empezó a ondular su cuerpo sobre el de él mientras movía la pelvis, después de arquear la espalda hacia atrás y contonear los hombros; todo al ritmo de la música que sonaba en aquel momento.

—Vamos a la cama; a bailar.

Se levantó, lo cogió de la mano y tiró de él. Al llegar a la habitación, lo dejó sentado con la espalda apoyada en el cabecero. Encendió unas cuantas velas aromáticas y apagó la luz. Se quitó los pantalones cortos y la camiseta que llevaba y se puso un vestido de licra de tirantes con escote en uve, que se pegaba al pecho y descendía como una caricia hasta sus caderas. Con un corte que bajaba por el muslo, la prenda permitía todos los movimientos que quisiera hacer. El vestido, cortísimo, tapaba justo su trasero, apenas nada más.

Se acercó a Álex, le desabrochó los botones de su camisa con parsimonia, sin romper la mirada ardiente con la que lo abrazaba.

—No sé si pedirte que dejes el baile para otro día. Me estás poniendo a mil —murmuró mientras se quitaba la camisa.

Noemí lo besó y se escabulló de su agarre con una sonrisa cuando él la quiso atrapar entre sus brazos.

—Ya verás como te va a gustar.

Seleccionó una canción, *Wicked Game*, de Chris Isaak, y empezó.

No habían querido enamorarse. Se les había roto el corazón a los dos. Y, sin embargo, allí estaban, disfrutando de la sensualidad de su amor.

Se fue a la pared que estaba enfrente de la cama, como si quisiera fundirse con ella, y antes de que la música empezara a sonar, se desabrochó el sujetador, hizo una bola con él y lo lanzó a Álex, que tenía la boca seca por la impaciencia.

Él cogió la prenda al vuelo y, en el primer acorde, Noemí se precipitó hacia el lecho y se subió de un salto, agazapada como un felino que va a atacar a su presa.

Álex no se esperaba aquello. Y le estaba gustando demasiado.

—¿Quieres jugar? —ronroneó.

Ella le acarició sus piernas aún sin desnudar y le mordió el muslo, lo que provocó una subida de tensión en el cuerpo de él.

Se puso de rodillas justo encima de la pelvis de Álex y, con golpes sinuosos de cadera, siguió el ritmo de la música en la danza más ancestral entre un hombre y una mujer, como si lo tuviera dentro de ella.

Él no estaba preparado para aquello.

Noemí rotó las caderas en un círculo sensual mientras ponía las manos en su vientre y las deslizaba hacia abajo sin llegar a tocarse donde su cuerpo le pedía, y luego las subía hacia sus pechos y se acariciaba como si sus manos fueran las de Álex.

Álex jadeaba de la impresión.

Noemí se sentó en la cama, con las rodillas pegadas a su torso. Agarrándose a las sábanas. Con la espalda arqueada ofreciéndole sus pequeños y enhiestos pechos, fue bajando con lentitud las rodillas hasta tocar las sábanas, y luego las abrió para mostrar su centro, que se estaba humedeciendo de anticipación.

Álex se había recostado contra el cabecero, para dejarle espacio. Mientras, tiraba de sus pantalones para quitárselos. Hipnotizado por los movimientos de Noemí, se colocó su excitación, extasiado ante la sensualidad que ella desprendía.

—Eres la mujer más increíble que he conocido jamás —susurró como en trance.

Noemí se giró de espaldas a él, se puso a cuatro patas y le mostró otro de sus encantos. Su culo respingón en forma de corazón que volvía loco a Álex. Él le cogió el pie para arrastrarla y acercarla a él; necesitaba tocarla. No obstante, ella se negó, y se alejó.

—No me prives de ti —suplicó con el corazón acelerado.

Como si fuera un felino, se fue aproximando muy despacio hacia Álex, ondulando su cuerpo. Con una flexibilidad y una fuerza tremendas.

En esa ocasión sí que la atrapó, la puso encima de él y la movió para que sus sexos encajaran, aunque se interpusiera la ropa que aún llevaban puesta.

—Déjame tocarte, preciosa. Me estás volviendo loco.

Noemí lo engañó con un beso sensual, para que se confiara, y corrió hacia la pared, huyendo de él como si aquel muro fuera su amante en vez de Álex; aunque se giró, lo miró, arqueó las dorsales y lo tentó con sus nalgas.

Él no se hizo de rogar, se levantó de la cama, se pegó a su espalda mientras Noemí frotaba su excitación con su trasero, y la besó hambriento. Le cogió una pierna e hizo que le abrazara la cintura con ella. Y cuando ya no pudo más, le dio la vuelta y siguió besándola de frente.

Noemí empezó a mover sus caderas, como si quisiera prender fuego con un palo. Luego siguió el movimiento de sus pechos contra el torso de Álex. Para terminar, chocó su pelvis contra la de Álex como si quisiera castigarlo con placer.

Hasta aquí.

Álex le subió el vestido, demorándose en cada centímetro de su piel para acariciarla, se lo sacó y lo tiró al suelo. Le deslizó la ropa interior y la contempló un solo momento.

—Ahora bailaremos a mi manera —susurró con la voz ronca.

—¿No te ha gustado el baile? —preguntó con una falsa inocencia que no le pegaba nada.

—Jamás me había imaginado nada parecido. Siento no poder estar a tu altura.

—Guapo, no sé si te has dado cuenta, pero hemos bailado los dos. Yo he bailado para ti y tú has bailado para mí.

—No —dijo sorprendido—. Yo solo intentaba agarrarte y poderte tocar.

—Sí, aunque al ritmo de la música. Hemos tenido nuestra primera coreografía.

—¿Y tiene nombre?

—Claro: Corre... que te pillo. —Se rio.

—¿Y podemos seguir bailando, pero conmigo dentro de ti?

—Píllame si puedes —contestó coqueta.

Álex se abalanzó sobre ella, y aunque Noemí hacía amagos de seguir jugando con él, la realidad es que tenía tantas ganas de sexo como él, así que se dejó atrapar en esa bruma sensual que había conseguido con su danza, la persecución y las velas.

Todo sería perfecto si... No, ahora no era el momento.

Tenía años de práctica encerrando su dolor en un lugar recóndito de su corazón para no morir de pena y poder seguir adelante. Y ahora su vida era aquella, con Álex a su lado, disfrutando de su mutuo amor, de su alegría, de su felicidad.

El día anterior habían tenido otra discusión —una más— sobre la decisión de aceptar la oferta de trabajo. Y había sido triste para los dos.

Álex diciéndole que la seguiría allá donde fuera, pero que irse no era la solución a sus problemas.

Noemí buscando, desesperada, la manera de tener a todas las personas que amaba en su vida, pero sin apenas paciencia para esperar a que se resolviera la situación odiosa en la que se encontraban.

Álex era su hogar. Estuviera donde estuviese.

En Barcelona... o en Londres.

Y parecía que Londres era la opción más acertada para que todos fueran felices. Lástima que Álex no lo viera igual.

Cosas de la edad (Modestia Aparte)

Pilar tenía razón. No podía seguir en aquel sinvivir en el que estaba sumida. Sintiéndose culpable por haberles robado la posibilidad de que hubieran sido felices. Hacía casi un año que Álex la había dejado. Justo antes del verano. Había tardado meses en darse cuenta de que ya no tenía sentido seguir viviendo con él. Y, aunque le supuso un alivio, también le provocó vértigo saberse sola y dueña de sus decisiones.

La libertad daba mucho miedo.

Pero Álex había estado a su lado, animándola a que cumpliera sus sueños. Se había matriculado de Auxiliar de Enfermería. ¡Había aprobado el primer curso! Y le encantaba trabajar en la residencia.

Y desde el notición, vuelta a empezar. A la casilla de salida. A cuestionárselo todo. A sentirse menos que nadie. No podía permitirlo. Y en su mano estaba acabar con esa odiosa sensación. Por suerte, había pedido ayuda y había empezado a ponerle remedio.

Se armó de valor e hizo una llamada telefónica. Por algún sitio tenía que empezar.

—Hola, Clara. ¿Me dejas tu apartamento de la playa para una semana? Me gustaría ir con mi hija.

Ya iba siendo hora de que hablara con Marina. Su hija estaba tan desconcertada por todo aquello que no gestionaba bien sus emociones. Tendría que asumir que, si quería enderezar su situación, debía ser sincera y explicarle qué había pasado. Aunque sabía que su padre le había contado su parte, faltaba la suya, para que entendiera que, a pesar de que fuera duro —durísimo— aceptar la relación de Álex y de Noemí, no iban a tener otro remedio. Ella misma reconocía que no sabía cómo consentirlo. Sin embargo, lo que estaba claro es que debía hacerlo. Y primero iba a recuperar a su hija.

Marina leía ceñuda un romance paranormal. Ni la magia ancestral de los personajes lograba desconectarla de su realidad. ¡Qué familia tan disfuncional le había tocado en suerte!

Levantó la vista de las páginas para mirar la inmensidad del mar. Menudas vacaciones estaba pasando con su madre. Casi sin dirigirse la palabra.

Le dolía su tristeza, pero estaba harta de tantos engaños.

Había un grupo de chicos al lado de su toalla, y cuando les miró de reojo, vio que uno de ellos se ponía su móvil en la frente para enseñarle un mensaje que iba corriendo por la pantalla y repitiéndose: «dame tu insta, porfa». No pudo evitar que se le escapara una risita.

Laura levantó la vista sorprendida, y vio al chaval poner cara de súplica a su hija mientras seguía mostrándole el mensaje del móvil.

—¿Y eso qué es? ¿Ahora se liga así?

Marina puso —otra vez más— su expresión enfurruñada, e hizo como que se concentraba en su lectura.

—Algún día vas a tener que volver a hablar conmigo —dijo dolida.

—¿Para qué? ¿Me vas a seguir mintiendo?

—No —contestó con rotundidad—. No más mentiras ni medias verdades ni silencios ni secretos.

Marina la observó con atención.

—Tienes mala pinta.

—Si esta es la manera que tienes de animarme, no lo estás consiguiendo.

Marina había vivido en una burbuja. Única nieta, única hija, única sobrina. Estaba mimada (que no malcriada) con tanto amor que tenía la seguridad de que la vida era fácil, plácida, feliz. Se sentía con fuerza suficiente para comerse el mundo, para ser lo que quisiera.

Y llevaba un año terrible.

Primero la separación y el divorcio. Y cuando estaba empezando a aceptar la situación, la revelación de que la enamorada de su padre era su querida tía. La traición que había sentido por parte de todos ellos era abrumadora.

Pero... su madre no parecía estar mucho mejor.

—Necesito entender. No sé si me lo debes o no. Me da igual. Quiero saber.

Laura suspiró, dispuesta a vaciar su corazón. No tenía nada claro que fuera lo más conveniente. Ni si después de sus explicaciones su hija se avergonzaría de ella y aún acabarían peor. Pero no se le ocurría nada más para enderezar todo aquel despropósito que ser sincera.

—Siempre me han atraído los hombres con pinta peligrosa. No lo puedo evitar.

Marina la miraba expectante, incrédula. Y Laura empezó a contar sus secretos.

—Había salido con el chico malo de la clase. Y después de lo que yo creía que iba a ser una cita romántica en el cine, me encontré con un abusador que no entendió ni quiso escuchar que no quería que me manoseara.

—Pero ¡qué dices! —exclamó asustada.

—Tu padre me lo quitó de encima. Aunque íbamos a la misma clase, no había reparado demasiado en él, pero no dudó. Que aún no fuéramos amigos no le impidió protegerme. Después me acompañó hasta la estación de tren. A dos metros de mí, para que no me sintiera amenazada, mientras me daba conversación sobre novelas para no andar en un silencio incómodo. A partir de aquel día fuimos inseparables.

Laura no creyó oportuno confesar en aquel momento que aquel chico había acabado siendo el mejor amigo de Álex.

—Típico. El héroe que te había salvado.

—«Héroe» —resopló—. Tu padre era la persona más tímida que he conocido jamás.

—Papá ¿tímido? Flipo.

—Pero no tembló al ayudarme. Así que, primero como una deuda de gratitud y después porque siguió echándome un cable con mis problemas, encontramos el uno en el otro lo que nos faltaba. Él, confianza en sí mismo. Y yo, el apoyo que necesitaba para no derrumbarme de culpabilidad por lo del abuelo.

—Y te enamoraste de él...

—Marina, jamás lo he querido de ese modo. Nunca.

—¿Y por qué te acostaste con él?

—Volví a sentirme atraída por alguien que no era de fiar.

—¿Qué quieres decir?

—Había un chico del pueblo que engatusaba a chicas para enrollarse con ellas. Luego se reía de lo que había conseguido. Se jactaba de sus triunfos.

—Es asqueroso... ¿Y a ti te gustaba alguien así? —preguntó con incredulidad.

—No lo sabía. Una amiga me avisó. Antes de que ocurriera nada, por suerte. Parecía que yo iba a ser la próxima víctima propiciatoria. Y me sentí tonta de remate. Sin ningún criterio a la hora de escoger. Siempre igual. Y pensé que para mi primera vez quería alguien del que estuviera segura de que no me haría daño.

—¿Cómo se te ocurrió escoger a papá si no sentías más que amistad por él?

—Cada vez que había sentido atracción por alguien, había acabado muy mal. Primero me enrollé con uno, y medio ebria de alcohol y endorfinas no me doy cuenta de que mi padre estaba a punto de sufrir un ataque al corazón. A la mañana siguiente, cuando lo encontramos, creí morir de culpabilidad y de dolor.

—Eso no fue culpa tuya.

—Habla con mi conciencia. Aún me siento mal por ello.

—Pero, mamá, tú no podías saberlo. Esto me lo explicó la abuela.

Laura no quiso seguir insistiendo en su culpabilidad. Aquello era algo con lo que tendría que lidiar toda su vida.

—La segunda vez —siguió—, intento tener una cita y la cosa podría haber acabado muy mal si tu padre no llega a estar allí.

—Hay que reconocer que se portó bien.

—Tu padre es una persona maravillosa. Un buen hombre. Aunque haya cometido errores.

—No son simples equivocaciones.

—Da igual. Lo importante no es qué fallos cometes, sino qué haces para intentar arreglarlos.

—Lo sigues justificando —refunfuñó.

—Y la tercera, yo qué sé. Si hubiera caído en el engaño de aquel indeseable, hubiese sido el hazmerreír de unos desgraciados. Eso con suerte. Por eso escogí a tu padre para mi primera vez.

—Y te quedaste embarazada.

—Sí. Fue duro.

—Hombre, muchas gracias.

—Te quiero tanto que volvería a pasar una y mil veces por aquello. Tú eres lo mejor de mi vida. No hay un amor que se parezca al que siento por ti. Y desde el principio fuiste mi prioridad.

—¿Nunca te planteaste no seguir adelante?

Laura miró la inmensidad del mar. ¿Cómo hacerle entender?

—Cuando empecé a sospechar que estaba embarazada, me fui a otro pueblo a buscar una farmacia. No podía arriesgarme a que nadie conocido me viera comprando un test. Me metí en el lavabo de un bar y me hice la prueba. La repetí tres veces. Como si en alguna de ellas una de las rayas fuera a desvanecerse. Salí de allí histérica. Y, de los nervios, choqué con otro coche. Nada grave. Pero pensé que te había matado. En ese preciso instante, rota de dolor al creer que había puesto fin a tu vida, supe que no podría deshacerme de ti.

Marina dejó que sus lágrimas resbalaran por el rostro.

—Mamá, lo siento tanto...

—Marina, ni se te ocurra pensar que me arrepiento de la decisión que tomé.

—Pero, si yo no hubiera nacido, nada de esto hubiese ocurrido. Todos hubierais sido más felices sin mí.

—No es cierto. Y solo te darás cuenta de ello cuando tengas a tus propios hijos.

—Mamá, estoy enfadada contigo. Pero no he dejado de quererte. Enterarme de todo este drama me ha superado, y no sé cuándo ni cómo podré aceptarlo, porque me duele demasiado. Sin

embargo, te quiero. Aunque tenga ganas de volver con la abuela y olvidarme durante un tiempo de que mi familia no es demasiado normal.

—¿Y tu padre?

—Con él no puedo.

—Marina, él estaba enamorado de tu tía. Y a la vista está que no era algo pasajero. Sin embargo, se olvidó de ella para estar contigo.

—No se olvidó lo suficiente...

—¿Imaginas siquiera lo que han tenido que sufrir?

—¿Tú ya le has perdonado?

—¿El qué? —suspiró resignada—. ¿Que abandonara la idea de luchar por su verdadero amor para quedarse contigo? ¿Que sofocara sus sentimientos bajo capas de indiferencia para no permitirse ni un pensamiento con ella? ¿Que esperara a que fueras mayor para divorciarse de mí e ir a por ella? ¿Qué tengo que perdonarle exactamente?

—Odio cuando le sigues defendiendo. Y a Noemí. Jamás lo hubiera imaginado de ella.

—Yo no sé cómo ha podido guardárselo durante tanto tiempo. No conoces cómo es de verdad tu tía. Es la persona más espontánea y franca que conozco. Y lleva toda tu existencia conteniéndose.

—Entonces, ¿tú ya lo has asumido?

—No. Además de traicionada, me siento una persona horrible por haberles robado la oportunidad de estar juntos desde el principio. Y no puedo hacer como si nada.

—Mamá, eso no es culpa tuya. Papá también decidió estar contigo.

—Jamás es culpa mía, y sin embargo mis acciones hacen que mis seres queridos arruinen su vida.

—Y ahora ¿qué?

—Ni idea, hija. Lo único que pretendía con estas vacaciones era recuperarte. Decirte que eres lo más importante de mi vida, y sin tu cariño, me muero. De tristeza, de dolor. Sin ti estoy perdida.

Marina lloraba. Abrazó a su madre con ternura y se tragó sus lágrimas.

—Yo también necesito digerir todo esto. Y no va a ser fácil. Cuando os separasteis me puse de tu lado porque estabas devastada. Ahora voy a hacer igual.

—Estoy convencida de que tu padre también lo está pasando mal sin ti.

—Muy mal seguro que no está —dijo con mala idea.

—¿Sabes? Quisimos que funcionara. Aunque yo tenía claro que era imposible. Quizás tu padre también sabía que, por mucho esfuerzo que pusiera, lo nuestro no iría bien. Pero nos prometimos que lo intentaríamos. Y decidimos recordar el momento en que te concebimos como algo bonito. Por eso te pusimos Marina. Por la playa donde...

—¿En serio? ¡Qué asco! Pero ¿por qué me dices estas cosas? Que no me hacía falta esta información.

—Anda, que para unas cosas tan madura y para otras tan cría... Venga, vamos al apartamento que habrá que comer.

—Mamá...

—¿Sí?

—Me alegro de que me quisieras lo suficiente... —dijo a punto de llorar.

—Fuiste un regalo. Aunque muy inoportuno —dijo para aligerar el ambiente—. No hice nada para impedir la muerte de mi padre. Y no quise hacer nada para interrumpir tu vida. Y no

me arrepiento.

—Hola, Teresa. Gracias por invitarme a tu casa.

—Antes de entrar, júrame que no has estado jugando con mis niñas.

Álex no contestó. Solo la siguió mirando con esos ojos que parecía que te examinaban el alma. Esperando. Sin dar un paso adelante para entrar ni hacia atrás para irse de allí. Mientras, en la calle, el sol caía a plomo a aquellas horas de la tarde.

—¿No dices nada?

—Si no sabes tú misma la respuesta a esa pregunta, no hace falta que sigamos con esto. No va a servir de nada.

Teresa había intentado hacerse la dura, pero aquel muchacho callado se había convertido en un hombre que de su silencio había hecho un arma. Intimidaba sin necesidad de gritar, muchas veces sin ni siquiera hablar. Su presencia reservada escondía una personalidad dominante que se dulcificaba si estaba ante las personas que quería. Protegía a los suyos con férreo cariño y no le importaba pelear por su bienestar. Y ahora le estaba preguntando si quería seguir formando parte de aquel círculo íntimo.

—La verdad es que a veces das un poco de miedo. Venga, pasa.

Álex respiró aliviado. No quería que Teresa se pusiera en su contra, pero no iba a justificarse más de lo necesario. Había cambiado de mujer; sin embargo, la suegra seguía siendo la misma. Y no quería perder su cariño.

Se sentaron en la mesa de la cocina. Teresa se sentía poderosa entre sus fogones y necesitaba toda la fuerza posible para empezar la conversación que tenían pendiente.

Por inercia, como había hecho tantísimas veces durante la época estival, le sirvió un granizado de café acompañado de un bombón.

Después pasó una y otra vez un trapo húmedo por el mármol impoluto de la luminosa cocina.

Álex aguardaba con paciencia. Por educación estaba esperando a que fuera Teresa quien empezara.

Era su casa. Era su invitación. Eran sus reglas.

—¿Sabes? Creo que te odio —dijo finalmente cuando se sentó.

Álex dio un respingo ante aquella afirmación

—Jamás pude imaginar que fueras el tipo de hombre que mintiera a su esposa... Sí. — Levantó las manos para detener su interrupción—. Sé que no la has engañado físicamente y que has empezado otra relación después de vuestra separación. Pero te acogí en mi corazón. Eras un chiquillo perdido aquel día que viniste a mi casa, y te he querido como si fueras el hijo que no pude darle a Salvador. Y has destrozado a mi hija. A mi nieta. Y me duele tan adentro que creo que me voy a romper.

Álex no intentó defenderse. Si aquella visita iba de que Teresa necesitaba desahogarse, pues que lo hiciera. Nada ni nadie lo iba a apartar de Noemí. Levantó la cabeza con orgullo. Lo había hecho lo mejor que había podido.

—Pero resulta que la otra mujer con la que estás también es hija mía. Y adivino la felicidad que le das y que le ha faltado durante tantos años. Y eso me parte en dos. Tal cual. Tengo el corazón dividido entre la pena y la dicha de mis dos hijas. No sé llorar y reír al mismo tiempo.

Tú eres las dos caras de la misma moneda de mis niñas. Y luego estás tú. No el yerno. Sino tú. Mi Álex. ¿Cómo separo el cariño que siento por ti de la rabia que me nace por toda esta situación? ¿Cómo hago ver que no pasa nada? Porque a mis hijas las quiero, pero a ti... a ti te odio y te quiero a la vez.

Teresa se cogió la cara con las manos. Cerró los ojos. ¿Cómo se hacía todo aquello?

Pasaron unos minutos en los que nadie hablaba de tan superados como estaban.

—Hasta que Marina no ha vuelto con su madre, he preferido no remover las cosas más de lo que ya estaban. Por eso no te he invitado antes, aunque no me lo he podido quitar de la cabeza. Mi familia rota. Y no hay solución posible.

Álex suspiró. Claro que era un lío. Que se lo dijeran a él.

—¿Y ahora qué? —preguntó Teresa con un hilo de esperanza.

—¿Cómo?

—Bueno, que algún plan debes de tener —dijo confiada—. No puedes haber organizado este embrollo sin saber cómo arreglarlo. Yo estoy demasiado dolida para ver más allá de la pena de mis hijas y de mi nieta. Porque estoy segura de que Noemí tampoco lo está pasando demasiado bien.

—No, ninguno estamos bien. Sin embargo, Noemí me tiene a mí, no está sola. Esto no ha sido un capricho pasajero. Estoy dispuesto a todo lo que haga falta, menos a apartarme de ella.

—Entiendo que hay demasiado que desconozco, y tampoco me hace falta conocer los detalles, solo quiero que mis hijas vuelvan a quererse como antes. Porque a este paso se van a reconciliar en mi entierro. Y preferiría que fuera un poco antes.

—Necesitan tiempo.

—Ya... pero es que a mí ya no me queda mucho...

—Teresa ¡por favor! A ti no te pasa nada, ni siquiera estás enferma. Si eres muy joven... —Le echó un ojo calculador—. A ver... debes de tener... ¿sesenta? Antes os casabais antes...

—Sí, como que tú esperaste mucho...

—Bueno, mi caso no cuenta. Laura ya ha cumplido treinta y seis, así que... la tuviste con ¿veinticuatro? ¿veinticinco?

—Bueno, pues no me ves tan joven como te crees —dijo fingiendo que se molestaba—. Tengo cincuenta y cuatro.

—¿En serio? Entonces la tuviste con...

—Dieciocho.

Álex parpadeó atónito.

—Por eso sé que jamás estuviste enamorado de Laura —siguió Teresa—, porque también me quedé embarazada sin pretenderlo y demasiado joven. Y mi Salvador rebosaba de alegría por tener la oportunidad de pedirle la mano a mi padre. A ti, en cambio, parecía que te había caído encima una sentencia de muerte e ibas camino del patíbulo.

—¿Y por qué no nos dijiste nada?

—Os lo dije. Que no os casarais. Que esperarais un tiempo. Que no hacía falta el matrimonio para criar un bebé. Y en aquel momento algo se os relajó en el cuerpo. Os mirasteis con una de esas sonrisas vuestras, y, rogué por que vuestro cariño fuera suficiente.

—Todo lo de ese día lo tengo borroso. No recuerdo ningún detalle más allá de lo básico.

—Laura estaba tan asustada que tomar una decisión por vosotros se me antojaba muy peligroso y difícil. Ojalá hubiera estado conmigo mi marido. Él hubiese sabido qué hacer.

—Tú también lo supiste. Estuviste a nuestro lado.

—No sé, Álex. Quizás tendrías que haber sido sincero en aquel momento.

—Imposible. Todos éramos unos niños. Tal vez Noemí era más madura que Laura, pero en realidad solo hacía unos pocos días que había cumplido los quince. ¿Qué os hubiera parecido que yo hubiese salido con ella? Quizás, si Laura no hubiera estado embarazada y yo hubiera ido despacio con Noemí, no hubiera sido tan raro, pero ¿con Marina en camino? Inviabile.

—Ya... pero quizás ahora no estaríamos así.

—Que no. Que no me arrepiento de haber vivido con Marina todo este tiempo. Fue la mejor decisión que pude tomar. Y Laura necesitaba todo mi apoyo. Estaba hundida.

—¿Qué ha sido de aquel muchacho asustado que vino a decirme que había dejado embarazada a mi hija? —preguntó al ver tanta seguridad en sus palabras.

—Pues que maduré. No me tocó otra.

—Ya... Y no te creas que me has despistado —recriminó Teresa—. Te he hecho venir para saber cómo vas a enderezarlo todo. Porque esto no puede seguir así.

—Lo sé —suspiró—. Estoy en ello...

Porque irse a Londres como había propuesto Noemí no era ninguna solución a sus problemas. Aunque su preciosa morena pensara que sí.

Cómo hemos cambiado (Presuntos Implicados)

Noemí había respetado el verano de Laura. Había dejado de enviarle mensajes para darle el espacio y el tiempo que le había pedido. Sin embargo, en octubre había vuelto a la carga. Cada día, nada más levantarse, le daba los buenos días o le enviaba un emoticono con un beso o le decía cualquier tontería. Persistía en su empeño de conseguir la relación que quería.

Su madre estaba desesperada. Gritando como una loca que se acabarían reconciliando en su entierro; qué manía le había cogido con eso de los funerales.

La verdad es que Marina llevaba bastante bien la situación. Seguía sin querer ver a su padre; no obstante, ya no lloraba por los rincones y había empezado el curso con las mismas ganas de siempre. Contenta por volver a ver a sus amigas y aliviada de no tener que desayunar, comer y cenar drama en su casa todos los días.

Álex aceptaba que solo se comunicara con él para decirle cosas de su hija. Laura no quiso privarle de esa información. Le había enviado fotos de Marina durante las vacaciones. Él entendía el mensaje: «sigues siendo el padre de nuestra hija, aunque ahora no me pidas más». A pesar de ello, continuaba mandándole su wasap diario a última hora de la tarde.

No sabía a qué estaba esperando para hablar con ellos. Pero lo cierto era que no tenía ni idea de cómo empezar ni qué decir. Le aterraba que las cosas hubieran cambiado tanto entre ellos que no pudieran encontrar un punto de encuentro.

Ahora estaba en su casa, pensando en todo aquello mientras hacía limpieza de una de las habitaciones, que a lo largo de los años había ido cogiendo aspecto de trastero —o vertedero—. Había cajas que no recordaba ni lo que contenían.

Había decidido ganar otra parte de sí misma: la pintura. Y quería despejar aquella habitación luminosa, aunque un poco demasiado pequeña para ser un dormitorio confortable, para montar su taller. Le hacía una ilusión tremenda. Ver sus acuarelas colgadas de las paredes de su casa había sido muy importante para ella. Tenía la necesidad de seguir creando.

Cómo era posible que se hubiera negado tantísimas cosas hasta desaparecer de sí misma.

Cada vez que abría una caja se entretenía en mil recuerdos y avanzaba despacio. Se le había pasado la noche intentando encontrar a la niña que era, queriéndola por sus ilusiones, por su ingenuidad, sintiendo añoranza de un tiempo que a todas luces parecía ser mejor.

La que acababa de abrir era un tesoro: libros desvencijados de cuentos que no había querido tirar, cintas de pelo dadas de sí, su primer diario lleno de purpurina en el que tenía que dejar un beso con los labios pintados en la última página, cromos..., y en el fondo de todo un sobre de plástico transparente pintado con pegatinas de estrellas. Lo abrió con curiosidad. Y se le cortó la respiración cuando vio lo que contenía: las notitas que Noemí le enviaba más a menudo de lo que era saludable para disculparse por algo que le había hecho.

¡No se acordaba de que las había conservado!

Noemí ya tenía este carácter impulsivo de pequeña. Era incapaz de pensar antes de hablar o de actuar. Cada vez que Laura se enfadaba con ella, se ponía de los nervios. No soportaba estar a malas. Se convertía en un terremoto, en un demonio de Tasmania con hiperactividad. Lloraba enseguida, sin saber ni cómo disculparse ni cómo aceptar sus reproches, o sea que le dejaba

notitas en su habitación, algunas más largas que otras, pidiéndole perdón, asegurándole que la quería mucho y prometiéndole que nunca jamás volvería a hacer lo que fuera que hubiera hecho en esa ocasión.

¿Cuántos años tendrían?

Empezó a leerlas.

«Tata, lo siento mucho, nunca más te llamaré estirada. Te quiero infinito y eres la hermana más guapa del mundo mundial».

«Tata, de verdad que pensaba devolverte la cinta del pelo. Es que se me olvidó en el lavabo del bar y luego ya no podíamos volver, pero te prometo que jamás te cogeré otra cosa sin permiso, eres la más buena de las dos. Perdóname».

«Tata, te juro que no me reiré otra vez de ti si te gusta alguien raro y feo con agujeros en las orejas. Tienes mucho estilo, incluso para los chicos horribles. Sabes que te quiero, hada del bosque».

Todas las notas eran un recordatorio del carácter espontáneo y vital de su hermana, y de como tras meter la pata no descansaba hasta que ella la abrazaba y le decía que no pasaba nada, que no se había enfadado con ella. Noemí justo a continuación del perdón parecía resurgir de sus cenizas cual ave fénix y hacía saltar sus rizos mientras reía y le proponía alguna travesura.

Aunque hubiera madurado, en el fondo no habían cambiado tanto.

Su hermana, siendo impulsiva la mayoría de veces. Y ella, reprimida por naturaleza, pensándose mil veces las cosas antes de tomar una decisión —y la experiencia le demostraba que, si no le daba vueltas y más vueltas, todo acababa saliendo mal.

Conociéndola como la conocía estaba convencida de que le había costado un mundo contenerse tanto con el asunto de Álex. Y además ahora no se hablaban. Seguro que su hermana lo estaría pasando fatal. La verdad es que tenía que reconocer que ella jamás había estado enamorada de él. ¿Qué derecho tenía a dificultarles más las cosas? Aquel era el momento de poner punto final a la espera. Cogió el móvil para escribirle y quedar para hablar y se encontró con el mensaje del día.

Noemí

Te juro que intenté guardarme el amor que sentía por Álex para que tú fueras feliz. Perdóname. No me odies. Te quiero mucho.

Laura no quiso darle la espalda a la ocasión. Era la oportunidad que había buscado. Quizás sería más fácil así. Antes de un encuentro cara a cara.

Laura

Me duele tanto... No sé qué más decir. Me siento fatal. Todos estos años sin saberlo. Es demasiado.

Noemí suspiró con alivio. Su hermana había contestado. Y no pensaba dejar esta conversación sin terminar.

Noemí

Estuve años evitándote. Esquivándote para protegerme. Pero siempre te eché de menos.

Laura

Ya. Lo entiendo. Ahora la que os evita soy yo.

Noemí

Sí. Y yo he estado medio mal contigo durante diecisiete años. Tú no puedes tardar tanto. Por favor.

Laura pensó que Noemí era increíble. En un momento así y se permitía hacer bromas. De los mensajes pasaron a los audios y de los audios a una llamada al móvil. No estaba todo arreglado; sin embargo, habían dado un primer paso. Y ese era el principio que necesitaban.

Después del éxito que habían tenido en el CSIC con los transistores de grafeno para mapear el cerebro, Noemí había vuelto a su grupo en el Hospital Clínic. Emocionada con lo que aquel descubrimiento podría hacer para su investigación de la epilepsia.

En cuanto entró en su laboratorio le llovieron las felicitaciones, todos estaban muy contentos por ella y por lo que supondría aquello para la investigación del grupo.

Pero Noemí tenía ganas de hacer algo más. Que se notara que había vuelto. Se acercó con inocencia a un compañero que justo estaba empezando a pipetear en los Eppendorfs y le pidió la hora.

Instintivamente, el compañero giró la muñeca para decírsela y el contenido fue a parar al suelo.

—Mecagüenla...

—¡Lo siento! —se carcajeó—. No lo he podido evitar. Prometo no hacerlo... en unas semanas.

—Sabes que al final dejaremos de picar, ¿no?

—No lo vais a conseguir, dar la hora cuando te la piden es algo que no se puede evitar —dijo con una risa—. Además, te he estado mirando, justo estabas empezando con la solución tampón. Eso solo es agua con sal. No te he fastidiado nada. Ni he puesto a nadie en peligro. Casi, casi, no llega ni a la categoría de broma.

Su compañero negaba con la cabeza, divertido a su pesar. Tener a Noemí en el laboratorio les hacía estar siempre atentos.

Noemí volvió a su mesa para ponerse al día de trabajo atrasado.

—*Pequeñaja*, me encanta ser testigo de tus triunfos. Estoy muy contento por ti.

—Gracias..., vikingo —le contestó riendo regalándole el apodo que sabía que le encantaba.

—Ah —dijo llevándose las manos al pecho de forma teatral—. Ya sé que no puedes vivir sin mí —bromeó.

—¿Vas a quedarte en Barcelona? —preguntó seria de repente.

—No lo sé. Quizás siga tu ejemplo y empiece a luchar por lo que quiero. Entonces, tendré que volver a irme. ¿Y tú?

—Con el corazón dividido. Laura ya me habla, pero no sé si me duele más. Estamos tan tensas las dos que me da la sensación de que va a ser imposible volver a tener la confianza de antes. Pero Álex no quiere irse. Y discutimos más de lo que me gustaría. Con sinceridad, ya no sé lo que es mejor.

—¿Y si el que se va soy yo?

—Nuestra amistad cruza fronteras, ya lo sabes.

—Sí. Eres la mejor amiga que jamás tendré. Gracias por no abandonarme por mi estupidez al declararme.

—Gracias por estar siempre a mi lado —le respondió con un abrazo.

Aquel iba a ser el primer año que llevara pareja a la cena de Navidad del trabajo.

Aún faltaban unas semanas, pero, cuanto más pronto lo celebraran, más posibilidades había de que no fallara nadie.

Parecía de obligado cumplimiento hacer cenas de Navidad con todo el mundo.

No todos los años habían sido formales, por suerte. Recordaba una en especial, en un restaurante brasileño, donde se dedicaron a cantar canciones infantiles. Los dibujos animados que todos habían visto de pequeños tenían letras distintas dependiendo del país. Y, al ser compañeros de distintos sitios, cada uno había cantado su versión.

Al principio las mesas de al lado ponían la oreja y tarareaban por lo bajo, pero al final se habían unido a la fiesta y todo se había desmadrado un poco. No pararon hasta que un camarero les conminó a parar. Estaban molestando a otros comensales. Aquel día sí que habían celebrado una gran fiesta.

Pero, bueno, no siempre se tenían cenas memorables. Y aquella noche iba a ser algo que pasaría sin pena ni gloria.

—Estás guapísima —susurró Álex en el lóbulo de su oreja.

Noemí sonrió complacida mientras se aplicaba una tenue sombra de ojos ante el espejo de su baño.

—Hoy me apetece ir disfrazada.

—No vas disfrazada. Vas elegante, sensual y arrebatadora.

Noemí se había puesto unos pantalones negros ajustados que acababan un poco en campana. Una camiseta negra con un brazo desnudo y el otro cubierto hasta la muñeca, pero abierto por completo.

—Mis compañeros van a flipar cuando me vean, esto si no se ríen en mi cara.

—Pero es una cena de empresa, ¿no?

—Bueno, tiene otro significado para un bufete de abogados que para un grupo de científicos frikis.

—Morena, si no te sientes cómoda, cámbiate.

—Hoy me apetece ir así. No te preocupes por mí.

En el taxi se cogieron de las manos. Álex se llevó la suya a los labios sin dejar de mirarla. Noemí empezó a hiperventilar. Cada toque era una descarga de adrenalina.

Cuando bajaron del coche, Noemí no pudo evitar cogerse del brazo de aquel hombre tan maravilloso que estaba junto a ella. Entró feliz en el restaurante. Se sentía como si hubiera estado caminando por una alfombra roja y miles de cámaras le hubiesen estado haciendo fotos.

Flotaba en una nube de felicidad.

Aquella era una de esas «primeras veces» que estaba experimentando con Álex. Suspiró de amor.

—Hola, Noemí. Este debe de ser Álex —dijo una chica alta con acento italiano.

—Sí, te presento a mi compañera, Gabriella.

—Estás guapísima, Noemí. No te había visto jamás así.

—Ya... Ir a trabajar con esto no es lo más indicado, no. —Se rio.

Habían reservado una sala del restaurante, así que todos los que estaban allí eran científicos.

—Si me disculpáis un momento...

Álex se sintió un poco turbado cuando Noemí desapareció, porque le daba apuro no entender lo que le estuvieran diciendo aquellas personas. Como empezaran a hablar de algoritmos, ecuaciones o de lo que fuera que hicieran esos cerebritos, lo iba a pasar mal. Pero la verdad es que, además de científicos reputados, también eran personas normales con conversaciones mundanas sobre su vida.

—Me ha dicho Noemí que tienes un niño pequeño.

—Sí. Está tremendo.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Dos años y medio.

—¡Ah! Los «terribles dos».

—Sí. Esos. Noemí se enfada si me quedo a trabajar hasta tarde. Dice que mi príncipe me espera impaciente. Pero, te lo prometo, a veces, cuando llego a casa, pienso que estaría más tranquila quedándome en el laboratorio —bromeó.

—Seguro. Más tranquila... y más aburrida.

—Si Noemí está conmigo, te aseguro que no —se carcajeó—. Es increíble la energía que tiene. Jamás me lo había pasado tan bien yendo a trabajar.

Álex sonrió. Su morena era maravillosa.

Gabriella miró como Noemí iba hablando con todos.

—Es un encanto. Creo que es la única persona que conozco que cae bien a todo el mundo. Tienes mucha suerte.

—Sí. La tengo —afirmó orgulloso.

Álex se fijó en que Noemí iba recorriendo el salón y de tanto en tanto se inclinaba sobre

alguna mesa sin dejar de hablar con cualquiera que estuviera cerca. Estaba seguro de que estaba haciendo de las suyas.

Pronto se fueron sentando a la mesa que les había tocado. Había unas cuantas.

Noemí se acercó con una gran sonrisa traviesa.

—¿Qué has hecho? —susurró Álex.

—¿Por qué supones que he hecho algo? —contestó con inocencia.

Álex levantó una ceja. Sabía con total seguridad que Noemí tramaba algo.

—Es que he visto a quién teníamos al lado —confesó.

Álex negaba con la cabeza, divertido.

—¿Y?

—Pues que he cambiado algunos nombres de sitio. Espero no haberme confundido con las parejas de nadie —murmuró—. Era parte de mi obligación como anfitriona que te lo pasaras bien en nuestra mesa.

Álex miró a su alrededor, parecía que había quien se quejaba de la disposición de los asistentes, pero Noemí hizo como si no supiera lo que estaba pasando y se sentó.

—Son todos muy inteligentes, seguro que encuentran una solución —dijo encogiéndose de hombros.

En su mesa había el equipo con el que Noemí trabajaba a diario. No estaban todos, pero sí muchos de ellos.

—Desde que Noemí ha venido al grupo estamos más entretenidos que nunca, jamás nos habíamos divertido tanto en el trabajo —comentó uno.

—Suele causar ese efecto —dijo Álex con ternura.

—Gracias por hacerme sentir un payaso... —se quejó con una carcajada.

Gabriella empezó a contar anécdotas desde que Noemí había llegado al laboratorio y los demás se le fueron uniendo. Noemí se sentía un poco incómoda siendo el centro de atención, y se levantó para saludar a Björn. A él había decidido no sentarlo en su misma mesa porque había una mujer que le ponía ojitos y quería que él disfrutara de esa noche.

En cuanto se fue, uno de los compañeros, quizás el que más entusiasmado se mostraba con Noemí, quiso felicitar a Álex. Quería asegurarse de que su novio se daba cuenta del talento que tenía su compañera.

—Es un privilegio trabajar con ella.

Álex sonrió satisfecho. Noemí era un cerebritito, y le encantaba.

—Esto último de los transistores de grafeno va a ser un avance tecnológico brutal. Ni tan siquiera nosotros somos capaces de imaginar su alcance.

—Sí. Noemí me lo ha explicado y es para alucinar.

—No me extraña que la quieran en Londres, Noemí ha hecho muy bien en aceptar un trabajo allí.

A Álex la sonrisa se le quedó congelada en la cara. ¿Noemí lo había decidido sin él y todavía no le había dicho nada?

La buscó con la mirada y la vio partirse de risa con otro compañero de otra mesa. ¿Era aquel trabajo tan importante para su promoción laboral como parecía? Él no quería irse. Pero ¿podía cortarle las alas y ponerle freno a su carrera científica? No quería ser el hombre que la hiciera escoger entre su talento y él.

—Sí. Es muy especial —se obligó a decir cuando vio que el compañero de Noemí esperaba su respuesta.

Noemí llegó en aquel momento. Con las mejillas arboladas, contenta y un poco achispada. Pero enseguida se fijó en Álex.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada.

—Todo bien —disimuló.

No iba a aguarle la fiesta. Ni su futuro. Y eso, ¿en qué lugar lo dejaba? Le daba miedo preguntarle; que una conversación sobre el tema la alejara definitivamente de él. Pero ¿cuándo tenía pensado decírselo? Porque... no se largaría sin antes avisar, ¿no?

Y el silencio volvió a instalarse en su corazón.

En algún lugar (Duncan Dhu)

—No quiero hablar de Noemí —dijo Laura a la defensiva.

Había bajado a Barcelona para hablar con Álex. Los dos eran conscientes de que no podían quedar en un café del pueblo sin que gente que los conocía se parara a saludar —¿cotillear?— cada dos por tres. Así que se había desplazado ella.

—No era mi intención, aunque ¿no lo estáis arreglando entre vosotras? —preguntó Álex.

—Sí, pero no lo estamos consiguiendo. Noemí se siente culpable, no deja de disculparse. Y no soporto seguir dando vueltas a lo mismo. Es que me da igual lo mal que lo haya pasado o lo injusto de la situación. Es lo que hay. Yo no he estado mejor, y tenemos que convivir con ello. Todos.

—¿Entonces?

—Pues quedamos, hablamos de mamá o de Marina, nos frustramos y, al cabo de unos días, vuelta a empezar. Te juro que le deseo lo mejor. Y te aseguro que la sigo queriendo, pero no estoy a gusto con ella. No, no puedo con ello. Lo intento; sin embargo, hay algo que me lo impide. Lo siento.

Había pedido un chocolate caliente y unos *melindros* en la cafetería Dulcinea de la calle Petritxol que le estaba templando el frío que sentía por dentro. Quería que el aroma dulce y espeso le fuera tranquilizando el alma, porque estaba nerviosa.

Entrar allí había sido como cruzar la puerta a un tiempo remoto. Mesas de mármol blanco, sillas de madera oscura barnizada y carteles de fotos antiguas colgados.

—Sé que los sentimientos no se pueden manipular ni forzar. Os tenéis que dar tiempo. La vuestra ha sido siempre una relación muy especial, y ha sufrido duros reveses. Es normal que os sintáis raras.

—Ojalá todo vuelva a la normalidad. La echo de menos. A pesar de ello, lo decía en serio, ahora no quiero hablar de ella.

Había sido Laura quien lo había llamado para aclarar algunas cosas. Había algo a lo que no dejaba de dar vueltas.

—Vale. Ningún problema. Yo prefiero que vuelvas a tratarme como el amigo que era para ti, aunque si tardamos en lograrlo, me gustaría que mientras tanto no me apartaras de tu lado. Hablaremos del tiempo si quieres. Yo jamás me he sentido incómodo contigo. Y hemos pasado por muchísimo más que la mayoría. O sea, que tendré paciencia. Me tragaré conversaciones insulsas y aburridas —bromeó— con el simple pretexto de disfrutar de tu compañía.

—¿Cómo consigues que todo parezca fácil? —preguntó agobiada—. A mí se me hace un mundo.

—No puedo decirte cómo debes sentirte, pero, Laura, sigues siendo la misma chica que me arrancó de cuajo mi timidez, la misma que me concedió su tiempo para hacerme sentir valioso. Para mí sigues siendo maravillosa. Luego tuviste la valentía de ofrecermelo tu cuerpo...

—¡Calla! No me lo recuerdes. Y tú ¡ya podrías haberte negado!

—Negarme me negué... —dijo con una sonrisa.

—Sí... ya... Y luego te tendiste encima de mí, desnudo del todo. Creo afirmar sin ningún temor a equivocarme que eso es un sí como un templo.

—Lo sé. Solo quería hacerte rabiar.

—¿Nos da nuestra amistad para eso?

—Yo qué sé, Laura, voy tocando de oído. ¿Acaso conoces a alguien más que haya pasado por lo mismo que nosotros y que nos pueda aconsejar sobre cómo proceder?

Álex sabía que era una conversación del todo inapropiada, que jamás iban a volver a tener, pero era consciente de que Laura le estaba dando vueltas a algo, y necesitaba demostrarle que ellos podían seguir hablando de cualquier cosa.

—Vale. Pues te voy a hacer una pregunta que lleva carcomiéndome todo este tiempo. Necesito la verdad, aunque me duela.

—Adelante.

—Durante... o sea, las veces que... es decir, que...

—Suéltalo ya, Laura.

—Que... en el sexo conmigo, ¿pensabas en mi hermana?

—¡Laura, por Dios!

Eso era peor que cualquier cosa que hubiera imaginado. Sabía que le rondaba algo por la cabeza, pero aquello era demasiado.

—Mira, déjalo. Es igual. Miénteme si es necesario... porque no voy a poder soportarlo si es verdad...

—Laura. Laura —repitió y le cogió las manos con las que se había tapado la cara—. Mírame, por favor. Es importante.

Laura estaba demasiado nerviosa. Esa cuestión le estaba arrebatando la cordura, pero tenía miedo de preguntar por si la respuesta no le gustaba. Como le pasaba siempre con Álex, había bajado la guardia porque se sentía cómoda con él y las palabras le habían salido casi sin pretenderlo.

—En el momento en que supe que íbamos a tener un bebé, descarté cualquier posibilidad de estar con Noemí. E intenté con todas mis fuerzas enamorarme de ti. Los primeros años fueron duros: sin dormir apenas, estudiando, trabajando... ¿te crees que tenía la cabeza para más líos? Sí que es cierto que jamás he dejado de amarla, pero excitarme pensando en ella mientras me acostaba contigo es algo que me resulta repugnante.

Álex la miraba con ojos suplicantes, no quería que hubiera nada que enrareciera aún más su ya más que rara relación.

—Gracias. Te creo. No sabes el alivio que me supone. Todo esto me daba bastante asquito.

—Parece mentira que no me conozcas.

—Yo, con franqueza, creo que ya no me fio de nada ni de nadie.

Tras unos momentos de silencio, Laura se atrevió a hablar.

—Oye... ¿crees que podremos quedar algún día más? —preguntó con timidez.

—¡Claro! Cada vez que quieras. Me hace ilusión que te apetezca.

—Pero sin Noemí. No me siento capaz de veros juntos aún... Ya sé que es infantil y ridículo.

—Da igual lo que sea, Laura. Y a estas alturas, más nos vale ser sinceros con nuestros sentimientos si queremos seguir siendo una familia. De todas formas, el hecho de que esté con Noemí no significa que tenga que ir con ella a todas partes. Te aseguro que a mí no me apetece nada quedar con el tal Björn.

—¿Celoso?

—Quizás. Tiene una relación con ella que no acabo de entender.

—¿Cómo la nuestra?

—Creo que la nuestra supera a la de cualquiera.

Laura rio sin disimulo.

—Pero, Laura —dijo serio de repente—, la Navidad está a la vuelta de la esquina. Y no podemos decirle a Teresa que no estaremos juntos. No será fácil para nadie; sin embargo, estos días siempre han sido muy importantes para vosotras. Tenemos que hacer un esfuerzo por tu madre.

—Lo sé. Ya lo había pensado. No las tengo todas conmigo, la verdad. Pero supongo que valdrá la pena, aunque solo sea por ella.

—Y por los demás. Quizás esta es la oportunidad que estábamos esperando para arreglarlo.

—Si todo acaba bien, las alas que se va a ganar el ángel de turno van a ser tan grandes que no podrá ni levantar el vuelo.

—Pero ayudemos un poquito a Clarence entre todos, ¿vale?

—¿Otra vez viendo *Qué bello es vivir*?

—No hasta el día de Nochebuena —replicó sonriendo.

—Tengo un regalo para mí.

Álex rio ante las palabras de Noemí. Allá donde ella estuviera, sentía que moraba su hogar. El refugio de su corazón. Por más parcelas en las que estuviese dividido su amor, Noemí era la que le daba sentido a todo. La que le proporcionaba lo que necesitaba en cada momento.

Así que acabar una jornada de trabajo, llegar a casa y sentirse reconfortado entre sus brazos o excitado entre sus piernas era un sueño del que aún temía despertar.

Y ahora sufría con la idea de que aquello no fuera para siempre. Noemí aún no le había dicho nada sobre el trabajo que había aceptado en Londres. Y él estaba demasiado asustado como para sacar el tema. Prefería vivir el momento, sin torturarse al pensar en que tenía fecha de caducidad. Porque Álex estaba dispuesto a todo, pero, si Noemí no le había comentado nada, ¿significaba que no contaba con él?

Estaba aterrado.

En cada beso que le había dado desde la cena de su trabajo entregaba todo el amor de su corazón. Sin embargo, no podía evitar que tuviera un regusto a despedida que a Noemí también la tenía inquieta; porque, aunque sabía que Álex la amaba, tenía la sensación de que le estaba diciendo adiós. Ambos percibían el miedo del otro y no sabían ponerle nombre.

—¿Para mí o para ti? —puntualizó como si no lo hubiera entendido bien.

—Para mí —dijo con suficiencia.

—No lo pillo.

Noemí le mostró el precioso anillo que llevaba en su dedo. El que había escondido en su espalda.

—Esa es la piedra que te regalé en la playa hace dieciocho años —susurró conmovido—. La has tenido contigo todo este tiempo —murmuró con un nudo de emoción impidiéndole hablar con normalidad.

—No podía deshacerme de ella... Y la he llevado a la Joyería Prats de la esquina para que la engarzaran en oro blanco.

—Aquel día en la playa, cuando te di la piedra, me imaginé justo así, regalándote un anillo, con la rodilla en el suelo —se arrodilló en ese preciso momento—, y ahora está ocurriendo de

verdad. ¿O sigo soñando? Si es así, no quiero despertar nunca.

Noemí se arrodilló junto a él, se sentó en su regazo y lo abrazó con las piernas en su cintura. Acunándole la cara entre sus manos y dejando un ligero beso de compromiso en sus labios.

—Es nuestro sueño. El que tuvimos por separado hace ya tantos años. Nos merecemos que se convierta en realidad.

—Pero la piedra no vale nada...

—Tuvo un valor incalculable para mí.

—Y ahora estoy de rodillas... y llevas un anillo...

—Y sigue siendo un regalo que me he hecho yo. —Sonrió mientras lo seguía besando.

Álex tomó una decisión en aquel instante, una que ni siquiera se había parado a pensar, pero que le pareció lo más natural. Lo que deseaba. Sin tener en cuenta donde tuvieran que vivir cada uno.

—Te amo más de lo que jamás creí posible ¿quieres...

—...amarte para toda la eternidad? —interrumpió—. Sí, quiero.

—Pero ¿quieres...

—...ser feliz junto a ti para siempre? —volvió a interrumpir—. Sí, quiero.

—Pero yo quiero decir ¿sí...

—...estaré contigo en la salud y en la enfermedad todos los días de mi vida? —acabó—. Sí, quiero. Y no hace falta nada más para sellar nuestro amor que estas promesas que nos hacemos cada día.

Álex la besó con pasión, prometiéndole con su cuerpo que la amaría para siempre.

—Tenemos algo pendiente por hablar —anunció Noemí.

—¿Tiene que ser ahora? —susurró con miedo.

¿Había llegado el momento en que Noemí lo hería de muerte?

—Ya no puedo dar más largas a la propuesta de irme a trabajar a Londres. Si primero nos vamos a la cama —dijo Noemí malinterpretando a Álex—, luego estoy tan feliz que me podrías convencer de cualquier cosa.

—Llevar este anillo en el dedo te da ventaja... Ahora mismo, excitado como estoy, tampoco tengo mis facultades de negociación al máximo.

—Álex, en serio. ¿Qué hacemos? Mi hogar es donde tú estés...

Álex la sujetó del culo, la apretó contra sí en un abrazo fuerte de reconocimiento y absoluta adoración, y luego la separó de su lado. Aún estaban en el suelo, abrazándose con las piernas, y esa no era la forma en la que se podía tomar una decisión.

Se subieron al sofá. Aunque maldita la gracia que le hacía alejarse de su cuerpo cuando lo que anhelaba era meterse dentro de ella.

—Me rindo a ti —susurró con la voz ronca—. No concibo estar lejos de tu lado. No quiero una vida donde solo te desee y no te tenga. No quiero ir a Londres. Por todos los motivos que te he ido dando durante estas últimas semanas. Sin embargo, no voy a renunciar a ti. Jamás. Si tenemos que irnos, que así sea. Pero no tengo claro que allá podamos ser más felices que aquí. Sin mi hija, sin trabajo... me parece una locura.

—¿E incluso, sabiendo que es una locura, te irías conmigo?

—He estado años sin ti. No imagino nada peor que eso.

—Creo que me he cogido a un clavo ardiendo...

—¿Lo dices por esto? —murmuró mientras le ponía la mano encima de su pene.

—¡Álex! Que estamos teniendo una conversación importante.

—Ya te he dicho que no puedo pensar contigo cerca... —dijo mientras se volvía a acercar y le dejaba un reguero de besos en la mandíbula. ¿Sería aquella la última vez?

—En el fondo creo que lo he sabido desde el principio. Que irnos no era viable. Cada vez que pensaba en ello, me dolía el corazón de alejarme otra vez, pero era una manera de engañarme considerando que tenía una solución mágica en la manga. Así que nos quedamos. Ya no le doy más vueltas.

—¿Cómo dices? —preguntó sorprendido—. ¿No lo habías decidido todavía?

—Eh... no. Lo estoy hablando contigo ahora. ¿Cómo lo iba a decidir sin ti?

Álex la besó con una profundidad y un alivio que incluso a ella le hizo recelar.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—En la cena de tu trabajo, un compañero tuyo me dijo que ya habías aceptado el trabajo.

—¡Por eso estabas tan raro! ¿Y no se te ocurrió preguntármelo?

—No quería manipularte con mi amor y mi deseo de que no te fueras.

—Pues yo pensaba que ibas a dejarme porque te pesaba demasiado no estar con Marina. Te has estado despidiendo de mí desde entonces. ¡Lo he pasado fatal!

Álex la abrazó aliviado.

—E incluso así te has regalado un anillo.

—Porque, pase lo que pase, mi amor por ti no va a desaparecer y quería que lo supieras. Aunque elijas a tu hija antes que a mí, yo te voy a seguir amando.

—Te lo dije, morena. Ahora nos toca a nosotros.

—Ay, Álex... tenemos que confiar más el uno en el otro...

—Sí, tienes razón, pero parece que vamos de puntillas por si acaso lo estropeamos todo por el camino.

Álex volvió a besarla con pasión.

No podía dejar de tocarla.

—¿Entonces vas a renunciar a la oferta de trabajo? ¿Estás segura? —dijo de repente serio—. ¿Por qué lo dio por hecho tu compañero?

—Porque cree que es una gran propuesta que no debo rechazar. Ni se ha planteado que pueda decir que no. No lo hizo con malicia. Pero mis jefes saben que aún me lo estoy pensando.

—Buf. Menos mal.

—En el Hospital Clínic estaremos muy ocupados. No estoy rechazando una extraordinaria oportunidad profesional. Aquí también puedo hacer grandes cosas.

—Pues me quitas un gran peso de encima. No quería cortarte las alas...

—Lo sé.

—Pero irse era una pésima idea.

—También lo sé.

—Todo se va a solucionar, preciosa, ya lo verás. Solo tienes que tener un poco de paciencia. Y ahora, ¿podemos seguir? —preguntó impaciente.

Noemí sonrió. Se sentía aliviada de quedarse. No hubiera podido con el cargo de conciencia de irse y obligar a Álex a que renunciara a toda su vida. Pero la oferta había sido como un caramelo tentador.

Se pusieron de pie y él la fue desnudando despacio al tiempo que le dejaba besos por todo el cuerpo y la conducía hacia la habitación.

—Quiero acariciarte sin nada más encima que este anillo. Y ya hablaremos en otro momento sobre las promesas públicas de nuestro amor.

—Más conversaciones estresantes, no, por favor. —Se rio Noemí.

—Ahora quiero amarte como nos merecemos.

—Como desees —contestó con una falsa sumisión mientras le mordía juguetonamente la mandíbula.

Álex inhaló el perfume floral de su piel, se embebió de la belleza de su sonrisa y la reverenció acariciándola con sus manos.

—Eres la princesa que me prometieron mis ilusiones más secretas.

Nada fue un error (Coti)

Feliz Navidad. Ja, ja, ja. —¿O era jou, jou, jou?—. Aquello ni era feliz ni tenía aspecto de Navidad.

—Estoy nerviosa —confesó Noemí en un susurro.

Sostenía una flor de pascua que le había comprado a Cristina el día anterior y estaban a punto de entrar en casa de su madre.

—Tranquila. Voy a estar a tu lado.

—Ya... pero eso complica más las cosas.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó solícito.

—No, no. No deseo excluirte ni privarte de celebrar la Navidad con tu hija. Ya va siendo hora de que empecemos a comportarnos como una familia normal.

—Es que muy normal no somos, no.

—Bueno. En cualquier caso, es la nuestra. De manera que es lo que hay. Sobre todo, no me toques ni me beses ni me mires... mejor tampoco me hables.

—¿Puedo respirar?

—Qué gracioso. Puedes interactuar con ellas, aunque no conmigo. Vamos a ponérselo fácil.

—Menos a ti —suspiró mientras le acariciaba la mejilla.

—Yo estaré bien si ellas lo están. No quiero restregarles por sus narices que estamos juntos.

—Noemí, ya lo saben.

—¡Que no me pongas más nerviosa aún! Ya sé que saben que estamos juntos, ¡de ahí todo este lío! O sea que haz como si no existiera.

—Eso es imposible.

—Por favor te lo pido, no te pongas en plan «no puedo alejar mis manos de ti».

—Y yo que pensaba que te gustaba... —murmuró lastimero fingiendo sentirse dolido.

—Álex, te juro que o te comportas o...

Él la tomó entre sus brazos, y la besó con ternura y posesividad mientras Noemí luchaba por zafarse de él.

—¿Qué haces? —susurró en un grito.

—Ya que no puedo besarte dentro, he querido hacerlo antes de entrar. También quería relajarte...

—¿Y si están mirando por la mirilla?

—¿Acaso se han convertido en las viejas del visillo?

—Sí, es poco probable que estén observando. Tienes razón.

—A las malas nos emborrachamos todos, y así las locuras o los comentarios fuera de tono que se hagan los podemos achacar al alcohol.

—De verdad que, si querías tranquilizarme, no estás haciendo un buen trabajo.

—¿Te meto mano o llamo al timbre?

—¡Álex! Que no me puedes meter mano. Si mi hermana y Marina aún no están en casa de mi madre, por pura Ley de Murphy, estarán detrás de nosotros en el preciso instante en que me toques una teta o me pellizques el culo.

—Pues venga, hagamos que aparezcan —dijo travieso—. Y que el espectáculo empiece de una vez.

Noemí no se atrevió, estaba segura de que esa ley universal le jugaría una mala pasada; por lo tanto, no se lo pensó dos veces y llamó al timbre de casa de su madre. Con insistencia.

—Que sea lo que Dios quiera —rezó.

El clic de la puerta de la calle al cerrarse detrás de ella se le antojó de mal agüero. El segundo clic de la puerta del recibidor, inquietante. El tercer clic de la puerta del comedor —maldita fuera su madre y su manía de que no se escapara el calor de las estancias de la casa—, claustrofóbico.

Pensó en los presos cuando los conducen a sus celdas. Las puertas que se van cerrando a su paso y que van dejando su libertad cada vez más lejos.

Pero ella estaba con su familia, en casa de su madre... Si la cosa se torcía demasiado podría escapar de allí sin ganchos ni sábanas enroscadas a la pata de la cama para deslizarse por la ventana. Estaba a tres puertas de la calle... sin cerrojos. Podría lograrlo. Miró el reloj. Las dos de la tarde. Si aquello se convertía en algo insoportable, a las cinco ya se podrían ir. ¿No? Tres horas. Venga. Sería capaz.

El silencio de su casa se enmascaraba por el sonido del televisor, por la voz del locutor de la radio y por la música del aparato del comedor. Todo a la vez. Una cacofonía de ruidos que gritaban incomodidad. Tan solo hablaba su madre, más para sí misma que para nadie. Con una alegría fingida que retorció aún más las tripas de Noemí, igual que si alguien las estuviera estrujando en un puño.

Marina cambiaba el canal sin ton ni son. Laura observaba concentrada al máximo su móvil para no tener que levantar la vista. Su madre iba de la cocina al comedor llevando y trayendo platos una y otra vez. Era evidente que todo estaba ya preparado desde hacía horas. Sin embargo, también se sentía incómoda y aprovechaba para cambiar la vajilla o las servilletas o la decoración de la mesa: que si un jarrón con flores, que si mejor unas velas, que si un cuenco con bolas de Navidad...

—¿Nos sentamos?

—Sí, mejor, sí. Que la comida ya está lista.

Comieron sin hablar, mientras el sonido de todos los aparatos acústicos que había en casa estaban encendidos.

Noemí se sentía torpe, le temblaban las manos. Pensó que era el momento de seguir la sugerencia de Álex y abusar un poco del vino. Pero Murphy estaba frotándose las manos y decidió que aquel era un momento estupendo para tirar el vino por encima del mantel de hilo con bordados navideños cosidos a mano.

—¡Lo siento! —exclamó Noemí.

—No te preocupes, hija —dijo su madre mirando el mantel con pena—. Son cosas que pasan.

—Voy a por sal y vino blanco —contestó aliviada de tener una excusa para irse de esa mesa—. A ver si conseguimos que no quede mancha.

En la cocina, apoyó las manos en la encimera, cabizbaja y suspirando. ¿Era eso lo que le esperaba? ¿Su familia los toleraba, pero no los soportaba? Marina ni tan siquiera la había saludado. No era capaz de imaginar el dolor de Álex; su propia hija ignorándolo como si no

estuviera. Su hermana, que se había sentado tan erguida y tensa que parecía que se iba a romper. Y su madre, que emanaba tristeza.

Estaba a punto de echarse a llorar cuando los brazos de Álex la cobijaron. Se había levantado de la mesa para ir tras ella. Era cierto que todos estaban haciendo un esfuerzo; sin embargo, aquello no iba nada bien. Quererse debería ser más fácil, más natural.

—Necesitan más tiempo, Noemí.

—No creo que sea capaz de aguantar más reuniones como esta.

Álex la giró. Le secó las lágrimas. Se las besó. Le dejó un reguero de besos por el rostro y el cuello.

—Vamos por el buen camino, Noemí. Esto es demasiado. Y tú no sabes conformarte con relaciones tibias, vas a por todo. Amas con desmesura. Ya llegará.

—¿Tú crees?

—Claro. Ellas te están demostrando su amor estando presentes el día de Navidad. Laura casi me habla con normalidad, hemos podido restablecer parte de lo que se nos había atascado por el camino. Marina no deja de echarnos miradas a hurtadillas cuando cree que nadie la ve. Nos echa de menos, pero no sabe cómo llegar hasta nosotros, porque rendirse a lo que siente significa cesar de estar enfadada, y piensa que necesita estar enojada. Y Teresa lo único que quiere es que su familia esté bien. Ella entiende lo que ha pasado, solo le duele que no encontremos la manera de normalizarlo.

—Yo te quiero, Álex. Tienes más paciencia que el santo Job. Y no te digo que lo nuestro se vaya a acabar, porque soy incapaz de renunciar a ti. Pero tengo un dolor en el pecho que no se me va...

Álex la besó otra vez, intentando que Noemí no pensara más. Dejando que sus cuerpos se sanaran con el lenguaje de las caricias, de los susurros, de los besos. Noemí iba relajándose, y abrazó a Álex y lo besó con ternura obligándole a que le hiciera olvidar nada que no fuera él. Su paraíso en la tierra.

—Ejem.

Noemí pegó un respingo, se separó de Álex, y con la brusquedad de su movimiento al apartarse rompió algo de la vajilla que estaba en el mármol. ¿Platos, copas, jarras? Ni se giró a mirar qué había sido.

—¡Lo siento! —se disculpó avergonzada tanto por el estropicio como por el beso.

Laura había ido al baño, a refrescarse la cara, a mirarse al espejo, a lo que fuera para huir del ambiente enrarecido y opresivo que había en el comedor. ¡Qué pena toda la situación! Y no ser capaz de arreglarlo por ganas que tuviera era horrible.

Al volver, pasó por delante de la cocina. Vio a Álex consolando a su hermana. Con cariño y paciencia. Observó a Noemí rendirse al amor de Álex, a lo que él la hacía sentir. Les oyó. Pero lo más importante de todo, es que se alegró por ellos, de que se tuvieran el uno al otro.

No los había querido ver juntos. Había pensado que le vendrían imágenes odiosas, que no podría superarlo. Le daba miedo. Y cuando les había visto abrazarse y besarse, no se le habían encogido las tripas como había pensado. Algo había encajado en esa escena. Y en su corazón.

Laura dio un paso adelante. En su fuero interno y hacia ellos.

Desde siempre había sido una contradicción en sí misma. Y había luchado contra ello hasta ese preciso momento.

Tímida y atrevida.

Clásica y rompedora.

Melancólica y arrolladora.

¿Y qué si se había quedado embarazada con dieciocho años?

¿Y qué si había conseguido estudiar lo que quería con más de treinta y cinco?

¿Y qué si le volvían loca los tatuajes en la piel masculina?

¿Y qué si su exmarido amaba a su hermana?

¿Y qué?

¿Acaso no los quería a los dos con toda su alma? Entonces, ¿por qué seguía pensando que las cosas debían ser de otra manera? Las cosas eran como eran. Y ya está.

Todo aquello se le antojaba un poco raro, eso sí. Pero ¿quién dictaba lo que era normal y lo que no?

Cada familia era distinta, y la suya lo sería más. No iba a perder más el tiempo haciendo lo que se suponía que tenía que hacer. Censurando lo que se suponía que tenía que censurar. Sintiendo lo que se suponía que debía sentir, aunque no fuera así en absoluto.

Quería ser libre. Para amar como y a quien le diera la gana.

—Parece que lo que me hacía falta era veros —dijo acercándose con una bella sonrisa—. No he sentido celos ni envidia ni dolor. Siento todo el tiempo que me ha costado llegar hasta aquí.

Noemí rio aliviada.

—¿En serio? ¿Puedo? —Y se encaramó de un salto sobre Álex, lo que hizo que él se tambaleara un poco porque no había previsto que Noemí se le echara encima.

—Supongo que no puedo pretender que dejes de ser tú misma —rio—. Pero, Noemí, paso a paso. ¿Vale?

Laura y Noemí se abrazaron. Llorando de alivio.

—Te he echado de menos.

—Igual que yo.

Cuando llegaron al comedor, Teresa vio sus sonrisas y se levantó de la mesa para abrazarlas. Sus hijas volvían a estar juntas. Cuántos desvelos producía el amor, y cuántas recompensas regalaba si iba bien.

Marina tenía sentimientos encontrados luchando con ferocidad dentro de ella. Ver a sus padres felices era un alivio. No obstante, su tía había caído tan bajo, que era imposible que pudiera perdonarla. Su madre era un corazón con patas, y se había rendido, pero ella... ¿Cómo podían siquiera pensar que aceptaría esa situación? ¡Era indignante!

Sin embargo, quería ir con ellos y participar de su alegría, aunque algo se lo impedía.

Álex, que era consciente por lo que estaba pasando su hija, se acercó, y como quien no quiere la cosa, apoyó las manos en sus hombros y le dejó un beso en la cabeza. Como si no percibiera toda su lucha interior.

Laura hizo lo mismo, incluyéndola en ese momento familiar, a pesar de que ella se resistiera, y le dio un abrazo ladeado como si fuera uno de estar por casa.

—Por fin somos una familia unida —le susurró como si no se diera cuenta del dolor que aún mantenía dentro.

Noemí fue menos sutil, se acercó, la abrazó de frente, le llenó la cara de besos y dijo en voz alta como si no estuviera viendo su expresión de haber chupado un limón:

—Gracias, te quiero muchísimo.

Y la última fue su abuela.

—Me siento orgullosa de ti. Ser adulto implica la valentía que estás demostrando.

«Qué bonito; esto es una encerrona en toda regla», pensó Marina. Pero, claro, aunque no varió su expresión, no iba a ser la nota discordante. Era Navidad, y había que hacer sacrificios. No obstante, no pensaba sonreír. Que bastante le estaba costando no levantarse e irse a su casa.

«Tiempo», susurró Álex a Laura cuando la pilló mirando preocupada a su hija.

Noemí parloteaba con su madre, que había tenido el buen tino de apagar todo lo que estaba encendido. Nada más maravilloso que el sonido de las palabras de una familia unida.

Estaba exultante.

La energía contenida hasta entonces brotaba entre ellos como si fuera electricidad. Tocaba la pierna de Álex, reía y se apoyaba en su hombro. Lo besaba con una sonrisa.

Sabía que Marina estaría dentro de poco en ese núcleo férreo de amor familiar, porque, con sinceridad, sin ella no estaba completo. Sin embargo, confiaba en Álex, él había prometido que todo se solucionaría y, por fin, creía que lo conseguirían.

Era feliz.

Laura la miraba de nuevo con esos ojos azules, confiados y tranquilos con los que la habían contemplado siempre.

Las tres mujeres hablaban interrumpiéndose unas a otras y saltando de un tema a otro, rebosantes de alegría, como hacía una eternidad que no sucedía.

—Te quiero —dijo Álex vocalizando sin sonido las palabras.

—Y yo te quiero a ti —contestó Noemí en voz alta, sabiendo que no haría daño a su familia si lo decía.

Álex la besó, como si no hubiera nadie más en la estancia. Loco de dicha de pensar que Noemí no volvería a reprimirse en sus sentimientos hacia él.

—He estado muchos años viviendo fuera...

—Demasiados —interrumpió su madre.

—Y hay una costumbre americana que me encanta —siguió Noemí—. Acción de Gracias. Se celebra a finales de noviembre y se supone que es para agradecer todo lo bueno que nos ha pasado. En realidad, no es más que ponerse hasta arriba de pavo y pasarlo bien junto a tus seres queridos. Y para mí, esa era mi Navidad sin vosotros.

Tenía un nudo de emoción en la garganta.

—Cada año, junto a mis amigos, daba las gracias por teneros, porque siempre habéis sido lo más importante para mí. Aunque me entristecía pensar que jamás iba a ser feliz por completo porque os estaba escondiendo demasiadas cosas.

—Cariño... —murmuró su madre.

—Y hoy, aunque es Navidad, quiero celebrar mi propio *Thanksgiving* con vosotros. Y os doy las gracias. A todos.

Álex le apretaba la mano y la miraba con intensidad. Su madre y su hermana tenían los ojos brillantes de lágrimas.

—Os agradezco que, a pesar de todo, hayáis querido que permaneciera en vuestras vidas. Sé que no ha sido fácil. Pero tener vuestro amor, y en especial el de Álex, es mi mayor felicidad.

Álex no se contuvo más. Aquellas palabras sinceras abrían por completo la puerta a la normalidad de su relación ante su familia. La abrazó rebosante de amor.

—Jamás pensé que podría ser tan feliz.

—Aún lo serás más —susurró con picardía.

Y Noemí selló esa promesa con un beso.

Cuando llegaron a casa aquella noche después de una despedida que no se acababa nunca, y se metieron en la cama, no podían dejar de tocarse, de besarse. Sus cuerpos les exigían fundirse una y otra vez en el otro, como si no soportaran estar más lejos que a un suspiro.

El amor que sentían les pedía detenerse en cada poro de su piel. Querían amarse muy despacio, admirando su felicidad cuando su contacto les erizaba el alma. Deseaban venerarse con besos húmedos, moldeando el placer con las manos, susurrando palabras que escribían con la punta enhiesta de sus pechos.

Un beso en el lóbulo de la oreja, una caricia suave en las nalgas, un pequeño mordisco estremecedor en la base del cuello.

Aunque estaban exhaustos, no podían parar. Tal vez tenían miedo de estar viviendo un sueño. De que aquello fuera demasiado hermoso para ser real.

—Tenemos toda la vida para estar juntos —dijo Noemí jadeando entre los labios de Álex.

—Y aún no me parece suficiente.

—Te quiero —susurró ebria de amor.

—Mi felicidad es estar contigo. Haces que mi mundo brille.

Y siguieron brillando toda la noche. Durmiendo a ratos. Despertándose al poco con ganas de seguir la danza de sus cuerpos adorándose. Sin querer dar tregua a lo que sus ansias les reclamaban: amarse para siempre.

Epílogo. Marina

***Perfect* (Ed Sheeran)**

Había pasado un tiempo de todo aquello. Y ya con veinte años tuve que reconocer que hubo un momento en el que pensé que esta historia no iba a acabar bien. No podía entender que mi perfecta vida se derrumbara y que me atrapara entre los escombros. No era capaz de perdonar a quien me había enterrado en la desesperación.

No tengo ni idea de quién sufrió más durante los meses que siguieron al divorcio de mis padres.

Quizás mi abuela Teresa, que creía que sus hijas jamás estarían juntas de nuevo. O mi madre, que se sentía engañada y traicionada. O mi tía, que tenía miedo de que la apartaran para siempre de sus seres queridos. Tal vez mi padre, que buscó el camino más difícil para intentar que todos fuéramos felices.

O yo misma, que me debatía entre la lealtad que sentía hacia mi madre por su dolor; el resentimiento contra mi padre por provocar todo esto; la decepción por mi tía, que era la causante de que yo me encontrara en la situación en la que estaba, y el amor por mi abuela, que padecía porque no era capaz de unir a su rota familia.

Tirando cada uno por su lado en vez de remar juntos en la misma dirección.

Pero sin saber cómo, a pesar de los esfuerzos de mi padre, los intentos de mi tía, la frustración de mi abuela y la tristeza de mi madre, no hubo nada concreto que fuera el causante de que volviéramos a ser una familia.

Hay quien diría que fue el tiempo, que lo cura todo, o que fue el sueño cumplido de mi madre, que le dio alas.

Estoy segura de que el amor siempre encuentra un resquicio en nuestro muro de protección para colarse. De verdad que creo que todos nos queríamos sin medida y nuestro cariño encontró el camino para llegar a nuestros corazones y unirnos de nuevo.

No conocí a mi abuelo Salvador; sin embargo, a veces parece que las historias que me han contado de él sean recuerdos míos. La abuela lo sigue echando muchísimo de menos, pero, aunque me dijeron que al principio de su muerte dejó de nombrarlo, ahora habla de él como si estuviera en un viaje que dura mucho tiempo. No sé por qué, pero estoy segura de que mis abuelos siguen juntos, a pesar de que ahora mismo se encuentren lejos el uno del otro.

Mi madre es una mujer impresionante. No era consciente de las capas de gris con las que se había tapado durante años. Trabaja de enfermera como soñó que haría hacía tanto tiempo. Tiene una corte de hombres que le proponen citas, tal es la belleza que ahora saca a pasear sin disimulo, pero ella no quiere tontear con ninguno, prefiere pasar su tiempo libre en casa de una de las abuelitas que habían estado en la residencia. Mi adoptada yaya Pilar. La llamo «yaya», porque dice que la palabra «abuela» la hace sentir más vieja. Mi madre la adora, y yo también. Es ese tipo de mujeres que consiguen que todo el mundo las quiera, es imposible resistirse a ellas. Mi madre va a menudo a su casa, el vínculo que crearon mientras estuvo en la residencia creo que las unió para siempre.

La yaya Pilar tiene un nieto que jamás hubiera dicho que fuera el tipo de mi madre, pero llegados a este punto ya no tengo ninguna idea preconcebida. Estoy segura de que hay algo entre

mi madre y él; sin embargo, esto ya es otra historia. Sea como fuere, mi madre está contenta y eso es lo único que me importa.

Mi padre ha dejado de ser la persona cariñosa y perfecta que conocía para convertirse en alguien más espontáneo, más libre, menos contenido y muchísimo más feliz. No entiendo cómo no fui capaz de ver que mis padres no estaban bien juntos. Se siguen queriendo, como siempre desde que se conocieron, pero al no obligarse a sentir algo que no sentían, no hay amargura ni reproches entre ellos. Porque, aunque en casa jamás hubo gritos ni peleas, sí que había mucha frustración canalizada en forma de educada indiferencia hacia su relación.

Me costó muchísimo entender que hay muchos tipos de amor. ¿Por qué no consiguieron amarse mis padres? Aún sigo sin encontrar una respuesta. Pero no lo hicieron. Ahora se hablan con la familiaridad y la tranquilidad que tenían desde antes de que yo naciera, y que perdieron en el instante en que empezaron a vivir juntos.

Y mi tía. La loca de mi tía. Era un 15 de octubre, el santo de mi abuela, y estábamos todos reunidos alrededor de la mesa cuando empezó a llorar y a reír a la vez. Mi padre le acariciaba la espalda mientras le dejaba besos en la frente como si ese comportamiento fuera lo más normal del mundo.

Me di cuenta entonces de que no había dicho nada en todo el rato que llevábamos comiendo. Mi abuela se llevó las manos en forma de puños a la boca, y también empezó a llorar. Mi madre se las quedó mirando un momento, luego observó a mi padre en una de sus conversaciones silenciosas y le sonrió, con la sonrisa más bonita que le había visto jamás, como si la iluminara desde dentro.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué está pasando?

—Vamos a tener un bebé.

Y todos me miraron ansiosos, como si fuera importante para ellos adivinar mi reacción.

Pero ya llevábamos tiempo siendo una familia normal, todo lo normal que se puede ser cuando tu padre deja a tu madre para irse con tu tía, y el objetivo era que todos fuéramos felices juntos, así que quise bromear un poco.

—¿Y qué será ese bebé para mí? ¿Un «herprimo»? ¿Un «primano»?

—Será tu hermano, Marina.

Y de repente la bromita se me congeló en la cara. Tan solo con ese anuncio, empecé a querer a mi hermano, y la sensación me golpeó con tanta fuerza que, si no hubiera estado sentada, me hubiese caído al suelo.

Apenas pude, me levanté y los abracé, porque en ese momento empecé a vislumbrar lo que habían sufrido ellos durante el tiempo que les había dado la espalda. Iba a tener un hermano cuando ya hacía años que había perdido la esperanza de tener uno.

Miré a mi tía que me observaba con el cariño que jamás había desaparecido de sus ojos. Y quise ser para mi hermano lo que Noemí había sido para mí: una hermana mayor. Fui consciente en ese preciso instante de todo lo que me habían dado las personas que estaban hoy alrededor de la mesa.

Y me sentí afortunada.

Parecía que al fin todos hubiéramos encontrado el camino para querernos bien, para querernos tal y como necesitábamos.

Porque el amor no entiende de obligaciones, de «deberías» o de imposiciones, juega libre con todos. Nadie es capaz de enamorarse a la carta y a veces la persona que escoge nuestra alma es la más inconveniente.

El amor es la manera de darle alas a nuestro corazón, de entender que, aunque amar nos hace esclavos de un sentimiento que pone nuestro mundo del revés, también nos hace libres para ser, por fin, nosotros mismos.

Lo único que el amor nos pide es que asumamos la responsabilidad de no dejarlo escapar cuando nos encuentra.

NOTA DE LA AUTORA

Hace años cogí un autobús en la avenida de la Diagonal de Barcelona.

Por supuesto, íbamos hacinados; era una época anterior a la pandemia y nos resultaba lo más normal del mundo subir a un autobús lleno hasta los topes.

Por suerte (aquel suplicio horrible podría haber sido con cualquier espécimen humano), me tocó ir pecho con pecho con una yaya divertida y extrovertida que me explicó la situación personal de una amiga suya, con la que quedaba cada lunes para merendar.

Entre frenazos del autobús, pitadas de los coches e improperios de los que estábamos sudando y apiñados como sardinas en lata, disfruté de una narración que, aunque dramática, daba para una película... o quizás para una novela.

Bajamos las dos al final del trayecto. No pude evitar abrazar a esa mujer desconocida que me había hecho pasar un rato tan agradable y de la que ni siquiera sabía su nombre.

Cuando llegué a casa, me esperaba mi marido, que está acostumbrado a que le explique tanto los libros que me leo (dice que soy su audiolibro particular) como las pequeñas cosas que me suceden diariamente. Y él lo vio claro: «tienes que escribir esta historia». En aquel momento él creía más en mí que yo misma, y aunque siempre he querido escribir, me parecía más un sueño que algo que fuera posible. Pero la idea había calado en mí.

Unos días más tarde, hablé con mi querida amiga Noemí. Soy incapaz de recordar las palabras exactas con las que logró que en mi cabeza se produjera el «clic» que necesitaba para ser valiente y empezar a escribir de una buena vez. Por eso, y porque desde el primer verano que pasamos juntas tocando la guitarra y comiendo palomitas forjamos un vínculo que aún nos mantiene unidas, mi protagonista lleva su nombre.

Escribir esta novela no ha sido un camino fácil. He abandonado este manuscrito unas cuantas veces, y no recuerdo cuántas más lo he reescrito y corregido.

Aunque lo más probable es que la desconocida del autobús jamás lea esta novela, sentía que le debía la mejor historia que pudiera contar.

He de decir que nada —NADA— de lo que cuento aquí, me lo explicó aquella señora. Todo lo que he escrito es ficción. Ella simplemente me dijo (alerta *spoiler*) que el marido de una de las hijas de su amiga había abandonado a su mujer para irse con la hermana (es decir, con su cuñada), y que había un horrible panorama familiar.

A partir de aquí no os podéis imaginar cuántas vueltas le di a todo. Darle forma a lo que era una situación descabellada ha sido hartito difícil.

No os aburriré con los detalles (que son muchos). Solo quiero acabar diciéndoos que la novela que acabáis de leer es el resultado de muchísimo trabajo, toneladas de ilusión y cantidades ingentes de cariño.

Espero que os haya gustado.

AGRADECIMIENTOS

A mi marido, Fernando, que siempre creyó en esta historia, y es quien ha ido insistiendo en que la terminara de una vez. *T'estimo.*

A Noemí Montiel, que fue el motor que necesitaba para empezar a escribir. *Mai t'ho podré agrair prou.*

A la desconocida que encontré en el autobús, sin ella no habría novela.

A mis lectoras cero: Ana Morales, Eli Samartino, M. Josep Prats, Marta Martín y Merche Martín por sus comentarios, sus consejos y su ilusión, y, de entre ellas, especialmente:

A Eli Prats, doctora en química y maravillosa hermana, que me ha asesorado con toda la parte científica de la novela. Las pequeñas pinceladas que explico sobre la investigación del grafeno son ciertas. *Ídem.*

A Laura Marco por las cuidadísimas aportaciones a mi primer borrador; el trabajo que le dedicó es tan extraordinario que hay dos nombres de personajes que están puestos en su honor. *L'escena del Jan va per tu.*

A Mireia Caramazana por la idea de que Iris necesitaba más. El capítulo *crossover* se lo dedico porque, sin ella, no existiría.

A Montse Lloret, mi compañera de despacho desde hace mil años, que se ofreció a hacer una «*segona lectura*». *Gràcies!*

A Neus Milà por encontrar siempre tiempo para mí y haber seguido esta historia desde el principio.

A Pat Casalà, prolífica escritora, que jamás me ha dicho que no, y me ayudó con aspectos estructurales del manuscrito.

Y, además, a Noelia Gabriel, la editora más maravillosa que jamás tendré, que en esta novela ha hecho de lectora profesional y me ha ayudado con la sinopsis.

A Gemma Caramazana por las puntualizaciones sobre derecho y sobre la práctica de la abogacía.

A Abril Laínez, estupenda escritora, por toda la ayuda con la maquetación y autopublicación. *Prometo seguir amb la cadena.*

A Nuria Llop, extraordinaria escritora, que desde el inicio de esta aventura me regaló consejos muy valiosos que he seguido fielmente.

A Marina Pham, mi ilustradora, por el arte de las cubiertas de mis novelas. ¡Me encantan!

A las asistentes del club de lectura de Passeig de Gràcia de Casa del Libro de Barcelona, de las que sigo aprendiendo y con las que disfruto siempre. Cada reunión mensual es un pozo de risas y sabiduría. Y, en especial, a Mireia Solsona, que sigue confiando en mí y me brinda su ayuda siempre que se lo pido.

A las chicas del chat «Ruta literaria»: Alicia Piédrola, Chelo Ruiz-Sarmiento, Eli Massana, Laura López, Marta García, Sandra Sol... sois un apoyo emocional extraordinario.

A Judit Panadès, fotógrafa profesional, por su dedicación.

A los comerciantes de la calle Comtal, en especial a Cristina, de Petit Jardí, que aparece como personaje secundario de esta novela, porque hace más de treinta años que me hace disfrutar con sus flores, su simpatía y sus sonrisas. *Un petó, Cristina!*

A Òscar Gargallo, que me ayudó en mi primera novela con aspectos técnicos y que me

sigue apoyando en todo lo que puede.

A todas aquellas personas que han estado a mi lado con la promoción de mi primera novela: mis padres, familia (incluyo también la de mi marido), amigos, antiguos profesores, jefas y compañeros de trabajo (tanto pasados como presentes), bloggers y escritores.

A mis hijos, las personas más maravillosas que conozco.

Y a ti, lector.

Sin todos vosotros, nada de esto tendría sentido. Gracias por haber dado una oportunidad a mis palabras. Espero haber correspondido a vuestra cortesía haciendo que hayáis disfrutado de la lectura.

UN POCO SOBRE CARME



Carme Prats (1972) es licenciada en filología catalana por la Universidad de Barcelona.

Tiene formación en corrección y traducción, y es lingüista de profesión.

Es una de las administradoras del blog «La teva lectura i la meva» y una de las conductoras del club de lectura de Casa del Libro de Passeig de Gràcia.

Ha publicado otra novela romántica, *El secreto de tus palabras*, y un cuento infantil, *Vull un gosset*, que también se ha publicado en castellano, *Quiero un perrito*, con Obrador Editorial; además del relato romántico *Lee para mí, Sirena*.

Y aquí sigue, escribiendo y soñando a lo grande.

Si te apetece, encontrarás a la autora en redes. ¡Gracias!

Y SOBRE LA CALLE COMTAL

El 3 de enero de 1991 empecé a trabajar en Via Laietana, 69. Ahora hay un hotel, pero antes había unas oficinas. Nueve plantas enteras de compañeros increíbles, muchos de los cuales han pasado a la categoría de amigos.

Cada día de esos más de ocho años que estuve en aquel edificio fui a desayunar a la calle Comtal, y no pude evitar enamorarme de esos escasos doscientos metros de calle peatonal. O acaso aquellos veinte minutos —robados a las montañas de papeles que cubrían mi mesa— que disfrutaba junto con Iolanda Maria, Cristina Cervantes o M. Àngels Sala (entre muchísimas otras) se quedaron grabados en mi memoria como un tiempo feliz.

En el inicio de la calle hay un mosaico de azulejos que reza así:

«Vianant que passeges, ets al carrer Comtal; un carrer sense enveges, plàcid i cordial. Un carrer amb molta història, guarda'l sempre a la memòria i estalviaràs molts cabdals. David Griñó».

Pero el tiempo ha hecho que esta vía sin envidias, plácida y cordial, ya no sea como era. La calle que conocí hace más de treinta años se ha convertido en algo diferente, aunque todavía queda un pequeño reducto de comerciantes fieles a la esencia de lo que habían sido siempre: Petit Jardí, Cerámica Villegas, Raima, La Carpetta, Joieria Prats (no somos familia), Farmacia Barenys, El Mos, Fleca Comtal, Stock Libros y pocos más.

Así que, desde aquí, me gustaría rendir homenaje a todos los establecimientos que había cuando descubrí esta calle tan maravillosa.

Además de las que ya he nombrado, un recuerdo para la tienda de muebles La Garriga Verda, la pastelería Montserratina, la óptica Sanabre, Can Boada, el bar Anduriña, la tienda de miel Viladiu, herboristería Agrícola, bar Espléndido, la tienda de bolsos Temprado, la zapatería Las Cañas, la quesería Simó, Bombillas Valverde, La Casa del Bacalao, la charcutería Fondevila, el outlet de ropa Espacio de Creadores, y muchísimas más.

Porque, en otro mosaico al final de la misma calle, podemos leer la misma sensación que me recorre cuando abandono esa calle tan especial:

«Ara marxo amb recança i el cor em fa molt de mal, perquè m'entra enyorança en deixar el carrer Comtal. David Griñó».

(Ahora me voy con pesar y el corazón me duele mucho, porque me entra añoranza al dejar la calle Comtal).